Morris West

EL ABOGADO DEL DIABLO

Meredith va a morir pero ha sido elegido como Abogado del Diablo para que actúe como fiscal religioso contra un hombre al que todo un pueblo quiere beatificar. Pero Giaccomo Nerone no era tan beato, había dejado a una mujer embarazada y además no se había casado con ella. Y encima se había creado enemigos. Meredith, antes de morir, busca un milagro. Nina y Paolo Sanduzzi se lo ofrecen, y él, por su cuenta, logra realizar otro milagro.

El autor, en esta novela, se adentra en los espacios más recónditos y contradictorios del alma humana, utilizando, para ello, los recursos estructurales de la narración policíaca. West plantea la eterna paradoja del cristianismo: la constante tensión entre la fe y la flaqueza humana. Novela audaz e intrigante, testimonio del catolicismo conflictivo de nuestros días.

Lectulandia

Morris West

El abogado del diablo

ePub r1.0
Titivillus 17.11.16

Título original: *The devil's advocate*
Morris West, 1959
Traducción: María Espiñeira de Monge

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

CAPÍTULO I

Su profesión era preparar a otros para la muerte: le causaba estupor hallarse tan mal dispuesto para la suya.

Él era un hombre razonable, y la razón le decía que la sentencia de muerte del hombre está escrita en su alma el día en que nace; era un hombre frío, al que poco perturbaba la pasión ni molestaba en absoluto la disciplina; no obstante, su primer impulso fue asirse firmemente a la ilusión de la inmortalidad.

Formaba parte del decoro de la Muerte el que llegara sin heraldos, con el rostro cubierto y las manos ocultas, a la hora en que menos se la esperaba. Podía venir lenta y suavemente, como su hermano el Sueño, o rápida y violenta, como la consumación del acto del amor, haciendo del momento de la rendición quietud y saciedad en vez de separación desgarradora del espíritu y la carne.

El decoro de la Muerte. Eso es lo que esperan vagamente los hombres, por lo que suplican si están dispuestos a orar, lo que lamentan amargamente si saben que les será negado. Blaise Meredith lo deploraba ahora, mientras, sentado al débil sol primaveral, observaba la lenta procesión de los cisnes en el Serpentine, las parejas de enamorados sobre el césped, los perrillos atraillados que trotaban melindrosos por los senderos junto a las faldas volantes de sus dueñas.

En medio de toda esa vida —el pasto irrumpiente, los árboles estallando con savia nueva, las hojas del azafrán y del narciso, el lánguido jugueteo amoroso de los jóvenes y el vigor de los paseantes maduros—, sólo él, al parecer, estaba señalado para morir. No era posible equivocarse sobre la urgencia e irrevocabilidad del mandato. Estaba escrito para que todos lo leyeran, no en las líneas de su mano, sino en la lámina cuadrada de un negativo fotográfico donde una pequeña mancha gris deletreaba su sentencia.

—¡Cáncer! —El dedo romo del cirujano se había detenido un momento en el centro de la mancha gris y después había continuado hacia fuera, delineando la difusión del tumor—. Un carcinoma de crecimiento lento, pero bien establecido. He visto demasiados para equivocarme con éste.

Mientras observaba la pequeña pantalla translúcida y el dedo espatulado que se movía a través de ella, Blaise Meredith se sobrecogió con la ironía de la situación. Había empleado toda su vida enfrentando a otros con la verdad sobre sí mismos, con las culpas que les acosaban, las concupiscencias que les rebajaban, las insensateces que les disminuían. Ahora se encontraba contemplando sus propias entrañas, donde un pequeño tumor canceroso crecía, como una raíz de mandrágora, progresivamente hasta destruirlo.

Preguntó con bastante calma:

—¿Es operable?

El cirujano apagó la luz de la pantalla reveladora y la pequeña muerte gris se desvaneció en la opacidad; luego se sentó, ajustando la lámpara del escritorio de manera que su propio rostro quedara en sombra y el de su paciente iluminado como una cabeza de mármol en un museo.

Blaise Meredith se percató del pequeño artificio y lo comprendió. Ambos eran profesionales. Cada uno, en su vocación, trataba con animales humanos. Cada uno tenía que mantener un desapego clínico para no dar demasiado de sí mismo y quedar tan débil y atemorizado como sus pacientes.

El cirujano se echó atrás en la silla, tomó un cortapapeles y lo mantuvo delicadamente, como un bisturí. Aguardó un momento, reuniendo palabras, eligiendo ésta, descartando aquélla y colocándolas en seguida por un patrón de meticulosa exactitud.

—Sí, puedo operarlo. Si lo hago, usted morirá al cabo de tres meses.

—¿Y de lo contrario?

—Vivirá un poco más y morirá con más dolores.

—¿Cuánto tiempo más?

—Seis meses. Doce como máximo.

—Es una elección difícil.

—Tiene que hacerla.

—Lo comprendo.

El cirujano aflojó los músculos. Había pasado lo peor. No se había equivocado al juzgar a ese hombre. Era inteligente, ascético, dueño de sí. Sobreviviría a la conmoción y se sometería a lo inevitable. Su Iglesia proveería a sus necesidades y cuando muriera lo enterraría con honores; y, si nadie lo lloraba, eso también podría contabilizarse como la recompensa final del celibato: escapar de la vida sin lamentar sus placeres y sin temor por las obligaciones no cumplidas.

La voz tranquila y seca de Blaise Meredith interrumpió sus cavilaciones.

—Pensaré en lo que me ha dicho. Si resuelvo no operarme y volver a mi trabajo, ¿tendría usted la bondad de redactarme un informe para el médico de mi localidad; un diagnóstico, quizás un tratamiento?

—Con mucho gusto, monseñor Meredith. Creo que usted trabaja en Roma. Por desgracia no escribo en italiano.

Blaise Meredith esbozó una sonrisa fría.

—Yo lo traduciré. Será un ejercicio interesante.

—Admiro su valor, monseñor. No comparto la fe católica, ni ninguna otra a decir verdad, pero supongo que usted encontrará en ella un gran consuelo en momentos como éste.

—Ojalá sea así, doctor —dijo Blaise Meredith con sencillez—, pero he sido sacerdote demasiado tiempo para esperarlo.

Ahora estaba sentado al sol en un banco del parque, con el aire lleno de primavera y el futuro como una perspectiva breve y vacía que rebalsaba en la eternidad. Cierta

vez, en sus días de estudiante, había oído predicar a un misionero anciano sobre la resurrección de Lázaro, cómo Cristo se detuvo ante la bóveda sellada ordenándole que se abriera, de modo que el olor a corrupción salió al aire quieto y seco del verano y cómo Lázaro acudió a la llamada enredándose en la mortaja y parpadeando al sol. «¿Qué sentiría en ese momento? —se había preguntado el anciano—. ¿Qué precio pagó por ese retorno al mundo de los vivos? ¿Quedó lisiado para siempre, oliendo podredumbre en cada rosa y viendo en las áureas doncellas esqueletos bamboleantes? ¿O siguió asombrándose por la novedad de las cosas, con el corazón enternecido de piedad y amor por la familia humana?».

La especulación interesó a Meredith durante años. En un tiempo jugó con la idea de escribir una novela sobre el tema. Ahora tenía, por fin, la respuesta. Nada había más dulce para el hombre que la vida; nada era tan precioso como el tiempo; nada más tranquilizador que el contacto con la tierra y el pasto, el susurro del aire al moverse, el aroma de los brotes nuevos, el sonido de las voces y del tráfico y el canto agudo de los pájaros.

Esto era lo que le perturbaba. Había sido sacerdote durante veinte años; veinte años que había consagrado a la afirmación de que la vida es una imperfección transitoria, la tierra un pálido símbolo de su Hacedor y el alma un espíritu inmortal dentro de mortal arcilla, que se estrella cansado por liberarse para llegar a los brazos del Todopoderoso. Ahora que, a fecha fija, le prometían su propia liberación ¿por qué no podía aceptarla, si no con alegría, confiadamente al menos?

¿A qué se asía que no hubiera rechazado hacía tiempo? ¿A una mujer? ¿A un niño? ¿A una familia? No vivía nadie que le perteneciera. ¿Posesiones? Eran harto escasas: un departamento pequeño cerca de la Porta Angélica, algunos adornos, una habitación llena de libros, un modesto salario en la Congregación de Ritos y una renta vitalicia legada por su madre. Nada que tentara a un hombre a retroceder ante el umbral de la gran revelación. ¿Carrera? Algo había quizás en esto: Auditor de la Sagrada Congregación de Ritos, ayudante personal del mismo prefecto, Eugenio Cardenal Marotta. Era una posición influyente, de halagadora confianza. Se sentaba a la sombra del Pontífice. Observaba la operación intrincada y sutil de una gran teocracia. Vivía con sencillo bienestar. Tenía tiempo para estudiar y libertad para actuar libremente dentro de los límites de la disciplina y la discreción. Algo había en ello… pero no lo suficiente, ni siquiera suficiente a medias para un hombre que anhelara la Unión Perfecta que él predicaba.

Era posible que ahí estuviera el motivo. Nunca había anhelado nada. Siempre tuvo todo lo que necesitaba, y nunca había deseado más de lo que podía disponer. Había aceptado la disciplina de la Iglesia y la Iglesia le había dado seguridad, comodidad y campo para sus talentos. Había sido más dichoso que la mayoría de los hombres, y si nunca pidió felicidad fue porque nunca se sintió infeliz. Hasta ahora… hasta este momento helado bajo el sol, el primer sol primaveral de la última primavera que vería Blaise Meredith.

La última primavera, el último verano. El tope de la vida masticado y chupado hasta dejarlo seco como una caña de azúcar que luego se desecha. Sentía amargura, paladeaba el sabor agrio del fracaso y la desilusión. ¿Qué mérito podía anotarse y llevar consigo al juicio? ¿Qué dejaba atrás para que los hombres pudieran recordarle?

Nunca había engendrado un hijo, ni plantado un árbol, ni colocado una piedra sobre otra para levantar una casa o un monumento. No había sentido ira ni dispensado caridad. Su trabajo se enmohecería, anónimo, en los archivos del Vaticano. La virtud que hubiera podido florecer por su ministerio era sacramental y no personal. No había pobres que le bendijeran por su pan, ni enfermos por su coraje, ni pecadores por su salvación. Había hecho todo lo que le exigieron; no obstante, moriría vacío y después su nombre sería una partícula más de polvo soplada por el viento en el desierto de los siglos.

De pronto sintió terror. Un sudor frío brotó de su cuerpo. Le temblaron las manos y un grupo de niños que hacían rebotar una pelota cerca del banco se alejó del demacrado sacerdote, de rostro gris, que fijaba sus ojos sin vista en el agua ondulada del estanque.

Lentamente cesaron los escalofríos. Desapareció el terror y recuperó la calma. La razón se impuso nuevamente y empezó a pensar de qué modo ordenaría su vida en el tiempo que le restaba.

Cuando enfermó en Roma, cuando los médicos italianos le dieron un diagnóstico previo, su decisión instintiva fue volver a Londres. Si tenían que condenarlo, prefería que le leyeran la sentencia en su lengua materna. Si su tiempo había de acortarse, quería pasar lo que de él le quedaba en el aire suave de Inglaterra, recorrer las hondonadas y los bosques de alerces, escuchar el canto elegíaco de los ruiseñores a la sombra de las viejas iglesias donde la muerte era más familiar y más amistosa, porque los ingleses han gastado siglos enseñándole modales.

En Italia, la muerte es áspera, dramática, una salida de gran ópera, con coros de llorones, penachos batientes y negras carrozas barrocas que ruedan frente a palacios de estuco para llegar a las bóvedas de mármol del Campo Santo. Aquí, en Inglaterra, la muerte tenía un aspecto más suave: exequias murmuradas discretamente en una nave de estilo normando, una tumba abierta en el césped recortado —entre lápidas de piedra envejecidas por la intemperie— y libaciones servidas en la taberna con vigas de encina frente a la puerta del cementerio.

Y esto también era, ahora, una ilusión, una patética falacia que no le acorazaba contra el insidioso enemigo gris, atrincherado en su propio vientre. No podía rehuirlo, como tampoco podía escapar de la convicción de su propio fracaso como sacerdote y como hombre. ¿Qué le quedaba, entonces? ¿Someterse al bisturí? ¿Abreviar la agonía, acortar el miedo y la soledad hasta un límite soportable? ¿No sería esto un nuevo fracaso, una especie de suicidio que podían justificar los moralistas, pero que nunca perdonaría enteramente su conciencia? Ya tenía bastantes deudas para anotar en su cuenta: esta última podía dejarlo en absoluta bancarrota.

¿Volver al trabajo? Sentarse ante el viejo escritorio bajo el cielo artesonado en el Palacio de las Congregaciones en Roma. Abrir los grandes folios donde estaban registradas las vidas, obras y escritos de candidatos a la canonización, muertos mucho tiempo antes, en la caligrafía de miles de secretarios. Examinarlos, disecarlos, analizarlos y anotarlos. Poner en duda sus virtudes y proyectar nuevas suspicacias sobre las maravillas que se les atribuía. Estampar nuevas anotaciones en un nuevo escrito. ¿Con qué objeto? Para que un candidato más a los honores canónicos fuera rechazado por haber sido menos que heroico, o menos que prudente en sus virtudes. O para que dentro de medio siglo, acaso de dos siglos, un nuevo Papa pudiera proclamar en San Pedro que un nuevo santo era agregado al calendario.

¿Les importaba a esos muertos lo que se escribiera sobre ellos? ¿Les importaba que en una nueva estatua pudieran llevar aureola, o que los impresores hicieran circular un millón de estampitas con sus rostros en el anverso y sus virtudes enumeradas en el reverso? ¿Sonreían a sus biógrafos dulzones o miraban ceñudos a sus detractores oficiales? Habían muerto y estaban juzgados hacía mucho tiempo, lo mismo que él moriría y sería juzgado pronto. Todo el resto era apéndice, *post scriptum* y dispensable. No les conmovería un nuevo culto, una nueva peregrinación, una misa nueva en la liturgia. Blaise Meredith, sacerdote, filósofo, canonista, podría trabajar doce meses o doce años en sus registros sin agregar ni un ápice a su felicidad ni una sola pena a su condenación.

No obstante, ése era su trabajo y tenía que hacerlo, porque lo conocía y porque él se sentía demasiado cansado y demasiado enfermo para comenzar otro. Celebraría misa todos los días, cumpliría su tarea diaria en el Palacio de las Congregaciones, predicaría ocasionalmente en la Iglesia Anglicana, escucharía confesiones en reemplazo de algún colega en vacaciones, volvería cada tarde a su pequeño departamento en la Porta Angélica, leería un poco, rezaría el oficio y después lucharía con la noche inquieta hasta la mañana acre. Por doce meses. Inmediatamente moriría. Durante una semana le mencionarían en las misas… «Nuestro hermano Blaise Meredith»; después se reuniría con los anónimos y olvidados en el recuerdo general… «todos los fieles difuntos».

Ya hacía frío en el parque. Los enamorados se sacudían la hierba de la ropa y las muchachas se alisaban las faldas. Los niños se rezagaban, distraídos en los senderos, de sus malhumorados padres. Los cisnes volvían al refugio de los islotes, a la hora del zumbido más intenso del tráfico londinense.

Era tiempo de partir. Tiempo de que monseñor Blaise Meredith guardara sus turbados pensamientos y compusiera sus delgadas facciones en una sonrisa amable para concurrir al té del administrador en Westminster. Los ingleses son un pueblo cortés y tolerante. Esperan del hombre que procure salvarse con sobriedad o condenarse con discreción, que beba como un caballero y que no muestre sus preocupaciones. Sienten suspicacia por los santos y desconfianza por los místicos, y se inclinan a creer que Dios Todopoderoso adopta la misma actitud. Aun en la hora

de su propio Getsemaní, Meredith se alegró de la convención que le obligaba a olvidarse de sí mismo y atender a la charla de sus colegas.

Se levantó rígidamente del banco, se detuvo un momento como si no estuviera seguro de existir en su propio cuerpo, y enseguida se dirigió con paso firme a Brompton Road.

El doctor Aldo Meyer tenía preocupaciones particulares en esa tarde suave del Mediterráneo: intentaba embriagarse del modo más rápido y menos penoso posible.

Las circunstancias conspiraban en su contra. El sitio donde bebía era una sala baja de piedra con piso de tierra que olía a vino rancio. Su compañía la constituían el propietario, un labriego embrutecido, y una rolliza muchacha montañesa con cuello y nalgas de buey y senos como melones que pugnaban por escapar de un grasiento vestido negro. La bebida era una *grappa* incendiaria, garantizada para ahogar la pena más persistente; pero Aldo Meyer era demasiado sobrio y demasiado inteligente para saborearla.

Inclinado sobre el áspero banco, mientras junto a él se derretía una vela, miraba de hito en hito la copa y trazaba dibujos monótonos en el licor derramado que fluía lentamente siguiendo su dedo. El *padrone*[1] se apoyó en el mesón, escarbándose los dientes con una astilla y chupando ruidosamente los restos de su cena entre los huecos de la dentadura. La muchacha estaba en un rincón, lista para llenar la copa tan pronto como el doctor la vaciase. Éste había comenzado bebiendo rápidamente, con náuseas a cada trago; después con más lentitud a medida que el alcohol se apoderaba de él. Durante los últimos diez minutos no había bebido. Parecía aguardar que sucediera algo antes de entregarse definitivamente al olvido.

Le faltaba un año para cumplir cincuenta, pero su aspecto era el de un anciano. Tenía el cabello blanco y la tez de su fino rostro judío se estiraba descarnada sobre los huesos. Sus manos eran largas y ágiles, pero encallecidas como las de un labrador. Vestía un traje ciudadano de corte pasado de moda, con los puños gastados y las solapas brillantes, pero tenía los zapatos lustrados y la camisa limpia, salvo las salpicaduras frescas de la *grappa*. Su aire de distinción desvaída contrastaba extrañamente con el ambiente primitivo en que se hallaba y con la grosera vitalidad de la muchacha y del *padrone*.

Gemello Minore distaba mucho de Roma, y más aún de Londres. La sucia taberna no tenía semejanza alguna con el Palacio de las Congregaciones. No obstante, el doctor Aldo Meyer, lo mismo que Blaise Meredith, se preocupaba por la muerte y, aunque era escéptico, se encontraba también envuelto en una beatificación.

Lo habían llamado esa tarde a la casa de Pietro Rossi, cuya mujer llevaba diez horas con dolores de parto. La partera estaba desesperada y el cuarto lleno de mujeres que cacareaban como gallinas, mientras María Rossi gemía y se retorcía con los espasmos, exhalando débiles quejidos cuando éstos cesaban. Fuera de la choza los

hombres formaban un grupo, hablaban en voz baja y se pasaban de mano en mano una botella de vino.

Al llegar él guardaron silencio, observándolo especulativamente de soslayo, mientras Pietro Rossi le hacía entrar. Meyer llevaba veinte años viviendo entre ellos, pero seguía siendo un extranjero; en tales momentos podía serles necesario, pero nunca era bienvenido.

Entre las mujeres que ocupaban el cuarto, se repitió la historia: silencio, suspicacia, hostilidad. Cuando se inclinó sobre la gran cama de bronce palpando y auscultando el cuerpo hinchado, la partera y la madre de la muchacha se quedaron a su lado, y al sobrevenir un nuevo espasmo, se oyó un murmullo de protesta, como si él hubiera sido el causante.

En tres minutos se dio cuenta de que no había esperanza de un parto normal. Tendría que hacer una cesárea. No le inquietaba demasiado la perspectiva; las había realizado a la luz de velas o lámparas, sobre mesas de cocina y bancos de tablas.

Contando con agua hervida y anestésicos, y con los fornidos cuerpos de las mujeres montañesas, las probabilidades se inclinaban en favor de las pacientes.

Esperaba protestas. Esa gente tenía la cabeza dura como las de las mulas y era doblemente asustadiza, pero no estaba preparado para una explosión. Fue la madre de la muchacha la que comenzó. Era una mujer obesa y musculosa, de cabellos lacios, dientes irregulares y negros ojos de culebra. Le atacó gritándole en burdo dialecto.

—No permitiré cuchillos en el vientre de mi hija. ¡Quiero nietos vivos, no muertos! Ustedes los doctores son todos iguales. Si no pueden curar a la gente, las cortan y las entierran. ¡A mi hija no! Déle tiempo y disparará a éste como una arveja. Yo he tenido doce. Lo sé. No todos fueron fáciles, pero los tuve; y no necesité de un matarife de caballos para que me los sacara.

Un estallido de risas agudas apagó los gemidos de la hija. Aldo Meyer siguió observándola, sin cuidarse de las mujeres. Dijo sencillamente.

—Si no opero, a medianoche habrá muerto.

La escueta información profesional, el desprecio por la ignorancia, le habían dado resultado anteriormente, pero esta vez le fallaron por completo. La mujer se rió en su cara.

—Esta vez no, ¡judío! ¿Sabe por qué? —metió la mano dentro de su vestido y sacó un objeto pequeño envuelto en seda roja desvaída. Apretándolo entre sus dedos lo acercó a las narices del médico—. ¿No conoce esto? No puede conocerlo porque es un infiel y asesino de Cristo. Ahora tenemos un santo propio. ¡Un santo verdadero! Le van a canonizar en Roma en cualquier momento. Éste es un pedazo de su camisa. Una reliquia viva y verdadera, manchada con su sangre. Él también ha hecho milagros. Milagros reales. Todos han sido transcritos y se han enviado al Papa. ¿Piensa que puede hacer más que él? ¿Así lo cree? En quién confiar, ¿en nuestro santo Giacomo Nerone o en este individuo?

La muchacha dio un grito de agonía y las mujeres guardaron silencio, mientras la

madre se inclinaba sobre la cama con susurros tranquilizadores y frotaba circularmente, bajo las mantas, el protuberante vientre con la sucia reliquia. Aldo Meyer aguardó un momento, buscando palabras adecuadas. Cuando la muchacha volvió a tranquilizarse, les dijo con sequedad:

—Hasta un infiel sabe que esperar milagros sin tratar de hacer algo es pecado. No pueden tirar los remedios y esperar que los santos los curen. Además, este Giacomo Nerone todavía no fue santificado. Y pasará mucho tiempo antes de que comiencen siquiera a discutir su caso en Roma. Récenle si quieren, pero pídanle que me dé una mano firme y a la muchacha un corazón vigoroso. Y ahora ya está bien de estupideces: preparen agua hervida y sábanas limpias. No dispongo de mucho tiempo.

Nadie se movió. La madre le impidió llegar a la cama. Las mujeres se alinearon en un apretado semicírculo, empujándolo hacia la puerta, donde Pietro Rossi observaba el drama con expresión estólida. Meyer se volvió para increparle.

—¡Usted, Pietro! ¿Quiere tener un hijo? ¿Quiere conservar a su mujer? Entonces, por amor de Dios, escúcheme. Si no opero rápidamente, ella se va a morir y el niño con ella. Usted sabe lo que yo puedo hacer; hay veinte personas en el pueblo que se lo dirán. Pero ignora de lo que es capaz ese Giacomo Nerone, aunque sea un santo… lo que pongo en duda.

Pietro Rossi sacudió la cabeza con terquedad.

—No es natural sacar un niño como si fuera una tripa de oveja. Además, éste no es un santo cualquiera. Es nuestro. Nos pertenece. Nos protegerá. Más vale que se vaya, doctor.

—Si me retiro, su mujer morirá esta noche. El rostro mate del labriego era tan inexpresivo como una muralla. Meyer miró a toda esa gente oscura y recóndita del sur y pensó con desesperación lo poco que sabía de ellos, y cuán inútiles eran sus razones para aquellos seres. Resignado, se encogió de hombros, tomó su maletín y se dirigió a la puerta. Ya en el umbral, se detuvo y se volvió hacia ellos:

—Es mejor que llamen al padre Anselmo. No queda mucho tiempo.

La madre escupió despectivamente y se inclinó otra vez para frotar el paquetito de seda sobre el convulso vientre de su hija, murmurando oraciones en dialecto. Las demás mujeres observaban silenciosas, los rostros petrificados. Mientras recorría el camino empedrado, Meyer sentía sobre su espalda los ojos de los hombres clavados como cuchillos. Entonces fue cuando decidió emborracharse.

Para Aldo Meyer, el antiguo liberal, el hombre que creía en el hombre, este hecho fue la señal definitiva de su derrota. No había esperanza para ese pueblo. Tenían la rapiña del halcón. Podían comerle el corazón y dejarle, pudriéndose, en una fosa. Él había sufrido por ellos, pero ellos lo tomaban todo y no aprendían nada. Se burlaban de los conocimientos más elementales y, no obstante, se tragaban leyendas y supersticiones con voracidad de niños.

Sólo la Iglesia los controlaba, aunque tampoco pudiese mejorarlos. Los torturaba con demonios, los obsesionaba con santos, los engatusaba con *madonnas* llorosas y

bambini de nalgas gordas. Podía desangrarlos para comprar nuevos candelabros, pero no podía, o no quería, llevarlos a una clínica donde les inyectasen vacunas contra el tifus. Sus madres se consumían, tuberculosas, y sus niños tenían los brazos hinchados por la malaria recurrente. Sin embargo, preferían meterse un diablo en la boca antes que una tableta de aspirina, aunque ésta la pagara el doctor.

Vivían en cobertizos donde un buen labrador no albergaría a su ganado. Comían aceitunas, pasta, pan remojado en aceite y carne de cabra en días festivos, si podían procurársela. Sus montes estaban desnudos de árboles y sus terrazas retenían una tierra mezquina, de la que los elementos nutritivos se escurrían con las primeras lluvias perdiéndose en las pedregosas faldas de la montaña. Su vino era flojo y su maíz delgado, y ellos se movían con el perezoso andar de los que comen muy poco y trabajan demasiado.

Sus señores los explotaban; no obstante, se agarraban de sus faldones como si fueran niños. A menudo sus sacerdotes se entregaban al licor y al concubinato; pero ellos, a pesar de su pobreza, seguían alimentándolos, y los trataban con un desprecio tolerante. Si el verano era tardío o el invierno duro, las heladas quemaban las aceitunas y reinaba el hambre en los montes. No tenían escuelas para sus hijos, y lo que el Estado no les proporcionaba ellos no querían procurárselo. No estaban dispuestos a sacrificar sus horas de ocio para construir una escuela. No podían pagar un maestro, pero mermaban su pequeño acervo de liras financiando la canonización de un nuevo santo para un Calendario ya excesivamente recargado.

Aldo Meyer fijó la vista en el espeso sedimento de su *grappa* y leyó ahí futilidad, desilusión y desesperanza. Alzó la copa y bebió las heces de un trago. Eran amargas como la cuasia y no proporcionaban ningún calor.

Llegó a ese pueblo como exiliado, cuando los fascistas rodearon a los semitas, a los intelectuales de izquierda y a los liberales demasiado locuaces, y les ofrecieron la perentoria alternativa de relegarse en Calabria o de realizar trabajos forzados en Lípari. A él le dieron el irónico título de Oficial Médico, pero sin salario, drogas ni anestésicos. Llegó con la ropa que llevaba puesta, un maletín con instrumentos, un frasco de tabletas de aspirina y un compendio médico. Durante seis años batalló e intrigó, aduló y chantajeó para establecer un servicio médico rudimentario en ese distrito donde la desnutrición era permanente, la malaria endémica y el tifus epidémico.

Habitaba una finca semiderruida que restauró con sus propias manos. Cultivaba un par de acres pedregosos, con ayuda de un labrador cretino. Su hospital era una habitación de su casa. Su sala de operaciones, la cocina. Los campesinos le pagaban en especies, cuando lo hacían, y él exigía de los funcionarios locales una contribución en drogas e instrumentos quirúrgicos, y protección contra un gobierno hostil. La servidumbre había sido amarga, pero tuvo momentos de triunfo, días en que creía estar penetrando al fin en el círculo cerrado de la primitiva vida montañesa.

Cuando los Aliados atravesaron el estrecho de Messina y comenzaron el avance

pausado y sangriento hacia el norte de la península, él huyó y se unió a los guerrilleros. Después del armisticio pasó una breve temporada en Roma. Pero estuvo alejado demasiado tiempo. Sus antiguos amigos habían muerto. Era difícil hacerse otros y los pequeños triunfos de sus años de campesino le desafiaban a proseguir con su tarea.

Con libertad, dinero e ímpetu para reformar, un hombre de buena voluntad habría conseguido milagros en el Sur.

Volvió, pues, a la casa vieja, en el viejo pueblo, con un nuevo sueño y un sentido de juventud renovada en su interior. Sería maestro a la par que doctor. Establecería una organización prototípica de esfuerzo cooperativo, una organización que consiguiera de Roma y de las fundaciones de ultramar ayuda económica para su desarrollo. Educaría a jóvenes para que divulgasen sus ideas por otras regiones.

Sería un misionero del progreso en una tierra tres siglos atrasada.

El sueño había sido fresco y hermoso doce años antes. Ahora sabía que era una tétrica ilusión. Su error fue el de todos los liberales: creer que los hombres están preparados para reformarse, que la buena voluntad atrae a la buena voluntad, que la verdad se basta a sí misma. Sus planes naufragaron en la venalidad de los funcionarios, en el espíritu conservador de una Iglesia feudal, en la rapiña y la desconfianza de un pueblo ignorante y primitivo.

Aun a través de los vapores espesos del licor lo veía todo con demasiada claridad. Le habían vencido. Se había derrotado a sí mismo. Y ya era tarde para enmendarlo.

A través del crepúsculo exterior llegó el continuado lamento de voces femeninas. La muchacha y el *padrone* se miraron y se santiguaron. El doctor se incorporó, se dirigió a la puerta con paso inseguro y se quedó contemplando ese ocaso fresco de primavera.

—Ha muerto —dijo el *padrone* con su voz gruesa y opaca.

—Dígaselo al santo —repuso Aldo Meyer—. Yo me voy a la cama.

Mientras salía al camino, dando traspiés, la muchacha le sacó la lengua e hizo el conjuro contra el mal de ojo.

El grito fúnebre se elevaba y caía, gimiendo como un viento sobre la montaña dormida y siguió a Meyer por la calle empedrada y dentro de su casa; golpeó a su puerta, hurgó en sus postigos, y le acosó durante toda una noche de sueño inquieto y murmurante.

Ala caída del mismo ocaso primaveral, Eugenio Cardenal Marotta paseaba por el jardín de su villa en Parioli. Mucho más abajo, la ciudad se despertaba del sopor del mediodía y volvía a los negocios con bocinazos estridentes, motocicletas ruidosas y tenderos que regateaban. Los turistas regresaban cansados y con remordimientos de San Pedro, San Juan de Letrán y el Coliseo. Los vendedores de flores rociaban sus ramilletes para dar el último asalto a los enamorados en las escaleras de la Plaza de

España. El sol poniente derramaba su luz sobre los cerros y las cimas de los tejados, pero en las avenidas, gravitaba la niebla pesada y polvorienta y las murallas de los edificios se alzaban grises y fatigadas.

No obstante, arriba, en Parioli, el aire estaba claro y los senderos silenciosos, y Su Eminencia caminaba bajo el follaje inclinado de las palmeras, aspirando el aroma de los jazmines. A su alrededor, altas murallas y puertas de reja guardaban su retiro, y los bronces heráldicos de los dinteles recordaban al visitante el rango y los títulos de Eugenio Cardenal Marotta, Arzobispo de Acrópolis, Titular de San Clemente, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, Pro-Prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica, Comisario para la Interpretación del Derecho Canónico, Protector de los Hijos de San José y las Hijas de María Inmaculada y de otras veinte importantes congregaciones religiosas de la Santa Iglesia Católica.

Los títulos eran pomposos y el poder que había tras ellos también era amplio, pero Su Eminencia los llevaba con un buen humor complacido que disimulaba una sutil inteligencia y una voluntad dominadora.

Era un hombre bajo y esférico, de manos y pies pequeños, rostro reluciente y alto cráneo abovedado, calvo como un huevo bajo el birrete escarlata. Sus ojos grises chispeaban con benevolencia y su boca se destacaba roja y pequeña como la de una mujer contra su tez mate aceitunada. Tenía sesenta y tres años, lo que es ser joven para que un hombre obtenga el *capello* cardenalicio. Trabajaba con ahínco, aunque sin esfuerzo aparente, y aún le quedaba energía para las tortuosas diplomacias y manipulaciones del poder dentro de la cerrada Ciudad del Vaticano.

No faltaban quienes le tuvieran en vista como candidato al papado, pero otros, más numerosos, consideraban que el siguiente pontífice debía ser un hombre más santo, menos preocupado por la diplomacia que por la reforma de la moral tanto en el clero como entre los laicos. Eugenio Marotta se contentaba con esperar el resultado, sabiendo que lo más probable es que quien entra al Cónclave como Papa lo abandone como cardenal. Además, aunque el Pontífice era anciano, distaba mucho de estar muerto y no miraba con simpatía a quien ambicionara sus sandalias.

Así, pues, Su Eminencia paseaba por el jardín de su villa en Parioli, observando cómo se hundía el sol tras los montes Albanos y reflexionando sobre las cuestiones del día en la actitud cómoda de un hombre que sabe que para todo tendrá al fin una respuesta.

Se podía permitir esa despreocupación. Mediante una progresión continua, había llegado a la elevada meseta de la preferencia, de la cual no podían derribarlo ni la malicia ni la adversidad. Seguiría siendo cardenal hasta que muriera, príncipe por protocolo, obispo por consagración irrevocable, ciudadano del Estado más pequeño y menos vulnerable en el mundo. Era mucho para un hombre de sesenta vigorosos años. Era mucho más, porque no le estorbaba una mujer ni le molestaban hijos e hijas y se hallaba fuera del alcance de los flechazos de la pasión. Había llegado al límite donde podían conducirlo su talento y su ambición.

El paso siguiente era el Sitial de Pedro; pero éste era un salto alto, a mitad de distancia entre el mundo y el vestíbulo de la divinidad. El hombre que lleva el anillo del Pescador y la triple tiara, carga también en sus espaldas, como una capa de plomo, los pecados del mundo. Se encuentra solo en un pináculo azotado por el viento; tiene a sus pies desplegada la alfombra de las naciones y arriba el rostro descubierto del Todopoderoso. Solamente un mentecato podría envidiar el poder y la gloria y el terror de tal principado. Y Eugenio Cardenal Marotta distaba mucho de ser un mentecato.

En esa hora de ocaso y de jazmines tenía suficientes problemas propios.

Dos días antes, había encontrado sobre su escritorio una carta del Obispo de Valenta, pequeña diócesis de una región miserable de Calabria. Conocía vagamente al Obispo como un reformador rígido con aficiones políticas. Dos años atrás había provocado una agitación, suspendiendo a un par de curas rurales por concubinato y jubilando a algunos párrocos ancianos por incompetencia. Las cifras de electores en su diócesis manifestaban una oscilación notoria hacia los demócrata-cristianos, y esto le había merecido una carta pontificial encomiástica. Pero los observadores más perspicaces como Marotta notaron que el aumento provenía del Partido Monárquico y no de los comunistas, quienes también registraron un ligero avance. La carta del Obispo era sencilla y explícita, demasiado sencilla para ser inofensiva y demasiado explícita para no despertar sospechas en un combatiente fogueado como Eugenio Cardenal Marotta.

Comenzaba con los saludos, floridos y deferentes, de un obispo humilde a otro principesco. Continuaba expresando que había recibido una petición del párroco y los feligreses de los pueblos de Gemelli dei Monti para la introducción de la causa de beatificación del siervo de Dios, Giacomo Nerone.

Este Giacomo Nerone había sido asesinado por guerrilleros comunistas en circunstancias que bien podían llamarse martirio. Desde su muerte, se le rendía espontánea veneración en los pueblos y la campiña circundante, y se atribuían a su influencia varias curaciones de carácter milagroso. Investigaciones preliminares confirmaron la reputación de santidad y la naturaleza aparentemente milagrosa de las curaciones, y el obispo estaba dispuesto a aceptar la petición y someter la causa a una investigación jurídica. No obstante, antes de hacerlo, pedía consejo a Su Eminencia, como prefecto de la Congregación de Ritos, y su ayuda para que designara, en Roma misma, dos hombres doctos y temerosos de Dios: uno como Postulador de la Causa, para organizar la investigación y llevarla adelante; el otro como Promotor de la Fe o Abogado del Diablo, para someter las declaraciones y los testigos al más severo escrutinio de acuerdo con las disposiciones pertinentes de la ley canónica.

Había más, mucho más, pero ése era el corazón de la manzana. Era posible que el Obispo tuviera un santo en su territorio, y un santo muy conveniente, martirizado por los comunistas. La única manera de probar su santidad era con una investigación judicial, primero en su propia diócesis y después en Roma, bajo la autoridad de la

Congregación de Ritos. Pero la primera investigación debía efectuarse en la Sede del Obispo y bajo su propia autoridad, por funcionarios que éste designara. Normalmente los obispos locales eran celosos de su autonomía. ¿Por qué, entonces, esta deferencia hacia Roma?

Eugenio Cardenal Marotta caminó por los bien recortados prados del jardín de su villa meditando sobre la proposición.

Los Gemelli dei Monti estaban profundamente enclavados en el mediodía de Italia, donde los cultos proliferan y mueren con la misma rapidez, donde la fe está recubierta con una pátina de superstición, donde los campesinos hacen con la misma mano la señal de la cruz y el signo contra el mal de ojo, donde el cuadro del *Bambino* cuelga sobre el lecho y los cuernos paganos están clavados sobre la puerta del granero. El Obispo era un hombre astuto que necesitaba un santo para el bien de su diócesis, pero renunciaba a poner en juego su reputación con la del siervo de Dios.

Si la investigación marchaba bien, dispondría, no sólo de un beato, sino de un palo para golpear a los comunistas. Si resultaba mal, los hombres doctos y temerosos de Dios que Roma designara tendrían que soportar una parte de los reproches. La sutileza hizo reír a Su Eminencia. Basta rascar en un hombre del sur para descubrir un zorro, que huele las trampas a una milla de distancia y da un rodeo para llegar al gallinero.

Pero se jugaba algo más que la reputación de un obispo provinciano. Se mezclaba la política y sólo faltaban doce meses para las elecciones en Italia. La opinión pública era sensible a la influencia del Vaticano en los asuntos civiles. Los anticlericales aprovecharían la oportunidad de desacreditar a la Iglesia y ya tenían suficientes armas como para ponerles una más entre las manos.

Había consecuencias más profundas todavía, asuntos que atañían menos al tiempo que a la eternidad. Designar bienaventurado a un hombre es declararlo siervo heroico de Dios, alzarlo como un ejemplo y un intercesor de los fieles. Aceptar sus milagros es admitir más allá de toda duda el Poder Divino que ha operado por su intermedio para suspender o abolir las leyes de la naturaleza. Un error en tal materia es inconcebible. La maquinaria maciza de la Congregación de Ritos ha sido proyectada para impedirlo. Pero una acción prematura, una investigación torpe, podrían causar un escándalo grave y debilitar la fe de millones en una Iglesia infalible que reclama para sí la guía directa del Espíritu Santo.

Al caer en Parioli la primera oscuridad helada, Su Eminencia tuvo un escalofrío. Era un hombre endurecido por el poder y escéptico de la devoción, pero él también cargaba en sus hombros el peso de la creencia y en su corazón el temor al demonio del Mediodía.

Menos que otros podía permitirse el lujo del error. De él dependía mucho más y tanto más riguroso sería el castigo por el fracaso. A pesar de la pompa de su título y de la dignidad secular que le acompañaba, su misión básica era espiritual. Se relacionaba con las almas, con su salvación y su condenación. La maldición de las

piedras de molino podía recaer lo mismo sobre un cardenal equivocado que sobre un párroco infiel. Caminaba, pues, entregado a sobrias meditaciones mientras desde la ciudad llegaba en sordina la armonía de las campanas y los grillos iniciaban su agudo coro en el jardín.

Concedería al Obispo de Valenta su pequeño triunfo. Le encontraría los hombres: un Postulador que estudiara el caso y lo presentara, un Abogado del Diablo para destruirlo si podía. De los dos, el Abogado del Diablo era el más importante. Su título oficial lo describía exactamente: Promotor de la Fe. El hombre que mantiene pura la fe a cualquier costo de vidas rotas y corazones destrozados. Tendría que ser docto, meticuloso, desapasionado. Tendría que ser frío en el juicio, implacable en la condenación. Podría faltarle caridad o compasión, pero no podía carecer de precisión. Tales hombres son escasos y aquéllos de que disponía ya estaban ocupados en otras causas.

Recordó entonces a Blaise Meredith, el hombre enteco, sobrio, que ya tenía el color grisáceo de la muerte. Ése poseía las cualidades. Era inglés, lo que eliminaba la sospecha de concomitancias políticas. ¿Pero, estaría dispuesto o le quedaría tiempo? Si el veredicto médico era desfavorable, podría negarse a aceptar una comisión tan pesada.

No obstante, ya tenía el comienzo de una respuesta. Su Eminencia no podía menos que sentirse satisfecho. Describió lentamente otro círculo en el jardín oscuro y volvió a la villa para rezar las vísperas con el personal de la casa.

CAPÍTULO II

Dos días después, Eugenio Cardenal Marotta estaba sentado en su sillón ante el gran escritorio Buhl y conversaba con monseñor Blaise Meredith. Su Eminencia había dormido bien, se había servido un desayuno liviano, y la navaja había dejado fresco y brillante su bienhumorado y redondo rostro. En la majestuosa sala de cielo artesonado, con alfombras Aubusson y nobles retratos en marcos dorados, él se investía de la inconsciente dignidad de su posesión.

En contraste, el inglés se veía pequeño, gris y encogido. La sotana le colgaba floja en el delgado cuerpo y el birrete escarlata sólo acentuaba la enfermiza palidez de su rostro. La fatiga le enturbiaba los ojos y surcos profundos de dolor le quebraban la comisura de los labios. Incluso hablando el ágil italiano de Roma su voz era plana e inexpresiva.

—Aquí me tiene, Su Eminencia. En el mejor de los casos, me quedan doce meses. Ojalá la mitad de este tiempo pueda hacer un trabajo activo.

El Cardenal aguardó un instante, observándolo con compasivo desprendimiento. Luego le dijo con suavidad:

—Lo lamento por usted, amigo mío. A todos nos llega la hora, evidentemente, pero siempre sorprende.

—Sin embargo, nosotros somos quienes deberíamos estar preparados.

Las comisuras caídas se levantaron en una mueca de sonrisa.

—¡No! —protestó Marotta, agitando sus manos pequeñas—. No debernos sobreestimarnos. Somos hombres como todos. Somos sacerdotes por elección y por vocación. Somos célibes por legislación canónica. Es una carrera, una profesión. El poder que ejercemos, la gracia que dispensamos, son independientes de nuestros propios méritos. Es preferible que seamos Santos a que seamos Pecadores, pero lo mismo que nuestros hermanos laicos generalmente somos algo intermedio.

—Es un consuelo mezquino, Eminencia, cuando se está a la sombra del banquillo del Juicio.

—A pesar de todo es la verdad —agregó el Cardenal—. He estado en la Iglesia mucho tiempo, amigo mío. Mientras más alto se sube más se ve y con mayor claridad. Es una leyenda piadosa que el sacerdocio santifica a un hombre o que el celibato le ennoblece. Si un sacerdote puede mantener sus manos fuera de los bolsillos y sus piernas fuera del lecho de una mujer hasta los cuarenta y cinco años, las probabilidades de que continúe así hasta que muera son buenas. En el mundo también abundan los solteros profesionales. Pero todos estamos sujetos al orgullo, a la ambición, a la pereza, a la negligencia, a la avaricia. Es frecuente que sea más duro para nosotros que para los demás salvar nuestras almas. Un hombre que tiene una familia está obligado a hacer sacrificios, a imponer una disciplina a sus deseos, a practicar el amor y la paciencia. Podemos pecar menos, pero al final tenemos menos mérito.

—Yo estoy muy vacío —dijo Blaise Meredith—. No tengo culpas de qué arrepentirme ni bien con el que pueda contar. Nunca he tenido que combatir. Ni siquiera puedo exhibir cicatrices.

El Cardenal se apoyó en el respaldo del sillón, jugando con la gran piedra amarilla de su anillo episcopal. En la habitación no se oía más ruido que el suave tic-tac de un reloj de bronce sobre la repisa de mármol. Después de un rato, dijo pensativo:

—Puedo dejarlo en libertad inmediatamente si así lo quiere. Puedo asegurarle una pensión de los fondos de la Congregación. Usted llevaría una vida tranquila…

Blaise Meredith movió la cabeza.

—Es mucha bondad, Eminencia, pero no tengo talento para la contemplación y preferiría seguir trabajando.

—Un día tendrá que parar. ¿Qué hará entonces?

—Me iré a un hospital. Tengo entendido que sufriré mucho. Entonces… —extendió las manos en un gesto de derrota—. *Finita la commedia*. Si no fuera pedir demasiado, quisiera que me enterraran en la iglesia de Su Eminencia.

A su pesar, Marotta se conmovió por el coraje austero de ese hombre. Estaba cansado y enfermo. Le faltaba aún lo peor de su calvario: no obstante, se dirigía a su encuentro con una desolada dignidad típicamente inglesa. Antes de que el Cardenal tuviera tiempo de contestarle, Meredith continuó:

—Todo esto se basa en la suposición de que Su Eminencia quiera ocuparme. Yo… Yo temo no poder asegurarle un buen servicio.

—Usted siempre se ha desempeñado mejor de lo que cree, amigo mío —le dijo suavemente Marotta—. Siempre ha dado más de lo que ha prometido. Además, hay un asunto en el que puede serme de gran ayuda, y quién sabe… —Hizo una pausa como si lo hubiera sorprendido una idea ulterior extraña—. Quién sabe si también pueda ayudarlo a usted.

En seguida, sin esperar respuesta, le expuso la petición del Obispo de Valenta, y su necesidad de encontrar un Abogado del Diablo para la causa de beatificación de Giacomo Nerone.

Meredith escuchó, concentrándose como un abogado en los detalles de un nuevo escrito. Parecía que se apoderaba de él una vida nueva. Los ojos le brillaron, se enderezó en la silla y un tinte suave animó sus mejillas marchitas.

Eugenio Marotta le observó, pero no hizo comentarios. Cuando terminó de esbozarle la situación, le preguntó:

—Bien, ¿qué piensa de ello?

—Es una indiscreción —dijo Meredith con voz tajante—. Es un ardid político y desconfío de él.

—Todo es política en la Iglesia —le recordó blandamente Marotta—. El hombre es un animal político que tiene un alma inmortal. Usted no puede dividirlo, como tampoco puede dividir a la Iglesia en funciones separadas y no relacionadas. Todo lo

que hace la Iglesia se orienta a dar carácter espiritual a un desarrollo material. Si designamos a un santo como patrono de la televisión, ¿qué significa? Un símbolo nuevo de una verdad antigua: que toda actividad legal puede conducir al bien o puede ser llevada al mal.

—El exceso de símbolos puede nublar el rostro de la realidad —dijo secamente Blaise Meredith—. El exceso de santos puede desprestigiar la santidad. Siempre he pensado que nuestra función en la Congregación de Ritos no es colocarlos en el Calendario, sino mantenerlos afuera.

El Cardenal asintió.

—Eso es verdadero en un sentido. Pero en este caso, como en todos, el primer movimiento no ha partido de nosotros. Lo inicia el obispo en su propia diócesis. Sólo después nos pasarán los documentos. Carecemos de autoridad directa para prohibir la investigación.

—Podríamos desaconsejarla.

—¿Sobre qué base?

—La discreción. El momento es malo. Estamos en vísperas de elecciones. Giacomo Nerone fue asesinado por guerrilleros comunistas en el último año de la guerra. ¿Qué pretendemos hacer? ¿Utilizarlo para ganar un asiento en provincia o como un ejemplo de caridad heroica?

Los labios rojos del Cardenal se contrajeron con una sonrisa irónica.

—Me imagino que a nuestro hermano obispo le gustaría obtener el doble efecto. Y hasta cierto punto es probable que lo consiga. Se pretende que ha habido milagros. Aparentemente ha brotado entre el pueblo un culto espontáneo. Ambas cosas deben ser investigadas judicialmente. La primera investigación está hecha y el veredicto se inclina a la aprobación. La etapa inmediata sigue casi en forma automática… La introducción de la causa para la beatificación en el propio tribunal del Obispo.

—Una vez que eso suceda, todos los diarios de Italia se apoderarán de la historia. Las agencias de turismo organizarán giras extraoficiales. Los comerciantes locales comenzarán a vocear desde los tejados. Usted no podrá evitarlo.

—Pero sí tal vez controlarlo. Es por eso por lo que he resuelto conceder a Su Señoría lo que pretende. Por eso quiero que usted sea el Abogado del Diablo.

Blaise Meredith comprimió sus labios finos y exangües, meditando sobre el ofrecimiento. Transcurrido un momento sacudió la cabeza.

—Estoy enfermo, Eminencia. No podría desempeñarme en forma satisfactoria.

—Permítame que yo juzgue —repuso Marotta con frío reproche—. Aparte de que, como ya le dije, creo que puede ser una ayuda para usted.

—No comprendo.

El Cardenal echó atrás su sillón tallado de alto respaldo y se incorporó. Atravesó la sala hasta la ventana y descorrió las gruesas cortinas para que el sol de la mañana inundara la habitación, iluminando el escarlata y el oro y haciendo que los ricos diseños de la alfombra adquirieran vida como las flores. Blaise Meredith parpadeó

deslumbrado y se hizo sombra con la mano. El Cardenal se quedó contemplando el jardín. Su rostro estaba oculto para Meredith, pero cuando habló su voz traicionó su exquisita compasión.

—Lo que tengo que decirle, Monseñor, puede sonar presuntuoso. Yo no soy su confesor. No puedo mirar dentro de su conciencia; pero creo que usted ha llegado a una crisis. Como muchos de nosotros aquí en Roma, usted es un sacerdote profesional, un eclesiástico de carrera. En eso no hay estigma. Ya es mucho ser un buen profesional. Aun en esta profesión tan limitada, abundan los mediocres. Usted ha descubierto repentinamente que eso no basta. Se encuentra desconcertado, intimidado. Sin embargo, no sabe qué hacer para suplir la falta. Una parte del problema es que usted y yo, y otros como nosotros, hemos estado alejados mucho tiempo de nuestro deber de pastores. Hemos perdido el contacto con las personas que nos mantienen en contacto con Dios. Hemos reducido la fe a un concepto intelectual, a un árido asentimiento de la voluntad, porque no la vimos actuar en las vidas de la gente común. Hemos perdido la compasión y el temor reverente. Trabajamos conforme a cánones, no de acuerdo con la caridad. Como todos los administradores, creemos que el mundo se precipitaría al caos sin nosotros, que soportamos sobre nuestros hombros hasta la misma Iglesia de Dios. No es verdad, pero algunos de nosotros lo creemos hasta el día en que morimos. Usted es afortunado porque siquiera en esta hora última ha sido acometido por el descontento… sí, hasta por la duda, porque presiento que usted se encuentra ahora en el desierto de la tentación… Por eso creo que esta investigación puede ayudarlo. Le sacará de Roma, le llevará a una de las regiones más primitivas de Italia. Usted reconstituirá la vida de un hombre muerto, por el testimonio de los que vivieron con él, los pobres, los ignorantes, los desposeídos. No influye al final que ese hombre haya sido pecador o santo. Usted vivirá y hablará con gente sencilla. Quién sabe si entre ellos acaso encuentre la curación de su enfermedad de espíritu.

—¿Cuál es mi enfermedad, Eminencia?

El cansancio patético de la voz, el desolado desconcierto de la pregunta, movieron a compasión al anciano eclesiástico. Se volvió y vio a Meredith encorvado en su silla, con el rostro escondido entre las manos. Esperó un momento, pensando su respuesta, enseguida se la dio, gravemente:

—En su vida no hay pasión, hijo mío. Usted no ha amado nunca a una mujer, no ha odiado a un hombre, no ha compadecido a un niño. Usted ha estado retraído demasiado tiempo y ahora es un extraño en la familia humana. Nada ha pedido ni ha dado nada. Nunca ha conocido la dignidad de necesitar ni la gratitud por un sufrimiento compartido. Ésta es su enfermedad. Es la cruz que usted mismo ha fabricado para sus hombros. Ahí es donde comienzan sus dudas y también sus temores, porque un hombre que no puede amar a sus semejantes tampoco puede amar a Dios.

—¿Cómo se empieza a amar?

—Por necesidad —dijo Marotta con firmeza—. Por la necesidad de la carne y la necesidad del espíritu. El hombre siente hambre del primer beso y reza su primera oración verdadera cuando siente hambre del Paraíso perdido.

—Estoy tan cansado —dijo Blaise Meredith.

—Váyase a su casa y descanse —le aconsejó animadamente el Cardenal—. En la mañana puede partir a Calabria. Preséntele sus credenciales al Obispo de Valenta y comience a trabajar.

—Usted es un hombre duro, Eminencia.

—Todos los días mueren hombres —repuso brutalmente Eugenio Marotta—. Algunos se condenan, algunos consiguen salvarse; pero el trabajo de la Iglesia continúa. Hijo mío, ¡váyase en paz y en el nombre de Dios!

Alas once de la mañana siguiente Blaise Meredith partió de Roma a Calabria. Su equipaje consistía en una pequeña maleta con ropa, un porta-documentos que contenía su breviario, sus libretas de notas y una carta de presentación del prefecto de la Congregación de Ritos a Su Señoría Ilustrísima el Obispo de Valenta. Le esperaba un viaje de diez horas y el tren era caluroso, polvoriento y estaba repleto de calabreses que volvían de una peregrinación organizada a la Ciudad Santa.

Los más pobres se amontonaban como rebaños en los vagones de segunda clase, mientras las mujeres se diseminaban e invadían con sus personas y sus efectos los asientos y los portaequipajes de los coches de primera. Meredith se encontró apretado entre una robusta matrona en traje de seda y un eclesiástico de rostro moreno que masticaba ruidosamente pastillas de menta. El asiento de enfrente estaba ocupado por un campesino, su mujer y cuatro niños que chillaban como cigarras y se enredaban en los pies de todos. Las ventanas estaban cerradas y el aire era acre y asfixiante.

Sacó su breviario y se dispuso con resuelta concentración a leer el oficio. Diez minutos después de salir de la Estación Central de Roma, renunció a la empresa. El aire contaminado le producía náuseas y la cabeza le palpitaba dolorosamente con el traqueteo del tren y los chillidos de los niños. Trató de dormitar, pero la mujer obesa se movía incómoda en su vestido estrecho y las ruidosas masticaciones del sacerdote le irritaban hasta querer gritar. Derrotado y dispéptico, se desprendió con dificultad del asiento y se fue al pasillo, donde se quedó de pie, apoyado contra el zócalo, contemplando el paisaje.

El campo estaba verde, con el primer esplendor primaveral. Las cicatrices de la erosión y la labranza estaban cubiertas con pasto nuevo, el estuco de las fachadas de las casas había sido lavado por las lluvias y blanqueado por el sol y hasta las ruinas de los acueductos de las antiguas villas romanas estaban moteadas con musgo y malezas frescas que brotaban entre las piedras envejecidas. El milagro cíclico del renacimiento era más vívido aquí que en cualquier otro país del mundo. Ésta era una tierra cansada, despojada en forma ruinosa durante siglos, con sus cerros erosionados,

sus árboles cortados, sus ríos secos, su suelo desangrado hasta ser convertido en polvo; sin embargo, cada año presentaba esa breve y valiente exhibición de hojas, pasto y flores. Hasta en las montañas, en los espacios llanos, demasiado pobres para criar cabras, quedaban aún débiles manchones verdes como un recuerdo de la pasada fertilidad.

Si fuera posible dejar que la tierra descansara por un tiempo, pensó Meredith; si por medio siglo se la evacuase de tribus proliferantes, podría restaurarse. Pero eso no sucedería jamás. Las tribus seguirían multiplicándose mientras la tierra moría bajo sus pies, lentamente, es verdad, pero demasiado rápido para que los técnicos y los agrónomos la rehicieran.

El panorama fugitivo, bañado de sol, comenzó a fatigarle los ojos; miró a uno y otro lado del pasillo a los que habían sido empujados de sus compartimientos por el humo del cigarro, el salame rancio, el ajo, y el olor de los cuerpos sin bañar. Había un comerciante napolitano que vestía pantalones tipo cañón de cocina y chaqueta corta y lucía un resplandeciente anillo en su tosco dedo; un turista alemán con zapatos de suela gruesa y una costosa *Leica*; un par de francesas de pechos planos; un estudiante estadounidense de cabello rapado y rostro pecoso, y un par de novios provincianos tomados de la mano cerca del retrete.

Los enamorados retuvieron la atención de Meredith. El muchacho era un campesino del sur, moreno como un árabe, de ojos centelleantes y manos expresivas. Sus pantalones delgados de algodón se le adherían a los muslos y la camiseta se le pegaba al pecho de manera que su compacta virilidad quedaba en sugestiva evidencia. La muchacha era baja y tan morena como él, de cintura y tobillos gruesos, pero sus pechos eran abultados y firmes y estaban oprimidos por el corpiño escotado de su vestido. Se miraban a través del angosto pasillo; sus manos entrelazadas formaban una barrera contra terceros, sus ojos estaban ciegos para lo que no fuera ellos mismos, sus cuerpos se relajaban y mecían al ritmo del tren. Su pasión era evidente, pero no daba la impresión de urgencia.

El muchacho tenía arrestos de gallo y, sin embargo, manifestaba confianza en su posesión. Ella estaba satisfecha de él y de sí misma, en la pequeña eternidad privada del amor joven.

Mirándolos, Blaise Meredith sintió una vaga nostalgia por un pasado que nunca le había pertenecido. ¿Qué sabía él del amor sino una definición teológica y una culpa mascullada en el confesionario? ¿Qué significado tenía un consejo frente a esta comunión franca y erótica, que por divina dispensación era el comienzo de la vida y la garantía de la continuidad humana? Pronto, acaso esa misma noche, esos dos yacerían juntos en la pequeña muerte de la que brotaría una vida nueva, un nuevo cuerpo, una nueva alma. Pero Blaise Meredith dormiría solo, con todos los misterios del universo reducidos a un silogismo escolástico dentro de su cráneo. ¿Quién estaba en lo cierto, él o ellos? ¿Quién se acercaba más a las perfecciones del divino designio? Sólo había una respuesta, Eugenio Marotta tenía razón. Él se había retirado

de la familia humana. Esos dos se precipitaban adelante para renovarla y perpetuarla.

Comenzaron a arderle las sienes; le dolía la espalda. Y el estúpido dolor se fijó de nuevo en su estómago. Tendría que sentarse y descansar un rato. Cuando volvió a su asiento encontró al clérigo calabrés lanzado en un sermón grandilocuente:

—… Un hombre asombroso el Santo Padre. Un santo por derecho propio. Estuve muy cerca de él en San Pedro. Si hubiera estirado la mano habría podido tocarlo. Se sentía el poder que emanaba de él. Maravilloso… ¡maravilloso…! Deberíamos dar gracias a Dios todos los días de la vida por el privilegio de que hemos disfrutado en esta peregrinación.

Una oleada de menta atravesó el compartimiento. Blaise Meredith cerró los ojos y oró suplicando una tregua, pero la voz gruesa del calabrés siguió retumbando:

—… Haber ido a Roma, haber pisado las huellas de los mártires y habernos arrodillado en la tumba de Pedro, ¿qué otra experiencia puede igualar a ésta? Ahí se ve a la Iglesia como realmente es, un ejército de sacerdotes, monjes y religiosas que se preparan a conquistar el mundo para Cristo…

«Si de esa manera lo conquistamos —pensó Blaise Meredith con irritación—, que Dios tenga piedad del mundo. Ese tipo de mascarada nunca ha hecho bien a nadie. Este individuo habla como un vendedor ambulante. Ojalá se calle y reflexione un poco».

Pero el calabrés estaba embarcado y la presencia de un hermano eclesiástico le estimulaba a mayores esfuerzos.

—Tienen razón cuando llaman a Roma la Ciudad Santa. El espíritu del gran Pontífice vigila sobre ella noche y día. Pero tomen nota, no todos los santos de la Iglesia están en Roma. ¡No! Hasta en nuestra pequeña provincia tenemos un santo, no oficialmente, pero real. ¡Sí! Muy real.

Blaise Meredith se puso instantáneamente alerta. Su irritación se desvaneció y aguardó atentamente el resto.

—Ya está abierta la causa de su beatificación. Giacomo Nerone. ¿Quizás ustedes hayan oído hablar de él? ¿No? Es una historia extraña y maravillosa. Nadie sabe de dónde vino, pero un día apareció en el pueblo, como un hombre enviado por Dios. Construyó con sus manos una pequeña ermita y se entregó a la oración y a las buenas obras. Cuando los comunistas se apoderaron del pueblo después de la guerra, le asesinaron. Murió como mártir en defensa de la fe. Y desde su muerte, en su tumba se ha realizado un milagro tras otro. Los enfermos sanan; los pecadores hacen penitencia; señales seguras del favor del Todopoderoso.

Blaise Meredith abrió los ojos y preguntó inocentemente:

—¿Lo conoció usted, padre?

El calabrés le dio una ojeada rápida y suspicaz.

—¿Si le conocí? Bueno, personalmente no. Aunque, por supuesto, sé mucho sobre él. Yo soy de Cosenza. La diócesis contigua.

—Gracias —dijo Blaise Meredith cortésmente y volvió a cerrar los ojos.

El calabrés se acomodó nervioso en el asiento y luego se incorporó para ir al retrete. Meredith aprovechó su ausencia para estirar las piernas y aliviar su dolorida cabeza contra el cojín del respaldo. No sentía remordimientos por lo que había hecho. Ahora más que nunca le disgustaba ese tipo de música celestial. Era una especie de jerga eclesiástica, una retórica corrompida que nada explicaba y que desacreditaba a la verdad. Se salía por la tangente y no contestaba ninguna pregunta. Reducía la estructura maciza de razón y revelación en que se funda la Iglesia a un conjuro ritual, sin fortuna, sin fruto y esencialmente falso. Piedad de pastilla de menta. Sólo engañaba al hombre que la vendía. No satisfacía a nadie fuera de las viejas y las niñas cloróticas; pero florecía con suma lozanía donde la Iglesia estaba más firmemente atrincherada en el orden establecido. Era el signo del advenimiento, de la transacción, de la relajación en el clero, al que resultaba más fácil predicar la devoción que afrontar los problemas morales y sociales de su tiempo. Encubría la fatuidad y la falta de educación. Dejaba a las personas desnudas y desarmadas ante los misterios aterradores: dolor, pasión, muerte, el gran ¿quién vive en el más allá?

El calabrés moreno volvió abotonándose la sotana y decidido a restablecer su posición ante su auditorio y el Monseñor de afiladas mandíbulas. Se sentó, se sonó con estrépito y dio unos golpecitos confidenciales en las rodillas de Meredith.

—¿Usted es de Roma, Monseñor?

—Sí, de Roma. —Molestó a Meredith la intromisión en su reposo y su tono fue terco, pero el calabrés era duro de cabeza y ciego ante los obstáculos.

—Pero, usted no es italiano.

—No. Soy inglés.

—¡Ah! ¿Visitante del Vaticano? ¿Peregrino?

—Trabajo allí —dijo Meredith con frialdad.

El calabrés le sonrió fraternalmente exhibiendo una dentadura cariada.

—Usted es muy afortunado, Monseñor. Tiene oportunidades de las que carecemos los campesinos pobres. Nosotros trabajamos las tierras pedregosas, mientras que usted cultiva las praderas exuberantes de la Ciudad de los Santos.

—Yo no cultivo nada —le dijo secamente Meredith—. Soy funcionario de la Congregación de Ritos, y Roma no es más ciudad de santos que París o Berlín. Es un sitio que se mantiene en relativo orden porque el Papa insiste en reclamar los derechos que le da el Concordato para preservar su carácter sagrado como centro de la Cristiandad. Eso es todo.

El calabrés era astuto como un tejón. Se desentendió de la repulsa y tomó al vuelo el nuevo tópico que le presentaban.

—Usted me interesa mucho, Monseñor. Por supuesto, usted vive en un mundo mucho más grande que el mío. Tiene mucha más experiencia, pero yo he sostenido siempre que la vida sencilla del campo conduce más a la santidad que la agitación mundana de una gran urbe. Usted trabaja en la Congregación de Ritos. Posiblemente tiene relación con las causas de beatificación. ¿Es así?

Meredith había caído en la trampa y lo sabía. Se vería forzado a conversar. Le ahorraría tiempo y energía someterse desde luego, y tratar de cambiar de asiento en Formio o Nápoles. Contestó con sequedad:

—Toda mi experiencia es que los santos se encuentran en los sitios más imprevistos, en los tiempos menos favorables.

—¡Exactamente! Esto es lo que me ha interesado tanto acerca de nuestro propio siervo de Dios, Giacomo Nerone. ¿Conoce usted el sitio en que él vivió, Gemelli dei Monti?

—Nunca he estado allí.

—¿Pero usted sabe lo que significa el nombre?

—Quiere decir, supongo… gemelos de las montañas.

—Precisamente. Pueblos gemelos ubicados en los cuernos de un monte en una de las regiones más desoladas de Calabria, Gemello Minore, el pueblo chico, Gemello Maggiore, el más grande. Distan unos sesenta kilómetros de Valenta, y el camino es una pesadilla. Los pobladores son los más pobres y alicaídos de nuestra provincia. Lo eran, por lo menos, hasta que comenzó a extenderse la fama del siervo de Dios.

—¿Y entonces? —A su pesar, Meredith sintió que su interés se despertaba.

—¡Ah! Entonces… —Una mano regordeta se alzó con gesto de predicador—. Entonces sucedió algo extraño. Giacomo Nerone había vivido y trabajado en Gemello Minore. En ese pueblo fue traicionado y asesinado. Su cuerpo fue llevado en secreto a una gruta vecina de Gemello Maggiore, donde le enterraron. Desde entonces Gemello Minore se ha seguido hundiendo en la ruina y la pobreza, mientras que Gemello Maggiore prospera cada día más. Tiene una iglesia nueva, un hospital, una posada para turistas y peregrinos. Es como si Dios estuviera castigando a los traidores y premiara a los que protegieron el cuerpo del siervo de Dios. ¿No cree usted lo mismo?

—La proposición me parece dudosa —repuso Meredith con ligera ironía—. No siempre es la prosperidad una señal del favor divino. Podría ser el resultado de una propaganda sagaz del alcalde y los pobladores; hasta del párroco. Ya han sucedido cosas como ésas.

El calabrés enrojeció de ira ante la imputación y estalló en un desmentido apasionado.

—Usted supone demasiado, Monseñor. Este asunto ha sido estudiado por hombres sabios y piadosos, por hombres que comprenden a nuestro pueblo. ¿Se coloca usted en oposición a ellos?

—Yo no estoy en oposición a nadie —dijo Meredith mansamente—. Me limito a desaprobar el juicio precipitado y la doctrina dudosa. No es el veredicto popular el que hace santos, sino la decisión canónica. Por eso voy a Calabria, para actuar como Promotor de la Fe en la causa de Giacomo Nerone. Si usted tiene alguna prueba de primera mano que presentar, y la presenta en la debida forma, me será muy grato recibirla.

El sacerdote le miró un momento con la boca abierta; después su seguridad se derrumbó en excusas masculladas, que fueron felizmente interrumpidas por la llegada a Formio.

El tren que seguía al norte tardaría veinte minutos y Blaise Meredith aprovechó la oportunidad para estirar las piernas. Tuvo el pudor de avergonzarse de sí mismo.

¿Qué había ganado con esa victoria dialéctica barata contra un clérigo de campo? El calabrés era un pelmazo, y lo que es peor, un pelmazo piadoso, pero Blaise Meredith era un intelectual dispéptico sin caridad. Nada había ganado y nada había dado, y dejó perderse la primera oportunidad de conocer algo sobre el hombre cuya vida debía investigar.

Mientras recorría el andén bañado de sol y observaba a los pasajeros que se apretaban en torno del vendedor de bebidas, se preguntó por centésima vez qué era lo que le impedía dialogar normalmente con sus semejantes. Él sabía que otros sacerdotes experimentaban un placer intenso al escuchar el dialecto crudo y sabroso de la conversación de los campesinos. Descubrían perlas de sabiduría y experiencia en la mesa de una finca o bebiendo una copa de vino en la cocina de un obrero. Hablaban con la misma familiaridad con las prostitutas deslenguadas de Trastevere que con los remilgados señores de Parioli. Gustaban lo mismo del humor procaz de la pescadería que de la agudeza del comedor de un cardenal. Además, eran buenos sacerdotes y hacían mucho por su pueblo, con singular satisfacción para ellos mismos. ¿Cuál era la diferencia entre él y ellos? La pasión, según le dijera Marotta. La capacidad de amar y de desear, de sentir el dolor ajeno, de participar en la alegría de los demás. Cristo comió y bebió vino con publicanos y mozas de taberna, pero Monseñor Meredith, su seguidor profesional, había vivido solitario entre los tomos polvorientos de la biblioteca del Palacio de las Congregaciones. Y ahora, en ese último año de su vida, seguía solo, mientras una pequeña muerte gris crecía en su vientre, sin tener un alma en el mundo que le hiciera compañía.

El jefe de estación tocó su silbato y Meredith subió al tren, para hacer traspirando el largo y húmedo viaje: Nápoles, Nocera, Salerno, Eboli, Cassano, Cosenza y, avanzada la tarde, Valenta, donde el Obispo le aguardaba para darle la bienvenida.

Aurelio, Obispo de Valenta, fue una sorpresa en muchos sentidos. Era un hombre alto, delgado y vigoroso, que todavía no había cumplido los cincuenta años. Llevaba el pelo gris oscuro meticulosamente peinado y sus finas facciones aquilinas brillaban con inteligencia y buen humor. Era tridentino, lo que parecía una elección extraña para una diócesis meridional, y antes de su traslado había sido auxiliar en el Patriarcado de Venecia. Aguardaba en la estación en su propio automóvil y en vez de dirigirse a la ciudad se internó con Meredith unos doce kilómetros en el campo, hasta llegar a una hermosa villa, construida entre huertos y olivos, desde la que se dominaba un valle donde un riachuelo reflejaba débilmente la luz de la luna.

—Es un experimento —explicó, en un inglés claro y metálico—. Un experimento en educación práctica. Este pueblo se imagina que el clero nace con sotana y que su único talento es recitar Padrenuestros y Avemarías y mecer incensarios en la catedral. Yo nací en el Norte. Mis coterráneos eran labradores montañeses y de los buenos. Compré esta propiedad a un terrateniente, lleno de deudas hasta los ojos, y la estoy cultivando con media docena de muchachos, a quienes trato de enseñar los rudimentos de la agricultura moderna. Es una batalla, pero creo que la estoy ganando. También he hecho de esta propiedad mi residencia oficial. La anterior era anticuada sin remedio… en el centro de la ciudad, contigua a la catedral. Se la traspasé a mi Vicario General. Él pertenece a la escuela antigua, ¡la ama!

Meredith se rió, contagiado con el humor infeccioso de ese hombre. El Obispo le lanzó una mirada rápida y penetrante.

—¿Se sorprende, Monseñor?

—Agradablemente —dijo Blaise Meredith—. Esperaba algo completamente distinto.

—¿Barroco borbónico? ¿Terciopelo y brocado y querubines dorados con la pintura algo descascarillada en el trasero?

—Sí, algo así.

El Obispo detuvo el automóvil frente al pórtico estucado de la villa y permaneció un momento detrás del volante, contemplando la depresión del terreno donde la luna ponía un toque de plata en las copas de los árboles.

—De eso, encontrará más de lo necesario aquí en el Sur… formalismo, feudalismo, reacción, viejos que siguen las antiguas prácticas porque les parecen más seguras y no están preparados para las nuevas. Miran la pobreza y la ignorancia como cruces que es preciso soportar y no como injusticias por remediar. Creen que mientras más sacerdotes, monjes y religiosas haya, es mejor para el mundo. Yo preferiría ver menos y mejores. Preferiría tener menos iglesias y mucha más gente que concurriera a ellas.

—¿También menos santos? —le preguntó Meredith con socarronería.

El Obispo levantó la cabeza y prorrumpió en carcajadas.

—¡Gracias sean dadas a Dios porque existen los ingleses! En este momento nos haría muchísimo bien un poco de escepticismo ultramontano. ¿Usted se pregunta por qué un hombre como yo propulsa la causa de Giacomo Nerone?

—Francamente, sí.

—Dejémoslo para los postres —dijo sin rencor Su Señoría.

Un sirviente de chaqueta blanca abrió la puerta del coche y los hizo entrar en la casa.

—La comida estará servida dentro de media hora —dijo Su Señoría—. Confío en que usted encuentre cómoda su habitación. Por la mañana podrá contemplar desde ella todo el valle y ver lo que hemos hecho.

Se despidió y el sirviente condujo a Meredith al segundo piso, a una gran pieza de

huéspedes con puertas de vidrio que se abrían a un estrecho balcón. Meredith se sorprendió con las líneas puras y modernas de los muebles, la fuerza ascética del crucifijo de madera sobre el reclinatorio colocado en un rincón. Había una repisa con libros nuevos en francés, italiano e inglés, y un ejemplar de la *Imitación de Cristo* sobre el velador. Una puerta comunicaba el dormitorio con un cuarto de baño embaldosado, cuyos artefactos estaban instalados en nichos. Su Señoría tenía instinto de constructor y buen gusto de artista. También tenía sentido del humor, lo que es una virtud muy escasa en la Iglesia italiana.

Mientras se bañaba y se mudaba de ropa, Meredith sintió que el cansancio y la frustración del viaje se desprendían de él como una piel muerta. Hasta el dolor persistente de su enfermedad pareció atenuarse y descubrió que esperaba con placer y curiosidad la comida con Su Señoría.

Fue una cena sencilla: *antipasto*[2], *zuppa di verdura*[3], pollo asado, fruta de la comarca y un queso campestre de sabor fuerte, todo exquisitamente cocinado y meticulosamente servido; el vino era un Barolo de mucho cuerpo, procedente de viñedos del Norte. La conversación que la acompañó fue más sutil: un ejercicio de esgrima entre expertos, en que el Obispo dio las primeras estocadas de tanteo.

—Hasta su llegada, querido Meredith, me parecía que yo había cometido un error.

—¿Un error?

—En pedir ayuda a Roma. Eso involucra una concesión. ¿Ve usted? Cierto sacrificio de mi autonomía.

—¿Tanto le costó a Su Señoría?

El Obispo asintió gravemente.

—Podría haberme costado. Los modernistas y los reformadores son siempre sospechosos, en especial aquí en el Sur. Si tienen éxito, son un reproche para sus colegas más conservadores. Si fracasan, constituyen un ejemplo. Han querido hacer demasiado, con excesiva rapidez. De modo que siempre he encontrado más prudente proceder de acuerdo con mi criterio y reservarme mis propios asuntos, dejando que los críticos den el primer paso.

—¿Tiene usted muchos críticos?

—Algunos. Los terratenientes no me tienen simpatía, y ellos hablan alto en Roma. El clero me encuentra demasiado rígido en materia de moral, y demasiado indiferente para el ritual y las tradiciones locales. Mi metropolitano es monárquico. Yo soy un socializante moderado. Los políticos desconfían de mí, porque predico que el partido es menos importante que el individuo que lo representa. Ellos hacen promesas. A mí me gusta ver que las cumplan. Cuando no las cumplen, protesto.

—¿Y encuentra apoyo en Roma?

La fina boca de Su Señoría se relajo en una sonrisa.

—Usted conoce Roma mejor que yo, amigo mío. Esperan los resultados, y los resultados de una política como la mía en una región como ésta pueden tardar diez años. Si tengo éxito, muy bien. Si fracaso o si cometo el error mal indicado en el

tiempo inoportuno, mueven sabiamente la cabeza y dicen que hace tiempo que lo esperaban. De modo que prefiero mantenerlos adivinando. Mientras menos sepan, más libre quedo yo.

—Entonces, ¿por qué le escribió al cardenal Marotta? ¿Por qué pidió sacerdotes romanos para Postulador y Promotor de la Fe?

Su Señoría jugó con la copa de vino, haciendo girar el pie entre sus dedos largos y sensitivos y observando la luz refractada a través del líquido rojo sobre el níveo mantel. Dijo cuidadosamente:

—Porque éste es un terreno nuevo para mí. Comprendo la bondad, pero no estoy familiarizado con la santidad. Creo en el misticismo, pero no tengo experiencia sobre los místicos. Soy hombre del Norte, pragmático por naturaleza y por educación. Creo en los milagros, pero nunca me imaginé que los harían en la puerta de mi casa. Por eso me dirigí a la Congregación de Ritos. —Sonrió con ingenuidad—: Ustedes son los expertos en esas materias.

—¿Fue ésta la única razón?

—Usted habla como un inquisidor —dijo burlón Su Señoría—. ¿Qué otra razón podría haber?

—La política —replicó Meredith secamente—. Política de elecciones.

Para sorpresa suya, el Obispo echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada.

—De modo que esas tenemos. Yo me sorprendí de que Su Eminencia se mostrara tan amable. Me pregunté por qué habría enviado un inglés en vez de un barnabita de cara larga. ¡Qué habilidad la suya! Pero temo que se ha equivocado.

La risa se extinguió de pronto en sus labios y volvió a ponerse serio. Dejó la copa en la mesa y extendió las manos con elocuente gesto explicativo.

—Está completamente equivocado, Meredith. Eso es lo que sucede en Roma. Los estúpidos se ponen más estúpidos y los hábiles como Marotta se agudizan demasiado para el bien de los demás. Hay dos razones por las que me interesa este caso. La primera es sencilla y oficial. Es un culto que no está autorizado. Tengo que investigarlo para que se le apruebe o se le condene. La segunda no es tan sencilla y los oficialistas no la comprenderían.

—Marotta podría comprenderla —dijo Meredith con serenidad—, y yo también.

—¿Y por qué serían diferentes ustedes dos?

—Porque Marotta es un humanista viejo y sabio, y porque yo voy a morir de un carcinoma dentro de doce meses.

Aurelio, obispo de Valenta, se apoyó en el respaldo de su silla y estudió el rostro pálido y contraído de su visitante. Tras una larga pausa dijo con suavidad:

—He estado meditando sobre usted. Comienzo a comprenderlo. Muy bien. Trataré de explicarlo. Un hombre que está a la sombra de la muerte no debe escandalizarse, ni aún de un obispo. Yo creo que la Iglesia de este país necesita una reforma drástica. Pienso que tenemos demasiados santos y no suficiente santidad, demasiados cultos y no bastante catecismo, demasiadas medallas e insuficientes

medicinas, demasiadas iglesias y escasez de escuelas. Tenemos tres millones de desocupados y tres millones de mujeres que viven de la prostitución. Controlamos el Estado a través del Partido Demócrata-Cristiano y del banco del Vaticano; toleramos, no obstante, una dicotomía que da prosperidad a la mitad del país y deja que la otra mitad se pudra en la miseria. Nuestro clero es subeducado e inseguro, pero vilipendiamos a los anticlericales y a los comunistas. Un árbol se conoce por sus frutos, y creo que es mejor proclamar una nueva distribución de justicia social que un nuevo atributo de la Virgen. Lo primero es una aplicación necesaria de un principio moral, lo segundo es simplemente una definición de una creencia tradicional. Nosotros, los del clero, somos más celosos de los derechos que nos da el Concordato que de los derechos de nuestro pueblo según la ley natural y la divina… ¿Le escandaliza, Monseñor?

—Me alienta —dijo Blaise Meredith—. Pero ¿por qué quiere un nuevo santo?

—No lo quiero —repuso el Obispo con énfasis—. Estoy comprometido en el caso, pero ansío de todo corazón que fracase. El alcalde de Gemello Maggiore ha recolectado quince millones de liras para encaminar la causa, pero yo no puedo obtener de él mil liras para un orfanato diocesano. Si Giacomo Nerone es beatificado, querrán una iglesia para albergarlo, y yo quiero monjas enfermeras y un consejo agrícola y veinte mil árboles frutales de California.

—Entonces, ¿para qué pidió ayuda a Su Eminencia?

—Es uno de los principios que imperan en Roma, mi querido Meredith. Siempre se consigue lo contrario de lo que se pide.

Blaise Meredith no se sonrió. En su mente se estaba plasmando un pensamiento nuevo y perturbador. Se detuvo un rato, buscando palabras con qué expresarlo.

—Pero ¿si el caso se comprueba? ¿Si Giacomo Nerone es realmente un santo y un operador de prodigios?

—Como le dije, soy pragmático —replicó Su Señoría con humor malicioso—. Esperaré los hechos. ¿Cuándo quiere usted comenzar a trabajar?

—Inmediatamente —dijo Meredith—. Estoy viviendo de tiempo prestado. Me gustaría pasar algunos días estudiando la documentación. Después me trasladaré a Gemelli dei Monti para empezar a tomar las declaraciones.

—Haré que lleven los registros a su habitación mañana temprano. Espero que considere esta casa como la propia y a mí como su amigo.

—Agradezco a Su Señoría mucho más de lo que puedo decirle.

—No hay nada que agradecer —dijo el Obispo excusándose con una sonrisa—. Yo disfrutaré de su compañía. Presiento que tenemos mucho en común. ¡Ah…!, me falta darle un pequeño consejo.

—Lo escucho.

—Mi opinión personal es que usted no descubrirá la verdad sobre Giacomo Nerone en Gemello Maggiore. Ahí le veneran. Obtienen utilidades con su memoria. En Gemello Minore la historia es muy diferente, siempre que consiga que se la

cuenten. Hasta ahora ninguno de los que dependen de mí ha tenido éxito.

—¿Existe alguna razón?

—Es mejor que usted mismo averigüe las razones, amigo mío. Como ha visto, yo tengo algunos prejuicios. —Echó atrás la silla y se puso de pie—. Retirémonos, usted debe estar cansado. Le sugiero que se levante tarde. Haré que le lleven el desayuno a su habitación.

La cortesía patricia de ese hombre conmovió a Blaise Meredith. Aunque era parco en confidencias y celoso de su propia intimidad, dijo humildemente:

—Estoy enfermo, Señoría. De pronto me he encontrado muy solo. Usted ha hecho que me sienta en mi casa. Gracias.

—Somos hermanos en una gran familia —dijo con suavidad el obispo—, pero como somos solterones nos volvemos egoístas y raros. Me alegro de poderle servir. Buenas noches y que sus sueños sean apacibles.

Solo en la gran pieza de huéspedes, con la luz de la luna penetrando como un río por la ventana abierta, Blaise Meredith se preparó para otra noche. Su curso ya le era familiar, pero no por ello menos aterrador. Se quedaría en vela hasta medianoche, y en seguida vendría el sueño, inquieto y liviano. Antes de que los gallos cantaran a la falsa aurora él se incorporaría violentamente, con el estómago contraído de dolor y la boca llena del sabor agrio de la bilis y la sangre. Se arrastraría hasta el lavabo, débil y agitado por las náuseas, ahí se tomaría un calmante y volvería a la cama. Inmediatamente antes de amanecer volvería a dormir, una hora, dos a lo sumo, no lo suficiente para descansar, pero sí para que la corriente de vida perezosa y declinante siguiera fluyendo por sus arterias.

Era un compuesto extraño de terrores: el miedo a la muerte, la vergüenza de la disolución lenta, la soledad ultraterrena del creyente en presencia de un Dios sin rostro en quien sin haberlo visto cree, pero al que pronto conocerá sin velos, espléndido en el Juicio. No podía escapar a los terrores con el sueño ni podía exorcizarlos con la oración, porque la oración se había convertido en un acto árido de la voluntad que no podía ni ahogar su dolor ni aplicarle un bálsamo.

Esa noche, a pesar de la fatiga, trató de retardar el purgatorio. Se desvistió, se puso pijama, zapatillas y bata y salió al balcón.

La luna, alta sobre el valle, parecía un barco de plata antigua, plácido en un mar luminoso. Los naranjales tenían un resplandor frío y las hojas de los olivos brillaban como puntas de dagas emergiendo de una masa retorcida de sombras. El agua reposaba debajo llena de estrellas, tras una barricada de troncos y ripio amontonado, mientras los brazos de los cerros lo circundaban todo como un contrafuerte, excluyendo el caos de los siglos.

Blaise Meredith lo contempló y lo encontró bueno. Bueno en sí mismo, bueno en el hombre que lo había hecho. El hombre no vive sólo de pan, pero no puede vivir sin

pan. Los antiguos monjes tuvieron la misma idea. Hincaban la Cruz en medio de un desierto y en seguida plantaban maíz y árboles frutales, de manera que el símbolo estéril floreciera en una verde realidad. Ellos sabían mejor que muchos, que el hombre es una criatura de carne y espíritu, pero que el espíritu no puede funcionar sino dentro y a través de la carne. Cuando el cuerpo está enfermo, la responsabilidad moral del hombre se reduce. El hombre es una caña pensante, pero la caña tiene que estar firmemente anclada en tierra negra, regada en las raíces, calentada por el sol.

Aurelio, Obispo de Valenta, era un pragmático, pero un pragmático cristiano. Era el heredero de la tradición más antigua y ortodoxa de la Iglesia; la tierra y el pasto y el animal eran producto del mismo acto creador que había formado a un hombre. Eran buenos en sí mismos, perfectos en su naturaleza y en las leyes que gobiernan su crecimiento y su decadencia. Sólo el mal uso del hombre podía rebajarlos a instrumentos del mal. Por consiguiente, plantar un árbol era un acto piadoso. Hacer que la tierra yerma floreciera era participar en el acto de la creación. Enseñar a otros hombres estas cosas era asociarlos, también, a un plan divino… Sin embargo, Aurelio, Obispo de Valenta, resultaba sospechoso para muchos de sus propios colegas.

Éste era el misterio de la Iglesia: que pudiera mantener en unidad orgánica a humanistas como Marotta, formalistas como Blaise Meredith y tontos como el calabrés; reformadores rebeldes y conformistas puritanos; Papas políticos y monjas enfermeras; sacerdotes mundanos y anticlericales devotos. Exigía una aceptación inflexible de la doctrina definida y permitía una divergencia extraordinaria de disciplina.

Imponía la pobreza a sus religiosos y jugaba en los mercados de valores del mundo a través del Banco del Vaticano. Predicaba el desprendimiento del mundo, y acumulaba propiedades como cualquier compañía pública. Perdonaba a los adúlteros y excomulgaba a los herejes. Era áspera con sus propios reformadores y, no obstante, firmaba concordatos con los que habían querido destruirla. Era la comunidad más dura del mundo para vivir en ella, y Papa, cardenal o lavandera aceptaban con gratitud el viático del más humilde de los sacerdotes rurales.

Era un misterio y una paradoja, y Blaise Meredith se hallaba más lejos de comprenderlo, más lejos de aceptarlo, de lo que había estado en veinte años. Esto era lo que lo perturbaba. Cuando estaba sano, su mente aceptaba naturalmente la idea de una intervención divina en los asuntos humanos. Ahora que la vida se le escapaba lentamente, se aferraba desesperado de la más simple manifestación de continuidad física: un árbol, una flor, el agua tranquila del lago bajo una eterna luz de luna.

Una brisa débil agitó el valle, haciendo chasquear las hojas vigorosas y ondular las estrellas en el agua. Meredith tiritó con el frío, entró en la habitación y cerró las vidrieras. Se arrodilló en el reclinatorio bajo la figura de madera del Cristo y comenzó a rezar:

—*Pater Noster qui es in Caelis…*

Pero el cielo, si existía cielo, se le cerraba, y no hubo respuesta del Padre sin rostro a su hijo moribundo.

CAPÍTULO III

De pie en el umbral de su casa, el doctor Aldo Meyer observaba el perezoso despertar del pueblo a un nuevo día.

Primero, la vieja Nonna Pattuci abrió su puerta, atisbó de un extremo a otro la calle empedrada, la atravesó trotando y vació su jofaina por encima de la tapia de los viñedos de la terraza. Después, furtiva como una bruja, volvió a entrar y cerró la puerta con estrépito. Como si hubiera sido una señal, Felici, el zapatero, salió en camiseta, pantalones y zuecos, bostezando y rascándose las axilas, a mirar la luz del sol en el techo del hospital nuevo de Gemello Maggiore, a tres kilómetros de distancia en el lado opuesto del valle. Al cabo de un minuto de contemplación, tosió ruidosamente, escupió en el suelo y empezó a retirar las barras de sus postigos.

En seguida se abrió la puerta de la casa parroquial y salió balanceándose Rosa Benzoni, gorda e informe en su vestido negro, para sacar agua de la cisterna. Apenas ella hubo partido, se abrió la ventana de los altos y se asomó la cabeza canosa y enmarañada del padre Anselmo, explorando como una tortuga que realiza su primera investigación cautelosa del día.

Siguió Martino, el herrero, moreno como una castaña, rechoncho y con el pecho como un barril, abrió la puerta de su cobertizo y puso la fragua en marcha. Cuando resonaron en el yunque los primeros martillazos se agitó el pueblo entero, las mujeres vaciaron las aguas sucias; las muchachas, con las piernas descubiertas, se dirigieron a la cisterna llevando sobre la cabeza verdes botellones, los niños semidesnudos orinaron contra la tapia del camino, y los primeros labriegos, con las chaquetas andrajosas echadas sobre un hombro y el pan y las aceitunas envueltos en pañuelos de algodón, se encaminaron a las terrazas de cultivo y a los huertos.

Aldo Meyer lo observaba todo, sin curiosidad ni resentimiento, aun cuando a veces pasaban frente a él desviando la mirada o hacían el conjuro contra el mal de ojo en dirección de su puerta. La medida de su decepción era su indiferencia a la hostilidad y el hecho de asirse como una bestia a los espectáculos y sonidos familiares: el golpeteo rítmico del combo, el rodar de un carro arrastrado por un burro sobre las piedras, los gritos de los niños y de las mujeres, las viñas y los olivares que se escalonaban en la ladera hacia los campos del valle, las casas semiderruidas que salpicaban el camino hasta llegar a la villa que coronaba la cumbre, el resplandor del sol naciente en el pueblo próspero del monte contiguo, donde el santo obraba milagros para los turistas mientras María Rossi yacía muerta de parto con su reliquia sobre el cuerpo deforme.

Él se prometía cada día liar sus bártulos y marcharse a un sitio nuevo, con un futuro nuevo, y abandonar esa tribu desgraciada a su propia estupidez. Pero cada noche se desvanecía su propósito y bebía hasta caer tumbado en el lecho. La molesta verdad era que no tenía dónde ir ni futuro que edificar. Lo mejor de él estaba allí: fe, esperanza y caridad prodigadas hasta el agotamiento, succionadas y malgastadas por

una tierra estéril, pisoteadas por un pueblo ignorante y mal agradecido.

A lo lejos en el valle escuchó el ruido atenuado de una motocicleta y, volviéndose en su dirección, divisó una *Vespa* que llevaba un pasajero en el asiento trasero y saltaba sendero arriba entre una nube de polvo. El espectáculo era trivial, pero provocó en Aldo Meyer una fría diversión. La *Vespa* y el automóvil de la condesa eran los únicos vehículos motorizados en Gemello Minore. La *Vespa* había promovido un tumulto y un asombro que continuaban desde hacía semanas. Su ocupante era un ser original, un pintor inglés hospedado por la condesa que residía en la villa de la cumbre del Monte y que era dueña de las tierras arables y de la mayor parte de Gemello Minore. El pintor se llamaba Nicholas Black; su pasajero era un jovencito del pueblo, Paolo Sanduzzi, que le servía de guía, de bestia de carga y de instructor en el dialecto y las costumbres locales.

Para los campesinos, el inglés era un *matto*, un loco que vagaba con un cuaderno de dibujo o se quedaba durante horas sentado al sol pintando olivos y rocas derribadas y ángulos de edificios en ruinas. Su ropaje era tan absurdo como sus costumbres: una camisa rojo chillón, pantalones desvaídos de algodón, sandalias de cordel y un sombrero viejo bajo el cual un rostro faunesco sonreían con una mueca al mundo que le rodeaba. Ni siquiera tenía la excusa de la juventud —ya había cumplido treinta años— y cuando las mozas cesaron de suspirar por él, los mayores empezaron a comentar crudamente su asociación con la condesa, que vivía en solitario esplendor tras las verjas de su villa.

Aldo Meyer oía los rumores y los descartaba. Conocía demasiado a la condesa, y durante el tiempo que pasara en Roma había encontrado muchos artistas y bastantes ingleses parecidos a Nicholas Black. Más le preocupaba Paolo Sanduzzi, con su delgado cuerpo de árabe, su rostro liso, de ojos brillantes y astutos, y su tiranía para con su excéntrico amo. Le preocupaba más porque había traído al muchacho al mundo y sabía que su padre era Giacomo Nerone, a quien la gente comenzaba a llamar santo…

La *Vespa* se detuvo en el extremo bajo del pueblo, el muchacho se apeó y Meyer le vio bajar corriendo la ladera hacia la casa de su madre, una choza de piedra sin cantear construida en el centro de un jardincillo y sombreada por un grupo de acebos. La *Vespa* se puso en marcha con estrépito y un poco después se detuvo frente a la casa de Meyer. El pintor se bajó con las piernas tiesas y alzó el brazo en un saludo teatral.

—¿*Come va, dottore*? ¿Cómo andan las cosas esta mañana? Si tiene usted un cafetito me vendría bien.

—Siempre hay café —dijo Meyer sonriendo—. ¿De qué otro modo podría afrontar la salida del sol?

—¿Malestares de anoche? —preguntó el pintor con inocencia malévola.

Meyer se encogió de hombros y le precedió a través de la casa hasta un jardín pequeño rodeado de murallas donde una higuera vieja servía de toldo contra el sol.

Había una mesa rústica cubierta con un mantel a cuadros y dispuesta con tazas y platos de cerámica de Calabria. Una mujer estaba colocando sobre ella pan fresco, un trozo de queso blanco y una fuente con frutas pequeñas de la comarca.

De acuerdo con la moda campesina, tenía desnudos los pies y las piernas, su vestido era de algodón negro y llevaba atado a la cabeza un pañuelo también negro, ambos meticulosamente limpios.

Tenía la espalda recta, los pechos altos y firmes, y su rostro era de puras líneas griegas, como si algún antiguo colono de la costa se hubiera aventurado montaña adentro y en unión con una mujer de las tribus hubiera iniciado esa nueva cepa híbrida. Podía tener treinta y seis años. Había tenido un hijo, pero no se había engrosado como las montañesas, y su boca y sus ojos revelaban una curiosa serenidad. La vista del visitante le produjo un ligero sobresalto y miró a Meyer en muda interrogación. Él guardó silencio, pero le indicó que se fuera. Mientras ella volvía a la casa, el pintor la siguió con la mirada y se sonrió como una cabra astuta.

—Usted me sorprende, doctor. ¿Dónde la encontró? Yo no la había visto aún.

—Es de aquí —dijo Meyer fríamente—. Tiene casa propia y es muy reservada. Viene todos los días a limpiar y prepararme la comida.

—Me agradaría pintarla.

—No se lo aconsejo —le advirtió Meyer en tono cortante.

—¿Por qué no?

—Es la madre de Paolo Sanduzzi.

—¡Ah! —Black enrojeció y dejó el tema.

Se sentaron a la mesa y Meyer sirvió el café. Después de unos momentos de silencio, Black habló con volubilidad y dramatismo.

—¡Traigo grandes noticias de Valenta, *dottore*! Ayer estuve allá a buscar telas y pinturas. El lugar está agitadísimo con las novedades.

—¿De qué novedades se trata?

—Este santo de usted, Giacomo Nerone. Parece que le van a beatificar.

Meyer se encogió de hombros con indiferencia y sorbió el café.

—No es novedad. Hace un año que están hablando de eso.

—Pues yo le sostengo que lo es —el rostro faunesco se iluminó con humor sardónico—. Se han dejado de habladurías y han comenzado un proceso judicial. Han puesto en circulación las notificaciones; están clavadas en todas las iglesias llamando a las personas que puedan presentar testimonio. El Obispo tiene un huésped, un Monseñor de Roma que ha sido designado para iniciar la causa. Dentro de algunos días vendrá por aquí.

—¡Diablos! —Meyer dejó violentamente la taza en el platillo—. ¿Está seguro de lo que dice?

—Completamente seguro. Se corre por toda la ciudad. Yo mismo vi al personaje en el automóvil de Su Señoría; es grisáceo y seco como una rata del Vaticano. Parece que es inglés, de modo que tomé la iniciativa de invitarlo en nombre de la condesa a

hospedarse en su villa. Ella es piadosa y solitaria, como usted sabe —se rió y cogió la cafetera para servirse otra taza—. Este lugar será famoso, *dottore*. Usted será famoso.

—Eso es lo que me temo —dijo Meyer sombríamente.

—¿Lo teme? —los ojos del pintor se encendieron con interés—. ¿Por qué lo teme? Usted ni siquiera es católico. La cuestión no le incumbe.

—Usted no comprende —replicó irritado Meyer—. Usted no entiende nada.

—¡Por el contrario, hombre! —el artista accionó enfáticamente—. Por el contrario, lo comprendo todo, Comprendo lo que usted ha tratado de hacer aquí y por qué ha fracasado. Sé lo que está tratando de hacer la Iglesia, y por qué tendrá éxito, al menos por un tiempo. Lo que ignoro, y me muero de ganas de verlo, es lo que sucederá cuando comience a desenterrar la verdad sobre Giacomo Nerone. Yo pensaba marcharme la próxima semana, pero ahora creo que me quedaré. Va a ser una comedia.

—En primer lugar, ¿por qué vino usted aquí? —la voz de Meyer tenía matices iracundos y Nicholas Black lo observó al instante. Se sonrió y agitó una mano en el aire.

—Es muy sencillo. Hice una exposición en Roma; tuve éxito, aunque ya estaba por terminar la temporada. La condesa fue una de mis clientes. Compró tres telas. Después me invitó a venir y a pintar por un tiempo. Así de sencillo.

—Nunca hay nada tan sencillo como lo que usted dice —repuso el doctor—. La condesa no es una persona sencilla y usted tampoco. Lo que usted considera una comedia provinciana puede convertirse en gran tragedia. Le aconsejo que no se mezcle.

El inglés se rió echando atrás la cabeza.

—Pero si ya estoy mezclado, mi querido doctor. Soy artista, soy observador y anotador de la belleza y la locura de la humanidad. Imagínese lo que habría podido hacer Goya en una situación como ésta. Afortunadamente murió hace tiempo; ahora el turno es mío. Aquí hay una galería completa de pinturas con el título listo: *Beatificación*, ¡por Nicholas Black! Una exposición de un hombre solo sobre un solo tema. Un santo popular, los pecadores del pueblo, y todo el clero, hasta el propio Obispo. ¿Qué piensa de ello?

Aldo Meyer se contempló el dorso de las manos, estudiando las manchas producidas por el hígado, y la piel floja y áspera, que le decían más claro que con palabras cómo había envejecido. Sin levantar la vista dijo:

—Pienso que usted es muy desgraciado, Nicholas Black. Usted busca algo que nunca va a encontrar. Creo que debería irse, y pronto. Deje a la condesa. Deje a Paolo Sanduzzi. Déjenos abordar nuestros problemas a nuestro modo. Usted no pertenece a este lugar. Habla nuestro idioma pero no nos comprende.

—¡Claro que sí, doctor! —El bello rostro aguzado tuvo una expresión maligna—. Por cierto que sí. Sé que todos ustedes han estado quince años escondiendo algo, y que ahora será desenterrado. La Iglesia quiere un santo y ustedes quieren guardar un

secreto que los desacredita. ¿Es o no verdad?

—Es verdad a medias, lo que siempre es más que media mentira.

—Usted conoció a Giacomo Nerone, ¿no es cierto?

—Sí, le conocí.

—¿Era santo?

—No sé nada sobre santos —dijo gravemente Aldo Meyer—. Sólo conozco hombres.

—¿Y Nerone?

… —Era un hombre.

—¿Qué hay sobre los milagros?

—Nunca he presenciado un milagro.

—¿Cree en ellos?

—No.

Los brillantes ojos sardónicos se fijaron en el rostro descompuesto del médico.

—Entonces, querido doctor, ¿por qué tiene miedo de esta investigación?

Aldo Meyer echó atrás la silla y se incorporó. La sombra de la higuera le daba en el rostro, ahondando sus mejillas demacradas y ocultando el dolor que delataban sus ojos. Contestó después de un momento:

—¿Alguna vez ha sentido usted vergüenza de sí mismo, amigo?

—Nunca —dijo alegremente el pintor—; nunca en mi vida.

—Eso es lo que le quiero decir —replicó el médico en voz baja—. Usted no puede comprenderlo, pero le repito: debe irse, y rápidamente.

Por toda respuesta Black tuvo una sonrisa burlona mientras se disponía a despedirse. No se dieron la mano ni Meyer hizo ademán de acompañarlo fuera del jardín. Cuando estaba a mitad de camino hacia la casa, el pintor se detuvo y volvió atrás.

—Casi me olvido. Tengo un recado de la condesa para usted. Le espera mañana a cenar con ella.

—Agradézcaselo —dijo secamente Meyer—. Será un placer. Hasta luego, amigo mío.

—*Ci vedremo*, nos veremos pronto.

Y Nicholas Black se alejó. Su figura era delgada, ligeramente grotesca, demasiado ágil para los años que se manifestaban ya en su rostro inteligente e infeliz. Aldo Meyer volvió a sentarse a la mesa y miró sin ver el pan desmenuzado y el residuo barroso de café en las tazas. Después de un rato, la mujer salió de la casa y le contempló con suavidad y compasión en sus ojos serenos. Cuando él alzó la vista, le dijo brevemente:

—Puedes retirar la vajilla, Nina. Ella no hizo ademán de obedecerle, sino que le interrogó:

—¿Qué pretendía ese que parece un chivo?

—Traía noticias —dijo Meyer en dialecto para ponerse a nivel con la mujer—.

Han comenzado una nueva investigación sobre la vida de Giacomo Nerone. Ha venido un sacerdote de Roma para asesorar al tribunal del Obispo. Vendrá acá pronto.

—¿Hará preguntas, como los otros?

—Más que los otros, Nina.

—Entonces tendrá la misma respuesta: ¡nada!

Meyer movió la cabeza, lentamente.

—Esta vez no, Nina. Las cosas han ido demasiado lejos. Roma se interesa. La prensa se interesará. Es mejor que esta vez sepan la verdad.

Ella le miró sorprendida y escandalizada.

—Usted lo dice. ¡Usted!

Meyer confesó su derrota con un encogimiento de hombros y citó un viejo proverbio del pueblo:

—¿Quién puede combatir al viento? ¿Quién puede ahogar los gritos del otro lado del valle? Los han oído hasta ahora en Roma y éste es el resultado. Digámosles lo que quieren y terminemos de una vez. Es posible que entonces nos dejen en paz.

—Pero ¿por qué lo quieren? —en los ojos y la voz de la mujer había ira—. ¿Qué diferencia habría? En vida le dieron toda clase de apodos; ahora quieren llamarlo beato. Es un nombre más. Eso no cambia lo que él fue, un hombre bueno, mi hombre.

—No quieren un hombre, Nina —dijo Meyer con cansancio—. Quieren un santo de yeso con una aureola dorada en la cabeza. La Iglesia lo desea porque le daría un nuevo asidero en el pueblo, un nuevo culto, una nueva empresa de milagros para hacerle olvidar los dolores de estómago. El pueblo lo desea porque podría arrodillarse a implorar en vez de arremangarse la camisa y trabajar para obtenerlos, o pelear por ellos. Ésa es la línea de la Iglesia, azúcar para el vino agrio.

—Entonces, ¿por qué quiere que yo los ayude?

—Porque si les decimos la verdad, dejarán el caso a un lado. Tendrán que hacerlo. Giacomo fue un hombre notable, pero no era más santo que yo.

—¿Eso es lo que cree?

—¿Y tú, Nina?

La respuesta de la mujer fue para él como un golpe en pleno rostro.

—Yo sé que fue un santo —dijo suavemente—. Sé que hizo milagros, porque los vi.

Meyer se quedó con la boca abierta, y luego gritó:

—¡Por Dios, mujer! ¿Tú también? Él durmió contigo, te dio un bastardo, pero nunca se casó. ¿Y puedes decirme que era un santo que hacía milagros? ¿Por qué no se lo dijiste a los sacerdotes en la primera ocasión? ¿Por qué no te uniste a nuestro amigo del otro lado del camino y vociferaste para que le beatificaran?

—Porque él no lo habría querido —dijo Nina Sanduzzi con calma—. Porque fue lo único que me pidió: que nunca dijera lo que sabía sobre él.

Meyer se sintió vencido, pero aún le quedaba un arma y la esgrimió con furia.

—¿Qué contestarás, Nina, cuando te muestren a tu hijo y digan: Ése es el hijo de

un santo, y se ha convertido en *femminella*[4] para el inglés?

El rostro clásico y sereno de la mujer no tuvo ni indicios de vergüenza al responder:

—¿Qué digo cuando me señalan con el dedo en la calle y murmuran: Ésa fue la querida de un santo? Nada, ¡absolutamente nada! ¿Sabe usted por qué, *dottore*? Porque antes de morir, Giacomo me hizo una promesa a cambio de la mía. «Suceda lo que suceda, *cara*, cuidaré de ti y del niño. ¡Pueden matarme, pero no pueden impedirme que cuide de ustedes desde ahora hasta la eternidad!». Yo le creí entonces y le creo ahora. El niño es imprudente, pero aún no se ha perdido.

—Entonces se va a perder muy pronto —le dijo Meyer brutalmente—. Vete ahora a casa, por amor de Dios, y déjame en paz.

Pero ni cuando ella hubo partido tuvo paz; y sabía que nunca la tendría mientras no llegaran los inquisidores a desenterrar la verdad a plena luz.

La mañana no penetraba todavía en el dormitorio alto y barroco de la villa donde la condesa Anne Louise de Sanctis descansaba detrás de rojos cortinajes. Ningún presentimiento de trastornos traspasaba la niebla de los barbitúricos tras la cual soñaba.

Más tarde, mucho más tarde, entraría una sirvienta y descorrería las cortinas para dejar que el sol se derramara en la gastada alfombra y el terciopelo envejecido y la pátina opaca del nogal tallado. No llegaría al lecho, lo que constituía una delicadeza, porque por la mañana la condesa era un espectáculo desagradable.

Ella despertaba más tarde, pálida, con la boca seca y los ojos hinchados, descontenta por la llegada de un nuevo día exactamente igual al anterior. Despertaba, dormitaba, volvía a despertar y sostenía entre sus labios descoloridos, de comisuras caídas, el primer cigarrillo del día. Terminado el cigarrillo, tiraba del cordón de la campanilla y volvía la sirvienta, sonriendo con adulación y llevándole una bandeja con el desayuno. Le molestaba a la condesa comer sola; la sirvienta permanecía, pues, en la habitación, doblando las ropas diseminadas, ordenando una muda fresca, afanándose en el cuarto de baño, mientras su ama desgranaba un punzante comentario sobre la servidumbre y sus deficiencias.

Terminado el desayuno, la sirvienta se llevaba la bandeja y la condesa se fumaba otro cigarrillo antes de comenzar el íntimo ritual de su tocado. Era la ceremonia importante de su día sin importancia, y la realizaba en estricto secreto.

Apagó el cigarrillo en el cenicero de plata, saltó de la cama, se dirigió a la puerta y la cerró con llave. En seguida dio una vuelta por la habitación, deteniéndose en cada ventana y observando las terrazas y los jardines para cerciorarse de que no había nadie cerca. En cierta ocasión un jardinero curioso miró hacia la ventana y fue despedido por su intromisión sacrílega en los misterios.

Segura al fin de su secreto, la condesa pasó a la pieza de baño, se desvistió y se

sumergió en la gran tina de mármol con grifos dorados y un arsenal de jabones, esponjas y frascos de sales aromáticas. Ningún placer se comparaba con esa primera inmersión solitaria en agua muy caliente, que le quitaba los restos del sueño provocado con drogas y devolvía a su cuerpo en los albores de la vejez la ilusión de la juventud. Diferenciándose de otros placeres, éste podía renovarse a voluntad y prolongarse hasta quedar saciada. No exigía compañero, no involucraba dependencia ni entrega, y la condesa se asía a él con la pasión de una devota.

Recostada en el agua, se observaba: las líneas de las caderas, todavía firmes y juveniles, el vientre plano y sin marcas de maternidad, la cintura un poco gruesa, pero no demasiado, los pechos masajeados para mantener su firmeza, pequeños y redondos, juveniles aún. Si tenía arrugas en el cuello no había un espejo que se las delatara, y los pliegues acusadores en la boca y los ojos obedecían todavía al masaje. Aún no se agostaba su juventud y podía mantener un tiempo más en jaque a la vejez con el envío semanal de cosméticos desde un salón discreto de la Vía Veneto.

Pero el baño era sólo el comienzo. Faltaba secarse con toallas suaves y calientes, restregarse con otras ásperas, perfumarse con una loción aguda y astringente, empolvarse y quitarse suavemente el polvo, pasarse el peine por el cabello que aún no tenía canas, aunque su oro se iba tornando opaco, atarse una cinta para mantenerlo fuera de contacto con las mejillas frotadas y brillantes. Por fin se hallaba lista para el momento del ritual.

Desnuda y resplandeciente con la nueva ilusión, volvía al dormitorio, se dirigía a la mesa del tocador y sacaba del primer cajón la fotografía de un hombre con uniforme de coronel de Alpinos y la colocaba mirando hacia la habitación. En seguida, con la afectación de un maniquí, comenzaba a vestirse frente a él, con cuidado, con coquetería, como incitándolo a salir del marco y a caer en sus brazos expectantes.

Una vez que se había vestido, devolvía la fotografía al cajón, lo cerraba con llave y, tranquilamente, se sentaba frente al espejo para comenzar el maquillaje.

Veinte minutos después, vistiendo un trajecito de verano a la última moda, salió de su habitación, bajó la escalera y pasó al jardín, donde Nicholas Black, desnudo hasta la cintura, trabajaba en una nueva tela.

Al oír sus pisadas él se volvió y acudió a saludarla con manifestaciones teatrales de placer, besándole las manos y haciéndola girar para examinarle el vestido mientras hablaba como un papagayo dichoso:

—¡Magnífico, *cara*! ¡No me explico cómo lo hace! Cada mañana es una nueva revelación. En Roma usted era hermosa, pero temible. Aquí, es una belleza rural reservada para mi exclusiva admiración. Tengo que pintarla con ese traje. Siéntese aquí y deje que la mire.

Ella se sometió gozosa a la adulación y se dejó conducir a un banquito de piedra sombreado por un almendro en flor. Él hizo gran alarde de instalarla a su satisfacción, desplegándole el vestido sobre el banco, alzándole la cabeza hacia las flores y

colocándole las manos en la falda. Tomó en seguida un cuaderno de dibujo y con rápidos y atrevidos trazos comenzó un bosquejo, hablando todo el tiempo.

—Esta mañana tomé café con nuestro amigo el doctor. Tenía los habituales resabios de la borrachera, pero se reanimó cuando le mencioné su invitación a cenar. Creo que está bastante enamorado de usted… ¡No, no! No hable; estropearía la pose. No veo cómo podría evitarlo el pobre tipo. Ha vivido tanto tiempo entre labriegos, que usted debe parecerle una princesa de cuento de hadas en su castillo… Ah, hay otra cosa, el Obispo de Valenta va a iniciar una investigación en gran escala sobre la vida y las virtudes de Giacomo Nerone. Ha importado de Roma un monseñor inglés para que actúe como Abogado del Diablo. Llegará aquí dentro de unos días. Me tomé la libertad de decir a Su Señoría que a usted le encantaría tenerlo como huésped.

—¡No! —Ella lanzó un grito de pánico; desapareció toda su compostura y miró a Black asustada y furiosa.

—¡Pero *cara*! —Él le manifestó instantáneamente su pesar. Dejó el bloc de dibujo y se le acercó con las manos solícitas—. Yo pensé que ésa sería su intención. No podía consultarla, pero sé que usted mantiene buenas relaciones con el Obispo y que no hay otro sitio para hospedar a un visitante. Éste no puede dormir con los campesinos, ¿no es así? Ni debajo del mostrador de la taberna. Además, es compatriota suyo… y mío. Creí darle un placer y la he ofendido. Nunca me lo perdonaré.

Se arrodilló junto a ella y escondió la cara en su falda, como un niño arrepentido.

Ésta era una de sus antiguas tretas para encantar a las mujeres maduras y una vez más le surtió efecto. Ella le acarició el pelo con los dedos y le dijo gentilmente:

—Usted no me ha ofendido, Nicki, por cierto. Sólo fue una sorpresa. Yo… yo no estoy preparada ahora para recibir visitas como acostumbraba hacerlo. Es indudable que usted procedió bien. Seré feliz teniendo aquí a ese monseñor.

—¡Yo sabía que sería así! —La alegría de Black fue instantánea—. Su Señoría se mostró agradecido, y no creo que nuestro visitante sea muy protocolar. Además… —en sus ojos apareció una malicia sonriente— podremos seguir la investigación desde adentro, ¿verdad?

—Supongo. —El rostro de ella volvió a nublarse y comenzó a estirar nerviosamente los pliegues de su falda—. Pero ¿qué hará él aquí?

Nicholas Black hizo un gesto de despreocupación.

—Lo que hacen todos. Preguntar, tomar notas, examinar testigos. Pensando en ello, es probable que usted sea uno de ellos. Usted conoció a Nerone, ¿no es así?

Ella se movió inquieta y eludió su mirada.

—Sólo ligeramente. Yo… yo no tendría nada que decir que valiera la pena.

—Entonces, ¿de qué se preocupa, *cara*? Tendrá palco en una comedia pueblerina, y también algo de cosmografía romana. Vamos, compóngase de nuevo y déjeme terminar este boceto.

Pero a pesar de todos sus cuidados, no pudo desvanecerle el miedo, y cuando

dibujó su rostro, cada línea fue una mentira. Las mujeres eran todas tontas. Sólo veían lo que querían ver, y Nicholas Black había sabido aprovechar su tontería durante la mayor parte de su vida.

Cuando terminó el bosquejo se lo ofreció con una reverencia y se sonrió interiormente ante su expresión de alivio y de placer. En seguida, con estudiado descuido, le besó una mano y la despidió.

—Usted me perturba, querida. Usted es una hermosa molestia. Vaya a cortar algunas flores para mi dormitorio y déjeme terminar el cuadro.

Mientras la observaba vacilante por el prado se rió para sus adentros. Ella había sido bondadosa y él no le guardaba rencor. Pero él también tenía sus placeres secretos, y el más sutil de todos era humillar con la intriga lo que nunca podría someter con la posesión, la carne hambrienta y odiosa de las mujeres.

Para Anne Louise de Sanctis el momento tenía un significado muy diferente. Ella no era estúpida ni viciosa, aunque consentía igualmente a las tonterías de la edad madura y a los vicios que le imponía un cuerpo lleno de vitalidad. Si se sometía a las pequeñas tiranías del pintor, era porque provocaban su vanidad y porque sabía que ella seguía manteniendo la balanza del poder. Él esperaba que ella le financiara una nueva exposición en Roma. Ella podía hacerlo, o despedirlo al día siguiente a la vida mezquina del artista mediocre y a la persecución de matronas complacientes.

Le agradaba ver que él también envejecía, y que cada nueva conquista le resultaba más difícil. La malignidad del pintor era como la de un niño, a veces hiriente, pero siempre acompañada por la necesidad inconfesada que tenía de ella. Ella también tenía necesidades propias, pero si bien él las comprendía y las ponía en juego, era impotente para usarlas en contra de ella. Jugaba con sus terrores y su soledad, pero aún no había descubierto cuál era su verdadero pavor.

Ése era el que la acompañaba ahora por el jardín abigarrado en la cumbre del monte, donde la riqueza y la mano de obra barata habían plantado un oasis en el suelo duro y agostado de Calabria. La tierra para los prados y los cuadros de flores había sido transportada al monte en cestos, a hombros de las campesinas. La piedra había sido canteada en la ladera por obreros del pueblo; los olivos, los pinos y el naranjal los plantaron los arrendatarios como tributo a la familia que los había mantenido bajo servidumbre durante siglos. Artistas napolitanos pintaron los muros y los cielos artesonados, y una docena de expertos habían adquirido en remates las pinturas, las esculturas y las porcelanas que el conde Gabriele de Sanctus exigía para su novia inglesa.

La muralla circundante fue construida, y fundidas las puertas blasonadas, para darle intimidad. El personal fue elegido por el mismo conde para que la sirviera solícitamente. La casa, las tierras y todo lo que ellas contenían fue su regalo de bodas: un retiro provinciano después de una febril estación en Roma, donde Gabriele de Sanctis escalaba altos puestos en el servicio del Duce. Para la hija de un diplomático de poca importancia, debutante en la temporada de Londres, fue como un cuento de

las Mil y Una Noches, pero el terror entró junto con ella por la puerta y desde entonces se quedó allí.

Gabriele de Sanctis había sido el iniciador… pero había muerto hacía tiempo en el desierto de Libia, poniendo fin a la deshonra con el suicidio. Una docena de hombres había pasado por su vida en los años siguientes, pero ninguno la pudo librar del terror.

Después apareció Giacomo Nerone. En ese mismo jardín, una mañana como ésa, ella se le había humillado suplicándole que la exorcizara, pero él se negó. Ella se vengó al final, pero la venganza le atrajo nuevas furias que la torturaban, pesadillas en el gran lecho barroco, espectros que merodeaban por los olivos y se reían como sátiros entre los azahares. Últimamente le atormentaban menos. Ella contaba con las drogas para dormir y con Nicholas Black para distraerse durante el día.

Pero ahora llegaría otro hombre, un clérigo de rostro gris de Roma, para excavar el pasado, para anotar deudas antiguas y sacar a luz culpas enterradas, sin cuidarse del dolor que pudiera ocasionar la revelación. Se hospedaría en su casa y se sentaría a su mesa. Investigaría y sondearía y ni siquiera la puerta con llave de su dormitorio podría defender de él sus secretos.

De pronto, la vitalidad que había extraído del baño matutino comenzó a escapársele, dejándola cansada y laxa. Caminó con pasos lentos y arrastrados hasta una glorieta que había en el borde del olivar donde sobre un pedestal de piedra se elevaba la estatuita de un fauno danzante. Frente al fauno había un banco rústico sobre el que caía una madreselva, lánguida y adherente. Ella se sentó, encendió un cigarrillo y aspiró con voracidad, haciendo que el humo llegara a sus pulmones y sintiendo relajarse lentamente la tensión.

Ahora lo comprendía. Había prolongado demasiado la fuga. No podía escapar del miedo que llevaba albergado en su propio cuerpo como un huésped. Tenía que terminar, de otro modo se precipitaría en la negra locura que amenaza a todas las mujeres que llegan al climaterio infelices y mal preparadas. Pero ¿cómo terminar? ¿Romper todas las puertas, humillarse ante los inquisidores, someterse a la purga de la confesión? Ya lo había ensayado y el fracaso había sido completo.

Le quedaba una alternativa, dura quizá, pero segura: el frasquito con cápsulas de gelatina que le brindaba sueño cada noche. Un poco más, un poquito más, y todo terminaría de una vez. En cierto sentido completaría así su venganza contra Giacomo Nerone, y contra el cuerpo que la había traicionado con él y había hecho que él la traicionara.

Pero no todavía. Faltaba un poco. Dejaría que llegara el sacerdote y si no la apremiaba mucho, interpretaría eso como un auspicio favorable, como una promesa de otras soluciones… Si la apremiaba, la solución sería sencilla, irónica y definitiva; y cuando la encontraran aún estaría bella como lo estaba cada mañana al salir de su baño perfumado.

CAPÍTULO IV

Para Blaise Meredith, los días pasados en casa del obispo fueron los más felices de su vida. Hombre de temperamento frío, había empezado a comprender el significado del compañerismo. Introvertido y autárquico, vio por primera vez la dignidad de la dependencia, la gracia de una confidencia compartida. Aurelio, Obispo de Valenta, era un hombre que tenía el don de la comprensión y un raro talento para la amistad. La soledad y el frío coraje de su huésped le conmovieron profundamente, y con tacto y simpatía se propuso intimar con él.

La primera mañana fue temprano a la habitación de Meredith llevando el abultado volumen de registros de la primera investigación sobre Giacomo Nerone. Encontró al sacerdote pálido y fatigado, sentado en la cama y con la bandeja del desayuno sobre las rodillas. Dejó el volumen en la mesa y se le acercó solícito, sentándose al borde del lecho.

—¿Mala noche, amigo mío?

Meredith hizo un gesto de débil asentimiento.

—Un poco peor que de costumbre. El viaje, posiblemente, y la excitación. Tengo que pedirle excusas. Esperaba ayudar la misa de Su Señoría.

El Obispo se sonrió moviendo la cabeza negativamente.

—No, Monseñor. Usted está ahora bajo mi jurisdicción. Le prohíbo decir misa, excepto los domingos. Duerma hasta tarde, recójase temprano, y si me parece que trabaja demasiado puedo retirarlo del caso. Usted está en el campo. Tómese tiempo. Huela la tierra y los azahares. Elimine de sus pulmones el polvo de las bibliotecas.

—Su Señoría es muy bondadoso —repuso gravemente Meredith—, pero el tiempo que me queda es escaso.

—Mayor razón para que lo ocupe un poco en usted —le dijo el Obispo—. Y también un poco en mí. Recuerde que yo también soy forastero aquí. Mis colegas son buenas personas, en su mayoría, pero como compañía son aburridos. Hay cosas que quiero mostrarle, charlas que deseo oírle. En cuanto a esto —y le indicó el abultado volumen encuadernado en piel—, puede leerlo en el jardín. La mitad es repetición y retórica. El resto puede digerirlo en un par de días. Las personas a quienes tendrá que ver están sólo a una hora de distancia en automóvil… y el mío lo tiene a su disposición en cualquier momento, con chófer para que le atienda.

Una sonrisa lenta y desconcertada asomó al rostro pálido de Meredith.

—Usted es bondadoso conmigo y eso lo encuentro insólito. Me pregunto, ¿por qué es usted así?

La fisonomía del Obispo se iluminó con juvenil animación.

—Usted ha vivido demasiado tiempo en Roma, amigo mío. Ha olvidado que la Iglesia es una familia de fieles, no simplemente una burocracia de creyentes. Éste es

un signo de los tiempos, uno de los signos menos venturosos. Estamos en el siglo de la máquina y la Iglesia le ha hecho demasiadas concesiones. Ahora hay relojes que señalan el tiempo en el Vaticano, y máquinas calculadoras con cintas de papel para registrar variaciones del mercado de valores.

A pesar de su cansancio, Meredith echó atrás la cabeza y prorrumpió en una carcajada. El Obispo hizo un gesto de aprobación.

—Eso está mejor. Un poco de risa espontánea nos haría bien a todos. Necesitamos uno o dos satíricos que nos devuelvan el sentido de las proporciones.

—Probablemente los perseguirían por calumnia o los acusarían de herejía.

—*Inter faeces et urinam nascimur*[5] —citó tranquilamente el Obispo—. Fue un santo quien lo dijo, y se aplica tanto a los Papas como a los sacerdotes y a las prostitutas de Regio di Calabria. Un poco más de risa por la comicidad de nuestra condición, unas pocas lágrimas sinceras por lo lamentable del estado de cosas, y todos seríamos mejores cristianos. Termine ahora su desayuno y dé en seguida un paseo por el jardín. He gastado mucho tiempo en él y me parecería muy mal que un inglés no supiera apreciarlo.

Una hora después, bañado, rasurado y fresco, salió Meredith al jardín, llevando consigo el volumen de declaraciones sobre Giacomo Nerone. Durante la noche había llovido, el cielo estaba despejado y el aire se había impregnado de olor a tierra húmeda, hojas lavadas y flores recién abiertas. Las abejas zumbaban alrededor de los azahares, e hibiscus escarlatas y alelíes amarillos, rígidos y estridentes, bordeaban las orillas de piedra de los senderos. De nuevo sintió Meredith hambre de permanencia en esa tierra pujante cuya belleza descubría por primera vez. Si pudiera quedarse más tiempo, arraigarse como un árbol para que le azotaran la intemperie y los vientos, pero sobreviviendo para bañarse en lluvia y sol y en la renovación de la primavera. Pero no. Había vivido demasiado en el polvo de las bibliotecas y cuando llegara su hora le enterrarían en ese polvo. No brotarían flores de su boca como en las de los hombres más humildes, no se enroscarían raíces alrededor de la caja que contenía su corazón y sus vísceras. Le clavarían en un ataúd forrado en plomo y le llevarían a una cripta en la iglesia del Cardenal, donde se descompondría, estéril como había vívido, hasta el Día del Juicio.

El pasto verdeaba alrededor de los troncos de los olivos y el aire estaba tibio y quieto. Se quitó la sotana y el cuello y se abrió la camisa para que el sol le bañara el pecho enflaquecido; en seguida se sentó, apoyado contra el tronco de un árbol, abrió el gran volumen empastado en cuero y comenzó a leer:

> *«Declaraciones preliminares sobre la vida, las virtudes y los pretendidos milagros del siervo de Dios, Giacomo Nerone. Reunidas por indicación y bajo la autoridad de Su Señoría Ilustrísima, Aurelio, Titular de Valenta en la provincia de Calabria, por Gerónimo Battista y Luigi Saltarello, sacerdotes de la misma Diócesis».*

Venía en seguida la cláusula cautelosa:

> *«Las declaraciones y testimonios que siguen son de carácter extrajudicial, porque hasta la fecha no se ha designado un tribunal ni se ha nombrado a personas autorizadas para que examinen oficialmente la causa del siervo de Dios. Aunque se han hecho todos los esfuerzos por descubrir la verdad, los testigos no fueron jurados, ni colocados bajo sanción canónica para que revelaran lo que sabían. No se observó ninguno de los procedimientos de un tribunal diocesano ni en cuanto al secreto ni en cuanto al método de inscripción. Se ha advertido, no obstante, a los testigos, que pueden ser llamados a prestar testimonio bajo juramento si tal tribunal se constituyera y cuando lo hiciere».*

Blaise Meredith hizo un signo de asentimiento y frunció con satisfacción sus labios delgados. Hasta ahí la cosa iba bien. Ésa era la burocracia de la Iglesia en acción, el legalismo romano aplicado a los asuntos del espíritu. Los escépticos podían burlarse, los creyentes podían sonreírse por sus exageraciones, pero en su esencia era sano. Era el mismo genio que diera al Occidente el código civilizado bajo el cual, en parte al menos, sigue viviendo. Volvió la página y continuó la lectura:

«De non cultu. (Decreto de Urbano VIII, 1634)».

»Teniendo a la vista los informes sobre visitas de peregrinos y sobre la veneración rendida por algunos de los fieles al sitio en que reposa el siervo de Dios, consideramos que nuestro primer deber era averiguar si han sido observados los decretos del Pontífice Urbano VIII prohibiendo el culto público. Hemos encontrado que muchos de estos fieles, tanto visitantes como residentes, van a la tumba de Giacomo Nerone y allí oran. Algunos pretenden haber recibido favores espirituales y temporales por su intercesión. Las autoridades civiles, y en particular el alcalde de Gemello Maggiore, han organizado cierta publicidad en la prensa y mejorado los medios de transporte para fomentar la venida de visitantes. Aunque esto puede constituir una indiscreción, no contraviene a los cánones. No se permite culto público en el sentido canónico. El siervo de Dios no es invocado en ceremonias litúrgicas. No hay cuadros ni imágenes expuestos a la veneración del público y, aparte de las informaciones desfiguradas de la prensa, no han circulado hasta ahora libros ni folletos que relaten milagros. Circulan en privado entre los fieles algunas reliquias del siervo de Dios, pero no se ha permitido que se les rinda veneración pública. En consecuencia, a nuestro juicio, los cánones que prohíben el culto público han sido observados…».

Las frases formales hicieron dormitar ligeramente a Meredith. Ése era terreno conocido, familiar pero tranquilizador. La función de la Iglesia no es sólo imponer la creencia, sino también limitarla, fomentar la piedad y desalentar a los piadosos. Las

leyes estaban presentes, por más que las oscureciera la ignorancia, y su razón serena era un freno a los excesos de los devotos y a las rigurosas demandas de los puritanos. Pero todavía se encontraba muy lejos del corazón del problema: la vida, las virtudes y los pretendidos milagros de Giacomo Nerone. El párrafo siguiente no lo acercó más. Su título era:

«De scriptis[6]*».*

«No se ha encontrado ninguna clase de escritos atribuibles al siervo de Dios. Ciertas referencias, anotadas más adelante en las declaraciones, señalan la posible existencia de un fajo de manuscritos que se ha perdido, o ha sido destruido u ocultado deliberadamente por personas interesadas. Mientras no se inicie un proceso judicial y sea posible aplicar sanción moral a los testigos, no es posible que obtengamos mayores informaciones sobre este importante punto».

Blaise Meredith hizo una mueca de descontento. No había escritos. ¡Qué lástima! Desde un punto de vista jurídico lo que un hombre escribe es la única indicación segura de sus creencias e intenciones, y dentro de la lógica rigurosa de Roma, los escritos son más importantes aún que los actos. Un hombre puede asesinar a su mujer o seducir a su hija y continuar siendo miembro de la Iglesia; pero si rechaza una coma siquiera de la verdad definida se coloca inmediatamente fuera de ella. Puede pasar su vida haciendo el bien y no obstante carecer al final de todo mérito. El valor moral de un acto depende de la intención con que se realiza. Pero cuando un hombre ha muerto, ¿quién puede hablar de los secretos de su corazón? El comienzo era desalentador y lo que seguía, más inquietante aún.

«Resumen Biográfico».

«Nombre: Giacomo Nerone. Hay razones —anotadas más adelante en las declaraciones— para suponer que éste era un seudónimo.

»Fecha de nacimiento: Desconocida. Las descripciones físicas de los testigos varían considerablemente, pero la opinión general es que tendría de 30 a 35 años de edad.

»Lugar de nacimiento: Desconocido.

»Nacionalidad: Desconocida. Hay evidencias de que Giacomo Nerone fue aceptado al principio como italiano, pero más tarde se dudó de su identidad. Se le describe como de alta estatura, moreno y de piel tostada. Hablaba italiano correctamente y con fluidez, aunque con acento del Norte. Al principio no hablaba dialecto, pero más adelante lo aprendió y lo hablaba constantemente. Durante el período abarcado por su vida en Gemelli dei Monti, hubo unidades de tropas alemanas, norteamericanas, inglesas y canadienses operando en la provincia de Calabria. Existen varias suposiciones sobre su nacionalidad, pero consideramos que

las pruebas para afirmarlas son insuficientes.

»No obstante, tenemos la opinión, por razones que aún no están claras, de que él hizo un esfuerzo deliberado para ocultar su verdadera identidad. Creemos también que algunas personas la conocen y siguen tratando de ocultarla.

»Fecha de llegada a Gemelli dei Monti: La fecha exacta es incierta, pero todos concuerdan en que fue a fines de agosto de 1943. Esta fecha corresponde aproximadamente con la conquista de Sicilia por los Aliados y con las operaciones del Octavo Ejército inglés en la provincia de Calabria.

»Período de residencia en Gemelli dei Monti: Agosto de 1943 a 30 de junio de 1944. Todos los testimonios se refieren a este período inferior a doce meses, y todas las pretensiones a la santidad heroica tienen que ser juzgadas por los registros disponibles de ese tiempo extraordinariamente corto.

»Fecha de fallecimiento: 30 de junio de 1944, 3 p. m. Giacomo Nerone fue ejecutado un pelotón de fusilamiento de los guerrilleros bajo el mando de un individuo conocido por Il Lupo, El Lobo. Tanto el día como la hora son exactos y han sido confirmados por testigos oculares. Las circunstancias también han sido confirmadas por testimonio unánime.

»Entierro: El entierro se efectuó a las 10.30 p. m. del 30 de junio. El cuerpo de Giacomo Nerone fue retirado del sitio de la ejecución por seis personas y llevado a un lugar conocido como Grotta del Fauno, donde reposa. Tanto la identificación del cuerpo como las circunstancias del entierro han sido confirmadas por el testimonio unánime de los que tomaron parte en él».

Blaise Meredith cerró el grueso volumen y lo dejó en la hierba, junto a él. Afirmó la cabeza contra el tronco áspero del olivo y reflexionó sobre lo que había leído. Todo lo que se sabía y estaba cubierto por los testimonios abarcaba un período de once meses, en una vida de treinta a treinta y cinco años. No había escritos que analizar. Ninguna de estas cosas excluía la santidad, que era la materia de la investigación de Meredith y del proceso judicial del tribunal del Obispo.

En casos como éste, uno se veía siempre forzado a recurrir a la fría lógica de los teólogos.

Esta lógica comienza con la premisa de un Dios personal, eterno, autárquico, omnipotente. El hombre es el resultado de un acto creador de la divina voluntad. La relación entre el Creador y su criatura está definida primeramente por la ley natural, cuya operación es visible y comprensible para la razón humana, y después por una serie de revelaciones divinas, que culminan en la Encarnación, la Enseñanza, la Muerte y la Resurrección del Dios hecho Hombre, Jesucristo.

La perfección del hombre y su unión definitiva con el Creador dependen de su conformidad con la relación que debe existir entre ambos, su salvación depende de que se encuentre en estado de conformidad en el momento de la muerte. Le ayuda a esta conformidad el auxilio divino, llamado Gracia, siempre a su alcance en la

medida suficiente para asegurarle la salvación, en tanto él coopere con el uso de su libre albedrío. La salvación implica perfección, pero una perfección limitada.

Mas la santidad, la santidad heroica, supone la llamada especial a una perfección mayor por el uso de Gracias especiales, a ninguna de las cuales podría llegar el hombre por sus propias fuerzas. Cada época ha producido su cosecha de santos y no todos se han dado a conocer ni todos los conocidos han sido proclamados.

Las proclamaciones oficiales involucran algo más que el hecho de que la Divinidad quiere dar a conocer las virtudes de un santo llamando la atención hacia ellas por medio de milagros, de actos que trascienden el poder humano, de suspensiones divinas de las leyes de la naturaleza.

Este significado fue lo que perturbó a Meredith al comenzar el caso de Giacomo Nerone. Es un axioma simple de cada teólogo que un Ser omnipotente no puede prestarse, por su misma naturaleza, a la trivialidad ni al secreto trivial.

Nada tiene de trivial el nacimiento de un hombre, puesto que supone la proyección de una nueva alma dentro de las dimensiones de la carne. Nada tiene de trivial la progresión de su vida, ya que cada acto le acondiciona para el último momento de ella. Y su muerte es el momento en que el espíritu es lanzado del cuerpo en la actitud irrevocable de la conformidad o del rechazo.

De manera que cualesquiera que fueren las lagunas en la historia personal de Giacomo Nerone, había que llenarlas. Si ocultaban los hechos, Blaise Meredith los desenterraría, porque también él sería llamado muy pronto a juicio.

Pero lo que un hombre debe hacer y lo que sus fuerzas le permiten son, frecuentemente, dos cosas distintas. El aire era tibio, el zumbido de los insectos tenía una cualidad engañosamente aquietante y el cansancio de una noche de insomnio retornaba insidioso. Blaise Meredith sucumbió a él y durmió sobre el blando césped hasta la hora del almuerzo.

Su Señoría se rió encantado cuando Meredith le confesó, lleno de turbación, su debilidad matinal.

—¡Espléndido! Todavía podemos convertirlo en campesino. ¿Tuvo sueños placenteros?

—No soñé —repuso Meredith con parco buen humor— y eso fue un bien tan grande como dormir. Y trabajé poco. Hojeé algunas declaraciones antes del almuerzo, pero las encuentro poco satisfactorias.

—¿En qué sentido?

—Es difícil definirlo. Son de tipo normal. Son el resultado evidente de un interrogatorio cuidadoso. Pero ¿cómo me explicaré? No dan un cuadro claro ni de Giacomo Nerone ni de los testigos. Y para nuestros fines, ambos tienen importancia. Es evidente que el cuadro puede irse aclarando a medida que yo avance, pero por ahora no tiene perfiles acusados.

El Obispo asintió.

—Ésa fue también mi impresión y es una de las razones de mis dudas en la materia. Las declaraciones se conforman todas al mismo modelo. No hay elementos de conflicto o controversia. Y los santos son personajes muy discutidos.

—En cambio hay elementos de secreto —observó Meredith.

—Precisamente. —El obispo bebió un sorbo de vino y reflexionó antes de explayarse—. Es como si un sector de la población se hubiera convencido de la santidad de este hombre y quisiera probarla a toda costa.

—¿Y el otro sector?

—Parece que estuviera resuelto a no decir nada, ni en pro ni en contra.

—Es muy pronto para que yo pueda apreciarlo —dijo cautelosamente Meredith —. No he leído ni estudiado lo suficiente. Pero el tono de las declaraciones que he visto resulta forzado o irreal, como si los testigos hablaran en un idioma nuevo.

—¡Eso es! —exclamó el Obispo vivamente interesado—. Es extraño, amigo mío, pero usted ha puesto el dedo en un problema que hace largo tiempo me preocupa: la dificultad de la comunicación fidedigna entre el clero y los laicos. Es una dificultad que crece en vez de disminuir, y que inhibe hasta la benéfica intimidad del confesionario. Creo que la raíz es ésta: la Iglesia es una teocracia, gobernada por una casta sacerdotal, de la que usted y yo somos miembros. Tenemos un lenguaje propio, pero hierático si usted quiere, formalista, estilizado, admirablemente adaptado para la definición legal y teológica. También tenemos, por desgracia, una retórica propia que, como la del político, dice mucho y transmite poco. Pero no somos políticos. Somos maestros, maestros de una verdad que proclamamos como esencial para la salvación del hombre. Pero ¿cómo la predicamos? Hablamos rotundamente de la fe y de la esperanza como si estuviéramos pronunciando una fórmula de encantamiento. ¿Qué es la fe? Un salto a ciegas hacia los brazos de Dios. Un acto inspirado de la voluntad que es nuestra única respuesta al misterio terrible: ¿de dónde venimos y adónde vamos? ¿Qué es la esperanza? La confianza de un niño en la mano que le saca de los terrores que tratan de alcanzarlo desde la oscuridad. Predicamos la caridad y la compasión, pero raras veces lo que significan: manos que laboran en las inmundicias de una sala de hospital, limpiando la infección de llagas sifilíticas. Hablamos a los fieles todos los domingos, pero nuestras palabras no les llegan, porque hemos olvidado nuestra lengua materna. No siempre fue así. Los sermones de San Bernardino de Siena casi no pueden imprimirse hoy día, pero llegaban a los corazones, porque la verdad que contenían era aguda como una espada, e igualmente dolorosa…

Se interrumpió, sonriendo como pidiendo excusas por su exaltación. Después de un breve silencio, dijo con suavidad:

—Ése es el problema de nuestros testigos, Monseñor. No les comprendemos porque hablan como nosotros les hablamos. Y eso significa muy poco según del lado que se mire.

—Entonces, ¿cómo yo, yo especialmente, puedo acercarme a ellos? —preguntó Meredith con socarrona humildad.

—Con la lengua materna —dijo Aurelio, Obispo de Valenta—. Usted, como ellos, nació *inter faeces et urinam*, y ellos se sorprenderán al ver que usted no lo ha olvidado. A decir verdad, es posible que se sorprendan mucho.

Más tarde, mientras el sol reverberaba fuera de los postigos entornados y los prudentes habitantes del Sur dormitaban durante las horas de calor, Blaise Meredith reposó en su cama meditando en las palabras del Obispo. Eran verdaderas y él lo sabía. Pero el hábito de años era fuerte: el eufemismo cuidadoso, el recato sacerdotal, como si la lengua se avergonzara de mencionar el cuerpo que le ha concebido y el acto sublime que le dio el ser.

No obstante, el mismo Cristo había operado en esa manera corriente. Hablaba en lengua vulgar con símbolos vulgares: una mujer que gemía en los dolores del parto, el eunuco obeso que recorría los comercios, la mujer insatisfecha con sus muchos maridos y que buscaba a otro hombre. Él no invocó ninguna historia que le alejara de los hombres que Él mismo había creado. Comió con labriegos y bebió con prostitutas; no esquivó el bálsamo con que le ungieron manos que habían acariciado cuerpos de hombres en mil noches de pasión.

¿Y Giacomo Nerone? Si era santo, habría sido como su maestro. Si no lo era, siempre habría sido hombre y la verdad respecto de él podría expresarse en el lenguaje sencillo del dormitorio y la taberna.

A medida que avanzaba la tarde y el aire fresco penetraba en la habitación, Meredith comenzó lentamente a comprender la tarea que tenía por delante.

Su primer problema era de táctica. Aunque los avisos ya estaban publicados, y designados los dos funcionarios principales, el tribunal no se había constituido. Como todos los testimonios rendidos ante el tribunal lo serían bajo juramento y en secreto, y como no había objeto en desperdiciar tiempo con personas frívolas que se negaran a cooperar, era preciso someterlas primero a prueba por medio de entrevistas privadas, sin previo juramento, del mismo modo que un abogado civil lo hace con sus testigos antes de presentarlos.

Ya habían sido entrevistados por Battista y Saltarello, cuyas investigaciones tenía en sus manos. Pero ellos eran sacerdotes regionales, y se presumía que parciales, si no definitivamente favorables al candidato. La posición de él era muy distinta; era extranjero, funcionario del Vaticano, defensor de la Corona. La naturaleza misma de su cometido lo hacía sospechoso, y si había concomitancias de intereses mundanos —como indudablemente las habría— podía contar con una oposición activa y poderosa.

Los que promovían la Causa del santo tendrían cuidado de dirigirlo esquivando toda información contenciosa. Si habían atestiguado en favor de Giacomo Nerone, no cambiarían su declaración ante el Abogado del Diablo, aunque sería posible ponerlo en causa si encontraba motivos de contradicción. Evidentemente no se podía intrigar en asuntos divinos, pero esto se hace ya tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella.

La Iglesia es una familia de hombres y mujeres y ni siquiera el espíritu Santo da a nadie garantías de impunidad.

Su mejor oportunidad parecía presentarse con los que se había negado a prestar declaraciones. No sería fácil descubrir la razón de ciertas personas para no creer en los santos y considerar sus cultos como una superstición perjudicial. Pero de seguro, todas ellas estarían prontas a revelar cualquier cosa que delatara los pies de barro de un ídolo popular. Hay gente que cree en los santos, pero no quiere saber nada con ellos. Les resultan molestos como compañía y consideran sus virtudes como un perpetuo reproche. Nadie es más porfiado que un católico en pugna con su conciencia. Finalmente existen los que vacilan en revelar hechos que favorecen al candidato porque les desacreditan a ellos.

El problema siguiente era buscar a esas personas. De acuerdo con los escritos de Battista y Saltarello, toda la información positiva provenía de Gemello Maggiore, el pueblo próspero, y la negativa de su gemelo deprimido del otro lado del valle. La diferencia era demasiado obvia para desconocerla y demasiado artificial para aceptarla a ciegas. Meredith decidió discutirlo con el Obispo durante la comida.

Su Señoría abordó la cuestión con mayor cautela que de costumbre.

—También para mí, ésta ha sido una de las características más desconcertantes de la cuestión. Permítame que se la presente en perspectiva. Tenemos dos pueblos, gemelos por el nombre y por la naturaleza, encaramados en los cuernos de la misma montaña. ¿Qué eran antes de la guerra? Típicos villorrios calabreses, caseríos ruinosos, habitados por arrendatarios de señores ausentes. En cuanto al aspecto exterior y al nivel de vida, no había entre ambos una diferencia perceptible, excepto que Gemello Minore tenía una *padrona*[7] residente, la *contessa* de Sanctis… —El obispo subrayó con ironía el paréntesis—. Una mujer interesante, la *contessa*. Tengo curiosidad por saber lo que usted pensará de ella. Usted será su huésped cuando vaya a Gemello Minore. Sin embargo, entonces como ahora, su presencia no cambia en nada el estado de la población local… Llegó la guerra. Se llevaron a los jóvenes para el ejército y quedaron los viejos y las mujeres para cultivar la tierra. En el mejor de los casos era una tierra pobre, como usted lo verá, y a medida que pasaron los años se empobreció más y más. Existía un impuesto estatal sobre las cosechas, y una vez que los propietarios retiraban su parte, quedaba poco para los campesinos y el hambre era frecuente en las montañas. Ahora… —Su Señoría accionó enfáticamente sus manos largas y sensitivas— llega allí un hombre, un extranjero que se hace llamar Giacomo Nerone. ¿Qué sabemos de él?

—Bien poco —dijo Blaise Meredith—. Llega de la tierra de nadie vestido con andrajos campesinos. Está herido y enfermo de malaria. Pretende ser un desertor. Los labradores le aceptan sin hacerle preguntas. Ellos tienen hijos que están lejos. No simpatizan con una causa perdida. Una viuda joven llamada Nina Sanduzzi le recibe en su casa y le cuida. Se unen y él la abandona después… precisamente cuando la ha dejado embarazada.

—¿Y después? —le preguntó astutamente el obispo.

Blaise Meredith se encogió de hombros, desconcertado.

—Aquí es donde me pierdo. Las declaraciones son confusas, los testigos ambiguos. Se habla de una conversión, de una vuelta a Dios. Nerone deja la casa de Nina Sanduzzi y se construye una choza en el rincón más desolado del valle. Planta un huerto. Pasa las horas en soledad y contemplación. Se presenta en la iglesia los domingos y recibe los sacramentos. Al mismo tiempo… al mismo tiempo, se lo recalco, parece asumir la jefatura de los dos pueblos.

—¿De qué modo los conduce y a qué? Le estoy sometiendo a un examen, Meredith, porque quiero ver lo que usted, recién llegado, saca en limpio de esta historia. Yo la conozco de memoria, pero sigo desorientado.

—Según rezan los testimonios, —dijo cuidadosamente Meredith—, comenzó por recorrer casa a casa ofreciendo sus servicios a quienes los necesitaran: a un viejo cuya tierra se le perdía; a una abuela, débil y sola; a un granjero enfermo que precisaba de alguien que cavara su plantel de tomates. Exigía pago en especies de quienes podían dárselo: leche de cabra, aceitunas, vino, queso, y se las entregaba a los necesitados. Más adelante, cuando llegó el invierno, organizó una cooperativa de trabajo y de recursos, y la implantó rigurosamente, a veces con violencia.

—¿Y esto no es un proceder santo? —sugirió el Obispo.

—Tal fue mi impresión —admitió Meredith.

—Pero el mismo Cristo fustigó a los cambistas de monedas y los lanzó del templo, ¿verdad? Y cuando usted conozca a nuestros calabreses, convendrá en que tienen las cabezas más duras y los puños más apretados de Italia.

Meredith tuvo que sonreír ante la celada que le había tendido el Obispo.

Aceptó el punto y prosiguió:

—Lo anotamos entonces a favor de Giacomo Nerone. Lo que sigue también le favorece. Cuidaba a los enfermos y parece que prestó servicios médicos rudimentarios en colaboración con cierto doctor, Aldo Meyer, un exiliado político, quien, con curiosa actitud, se niega a dar testimonio del caso.

—Ese punto también me ha preocupado mucho —dijo el Obispo. Es tanto más interesante cuanto que, antes y después de la guerra, el mismo Meyer trató de organizar a esta gente para bien de ellos. Y fracasó totalmente. Es un hombre extraordinariamente humanitario, pero tiene en su contra el ser judío en un país católico… y acaso otras cosas. Usted debe tratar de acercársele. Puede quedar sorprendido… Continúe, por favor.

—Encontramos en seguida manifestaciones de una mayor actividad religiosa. Nerone reza con los enfermos, conforta a los moribundos. Viaja por la nieve con el sacerdote para llevar los últimos Sacramentos. Cuando falta el sacerdote, él mismo acompaña la agonía. Aquí hay algo raro… —Meredith se detuvo, vacilando—. Dos de los testigos dicen: «Cuando el padre Anselmo se negó a acudir…». ¿Qué significa esto?

—Lo que dice, me imagino —replicó Su Señoría sin inmutarse—. Ha habido mucho escándalo sobre este hombre. Varias veces he pensado retirarlo, pero hasta ahora he optado por lo contrario.

—Usted tiene reputación de mantener una rígida disciplina. Ha retirado a otros. ¿Por qué no a éste?

Es viejo —dijo suavemente el Obispo—. Viejo y creo que muy próximo a la desesperación. Sería muy terrible pensar que yo le hubiera empujado a ella.

—Perdón —dijo inmediatamente Meredith.

—No importa. Somos amigos. Usted tiene derecho a interrogar. Pero yo soy un obispo, no un burócrata. Llevo el cayado del pastor y las ovejas extraviadas también me pertenecen. Siga. Hábleme más de Giacomo Nerone.

Meredith se pasó la mano por los ralos cabellos. Se estaba cansando. Mantener en orden sus pensamientos le suponía un gran esfuerzo.

—Alrededor de marzo de 1944, llegaron los alemanes: primero un pequeño destacamento, luego otro mayor, como guarnición de refuerzo de los que combatían contra el Octavo Ejército inglés, que había cruzado el Estrecho de Messina y remontaba luchando la punta calabresa de la bota. Giacomo Nerone negocia con ellos y, al parecer, con éxito. Los campesinos entregarán una cuota mínima garantizada de alimento fresco, a cambio de medicinas y ropa de invierno. El comandante de la guarnición se compromete a disciplinar sus tropas y proteger a las mujeres cuyos maridos y hermanos están ausentes. La transición se cumple bastante bien y Nerone es un mediador respetado. Esta asociación con los alemanes fue aducida más tarde como un motivo para su ejecución por los guerrilleros. Cuando los Aliados se abrieron camino y comenzaron el avance hacia Nápoles, soslayaron los pueblos y dejaron que los guerrilleros regionales pelearan contra las fuerzas alemanas dispersas y en retirada. Giacomo Nerone se quedó…

El obispo alzó una mano para indicarle que se detuviera.

—Aguarde un momento. ¿Qué descubre usted hasta ahora?

—Un desconocido —dijo Meredith—. Lo ignoro. El hombre sin tierra. El perdido que, de pronto, se torna piadoso. Posee un sentido de la gratitud, un toque de compasión, talento y, acaso, afición a la jefatura. Pero ¿quién es? ¿De dónde viene y por qué actúa como lo hace?

—¿No descubre un santo en él?

Meredith movió la cabeza negativamente.

—Todavía no. Posiblemente piedad, pero no santidad. Aún no he examinado las pruebas de los pretendidos milagros, de manera que paso eso por alto. Pero establezco un punto. En la santidad hay un plan, una gran razón de ser. Hasta aquí no descubro razones, sólo secreto y misterio.

—Es posible que no haya misterio, sino ignorancia e incomprensión. Dígame, amigo, ¿qué sabe usted de las condiciones en que se vivía en ese tiempo aquí en el Sur?

—Muy poca cosa —confesó Meredith—. Durante toda la guerra estuve encerrado en la Ciudad del Vaticano. Sólo supe lo que oía y leía, y bien sabemos cómo glosaban las noticias.

—Permítame, entonces, que le explique.

El Obispo se levantó y se dirigió a la ventana. Contempló el jardín, donde el viento agitaba débilmente los matorrales, y las sombras eran densas porque la luna no asomaba todavía sobre las cumbres de los cerros. Cuando habló, una remota tristeza tornó opaca su voz.

—Soy italiano y entiendo esta historia mejor que muchos, aunque todavía no comprendo a las personas que intervinieron en ella. Primero tiene usted que darse cuenta de que un pueblo derrotado no tiene lealtades. Sus jefes le han traicionado. Sus hijos han muerto por una causa perdida. No cree en nadie, ni siquiera en sí mismo. Cuando nuestros conquistadores llegaron voceando democracia y libertad, tampoco les creímos. Sólo miramos el trozo de pan que tenían en la mano y calculamos exactamente el precio que nos pedirían por él. Los hambrientos ni siquiera creen en el trozo de pan mientras no han comido y sienten en sus estómagos vacíos el dolor que él les produce. Así fue en el Sur. El pueblo estaba derrotado, hambriento. Peor aún, estaba olvidado y lo sabía.

—Pero Nerone no lo olvidó —objetó Meredith—. Siguió con ellos. Continuó siendo su jefe.

—Ya no. En esta tierra había nuevos señores. Hombres con fusiles nuevos, mochilas repletas y una burda autorización de los conquistadores para limpiar las montañas y mantenerlas despejadas hasta que se estableciera un gobierno nuevo y tratable. Sus nombres y sus rostros eran familiares: Michele, Gabriele, Luigi, Beppo. Tenían pan con qué negociar, carne en latas, barras de chocolate y también cuentas antiguas que saldar, cuentas políticas y personales. Saludaban con el puño del compañerismo y con el mismo puño golpeaban los rostros de los que se atrevían a discrepar con ellos. Eran muchos y fuertes, porque vuestro *Mr*. Churchill había dicho que negociaría con quienesquiera le ayudasen a limpiar la inmundicia de Italia y continuar la invasión de Francia. ¿Qué podía hacer contra ellos Giacomo Nerone, su desconocido de la tierra de nadie?

—¿Qué trató de hacer? Eso es lo que me interesa. ¿Por qué algunos se aferran a él como a un santo y otros le rechazan y le entregan a traición a sus verdugos? Más que nada, ¿por qué los guerrilleros se declararon en su contra?

—Lo encontrará en los registros —dijo Su Señoría con fatigada sonrisa—. Le llamaron colaborador. Le acusaron de comercio utilitario con los alemanes.

Meredith rechazó enfáticamente la sugerencia.

—¡No basta! Eso no es suficiente para explicar el odio, la violencia, la división y por qué un pueblo prospera y el otro se hunde más profundamente en la ruina. A nosotros tampoco nos basta. El pueblo pretende que ha habido martirio, muerte en defensa de la fe y los fundamentos de la moral. Lo que usted me ha mostrado es una

ejecución política, injusta y cruel, posiblemente, pero no más que eso. No nos preocupa la política, sino la santidad, la relación directa de un hombre con el Dios que lo hizo.

—Es posible que sólo fuera eso: un hombre bueno enredado en los lazos de la política.

—¿Lo cree así Su Señoría?

—¿Tiene importancia lo que yo crea, monseñor?

Aurelio volvió hacia Meredith su rostro astuto de rasgos patricios, sonriendo irónicamente.

Y de pronto la verdad golpeó a Meredith como agua fría en pleno rostro. Ese hombre también llevaba una cruz. Podía ser obispo, pero le acosaban dudas y le perseguían temores en la cima de la montaña de la tentación. Una compasión extraña se agitó en el seco corazón de Blaise Meredith, quien replicó suavemente:

—¿Que si importa? Creo que muchísimo.

—¿Por qué, Monseñor? —Los ojos sabios y profundos le emplazaron.

—Porque usted, como yo, teme al dedo de Dios.

CAPÍTULO V

Nicholas Black, el pintor, trabajaba en un nuevo cuadro. Se trataba de una composición sencilla pero extrañamente dramática: un hacinamiento de rocas desnudas, hendidas y descompuestas por la acción del tiempo, manchadas de hongos y abigarradas como la piel que abandona una serpiente; entre las rocas se alzaba un olivo solitario, seco y sin follaje, cuyas ramas desnudas se extendían como una cruz contra el claro azul del cielo.

Llevaba una hora trabajando en la alegre soledad de una pequeña meseta situada a media altura del monte, mientras a sus pies se extendía el valle cuadriculado y la luz meridiana salpicaba los matorrales de la cumbre.

El sol calentaba su torso nervudo y tostado. El aire era lánguido y seco, pero estaba animado por el ruido de las cigarras, y a su lado dormitaba Paolo Sanduzzi, laxo como un lagarto sobre una roca gris.

Nicholas Black ignoraba la felicidad y raras veces había experimentado una satisfacción plena, pero en la quietud de este sitio y esta hora, en compañía del muchacho durmiente y con un cuadro que iba tomando bajo su mano una forma vigorosa, se aproximaba como nunca a ella.

Pintaba con perseverancia, con agrado; sus pensamientos se extrovertían hacia la tela y el árbol plomizo y retorcido que semejaba una horca en un Gólgota en miniatura. El olivo revelaba una fuerza que le conmovía: nervios en la madera, músculos y huesos bajo la corteza grisácea y áspera, como si un día fuera a romperse al amanecer y emergiera de ella un hombre nuevo y resplandeciente en una especie de resurrección.

Black admiraba la fuerza porque poseía muy poca, pero raras veces podía traducirla en sus obras. Los críticos lo habían observado desde hacía tiempo. Admiraban el encanto de sus pinturas, su atrevimiento, su brillo dramático, pero deploraban el raquitismo de los huesos y la palidez de la sangre que recubría la pulida epidermis. Después le llamaron *raté*[8], hombre que nunca lograría llegar debido a cierta debilidad fundamental en su propia personalidad. Más tarde fueron benévolos, con el estilo condescendiente que reservan para las mediocridades agradables y para las plantas perennes. Siempre tomaban nota de sus exposiciones. Le otorgaban los elogios suficientes para que las señoras adineradas siguieran comprándole y para mantener cierto interés en los comerciantes de segundo orden. Pero nunca le tomaron en serio.

De vez en cuando algunos críticos jóvenes hincaban los dientes en alguna exposición de Nicholas Black. Uno de ellos escribió el cruel epitafio que hizo reír a Londres durante una semana y que obligó a Black a cruzar de nuevo el Canal, refugiarse en Roma, y después en la casa de Anne Louise de Sanctis.

«Es uno de los eunucos de la profesión —dijo el mordaz crítico—, condenado a

vivir siempre en la contemplación de la belleza, pero incapaz de poseerla».

En el «Bag O'Nails» y el «Stag» y el «Club BBC», rieron tras los jarros de cerveza. En los salones georgianos de Knightsbridge ahogaron las carcajadas en los cócteles. Bajo las mansardas de Chelsea compusieron sobre el tema un poema lírico obsceno; y el que compartía su departamento y más de la mitad de su amor, se lo recitó en la cara una tarde durante una disputa.

Fue el momento más amargo de su vida y, aún ahora, a tres mil kilómetros y seis meses de distancia, su recuerdo seguía vivo y vergonzoso. Ése era un terror muy especial, un infierno exclusivo, reservado para los pobres diablos que, por un descuido o una ironía del Creador, llegan al mundo deficientes en los atributos que definen a un hombre. Sus prójimos más normales los desprecian, así como desdeñan los poetastros la parodia que subraya las pomposidades de la propia obra, o como las esposas honradas desprecian a la prostituta que vende por dinero lo que ellas niegan por amor. Por eso forman un reino entre ellos, un submundo de amantes perdidos, de encuentros furtivos y matrimonios extraños. Hay lealtad en ese semimundo, pero no la suficiente para acorazarlo contra los intrigantes de adentro y los burlones apostados en las endebles puertas. Y cuando alguien como Nicholas Black lo abandona, se convierte en peregrino solitario de un culto secreto, cuyos símbolos son los *graffiti* en las paredes de los retretes, el gesto fálico y el contacto mórbido en una reunión de desconocidos.

Pero había llegado a un oasis en el camino de su peregrinación. Estaba pintando un árbol tan fuerte y vivo como un hombre. Y un adolescente lánguido, tostado como una baya, dormía al sol a sus pies. Dio un último toque cuidadoso, dejó el pincel y la paleta y se quedó contemplando a Paolo Sanduzzi.

Éste reposaba de espaldas, con una rodilla en alto, un brazo por almohada y el otro tendido flojamente sobre la roca tibia. Su único ropaje lo constituían unos pantalones cortos manchados y unas sandalias viejas de cuero. En el aire seco y tórrido la piel le brillaba como madera aceitada y su rostro suave de niño tenía, en el sueño, una curiosa expresión de inocencia.

Hacía tiempo que Nicholas Black era extraño a la inocencia. Se había mofado muchas veces de ella y de la seducción que producía. Pero aún podía reconocerla, aún podía lamentar su pérdida.

Se sentó en la roca a pocos pasos del muchacho y en actitud pensativa se fumó un cigarrillo, atrapado en la rara síncopa del bienestar entre el pasado acusador y el futuro dudoso.

El chico se incorporó súbitamente y le estudió con ojos astutos y especulativos.

—¿Por qué me mira usted siempre de ese modo?

Black se sonrió tranquilamente y le dijo:

—Eres hermoso, Paolino. Como el joven David que Miguel Ángel esculpió en un bloque de mármol. Yo soy artista, amante de la belleza. Por eso me agrada mirarte.

—Quiero mear —dijo el muchacho sonriendo con picardía.

De un salto se puso en pie y se acercó al borde de la meseta y allí, abierto de piernas, hizo sus necesidades a la vista de Nicholas Black, quien captó la burla pero guardó silencio. El chico volvió y se agazapó a su lado. Continuaba sonriendo, pero sus ojos oscuros calculaban. Le preguntó a boca de jarro:

—¿Me llevará a Roma cuando usted vaya?

Black se encogió de hombros con el gesto del sur.

—¡Quién sabe! Roma está lejos y es cara. Allá puedo conseguir muchos servidores. Pero un amigo, sería otra cosa.

—¡Pero usted me dijo que yo era su amigo! —La ansiedad del niño era tan transparente e infantil que podría haberlo engañado, pero en sus ojos oscuros como el ónix leía la verdad.

—Un amigo tiene que probar su amistad —dijo el pintor, con estudiada indiferencia—. Queda tiempo. Ya lo veremos.

—Yo soy un buen amigo, un verdadero amigo —le imploró Paolo—. Mire, se lo demostraré.

Le echó los brazos al cuello, le dio un beso rápido y en seguida, de un salto, se puso fuera de su alcance, tímido como un animal. El pintor se enjugó la boca con el dorso de la mano y se incorporó lentamente con el gusto salobre de la desilusión en la lengua. No miró al niño, quien, con los brazos en jarra, se mantenía a distancia. Se dirigió al atril, tomó el pincel y la paleta y le dijo por encima del hombro:

—¡Quítate la ropa!

El chico se quedó mirándolo. Black le gritó ásperamente:

—¡Anda! Quítatela. Quiero utilizarte de modelo. Para eso te pago, entre otras cosas.

Después de una pausa azarosa, el niño obedeció y Black sonrió con satisfacción pérfida al ver cómo junto con los pantalones remendados se despojaba su osadía y su aire retador. Ya no era más que un chicuelo asustado, inseguro, en presencia de un amo temperamental.

—Estira los brazos. Así.

El niño levantó lentamente los brazos hasta el nivel de los hombros.

—¡Mantenlos ahí!

Con trazos rápidos y seguros Nicholas Black comenzó a pintar una figura crucificada en el olivo retorcido; no un Cristo atormentado, sino un adolescente en plena pubertad con el rostro y el cuerpo de Paolo Sanduzzi, clavado por los pies y las manos a la corteza del árbol, con una lanza roja hundida en el pecho, pero sonriendo mientras la vida se le escapaba con la sangre.

El muchacho se cansó mucho antes de que el cuadro estuviera terminado, pero Black le obligó a mantenerse de pie, lanzando imprecaciones cada vez que se le caían los brazos. Cuando hubo concluido le llamó y le mostró el cuadro. El efecto fue inesperado. El rostro del niño se contrajo en una máscara de terror, abrió la boca y empezó a tiritar y balbucear señalando la tela.

—¿Qué sucede? ¿Qué quieres decirme?

Black le habló con voz dura y fuerte, que no impresionó a Paolo Sanduzzi. Éste parecía estar en los preliminares de un ataque de epilepsia. Black se le acercó y le golpeó con fuerza las dos mejillas. El niño dio un grito de dolor y se echó a llorar, encuclillado en el suelo y escondiendo la cara entre las manos mientras Black, arrodillado junto a él, procuraba calmarlo. Después de un rato insistió:

—¿Qué sucede? ¿De qué te has asustado?

La voz del niño fue casi un murmullo:

—¡Del cuadro!

—¿Qué pasa con el cuadro?

—¡Ése es el árbol de mi padre!

El pintor se quedó con la boca abierta.

—¿Qué quieres decir?

—Así mataron a mi padre. En ese mismo árbol. Le estiraron así, como si fuera una cruz, le ataron y después le fusilaron.

—¡Santo Dios! —masculló Black entre dientes—. ¡Ángeles del cielo, qué historia! Qué historia tan dulce y tan encantadora.

Después de un rato comenzó a reírse y el niño se escabulló, asustado y cohibido, llevándose en la mano las sandalias y los pantalones.

Esa misma tarde presenció la restauración temporal de Aldo Meyer en el favor de Gemello Minore.

Martino el herrero sufrió un ataque mientras trabajaba en el yunque. Cayó contra la fragua quemándose gravemente el pecho y el rostro. Le llevaron camino abajo hasta la cabaña de Meyer y el doctor, ayudado por Nina Sanduzzi, le curó mientras la mujer de Martino le observaba nerviosa desde un rincón de la habitación y los pobladores se agolpaban fuera chillando como estorninos sobre esa migaja de drama.

El cuerpo grueso y con forma de barril del herrero estaba envuelto en frazadas y tendido sobre la mesa de la cocina de Meyer. Tenía un lado completamente paralizado, la pierna y el brazo inútiles, el rostro contraído hacia un lado en un rictus de miedo y de sorpresa. Sus ojos estaban cerrados y su respiración era corta y estentórea. Mientras Meyer sondeaba y enjugaba las quemaduras de las mejillas, de la boca torcida escapaban gritos bajos y barbotantes. Terminaron de vendarle la cara, desenvolvieron las frazadas y Meyer dio un silbido tenue y presagioso al ver la extensión y profundidad de las quemaduras en el cuerpo. Nina Sanduzzi permaneció impasible como una estatua manteniendo el tazón con agua hervida y las gasas. Cuando la mujer de Martino se acercó de un salto, dejó el tazón con calma y la hizo volver al rincón, tranquilizándola y consolándola en voz baja y serena. Volvió después junto a Meyer y, atenta como una enfermera, le ayudó a limpiar de carboncillo las quemaduras, a lavarlas y untarlas con violeta de genciana y con lo que

quedaba de la pequeña provisión de «Merthiolate».

Terminados los vendajes, Meyer auscultó al enfermo, le tomó de nuevo el pulso, le envolvió otra vez en las frazadas y se dirigió a la mujer que lloraba en el rincón, diciéndole con suavidad:

—Es mejor dejarlo aquí un par de horas. Después haré que le lleven a la casa.

Gimiendo como un animal, ella le suplicó:

—¿No es cierto, doctor, que no se va a morir? ¿Que usted no le dejará morir?

—Es fuerte como un buey —dijo Meyer con calma—. No morirá.

Ella le tomó las manos, se las besó suplicando a todos los santos que bendijeran al buen doctor. Meyer se desasió con brusquedad.

—Váyase ahora a casa, buena mujer, y déle de comer a sus hijos. Si la necesito, la llamaré; después tendrá a su marido allá.

Nina Sanduzzi la tomó de un brazo y, la hizo salir. Meyer, de nuevo al lado de su paciente, oyó que desde la puerta de la calle Nina gritaba a los curiosos indicándoles que se marcharan a atender sus propios asuntos. Cuando volvió, preguntó a Meyer sin rodeos:

—¿Cree en lo que dijo? ¿Vivirá?

—Vivirá —repuso Meyer con un gesto de impotencia—, pero no servirá para nada.

—Tiene seis niños.

—Demasiados —confesó sarcásticamente el médico.

—Pero los tiene —persistió ella con terquedad—. ¿Quién los alimentará ahora que él no puede trabajar?

Meyer se encogió de hombros.

—Está el auxilio social. De hambre no se van a morir.

—¡El auxilio social! —dijo ella con desprecio—. ¡Una docena de entrevistas y cien formularios impresos para un kilo de pasta! ¿Qué respuesta es ésa?

—Es la única respuesta que conozco ahora —repuso Meyer con fría amargura—. Antes yo tenía muchas otras, pero nadie me quiso escuchar. Les gustaba más la antigua usanza. Bien… ¡ésa es la antigua usanza!

Nina Sanduzzi le miró fijamente. En sus ojos inteligentes y oscuros había desprecio y compasión.

—Usted sabe lo que habría hecho Giacomo. Habría ido en persona a la fragua y se habría puesto a trabajar. Habría golpeado en cada puerta y con súplicas o amenazas habría obligado a que todos prestaran su ayuda. Habría subido a la villa para pedir dinero a la *contessa* y trabajo para la mujer de Martino. Le habría sacado al padre Anselmo algo del dinero de los pobres. Él entendía estas cosas. Sabía como aterrorizar a la gente. No podía soportar que un niño llorara…

—Tu Giacomo fue un hombre notable —replicó brevemente Meyer—. Por eso lo mataron. Según recuerdo, Martino fue uno de los que dispararon la andanada.

—Y usted firmó el papel en que se decía que había sido ejecutado legalmente

después del sumario de rigor.

La voz de Nina Sanduzzi no acusaba ira; sólo una tranquila rememoración de hechos familiares. Y agregó:

—Pero nadie dijo nunca la verdadera razón por la cual le mataron.

—¿Cuál fue?

—No fue una sola, sino veinte. Hubo la razón de Martino, de la *contessa*, del padre Anselmo, de Battista de Lupo y también la de usted, *dottore mio*. Pero ustedes no podían confesarlas, ni siquiera unos a otros, y por eso encontraron una que les acomodaba a todos: ¡Giacomo había sido un colaboracionista, amigo de los fascistas y los alemanes! Ustedes eran los libertadores, los defensores de la libertad, los hermanitos de todo el mundo. Ustedes nos trajeron la democracia. Giacomo sólo aportó un mendrugo de pan, un plato de sopa y un par de manos para trabajar cuando el hombre de la casa estaba enfermo.

La tranquila acusación puso a Meyer fuera de sí y contestó airado:

—Ésa es la condenada verdad de este país. Por eso estamos atrasados cincuenta años respecto del resto de Europa. No queremos organizarnos, no queremos disciplinarnos, nos negamos a cooperar. No se puede construir un mundo mejor con un plato de pasta y un balde de agua bendita.

—Tampoco se puede con proyectiles, *dottore*. Ustedes consiguieron lo que querían: matar a Giacomo. Y ahora, ¿qué pueden exhibir a cambio? Martino está imposibilitado para trabajar. ¿Quién alimentará a su mujer y a los seis niños?

Esa lógica brutal no tenía respuesta y Meyer, avergonzado e impotente, dio media vuelta y se dirigió a la puerta que daba al jardín ardiente y esplendoroso. Nina Sanduzzi le siguió un poco después y le tocó el brazo con mano suplicante.

—Usted cree que le odio, *dottore*, pero no es así. Giacomo tampoco le odiaba. Antes de morir fue a visitarme. Sabía lo que le estaba reservado. Sabía que usted andaba mezclado en ello. Pero ¿quiere oír lo que me dijo? «Ése es un hombre bueno, Nina. Ha tratado de hacer demasiado, pero es infeliz porque nunca ha comprendido realmente lo que es amar y ser amado. Yo tuve la suerte de que tú me enseñaras al principio. Él ha estado demasiado tiempo solo. Cuando yo muera, acude a él porque será bueno contigo. Si llega un tiempo en que sientas de nuevo la necesidad de tener un hombre, ése sería bondadoso contigo y con el niño». Giacomo escribió una carta para usted y la puso entre sus papeles. Yo debía entregársela después de que él muriera.

Meyer giró sobre sus talones y la miró fijamente.

—¡Una carta! ¿Dónde está, mujer? ¿Dónde, por amor de Dios?

Nina Sanduzzi extendió las manos con desaliento.

—Yo tenía todos sus papeles en mi armario. Cuando Paolo era pequeño, los tomó un día y los revolvió, y cuando los recogí, no pude distinguirlos. —Se sonrojó como sí la revelación fuera una vergüenza—. ¡Yo… nunca he aprendido a leer!

—Tengo que ver esos papeles, Nina. Es preciso que los vea. Tú no sabes la

importancia que tienen.

—Seis niños importan más —dijo tranquilamente Nina Sanduzzi—, y una mujer cuyo hombre ya no podrá trabajar.

—Si los ayudo, ¿me mostrarás esos papeles?

Ella hizo un gesto rotundo de negativa.

—Ésa fue otra de las cosas que me dijo Giacomo: «Nunca se debe comerciar con los seres humanos». Si usted quiere ayudarlos lo hará sin exigirme recompensa. Más adelante hablaremos sobre esos papeles.

Meyer estaba vencido y lo sabía. En esa mujer analfabeta había una resistencia granítica, una reserva inviolable de sabiduría que él, estudioso de toda la vida, no podía igualar. Le desconcertaba el que no hubiera raíces que lo explicasen en su origen campesino y no quería admitir que lo hubiera adquirido de Giacomo Nerone. Ella, como Nerone, poseía la clave del misterio que por veinte años eludiera a Aldo Meyer: Por qué algunos hombres de talento, buena voluntad y compasión no consiguen llegar a la plenitud del contacto humano y sólo provocan la sorna y el ridículo en los que tratan de ayudar; y por qué otros, sin esfuerzo aparente, penetran derecho en la intimidad y son recordados con amor mucho después de su muerte.

En los papeles de Nerone podría leer la respuesta que no se atrevía a pedir a Nina Sanduzzi. Pero sólo podría conseguirlos bajo las condiciones que ella le dictara. No tuvo más que encogerse de hombros con resignación y decirle:

—Esta noche ceno con la condesa. Le hablaré de Martino y veré lo que se puede hacer.

Una sonrisa iluminó el rostro clásico y sereno de Nina. Con un gesto impulsivo tomó la mano del médico y se la besó.

—Usted es un hombre bueno, *dottore*. Se lo diré a la mujer de Martino. No hay que dejar a nadie con miedo mucho tiempo.

—También a mí puedes decirme algo, Nina.

—¿Qué *dottore*?

—¿Qué me dirías si te pidiera que te casaras conmigo?

Sus ojos oscuros y profundos no manifestaron placer ni sorpresa.

—Le repetiría lo que le dije la primera vez, *dottore*. Es mejor que no lo pregunte.

En seguida se alejó rápidamente y Aldo Meyer volvió donde el enfermo para tomarle el pulso intermitente y auscultarle el tenaz corazón campesino que pugnaba por vivir en aquel pecho lacerado.

Paolo Sanduzzi estaba al borde del arroyo, haciendo rebotar piedras fuera del agua y observando cómo se perdían en los matorrales de la orilla opuesta. El arroyo tenía un nombre y tres caras. Su nombre era Torrente del Fauno, porque, en los viejos tiempos, mucho antes de que Cristo llegara a Roma con San Pedro, los faunos, niños-chivos, risueños, jugaban allí persiguiendo a las niñas-árboles, llamadas dríadas.

Cuando se construyó la iglesia todos huyeron, lo que fue una lástima, porque el valle era aburrido sin ellos. Pero el nombre persistía y los jóvenes y las mozas del pueblo solían juntarse allí secretamente para revivir los antiguos juegos paganos.

El aspecto del arroyo cambiaba con las estaciones. En invierno era oscuro, frío y siniestro, a veces festoneado con blanca escarcha y nieve amontonada. En la primavera era pardo y revoltoso y rugía tan alto con el agua del deshielo que podía oírse en el mismo pueblo. En verano disminuía a un hilo claro y tenue que cantaba suavemente sobre las piedras y reposaba en meandros bajo los salientes de la ribera. Antes de que volviera el otoño, se secaba, y el cauce abrasado mostraba piedras descoloridas. Ahora presentaba su rostro suave y Paolo Sanduzzi, que se asemejaba a un fauno, se alegraba de encontrarse allí, lejos del árbol seco del suplicio y del inglés cuya risa era como el agua que burbujeaba en una olla negra.

Nunca en su vida había tenido tanto miedo, y seguía asustado. Era como si el pintor poseyera la llave de su vida: la del pasado que le avergonzaba y la del futuro que entreveía como una visión de Roma con sus iglesias y palacios, sus calles repletas de brillantes automóviles y sus aceras llenas de muchachas vestidas como princesas.

La visión era un sortilegio, mitad agradable, mitad siniestro, como los amuletos que la vieja Nonna Pattuci daba a las mozas para atraer a sus amantes. La sentía actuar, como un cosquilleo bajo la piel, como una imagen dolorosa detrás de las pupilas. Tarde o temprano le obligaría a volver donde el inglés, cuya sonrisa burlona hacía que a veces se sintiera torpe como un niño y otras despertaba en él pasiones extrañas y perturbadoras, aunque no mediara una palabra ni un roce de las manos.

Lanzó al agua con negligencia la última piedra, metió las manos en los bolsillos y echó a andar corriente abajo. Al volver una curva del cauce, una voz chillona le saludó.

—¡Eh! ¡Paoluccio!

Alzó la vista y descubrió a Rosetta, hija de Martino el herrero, sentada en una roca y batiendo el agua con las piernas. La chica era delgada y traviesa, un año menor que él, tenía los cabellos lacios, el rostro menudo y atrevido, y sus pechos nacientes se acusaban debajo de la camisa de algodón desteñido que constituía su única prenda. En el pueblo él la esquivaba cuidadosamente, pero ahora se alegró de verla. Le hizo con la mano un gesto de indiferencia.

—¡Eh! ¡Rosetta!

Después se le acercó y se sentó a su lado en la roca.

—Mi padre está enfermo —dijo la niña—. Le dio un ataque y se quemó en la fragua. Está en casa del doctor.

—¿Se está muriendo?

—No. El doctor dice que vivirá. Mi madre está llorando. Nos dio pan y queso y nos mandó a jugar. ¿Quieres un poco?

Le mostró un trozo de pan moreno y una rebanada de queso de cabra.

—Tengo hambre —dijo Paolo.

Ella partió el pan y el queso con cuidado en partes iguales y le dio un trozo. Masticaron en silencio al sol, mientras se refrescaban los pies en el agua. Después de un rato la chica preguntó:

—¿Dónde has estado, Paoluccio?

—Con el inglés.

—¿Qué hacías?

Él se encogió de hombros con indiferencia, como lo hace un hombre con las mujeres preguntonas.

—Trabajar.

—¿Qué clase de trabajo?

—Acarrear sus cosas. Cuando él pinta, le miro. A veces me pide que le sirva de modelo.

—¿Qué es un modelo?

—Me pongo de pie y él me pinta.

—Teresina dice que en Nápoles hay chicas que se desnudan para que los hombres las pinten.

Paolo asintió con aire de sabiduría:

—Lo sé.

—¿Tú también te desnudas?

La pregunta le tomó de sorpresa y contestó ásperamente:

—Eso es asunto mío.

—Pero lo haces, ¿verdad? Es decir, si eres modelo.

—Es un secreto, Rosetta —le dijo con sinceridad—. No se lo digas a nadie; no comprenderían.

—No lo diré, te lo prometo.

Ella le rodeó con su brazo delgado y apoyó la cabeza en su hombro desnudo. El gesto avergonzó al muchacho, pero también le resultó agradable. Consintió en la postura y, como le gustaba, le dijo:

—Dice el inglés que soy hermoso, como la estatua que Miguel Ángel esculpió en el mármol.

—Eso es una tontería. Sólo las mujeres son hermosas. Los muchachos son simpáticos o antipáticos, no hermosos.

—Eso es lo que él me dijo —replicó el chico, a la defensiva—. Dijo que yo era hermoso y que le gusta mirarme.

A su modo extraño y travieso ella sintió irritación. Retiró el brazo y se volvió para mirarlo cara a cara.

—Ahora sé que lo estás inventando. Los hombres no dicen esas cosas. ¡Sólo las mujeres!

Abrazó al muchacho y oprimió sus labios contra los de Paolo, y cuando éste trató de resistir, le estrechó más fuerte. Al sentir él los pechos de la chica a través de la

camisa, llegó a la conclusión de que, después de todo, eso era agradable, y comenzó a besarla a su vez.

Después ella le tomó el rostro entre sus manos pequeñas y le dijo con seriedad:

—Yo te amo, Paoluccio. Te amo de veras. No como a una estatua.

—Yo también te amo, Rosetta.

—Me alegro. —Se puso de pie de un salto y le tendió la mano—. Ahora llévame a dar un paseo.

—¿Por qué?

—Porque nos queremos, tonto, y eso es lo que hacen los enamorados. Además, tengo un secreto.

—¿Qué secreto?

—Llévame a pasear y te lo mostraré.

A su pesar, Paolo le tendió la mano. Ella se la tomó y de un tirón le obligó a pararse. Caminaron corriente arriba, por el agua clara y bajo los matorrales verdes, para compartir los viejos secretos que las dríadas les contaban a los faunos danzantes.

Desde su alto mirador de la meseta, Nicholas Black contempló el diseño desplegado de su vida pasada. Por primera vez distinguía claramente sus trazos y veía cómo emergía de ellos el futuro, inevitable e idéntico, lo mismo que los vástagos nuevos en un árbol.

Desde el principio había sido frustrado; desde el oculto comienzo fatal, cuando los elementos determinantes son distribuidos por el poder que decide si de la cópula ciega de un hombre y una mujer ha de nacer una parodia o un hombre.

Había sido gemelo, idéntico en el rostro y en la forma, con el hermano que le precedió una hora fuera del vientre. Nació católico, en una de las antiguas familias de los Fangales que mantuvieron intacta la fe desde los tiempos de la primera Isabel hasta los del último Jorge. Fue bautizado con su hermano y bendecido con la misma bendición en la capilla de la casa solariega desde cuyas gradas fluían los prados amplios y verdes hasta la orilla de bejucos y el agua grisácea del fangal.

Pero ahí terminaba la identidad y comenzaba la lenta discrepancia. El que nació primero creció moreno y vigoroso; el segundo, pálido y enfermizo. Eran como Esaú y Jacob, pero Esaú disfrutó de le primogenitura: campos de deporte, pesca, cabalgatas prolongadas en los veranos multicolores, mientras Jacob se recluía en el reparo de la casa, refugiado en el costurero y la biblioteca. Se atrasó en el colegio; entró un año después en Oxford, y mientras su gemelo se enrolaba en los fusileros y partía al Desierto de Occidente, él quedó confinado en una clínica con una fiebre reumática. Toda la vitalidad perteneció al primero en nacer, y para Nicholas Black sólo quedó la belleza epicena, la sutileza muelle de una mente por largo tiempo introvertida.

Mientras vivió su hermano, le quedaba la esperanza de recibir fuerza y encontrar dignidad en el afecto. Después, cuando llegó la nota: «Desaparecido, se le supone

muerto», se extinguió la última ilusión y comenzó a crecer la amargura escondida. Había sido frustrado: por Dios, por la vida, por su gemelo muerto, por su padre, que después de acallar un escándalo en Londres, le echó de la casa y le dio una pequeña renta para mantenerle alejado.

Desde entonces se había convertido en un solitario. Su fe había naufragado en el más difícil de todos los misterios: que un Dios justo pueda crear monstruos y exigirles que vivan como hombres. Los amores breves del submundo le habían endurecido el corazón. Y de pronto, ahora, tenía entre las manos el poder, el poder de hacer de otro lo que no había conseguido por él mismo: un hombre noble por naturaleza; para ello poseía el talento y el modo de ejecución. Haciéndolo podría enmarcar de nuevo su propia vida en la dignidad, en la comprensión, en un amor más puro que ninguno de los experimentados hasta entonces.

Estaba envejeciendo. La pasión se le despertaba con más lentitud y era más fácil de controlar, excepto cuando la espoleaban la vanidad y la rivalidad.

Fue un momento de vértigo, de elevación casi divina.

Ese muchacho era hijo de un hombre que tenía reputación de santo: había sido engendrado en el cuerpo de una prostituta de pueblo. Su vida podía predecirse como la de tantos otros millones en los pueblos sin trabajo del Mediodía de Italia. Maduraría en el ocio, se casaría joven y tendría demasiados hijos. Viviría sin objetivo en los límites extremos de la pobreza. El talento que pudiera tener sería asfixiado por la lucha brutal por la existencia. El Estado cargaría con una docena de reproducciones suyas, fecundas y hambrientas como conejos que devoran el último verdor de una tierra empobrecida.

Pero sacándole del pueblo, dándole oportunidad y educación, podría llegar a la grandeza, justificarse a sí mismo y a su maestro. Donde había fracasado su padre y también la Iglesia, Nicholas Black podía triunfar y su éxito sería una espléndida negación de las creencias que tiempo atrás había rechazado.

Para los críticos, Nicholas Black era un artista mediocre. Si con esa arcilla rústica podía modelar un hombre perfecto, ello sería un triunfo indiscutible, una obra maestra a la que la malevolencia no podría alcanzar.

La ambición era extraña; no obstante, en su propio modismo, no más extraña que los triunfos y venganzas que otros hombres sueñan para sí; imperios financieros bastante fuertes para aplastar toda oposición, poder en la prensa para hacer hombres o sepultarlos en la oscuridad; sueños de mujeres y sueños de opio, y el sueño de encontrarse un día en la sala del despacho y oír a los enemigos: «Excelentísimo Señor Ministro del Interior…».

Cada hombre labra su propia condena, y hombres más nobles han soñado más bajamente en sus pijamas que Nicholas Black en la soleada meseta en Calabria.

Era tarde y no había comido, pero se había embriagado con el vino generoso de lo presentido y no le importaba. El pueblo hacía la siesta. La condesa estaría encerrada en su dormitorio barroco y él podría llevar su cuadro a la villa sin llamar demasiado

la atención.

Esperaba mucho de su tela. Se preguntaba cómo reaccionarían ante ella Anne Louise de Sanctis, Aldo Meyer y el clérigo gris que vendría a investigar el pasado de Giacomo Nerone. Sonrió al imaginárselos boquiabiertos contemplándola por primera vez, con sus secretos escritos en los ojos y en los rostros.

Buscó un título y lo encontró casi inmediatamente: *El Signo de la Contradicción*. Mientras más pensaba en él, más le complacía. Le recordaba el viejo *graffiti* en que crucifican a un asno para que represente a Cristo; burla soez por un actor patán. Pero, para Nicholas Black, el símbolo tenía un significado nuevo: la juventud clavada en la cruz de la ignorancia, de la superstición y la pobreza, medio muerta y ya condenada, pero sonriendo aún, como víctima dopada y extática del tiempo y de sus tiranías.

CAPÍTULO VI

Aurelio, Obispo de Valenta, y Monseñor Blaise Meredith se hallaban perplejos ante otra contradicción: los pretendidos milagros de Giacomo Nerone.

Se encontraban en la amplia terraza empedrada de la villa contemplando el valle donde los trabajadores recorrían lentamente de un lado a otro la —plantación, rociando los árboles con aparatos nuevos de procedencia norteamericana que cargaban a la espalda. Otros instalaban en el muro del pequeño estanque nuevas compuertas que controlarían el abastecimiento del agua hasta las fincas situadas fuera de los dominios del Obispo. Más allá del vertedero, en una ladera gris sin cultivar, mujeres con cestos al hombro transportaban piedras para construir terrazas para viñedos, y tierra que apisonaban detrás de las piedras.

Parecían hormigas, pequeñas e industriosas, y Blaise Meredith reflexionó con ironía que éste era un milagro tan grande como cualquiera de los que citaba su folio de cuero: una tierra yerma transformada lentamente en fértil por la voluntad creadora de un hombre.

—Es mala teología, amigo mío, pero como cumplido, muy agradable. Para esta gente, es una especie de milagro. De súbito hay trabajo, pan y un litro más de aceite para la olla. No pueden comprender cómo ha sucedido, y, aún ahora, abrigan la astuta sospecha de que hay trampa en alguna parte. Por ejemplo, esos pulverizadores… —indicó las figuras jorobadas que recorrían los naranjales—. Tuve que comprarlos con mi propio dinero, pero valen las liras que gasté. Hace apenas uno o dos años esta gente lavaba sus árboles con un *escupetín*, es decir, una *paila*[9] con agua colocada en el suelo donde los hombres de la casa escupían el jugo del tabaco cuando lo masticaban o fumaban. Algunos de los viejos siguen negándose a ver que mi método es mejor que el de ellos. Lo único que los convencerá es comprobar que yo consigo tres naranjas por cada una que ellos obtienen, y que las vendo por el doble de precio porque están llenas de jugo. Pero al fin se lo demostraremos.

—Usted me desconcierta —dijo francamente Meredith.

—¿Por qué?

—¿Qué relación hay entre las naranjas y el alma humana?

—Todo —dijo rotundamente el obispo—. No se puede cortar a un hombre en dos y pulirle el alma mientras se tira el cuerpo a la basura. Si el Todopoderoso lo hubiera destinado a eso, habría creado un bípedo que llevara el alma en una bolsa colgada del cuello. Si la razón y la revelación tienen algún significado es que el hombre lucha por su salvación dentro del cuerpo mediante el uso de las cosas materiales. Un árbol descuidado, una fruta de segunda son defectos en el plan divino de las cosas. El dolor innecesario es un defecto mucho mayor porque es un impedimento para la salvación. Cuando se ignora de dónde llegará la próxima comida, no se puede pensar en el estado del alma ni cuidarla. El hambre no tiene moral, amigo mío.

—A menudo me he preguntado por qué los misioneros son, en general, mejores sacerdotes que sus hermanos de los centros de la Cristiandad.

Su Señoría se encogió de hombros y accionó expresivamente.

—Pablo era fabricante de carpas y trabajó en su oficio para no ser una carga para su pueblo. Cristo mismo fue carpintero en Galilea de los Gentiles, y me imagino que sería competente. Cuando yo esté muerto, me agradará ser recordado como un buen sacerdote y un buen agricultor.

—Es suficiente —dijo Meredith con gravedad—. Suficiente para usted y para mí. Creo que el Todopoderoso no lo discutirá. ¿Pero es suficiente para todos?

—¿Qué quiere decir?

—En todo lo que nos rodea hay milagros: el milagro de un naranjo, el milagro del diseño que mantiene las ruedas inquietas del universo girando alrededor de sus ejes. Pero la gente sigue exigiendo un signo, un signo nuevo. Si no lo consiguen del Todopoderoso, se dirigen a los quirománticos, a los astrólogos o a los espiritistas. ¿Qué significa todo esto —dio unos golpecitos en el grueso volumen de las declaraciones— sino que la gente pide prodigios en el cielo y milagros en la tierra?

—Y a veces los obtienen —observó secamente el obispo.

—Y otras los fabrican —le replicó Blaise Meredith.

—¿Y usted no está satisfecho con los milagros de Giacomo Nerone?

—Soy el Abogado del Diablo. Mi deber es no estar satisfecho —Meredith se sonrió con tristeza—. Si se piensa bien, la tarea es curiosa. Probar con la razón las supuestas operaciones del Omnipotente, aplicar el código del derecho canónico al Legislador que hizo el universo.

Su Señoría asintió gravemente y dijo:

—Puede ser menos perturbador pensar sobre Giacomo Nerone.

Blaise Meredith volvió a su manera pedante y precisa.

—Es el problema que se presenta en toda nueva causa: aplicar a pretendidos milagros los métodos médico-legales del siglo XX. En el caso de Lourdes, por ejemplo, es bastante fácil. Se ha instalado un departamento médico donde se realizan una serie de pruebas que se conforman tanto al conocimiento médico como a las rígidas exigencias de la Iglesia. Llega un enfermo con su historial médico completo. El departamento lo examina en la forma aprobada: rayos X, pruebas clínicas y patológicas. Todas las dolencias de origen neurológico o histérico quedan descartadas. Solamente se aceptan trastornos orgánicos profundamente asentados, con diagnósticos familiares. Si se pretende que ha habido curación, el departamento vuelve a examinar al paciente y emite un certificado provisional de la cura. Pero sólo se le certifica en definitiva transcurridos dos años y después de un nuevo examen médico. Hasta donde es posible, el método es bueno. Nos permite decir que, en el estado actual de los conocimientos médicos, la curación se ha realizado a despecho o por suspensión de las leyes conocidas de la naturaleza. Pero, en el caso de un nuevo taumaturgo, en un sitio nuevo, estas pruebas no pueden aplicarse. En el mejor de los

casos hay relatos de testigos oculares, una historia médica glosada, acaso un certificado del médico local. Puede ser milagro, pero en el sentido legal que exige la ley canónica, resulta muy difícil de probar. Es posible aceptarlo por el peso de testimonios inexpertos, pero en general no lo hacemos.

—¿Y la evidencia en el caso de Giacomo Nerone?

—De las cuarenta y tres declaraciones que he leído, sólo tres guardan cierta conformidad con las exigencias canónicas. Una es la curación de una anciana de la que se certificó que sufría de esclerosis múltiple; la segunda, la del alcalde de Gemello Maggiore, que pretende haber sido curado de una lesión en la columna recibida durante la guerra, y la tercera es la de un niño en el último grado de meningitis, que sanó después de habérsele aplicado una reliquia de Giacomo Nerone. Pero incluso éstos… —Meredith hizo una pausa y continuó con voz enfática de abogado—: Incluso estos necesitan un examen mucho más rígido antes de que estemos a mitad de camino para aceptarlos.

Para su sorpresa el obispo se sonrió, como si se tratara de una broma privada, lo que molestó a Meredith.

—¿He dicho algo gracioso Señoría?

—Me estaba preguntando qué sucedería en la antigüedad, cuando la ciencia médica era tan limitada y la reglamentación de los testimonios menos estricta. ¿Es posible que hayan aceptado muchos milagros que no lo eran?

—Yo diría que es muy probable.

—¿Y que se rinda veneración a ciertos santos cuyos registros son tan oscuros que hasta su existencia resulta dudosa?

—Es cierto. Pero no se a dónde me quiere llevar Su Señoría.

—Leí hace poco —dijo Su Señoría sin inmutarse— que ciertos teólogos defienden de nuevo que la canonización de un santo constituye una declaración infalible del Papa, obligatoria para todos los fieles. A mi juicio la proposición es dudosa. La canonización se basa en general en la biografía y el registro histórico de los milagros. Ambos están sujetos a error, y el Papa sólo es infalible cuando interpreta el depósito de la fe. No puede agregar nada. Y cada santo nuevo es una adición al Calendario.

—Estoy de acuerdo con Su Señoría —dijo Meredith perplejo, pero no veo la importancia de una opinión teológica minoritaria.

—No es la opinión lo que me preocupa, Meredith. Es la tendencia; la tendencia a complicar tanto con glosarios, comentarios e hipótesis que la simplicidad rígida de la fe esencial se oscurece, no sólo para los fieles, sino para los investigadores honrados que están fuera de la fe. Yo lo deploro. Lo deploro tanto más cuanto que considero que se levanta una barrera entre el pastor y las almas que él trata de alcanzar.

—¿Cree en los santos, Su Señoría?

—Creo en los santos y en la santidad. Creo en los milagros y creo en Dios, que puede suspender sus propias leyes. Pero también creo que la mano de Dios escribe

claramente y con sencillez, para que lo lean todos los hombres de buena voluntad. Dudo de Su presencia en la confusión y entre voces discrepantes.

—¿Por qué dudo yo de los milagros de Giacomo Nerone?

El Obispo no le contestó inmediatamente; se alejó y se quedó contemplando la paz del valle, los olivos grises y los naranjos verdes y el agua donde los hombres, desnudos hasta la cintura, al sol, trabajaban en las compuertas. Meredith le observó inquieto y desconcertado, temiendo haberle ofendido. Después de un rato volvió el obispo, con el rostro todavía sombrío, pero con una expresión de grave suavidad en los ojos. Lentamente dijo:

—He pensado mucho estos últimos días, Meredith. También he rezado. Usted ha llegado a mi vida en un momento de crisis. Yo soy un obispo de la Iglesia, pero me opongo a mucho de lo que dicen y hacen mis colegas de Roma, no en materia de fe, sino de disciplina, de política, de actitudes. Creo que tengo la razón, pero sé que es peligroso seguir el propio camino: puedo tropezar con el orgullo y arruinar todo lo que espero hacer. Usted estaba en lo cierto al decirme que temo al dedo de Dios. Lo temo… mi asiento es un pináculo elevado. Sólo estoy sometido al Pontífice. Me encuentro solitario y con frecuencia desconcertado… como lo estoy con este asunto de Giacomo Nerone. Le dije que no quiero tener un santo, pero ¿y si Dios quiere? Ésta es sólo una cosa, pero hay muchas más. Y llega usted, un hombre que está a la sombra de la muerte. Usted también está perplejo y teme al dedo de Dios. Descubro en usted a un hermano, a quien he llegado a amar y en quien confío con todo mi corazón. Los dos estamos buscando en este momento un signo… una luz en las tinieblas que nos asedian.

—Yo me desvelo por las noches sintiendo que la vida se me escapa —dijo Meredith—. Cuando llega el dolor, grito, pero en eso no hay oración, sólo miedo. Me arrodillo y recito el oficio y el rosario, pero las palabras están vacías; son calabazas secas que hacen ruido en el silencio. La oscuridad es terrible y me siento muy solo. No veo signos, sino símbolos de contradicción. Trato de disponerme a la fe, la esperanza y la caridad, pero mi voluntad es una caña sacudida por los vientos de la desesperación… Me alegro de que Su Señoría ruegue por mí.

—Ruego por los dos —dijo Aurelio, Obispo de Valenta—. Y, por la oración, he llegado a una decisión: debemos pedir a Dios un signo.

—¿Qué signo?

—Debemos rezar ambos esta oración: Si es Vuestra Voluntad, o Dios, manifestar la virtud de Vuestro Siervo Giacomo Nerone, manifestadla en el cuerpo de Blaise Meredith. Devolvedle la salud y mantenedle por más tiempo lejos de las manos de la muerte, por Jesucristo Nuestro Señor.

—¡No! —la palabra escapó de Meredith como un grito—. ¡No puedo hacerlo! ¡No me atrevo!

—¡Si no lo hace por usted, hágalo por mí!

—¡No! ¡No! ¡No! —la desesperación de Meredith era lamentable, pero el Obispo

insistió brutalmente.

—¿Por qué no? ¿Niega usted la omnipotencia?

—¡Creo en ella!

—¿Y en la misericordia?

—¡También!

—¿Pero no para usted?

—No he hecho nada para merecerla.

—¡La misericordia se otorga, no se gana! Se concede a los mendigos: ¡no la compra la virtud!

—No me atrevo a pedirla —el miedo iba elevando el tono de Meredith—. ¡No me atrevo!

—Usted va a hacerlo —le dijo suavemente el Obispo—, no para usted, sino para mí y para todos los pobres diablos como yo. Usted dirá las palabras incluso cuando no le signifiquen nada, porque yo, su amigo, se lo pido.

—¿Y si fallan…? —Meredith alzó, por fin, su rostro desencajado.

—Si fallan, me sumiré en mayores tinieblas, sin saber si he presumido demasiado o si he creído muy poco.

—Su Señoría carga una nueva cruz en mis hombros.

—Son hombros fuertes, amigo mío, más fuertes de lo que usted cree. Y quién sabe si pueden cargar a Cristo para atravesar el río.

Pero Meredith parecía una estatua de piedra, mirando a través de la tierra soleada. Después de un rato el Obispo le dejó solo para hablar con los hortelanos que estaban rociando los naranjos.

Era el momento que tanto había temido, y que nunca había comprendido del todo: el momento en que las duras consecuencias de la fe se aclaraban en definitiva.

Para el hombre que ha nacido en la Iglesia hay un consuelo singular en la maciza lógica de la fe. Sus axiomas son fáciles de aceptar. Sus silogismos van sobreponiéndose uno a otro, firmes como ladrillos en una casa bien construida. Sus disciplinas son rígidas, pero uno puede moverse libremente dentro de ellas, como entre una familia bien educada. Sus promesas son tranquilizadoras: si uno se somete a la lógica y la disciplina, sigue naturalmente el camino de la salvación. La relación compleja y terrorífica entre el Creador y la criatura se reduce a una fórmula de fe y a un código de buenas maneras.

Para los sacerdotes, monjes y religiosas, la lógica es más meticulosa, las disciplinas más rígidas, pero la seguridad del cuerpo y del espíritu es en consecuencia mayor. De manera que si un hombre se entrega por entero a la voluntad del Creador, como lo dice la Iglesia, puede vivir y morir en paz, ¡cómo una col o como un santo!

Blaise Meredith era conformista por temperamento. Toda su vida había observado las reglas; todas las reglas, excepto una: que tarde o temprano tendría que traspasar los formulismos y las convenciones y entrar en una relación personal y directa con sus semejantes y con Dios. Una relación de caridad, que es la palabra latina

corrompida por amor. Y el amor en todas las formas y grados es una entrega de los cuerpos en la pequeña muerte del lecho; y del espíritu, en la gran muerte que es el momento de la unión entre Dios y el hombre.

Blaise Meredith no se había entregado nunca a nadie. A nadie había pedido favores, porque solicitar un favor es entregar el orgullo y la independencia. Ahora, fuese cual fuese la denominación que diera al hecho, no se resolvía a pedir un favor al Todopoderoso, en quien profesaba creer y con quien, de acuerdo con su misma creencia, tenía una relación de hijo a padre.

Ésta era la razón de su terror. De no someterse, continuaría siendo lo que era: solitario, estéril, sin amigos por toda la eternidad.

Aurelio, el Obispo, escribía cartas en su estudio fresco y austero. Aun cuando su cargo se lo imponía, desconfiaba de esa actividad. Había nacido agricultor y prefería observar cómo crecía un árbol a escribir un tratado sobre él. Le educaron para la diplomacia y sabía que una cosa, una vez escrita, no se puede eludir. Muchos infortunados han sido condenados por herejía simplemente por ser débiles en gramática o en discreción… Así, pues, cuando escribía con carácter oficial, bajo el sello de su obispado, respetaba las convenciones a su clero, un mensaje brusco, apenas revestido de retórica meridional; a Roma, circunloquios estudiados, calificaciones cuidadosas, estilo levemente florido. Los que le conocían bien se reían para sus adentros por su astucia. Los que le conocían poco —los individuos agudos como Marotta— solían engañarse. Le consideraban un provinciano relamido, muy apropiado para sus parroquianos, pero que en Roma resultaría un moscardón molesto. Lo que era precisamente la intención del Obispo. Eran muchos los que habían sido trasladados repentinamente a Roma, justo cuando comenzaban a realizar cosas de valor en su diócesis. Era la manera que tenía Roma de hacerlos trepar a puntapiés por la escalera: un obispo en su propia sede es un poder a considerar; en la ciudad de los Papas, apenas significa nada.

Pero las cartas de esta tarde eran privadas, y Su Señoría las redactó con más cuidado que el habitual. A la condesa Anne Louise de Sanctis escribió:

Estoy más agradecido de lo que puedo expresarle por su ofrecimiento de recibir a monseñor Meredith como huésped durante su estancia en Gemello Minore. Los eclesiásticos somos a menudo una carga para nuestra grey, y a veces una molestia; pero estoy seguro de que usted encontrará en monseñor Meredith un compatriota ingenioso y agradable. Es un enfermo que, por desgracia, está condenado a morir pronto, y consideraré como un favor personal lo que usted pueda hacer por él.

La he tenido presente a menudo en estos días. No ignoro la soledad que la aflige como noble de una comunidad pobre y primitiva. Tengo la esperanza de que en monseñor Meredith encontrará usted un confidente para sus problemas y un

consejero en sus asuntos de conciencia.

Quedo, estimada condesa,
suyo afmo. en Jesucristo.

Aurelio
Obispo de Valenta

Firmó y se quedó un rato estudiando la carta y pensando si debería haber dicho más o menos, si existían palabras para conmover el corazón de una mujer como aquélla.

Las mujeres son el perenne problema del sacerdote. Se arrodillan más mujeres que hombres frente al ventanillo del confesionario. Sus confesiones son más francas y más perturbadoras para el célibe que las escucha. Es frecuente que ellas traten de usarlo en reemplazo de un marido indiferente y lo que no se atreven a susurrar en el lecho conyugal lo hablan abiertamente, y a menudo con crudeza, en la caja de madera de la nave lateral. Los hombres pueden ser alcanzados a través de las mujeres; asimismo los niños. Pero es frecuente que el viejo Adán que duerme bajo la sotana, despierte peligrosamente por las confidencias de una adolescente o de una mujer frustrada.

Aurelio, Obispo de Valenta, era muy hombre, y descubrió pronto la pasión oculta bajo la pulida gentileza de la condesa de Sanctis. También ella era una de sus ovejas, pero la discreción la ponía fuera del alcance de su cayado de pastor y Su Señoría se preguntaba si Blaise Meredith, el hombre frío y sufriente, podría acercarse más a ella.

Al doctor Aldo Meyer le escribió en distintos términos:

Monseñor Blaise Meredith es un hombre sensitivo y liberal a quien he llegado a querer como a un hermano.

Su cometido, investigar la vida de Giacomo Nerone, es difícil, y confío en que usted quiera ayudarlo con su profundo conocimiento del lugar. Puede suceder, no obstante, que por no ser usted católico prefiera no mezclarse en este delicado asunto. Le aseguro que ni monseñor Meredith ni yo queremos molestarlo con preguntas.

Tengo que pedirle, sin embargo, un favor personal. Monseñor Meredith está muy enfermo. Tiene un carcinoma en el estómago y, en el curso normal de los acontecimientos, morirá muy pronto. Es reservado, como todos los ingleses, pero tiene mucho valor, y me preocupa que pueda trabajar excesivamente y tenga que soportar más dolores de los necesarios.

Mucho me agradaría, en consecuencia, que usted consintiera en actuar como un consejero médico durante su permanencia en Gemello Minore, y prestarle la mayor

atención. Corre de mi cuenta el procurarle los remedios que pueda necesitar y me responsabilizo de todos los gastos de consultas y tratamiento.

Le encomiendo con ahínco a su caridad y a sus cuidados profesionales.

«¡Basta! —pensó Su Señoría—. Es suficiente. No se predica a los sefardíes. Nos entienden tan bien como nosotros a ellos. Ellos son teócratas como nosotros, absolutistas como nosotros. Conocen el sentido de la caridad y la fraternidad y con frecuencia las practican mejor que nosotros. Han sido perseguidos como nosotros. Han tenido sus fariseos como nosotros —Dios nos ayude— los hemos tenido, hasta en los sitios más altos. Meredith mi hermano, estará en buenas manos».

La tercera carta fue la más difícil de todas, y Su Señoría meditó largo tiempo antes de escribir, con fina letra cursiva, el encabezamiento:

Reverendo don Anselmo Benincasa,
Párroco de Nuestra Señora de los Siete Dolores.
Gemello Minore,
Diócesis de Valenta.

Amado v Reverendo Padre:

Os escribimos para informaros de la llegada a vuestra parroquia del reverendísimo monseñor Blaise Meredith, auditor de la Sagrada Congregación de Ritos, quien ha sido designado promotor de la Fe en la Causa Ordinaria para la beatificación del siervo de Dios, Giacomo Nerone. Os rogamos que le dispenséis hospitalidad fraternal y le prestéis toda ayuda para la ejecución de su cometido canónico.

Conocemos vuestra pobreza y la estrechez de vuestra casa y, por eso, hemos aceptado una invitación de la condesa de Sanctis para alojarlo durante su estancia en la parroquia. Sabemos, sin embargo, que no os consideraréis dispensado por este motivo de la cortesía que se debe a un hermano sacerdote, que también es miembro del Tribunal Diocesano.

Largo tiempo hemos estado atribulados, Reverendo, por los informes que recibimos sobre el bajo estado de los asuntos espirituales en vuestra parroquia, y por ciertos escándalos que atañen a vuestra propia vida privada. No es el menor de estos escándalos vuestra larga asociación con la viuda Rosa Benzoni, que actúa como vuestra ama de llaves.

Normalmente tal asociación habría sido motivo de que instituyéramos un proceso canónico en contra vuestra, pero nos hemos abstenido de dar este paso drástico en la esperanza de que Dios os dé gracia para ver vuestro error y reformarlo, de manera que paséis los últimos años de vuestro sacerdocio en penitencia y dignidad y en el buen servicio de vuestra grey.

Es posible —¡Dios lo quiera!— que por vuestra avanzada edad, esta asociación

haya perdido su carácter carnal y que estemos dispuestos a permitir que retengáis en vuestro servicio a esta mujer en descargo de las deudas que hayáis contraído con ella. Pero esta lenidad de nuestra parte no os dispensaría del deber moral de reparar el escándalo y dedicaros con renovado vigor a vuestros feligreses.

Os sugerimos que la presencia de un sacerdote en visita en vuestra parroquia puede daros la oportunidad de aconsejaros de él y de poner en orden vuestra conciencia sin demasiada vergüenza.

Nuestra paciencia ha sido larga y nos preocupamos mucho de vos como nuestro hijo en Cristo, pero no podemos desentendernos del triste estado de las almas que están a vuestro cargo. No se puede tentar demasiado a Dios. Ya sois anciano y el tiempo se acorta peligrosamente.

Os recordamos diariamente en nuestras oraciones y os encomendamos a la patrona de vuestra iglesia, la Virgen de los Dolores.

Vuestro, fraternalmente en Cristo,

Aurelio
Obispo de Valenta

Dejó la pluma y se quedó largo tiempo mirando el grueso papel con escudo de armas y la caligrafía que lo atravesaba en líneas urgentes y disciplinadas.

El caso del padre Anselmo era un símbolo de todos los males de la Iglesia del Mediterráneo. No era un caso aislado. Era lo bastante común para constituir una repetición en la paupérrima área del sur, y tampoco era muy raro en el norte. En su contexto local, era un escándalo pequeño: la Iglesia está fundada en la idea del pecado, y su máxima más antigua es que el hábito no hace al monje, ni la tonsura al religioso. Pero en el contexto de una Iglesia nacional, de un país en que el catolicismo es la influencia dominante, señala graves defectos y la necesidad singular de una reforma.

Un hombre como Anselmo Benincasa era producto de un seminario con malos maestros y con un sistema caduco de educación. Había llegado a ordenarse formado a medias, disciplinado a medias, con su vocación totalmente imberbe. Emergió de la ordenación como un sacerdote más en un país donde abundan los sacerdotes pero escasea el espíritu sacerdotal, e inmediatamente se convirtió en una carga para un pueblo pobre. El salario que le asignaba la diócesis era nominal. Con la desvalorización rápida de la moneda, no alcanzaba ni para comprar pan. Y la jerarquía continuaba aferrada a la cómoda ficción de que los que predican el Evangelio deben vivir del Evangelio, sin cuidarse de definir muy claramente cómo lo han de hacer. Él no tenía pensión de retiro ni existía una institución que le recibiera cuando llegara a la vejez, de modo que le perseguían el miedo constante a ella y la permanente tentación de la avaricia.

Cuando llegó a un pueblo como Gemello Minore, fue otra boca que alimentar. Si

la abría demasiado, era probable que pasara hambre. Se vio, pues, forzado a acomodarse, a someterse a la tutela del terrateniente local, o a entrar en transacciones deplorables con su mísero rebaño.

En muchos pueblos de Calabria escaseaban los hombres. La emigración de preguerra y la conscripción en la época de lucha los habían alejado, y las mujeres vivían durante años separadas de sus maridos, mientras las muchachas casaderas se veían obligadas a tomar amantes temporales o maridos mucho mayores que ellas. Pero el sacerdote estaba allí. El sacerdote era pobre y dependía de los pobres para conseguir que le lavaran la ropa, que le guisaran la comida, que le limpiaran la casa y que le echaran en el platillo de la colecta el dinero para comprar la pasta de la semana siguiente.

No es de sorprender que a menudo se relajara y que el Obispo prefiriera deplorar el relajamiento como fornicación, a llevarlo al tribunal por el escándalo canónico de concubinato público.

El sistema era tan culpable como el hombre, y los reformadores del tipo de Aurelio, Obispo de Valenta, se veían en aprietos para cambiarlo, cargados como lo estaban con los pecados históricos de una Iglesia feudal. La respuesta era tener menos sacerdotes, pero mejores, dinero para proveer un estipendio vital básico independiente de otras contribuciones de los fieles, pensiones de vejez y de enfermedad, mejor formación en el seminario, una selección más estricta de los aspirantes a las Sagradas Ordenes. Pero el dinero escaseaba, el prejuicio era fuerte, los hombres como Anselmo Benincasa tardaban mucho en morir y los jóvenes que crecían en los pueblos carecían de educación y de las condiciones necesarias.

Un obispado como Valenta era pobre y oscuro. Roma era rica, remota, le sobraban las preocupaciones, y las solicitudes de fondos especiales para hacer reformas tendenciosas eran fríamente recibidas por los cardenales, a la sazón mayordomos del Patrimonio de Pedro.

De modo que Anselmo Benincasa continuó en Gemello Minore y Su Señoría Ilustrísima de Valenta se quedó con el problema de qué hacer con él y cómo salvar, por lo menos, su alma inmortal.

Dobló las cartas, las metió en sobres, las selló con lacre y con las armas de su obispado y llamó a un mensajero para que las llevara inmediatamente, en motocicleta, a Gemello Minore. No se ilusionaba sobre su importancia. Llevaba largo tiempo de sacerdocio y comprendía que la verdad puede permanecer estéril cien años antes de echar raíces en el corazón de un hombre.

En la víspera de su partida a Gemello Minore, Blaise Meredith se sentía más solo que nunca.

La breve y fraternal comunión con el Obispo iba a romperse. Tendría que vivir con extraños, como un inquisidor diligente que desentierra hechos impopulares.

Soportaría solo sus terrores nocturnos. Ya no podía hacer confidencias, sólo trataría de arrancarlas a otros. Cambiaría la sagrada intimidad del dominio obispal por la depresión y la pobreza de un pueblo montañés, donde no existe intimidad para el nacimiento, la muerte y el acto sexual.

Sería huésped de una mujer, aunque, en contraste con muchos de sus colegas, carecía de talento para alternar con el sexo opuesto. Era célibe por profesión y soltero por temperamento; le molestaba, pues, el esfuerzo de mantener una charla menuda en el comedor. Las fuerzas se le agotaban rápidamente y le parecía intolerable desperdiciarlas en trivialidades semejantes.

En ese estado de ánimo, mientras los labradores dormían bajo los olivos y el obispo escribía en su estudio, se dio el lujo final de dar un paseo por las plantaciones. Se quitó la sotana y el cuello, se arremangó la camisa, dejando que el sol tostara sus brazos pálidos y delgados, y echó a andar por el sendero angosto que conducía a la cerca y al lindero del dominio.

El aire era fresco bajo los árboles y el sendero estaba moteado de manchas luminosas, pero cuando salió al valle, donde el granito brillaba entre los muros pardos del cerro, le golpeó el calor como la bocanada de un horno. Miró en derredor y vio cómo el aire caldeado se elevaba en cegadoras oleadas. Vaciló un momento, añorando el reparo de las plantaciones, pero, avergonzado de su debilidad, se dirigió resueltamente hacia el muro de contención.

En la falda de la montaña, encima del sendero, los labradores dormían a la sombra de las rocas erosionadas, sirviéndose de sus chaquetas como almohadas. Sus cuerpos, pequeños y bronceados, yacían despatarrados, laxos como muñecos de trapo, y Meredith, que llevaba mucho tiempo sin poder dormir, sintió envidia por su buena suerte.

Eran pobres, pero no tanto como otros. Trabajaban para un amo benévolo, sus ropas estaban manchadas y polvorientas y usaban zuecos en vez de zapatos, pero podían dormir tranquilos y volver dignamente a sus casas, porque tenían ocupación, comida para la mesa y vino y aceite para acompañarla. En una tierra pobre, con tres millones de desocupados, era mucho, desde luego.

En el borde del vertedero, el camino se bifurcaba en dos senderos; uno bajaba al lecho del arroyo y el otro subía hacia la cumbre del cerro. Meredith eligió el ascendente, con la vaga esperanza de que podría ver desde arriba la campiña y sus alrededores. La huella era áspera y estaba cubierta de piedras cortantes, pero él persistió con determinación, como desafiando a la debilidad de su cuerpo decadente y afirmando que seguía siendo un hombre.

A mitad de camino, se encontró en una pequeña meseta, invisible desde el valle, donde las murallas rocosas se plegaban sobre sí mismas formando una pequeña entrada con aspecto de gruta. Ahí había sombra y Meredith, agradecido, se sentó a descansar un momento. Cuando sus ojos deslumbrados se repusieron, vio cerca de la base de la muralla algunas hileras de tosca mampostería, reticulada a la antigua

usanza romana, y sobre ellas, los rastros de las paredes donde otras hileras habían estado adheridas a la piedra natural. Se incorporó y las examinó de cerca, siguiendo las líneas de la albañilería hasta el fondo de la gruta.

Las sombras eran densas en ese punto y pasaron algunos segundos antes de que descubriera una pequeña consola cortada en la roca y sobre ella un manojo de caléndulas marchitas y hojas de viña desmenuzadas. Detrás de las ofrendas había un trozo de mármol, tan viejo, manchado y descompuesto por el tiempo, que al principio no pudo descubrir lo que era. Después vio que formaba parte del pedestal de una estatua antigua, rudamente cúbico, del que emergía la cruda forma de un falo.

En la antigüedad, cuando los cerros estaban cubiertos de bosques, antes de que las tribus hambrientas los talaran para tener combustible y construirse viviendas, esa gruta debió ser el santuario de un dios de los bosques. Todo lo que quedaba ahora era el símbolo de la fertilidad, pero las flores eran del siglo XX, eran la primera ofrenda de la primavera a un viejo dios desacreditado.

Meredith había oído hablar a menudo de las supersticiones que persisten entre los montañeses, de los encantamientos, conjuros y ritos extraños, pero ésta era la primera vez que lo presenciaba. El bloque de mármol estaba manchado y descolorido, pero el falo se veía blanco y pulido por frecuentes contactos. ¿Iban ahí las mujeres, como en los antiguos tiempos, para asegurarse contra la esterilidad? ¿Adoraban todavía los hombres el símbolo de su dominio? ¿Existía aún entre los habitantes de la montaña una esperanza semiconsciente de que el Dios Pan pudiera hacer lo que el nuevo dios no había realizado: devolver su virginidad a la tierra violada y tornarla fértil en árboles y pasto?

La adoración del principio masculino estaba profundamente arraigada entre esa gente. Los jóvenes se erguían arrogantes como gallos y las mozas se les acercaban, con virginidad putativa al menos, a inspeccionarlos y admirarlos. Cuando se casaban, ellos engendraban hijos hasta agotar a sus mujeres y fomentaban la virilidad precoz de los pequeños, mientras mantenían a sus hijas, a fuerza de golpes, en la castidad. En una tierra agostada, ellos eran los últimos símbolos de la fecundidad y los primeros signos de alegría para una mujer cuyo fin sería la servidumbre sin goce en una choza desplomada de los cerros.

Quizás ésa fuera la razón por la que el símbolo católico que prevaleció no fue el Cristo agonizante, sino la fecunda *Madonna* amamantando al *Bambino* con su pecho rústico.

Blaise Meredith sintió una curiosa fascinación por el crudo símbolo de mármol y por su activa supervivencia a un kilómetro escaso de los dominios del Obispo. Quién sabe si ahí estaba la explicación de muchas anomalías de la Iglesia del Mediterráneo: la fuerte creencia en lo sobrenatural, la gruesa costra de superstición, el furioso celo por los santos latinos y la repulsa igualmente firme contra comunistas y anticlericales. Quién sabe si ésa era la razón de que los fríos liberales y los cortesanos escépticos consiguieran penetrar tan poco en esa gente; porque un misticismo exaltado era la

única respuesta que el frenesí báquico despertaba en sus cuerpos dorados y desnutridos. ¿Era ésa la verdadera explicación de la muerte de Giacomo Nerone? ¿Había sido pisoteado por los cascos del dios-chivo?

¿Y cómo podría Blaise Meredith, el legalista de Roma, penetrar en la mente recóndita de esa gente que ya era vieja cuando Roma era joven, y que en una ocasión se había aliado con el negro Dios de fuego de la Cartago de Aníbal?

A pesar del calor sintió un súbito frío. Dio la espalda a la imagen obscena y salió a la luz del sol.

Una anciana, casi doblada en dos bajo una carga de ramas y leños recogidos en el arroyo, subía penosamente por el sendero hacia la cumbre. Cuando pasó frente a Meredith, éste levantó la cabeza y la saludó en su pulcro italiano de Roma. Ella le miró con ojos lacrimosos e inexpresivos y siguió caminando sin responder.

Blaise Meredith la contempló un rato y emprendió la vuelta al valle. Se sentía viejo y cansado y le acosaba un miedo extraño de ir a Gemello Minore.

CAPÍTULO VII

Anne Louise de Sanctis despertó deprimida de su siesta. Al recordar que Aldo Meyer cenaría con ella se le ensombreció más el ánimo, y cuando el mensajero de Su Señoría le entregó la carta, casi gritó de irritación. Era demasiado. Esas intromisiones en su intimidad eran insoportables. Preferiría el tedio al esfuerzo que tendría que desarrollar para mostrarse amable.

Cuando se reunieron para tomar el té, Nicholas Black observó su mal humor y tuvo la sutileza de sugerirle un remedio inmediato.

—Usted está cansada, *cara* —le dijo solícito—. Es el calor: fiebre primaveral. ¿Quiere que se la disipe con un sortilegio?

—Ojalá pudiera, Nicki.

—¿Me autoriza?

—¿Y cómo? Tengo que entretener a Meyer y a ese clérigo que llega mañana. —Su voz tenía inflexiones de niña petulante—. Quiero que me dejen sola.

—Para eso me tiene, *cara* —repuso él suavemente—. Yo los distraeré. No permitiré que la molesten. ¿Por qué no me deja darle ahora un masaje y peinarla para la cena?

Ella se animó al instante.

—Me encantaría, Nicki. Es lo que más me hace falta. Siento que me estoy convirtiendo en una vieja desaliñada.

—¡Nunca, *cara*! Pero un sombrero nuevo y un peinado original son el mejor remedio contra la melancolía. ¿Dónde nos instalaremos?

Ella vaciló un momento antes de replicar con estudiado descuido:

—Supongo que el dormitorio será el mejor sitio. Allí tengo de todo.

—¡Vamos, entonces! Empecemos. Déme una hora y la dejaré tan cautivadora como cualquiera de las bellezas de Roma.

Con galantería teatral la tomó de la mano y la condujo escaleras arriba al dormitorio barroco, riéndose interiormente de su fácil victoria. Si la condesa ocultaba secretos, con tiempo a su disposición, paciencia y la acuciosa destreza de sus suaves manos, los descubriría.

Después de cerrar la puerta, convirtió en una ceremonia asexuada el acto de ayudarla a quitarse el vestido, envolverla en una bata e instalarla en una silla tapizada de brocado frente a la mesa de tocador, con su batería de cosméticos en frascos de cristal. Ella se defendía como lo exigía el caso, haciendo coquetas observaciones para subrayar la intimidad de la ocasión. El pintor se sonreía sacudiendo toallas y dejando que charlara a su gusto. Tenía un talento de camaleón para identificarse con cualquier emergencia aun cuando sus pensamientos y sus planes siguieran un rumbo opuesto. En ese momento era el *parrucchiére*, el confidente de la dama de rango, el testigo de cosas vedadas hasta para los amantes, el narrador de anécdotas escabrosas que no obligan a enrojecer a la dama, porque los ayudas de cámara son inmunes a la virtud

mejor simulada.

Le echó la cabeza atrás, le limpió de afeites el rostro, le aplicó crema y comenzó a darle masaje con sus dedos, suaves pero firmes, hacia arriba, primero desde el fláccido cuello y luego desde las comisuras de la boca. Al principio ella se mantuvo rígida y reservada, pero pronto sucumbió al ritmo hipnótico del contacto y pasado un rato él pudo sentir cómo se despertaba lentamente en ella la sensualidad. Excitarla mientras él permanecía inalterado le producía una satisfacción especial, y comenzó a hablarle en el tortuoso idioma de los salones de belleza.

—Su cutis es hermoso, *cara*, y flexible como el de una niña. Algunas mujeres pierden muy pronto su cualidad. Usted es de las afortunadas… Como Ninon de L'Enclos, que tuvo el secreto de la eterna juventud… Qué historia tan extraña fue ésa. Cuando todavía causaba furor en París, a los sesenta años, su propio hijo la cortejó sin saber quién era. Se enamoró de ella, y se suicidó al descubrir la verdad… —Black rió con ligereza—. ¡Es una suerte que usted no tenga hijos!

Ella ahogó un suspiro.

—Los niños me han hecho falta, Nicki. Pero… quién sabe si es mejor no haberlos tenido.

—Todavía hay tiempo, ¿verdad?

Ella soltó una risa de muchacha.

—Necesitaría algo de ayuda, ¿no es así?

—Muchas veces me he preguntado por qué no se ha vuelto a casar; por qué una mujer atrayente como usted ha preferido enterrarse en las serranías de Calabria. Usted no es pobre. Podría vivir donde quisiera, en Londres, Roma, París.

—Conozco todo eso, Nicki. Usted sabe que voy periódicamente a Roma. Pero ésta es mi casa y siempre vuelvo.

—No ha contestado mi pregunta, *cara*.

Con sus manos ágiles encubrió la malevolencia de su interrogación. Mientras le friccionaba las mejillas y la fina red de arrugas junto a los ojos, sentía la tensión que se acumulaba en ella mientras buscaba una respuesta.

—Me casé, Nicki. He estado enamorada. También he tenido aventuras y he recibido proposiciones, pero nada de eso me ha satisfecho. La respuesta no puede ser más simple.

Pero ella no era simple y él lo sabía; era la mujer más compleja que había conocido, y en aquel momento tuvo la astucia de trocar súbitamente los papeles.

—Usted nunca se ha casado, querido. ¿Por qué?

—Nunca he sentido la necesidad de casarme —replicó él con ligereza—. Siempre he conseguido lo que buscaba fuera del matrimonio.

—¡Un soltero feliz!

—Si no los hubiera, *cara*, tampoco existirían las viudas alegres. Sólo las mujeres frustradas.

—¿Se ha sentido frustrado alguna vez, Nicki?

Él sonrió en su interior por la nota quejumbrosa que de pronto apareció en la voz de Anne Louise. «Es curioso —pensó— cómo todas utilizan esa palabra; todas usan la jerga freudiana como si fuera la respuesta al enigma final del universo. Nunca están pasadas. No les produce fiebre el no poder conseguir un hombre, y nunca temen estar demasiado viejas para revolcarse en el heno. Son frustradas. A decir verdad, yo también lo he sido, pero que el diablo me lleve si se lo confieso».

—¿Cómo podría sentirse frustrado un hombre estando con usted, *cara*?

Para agradecerle su galantería, ella le tomó la mano, grasienta aún por la crema y la oprimió contra sus labios; después, sin previo aviso, la introdujo por la bata sobre la desnuda curva de su pecho. El gesto tomó a Black por sorpresa y su reacción fue aguda.

—¡No haga eso!

Ella lanzó una carcajada.

—¡Pobre Nicki! ¿Se imaginaba que yo no lo sabía?

—¡No sé de qué me habla!

La irritación elevó el tono de su voz, pero Anne Louise continuó riendo.

—Que no sabía que usted es distinto, querido. Que no le interesan en absoluto las mujeres. Que está ciegamente enamorado de Paolo Sanduzzi… ¿Es o no verdad?

Nicholas, de pie, con la toalla en la mano, miró furioso sobre la cabeza de ella los dorados *amorini*[10] del cielo, conteniendo a duras penas las lágrimas. Anne Louise volvió a tomarle la mano, cesó en su risa y en voz baja, casi acariciadora, le dijo:

—No tiene por qué enojarse, Nicki. ¡Los secretos conmigo están de más!

Él se desprendió del contacto de aquella mano, furioso.

—No tengo secretos, Annie. Me gusta el chico. Creo que podría hacer mucho por él. Quisiera sacarlo de la aldea, llevarlo a un colegio y darle una posibilidad de vida decente. No tengo mucho dinero, pero estoy dispuesto a gastar hasta mi último centavo en eso.

—¿Y qué pretende a cambio? —Su voz era siempre suave, pero con ribetes irónicos.

Black repuso con una dignidad patética y extraña:

—Nada. Absolutamente nada. Y también espero que usted me crea.

Ella le miró un buen rato con ojos brillantes y especulativos. Luego le dijo:

—Le creo, Nicki. Y es posible que yo pueda ayudarlo.

Él la miró desconcertado, tratando en vano de descifrar los pensamientos que ocultaban sus labios sonrientes y sutiles.

—Tengo mis razones, Nicki. Pero lo que le digo es cierto. Ayúdeme a manejar a ese sacerdote y yo le ayudaré con Paolo Sanduzzi. ¿Vale el trato?

Él se inclinó para besarle la mano con gratitud servil y ella le despeinó el cabello con el gesto semimaternal, semidespectivo, que acostumbraba a usar con Black.

Era una alianza de intereses y ambos lo sabían. Pero aun los enemigos se sonríen a través de la mesa del tratado. De modo que cuando Aldo Meyer llegó a cenar,

encontró a la condesa radiante y a Nicholas Black prodigándole deferencias de paje.

Meyer se sentía cansado y mal dispuesto para una ceremonia social. Había pasado la tarde con Martino el herrero, temiendo el segundo y posiblemente fatal acceso que podía seguir al primero. Había oscurecido ya cuando juzgó prudente trasladar al enfermo a su hogar, y entonces tuvo que escuchar las lamentaciones de la mujer, quejándose sobre la precaria situación de su familia. Había tenido que darle seguridades de cuyo cumplimiento dudaba: que la enfermedad no duraría mucho, que alguien —acaso la condesa— se preocuparía de alimentar a los niños, que él mismo obtendría ayuda de la comunidad y que buscaría una persona para hacerse cargo de la fragua sin cobrar mucho.

Al fin pudo escapar, después de hipotecar veinte veces su alma y su reputación. Se retiró más convencido que nunca de la imposibilidad de reformar a esa gente ignorante, habituada durante siglos al feudalismo y que besaba la mano del más mezquino de los barones, siempre que éste tuviera un pedazo de pan y ofreciera la ilusión de seguridad.

En su casa le esperaba la carta del obispo, y ésa fue otra paja sumada al fardo de las molestias del día. Su Señoría sólo pedía un servicio médico, mejor pagado que los que él prestaba normalmente, pero sugería mucho más: una cortesía que podía trocarse en una fuerte desconfianza invencible por el eclesiástico absolutista, cuyos predecesores habían expulsado de España a sus consanguíneos para darles un molesto refugio en el Trastevere. Pero, lo quisiera o no, el inglés llegaría y, de acuerdo con el juramento hipocrático, estaba obligado a atenderlo. Con perversión de espíritu esperaba no ser seducido a trabar amistad.

En sus relaciones con Anne Louise de Sanctis no mediaba amistad. Era su médico a falta de otro, y su huésped en ausencia de otra compañía educada para distraer sus comidas. Ocasionalmente, se convertía en portavoz de los campesinos en sus súplicas a la *padrona*. Pero más allá de esos estrechos límites, existía un terreno de muda desconfianza y disimulada animosidad.

Los dos habían conocido a Giacomo Nerone. Cada uno, por un motivo opuesto, estuvo mezclado en su muerte. Meyer conocía demasiado bien la naturaleza de la enfermedad de su paciente, aunque nunca le había expresado el diagnóstico en palabras. Anne Louise de Sanctis no ignoraba los fracasos del médico y le zahería con ellos porque Meyer sabía demasiado sobre los suyos propios. Pero, como se veían raras veces, se entendían con pasable urbanidad y, aunque fuera a contrapelo, se tenían gratitud recíproca. Meyer, por el buen vino y la comida bien aderezada; la condesa, por la ocasión de vestirse de largo y comer en compañía de un hombre que no era palurdo ni eclesiástico.

Pero esa noche soplaban otros vientos. La presencia de Nicholas Black y la visita del emisario de Roma daban un carácter nuevo y ligeramente siniestro a la ocasión.

Mientras Meyer se afeitaba y vestía a la luz amarillenta de la lámpara de parafina, se preparó para una tarde desagradable.

Sin embargo, en los primeros momentos le pareció que sus temores eran infundados. La condesa estaba tranquila, atrayente y parecía sinceramente contenta de verlo. La sonrisa del pintor se hallaba libre de sugerencias sardónicas; habló bien y amablemente sobre cualquier tópico que se presentara.

Durante el aperitivo opinaron sobre el estado del tiempo, las costumbres locales y la decadencia de la escuela napolitana de pintura. En la sopa se trasladaron a Roma, y Black detalló los escándalos más agradables de la Vía Margutta y el precio que cobraban los críticos por un comentario favorable. Al aparecer el pescado, atravesaban el Vaticano y alternaban con los políticos, discutiendo las perspectivas de las inminentes elecciones. El vino aflojó la lengua del doctor y le hizo lanzarse en animada disertación:

—… la vez pasada, los demócrata-cristianos triunfaron gracias al confesionario y a la ayuda de los dólares norteamericanos. La Iglesia amenazaba con la condenación a todo católico que votara por los comunistas, y Washington agitaba a su lado un fajo de billetes. El pueblo quería paz y pan a cualquier precio, y el Vaticano seguía siendo la única institución en Italia que mantenía su estabilidad y su solvencia moral. De modo que entre ambos se ganaron las urnas. Pero seguimos teniendo el Partido Comunista más fuerte del mundo sin contar el ruso, naturalmente, e incluso entre los que votaron bajo la bandera del Vaticano hay una extraña discrepancia de finalidades. ¿Qué sucederá esta vez? Los demócratas seguirán aferrados, por supuesto, pero perderán votos en un viraje hacia la izquierda. Los monárquicos ganarán algo en el sur, y los comunistas seguirán más o menos siendo lo que son: un fuerte núcleo de descontento.

—¿Qué causará las pérdidas de los demócrata-cristianos? —preguntó Nicholas Black, vivamente interesado.

Meyer se encogió de hombros con gesto expresivo.

—Primero y sobre todo, su falta de realizaciones. No se ven reformas espectaculares ni disminución perceptible en la masa de los desocupados. En la industria hay equilibrio, mantenido por la inyección económica de Norteamérica y la ayuda del Banco del Vaticano. La renta nacional ha crecido, pero el aumento casi no se refleja en el nivel de vida de grandes sectores de la población. Basta, sin embargo, para que los financieros estén más o menos contentos y para mantener estables los votos por otro período. La segunda razón es que el Vaticano ha perdido prestigio por identificarse con un partido. Es lo que sucede con un Papa político. Siempre quiere tener las dos cosas: el Reino de los Cielos y la mayoría en el parlamento terrestre. En Italia puede conseguirlo, pero pagando un precio, y este precio es el anticlericalismo en su propio rebaño.

—Interesante —dijo Black, cautivado por el final del argumento—. En toda Italia uno encuentra mujeres de comunión diaria y hombres que llevan las insignias de

media docena de cofradías, pero que siempre citan la vieja frase: *Tutti i preti sono falsi*; todos los sacerdotes son farsantes. Es gracioso, pero enteramente ilógico.

Meyer se rió y extendió las manos simulando desaliento.

—Hombre, es la cosa más lógica del mundo. Cuantos más sacerdotes hay, más advierten sus errores. El gobierno clerical es como el de las faldas: malo para ambos lados. Yo no creo que todos los sacerdotes sean mentirosos. En mi tiempo he conocido algunos muy buenos; a pesar de ello soy anticlerical. El latino es lógico en su corazón. Está dispuesto a admitir que el Espíritu Santo guía al Papa en materia de fe y moral, pero le produce náuseas que también fije la tasa bancaria.

—Hablando de sacerdotes —dijo Anne Louise de Sanctis—, me pregunto, ¿cómo será monseñor Meredith?

Todo lo dicho tenía la blandura de la mantequilla, pero Aldo Meyer comprendió su malicia. Le habían llevado de un tema de conversación a otro como a una oveja y ahora estaba acorralado y le vigilaban, con sutil mofa, para que no se escapara. Al diablo con ellos. No les daría gusto.

Se desentendió de la pregunta con un encogimiento de hombros.

—¿Usted se refiere al inquisidor romano? No me preocupa. Vendrá y se irá. Eso es todo. Tengo problemas propios que quiero discutir con la *padrona*.

—¿Qué problemas? —la condesa frunció el entrecejo ante el freno aplicado a sus burlas.

—Martino, el herrero, tuvo hoy un ataque. Ha quedado paralítico e incapacitado. Su familia necesitará ayuda. He pensado que usted podría darles algo de dinero y tomar a su servicio a dos de sus hijas. Teresina y Rosetta están ya en edad de poder trabajar.

La aquiescencia de la condesa le dejó sorprendido.

—Por supuesto. Es lo menos que puedo hacer. En los últimos meses he pensado mucho en las jóvenes de la aldea. Aquí no encuentran nada, y si tratan de emigrar, terminan en las calles de Reggio o de Nápoles. Creo que debemos hacer un esfuerzo por revivir algunos de sus planes, doctor, y crearles trabajo aquí.

—Es una buena idea —dijo Meyer con cautela, tratando de adivinar adónde quería llevarle la condesa. Sus palabras siguientes se lo mostraron con bastante claridad.

—Paolo Sanduzzi, por ejemplo. Nicki dice que el chico es inteligente y no es holgazán. Parece un derroche dejarlo vagabundear. Le traeré aquí y le pondré a trabajar con los jardineros. A su madre le vendrá bien algo de dinero extra.

Ahora sí que estaba atrapado en la trampa. Había recibido un favor y tendría que aceptar el trago amargo que lo acompañaba. Los otros dos le sonrieron por encima de las copas, desafiándole a protestar y a ponerse en ridículo. Meyer asintió, diciendo con indiferencia:

—Si puede usted darle trabajo, ¿por qué no? Hable con su madre.

—¿Con qué objeto? —preguntó Nicholas Black.

—Porque es menor de edad —recalcó Meyer intencionadamente—. La madre es tutor legal del chico.

El pintor enrojeció y metió la nariz en la copa, y Anne Louise se permitió esbozar una sonrisa.

—¿Podría usted decir a Nina Sanduzzi que venga a verme mañana?

—Lo haré, pero es posible que no quiera venir.

—¡Qué humos para ser una campesina descalza! —comentó acremente Black.

—Somos un pueblo original —repuso Meyer—. Se necesita tiempo para comprendernos.

Anne Louise guardó silencio e indicó al mozo que sirviera más vino con el asado. Había ganado un punto.

Meyer estaba atrapado, y si Nicki deseaba enfrentarse con el judío, ella se entretendría sin mezclarse en el asunto. Pero las palabras siguientes del médico la reincorporaron a la discusión.

—Hoy recibí una carta del obispo. Me pide que actúe como consejero médico de monseñor Meredith. Parece que se está muriendo de un carcinoma.

—¡Santo Dios! —masculló Nicholas Black—. ¡Qué complicación!

—Usted le invitó, Nicki —dijo irritada la condesa—. No sé de qué se queja.

—Pienso en usted, *cara*. Un enfermo en la casa es una carga pesada.

—En la mía tengo sitio —dijo amablemente Meyer.

—No puedo aceptarlo —replicó la condesa con reacción aguda—. Se quedará aquí. Tengo sirvientes que le cuiden y usted podría visitarlo cada vez que lo crea necesario.

—Pensé que diría eso —repuso Meyer sin sombra de ironía.

Apareció el asado, se sirvió vino y por un rato comieron en silencio, calculando cada uno su propia cuenta en la batalla de intereses que se desarrollaba bajo la tenue urbanidad de la conversación. La condesa dejó al fin el tenedor y dijo:

—He pensado que en atención a Su Señoría deberíamos organizarle una recepción a este hombre.

Nicholas Black se atragantó con el pollo.

—¿Qué clase de recepción, *cara*? ¿Un desfile de la Cofradía de los Muertos, de la Congregación de Hijas de María y de la Sociedad del Santo Nombre? ¿Estandartes, velas, acólitos, y el padre Anselmo trotando detrás con su sucia alba?

—¡Nada de eso, Nicki! —El tono de la condesa fue duro y perentorio—. Una sencilla comida, mañana, a la que asistiríamos nosotros dos, el doctor y el padre Anselmo. Nada complicado; una simple ocasión para que monseñor Meredith conozca a las personas que mejor pueden ayudarlo en este pueblo.

Aldo Meyer mantuvo los ojos fijos en el plato. ¿Cómo enfrentarse a una mujer como ésta? ¡Una sencilla comida! Con la *padrona* en el papel de gran señora que dispensa atenciones al médico rural y a un sacerdote rústico que no sabría usar los cubiertos, derramaría el vino y probablemente se dormiría a los postres, mientras el

Monseñor de Roma le contemplaría con humorística tolerancia. Y cuando llegara el caso de tomar declaraciones, ¿en quién se apoyaría el Monseñor sino en la graciosa dama que tan cortésmente le hospedaba? ¡Una comida sencilla, muy sencilla!

—¿En qué piensa, doctor?

Él, frío y serio, levantó la vista.

—La casa es suya y suyo es el huésped.

—Pero usted vendrá.

—Por supuesto.

Vio cómo ella se relajaba y sorprendió el triunfo furtivo que iluminaba sus ojos. Cuando miró a Nicholas Black, éste sonreía y Aldo Meyer se sintió desnudo ante las dagas de ese par de intrigantes tan extrañamente emparejados.

—Me pregunto, ¿cómo será? —interrogó Black sin dirigirse a nadie.

—¿Quién? —preguntó la condesa.

—Nuestro Monseñor de Roma. Cuando le vi en Valenta estaba flaco y plomizo; parecía un topo.

—Se está muriendo —dijo Meyer con brusquedad.

El pintor se rió.

—Pero no su carácter, espero. Odio a las personas malhumoradas en la mesa. En fin, es inglés, lo que constituye una diferencia. Es probable que sea seco y brillante, y monótono como agua de acequia en su conversación. Me pregunto si será escrupuloso. Algunos eclesiásticos romanos son muy liberales. Otros quisieran que la Creación sucediese nuevamente para tener una autogénesis universal. Estoy ansioso por ver su reacción ante el embrollo amoroso de Giacomo Nerone.

Aldo Meyer se volvió rápidamente para mirarlo.

—¿Qué sabe usted de eso?

El pintor acompañó su respuesta con una sonrisa insultante.

—No tanto como usted, quizá. Yo doy trabajo a su hijo, y usted hace lo propio con su amante. Es evidente que eso podría serles útil. Las últimas listas están llenas de vírgenes, confesores y niños imberbes recién salidos del noviciado. Podrían sacar provecho de un buen penitente como Agustín o Margarita de Cortona. Eso los ayuda a tratar con los pecadores. Ya sabe… «Siempre hay un camino para volver a Dios». Estos eclesiásticos son grandes oportunistas. ¿No concuerda conmigo, doctor?

—Soy judío —replicó Meyer en tono cortante—. Me gusta poco el catolicismo, pero menos aún la blasfemia. Preferiría cambiar de tema.

La condesa agregó una advertencia rápida:

—Ha bebido demasiado, Nicki.

El pintor enrojeció de ira, echó atrás la silla y se retiró del comedor. A una señal de la condesa también salió el sirviente, y Anne Louise de Sanctis quedó sola con su consejero médico.

Tomó un cigarrillo, empujó la cajetilla hacia Meyer y aguardó mientras éste encendía. En seguida se inclinó y le lanzó una nube de humo al rostro.

—Vamos, *dottore mio*, déjese de circunloquios y diga lo que tiene que decir.

Meyer movió negativamente la cabeza.

—Usted no me lo agradecería, Anne, ni me creería.

—Ensaye. Estoy con ánimo receptivo —rió suavemente y le tendió la mano a través de la mesa—. Usted es obstinado, Aldo *mio*, y cuando me mira a lo largo de su condenada nariz judía también me pone obstinada. Vamos, dígamelo, y en forma agradable, ¿cuál es mi enfermedad y cuál su prescripción?

Meyer guardó un momento de silencio, observando el rostro que había sido bello: los huesos bien formados, los músculos fláccidos y abatidos, las patas de gallo que rodeaban los ojos, las líneas descendentes de la insatisfacción, la piel cansada bajo el sabio maquillaje. Luego, con franqueza clínica, le dijo:

—Comenzaré por la receta. Abandone los barbitúricos. Déjese de coleccionar seres extraños como Black, que la saturan de cuentos sucios y al fin y a la postre no le proporcionan ninguna alegría. Venda esta propiedad o déjela en administración y tome un departamento en Roma. Después cásese con un hombre que la haga feliz en la cama y que la obligue a corresponderle.

—Su mente es sucia, doctor —replicó ella sonriendo.

Aldo Meyer prosiguió sin inmutarse:

—Se pondrá más sucia aún. Usted no supo hallar satisfacción en el matrimonio porque era demasiado joven y su marido demasiado descuidado para preocuparse. No la ha tenido después porque, cada vez que ha ensayado, se ha traicionado a sí misma y ha engañado al hombre. El mal es común y curable, siempre que uno se encare con lo que desea y necesita y se obligue a conseguirlo. Pero usted nunca lo ha hecho. Se ha recluido en su pequeño mundo privado y lo ha llenado con una especie de pornografía mental que la enloquece de deseos y la deja insatisfecha. Está en una mala edad para hacer eso, querida. Es peligroso. Se termina con *gigolós* y tipos como Nicholas Black, y al final con una dosis excesiva de psicofármacos. Usted puede todavía amar. Pero también puede convertirse en alcahueta, como lo está haciendo con Paolo Sanduzzi.

Ella dejó pasar el último ataque y le preguntó sonriendo:

—¿Y cómo consigo un marido, doctor? ¿Lo compro?

—Podría hacer peor —repuso Aldo Meyer sombríamente—. Dados los elementos, es posible que le convenga más un negocio honrado que un amor deshonesto. Por eso le gusta tiranizar a su pintor, porque usted está tiranizada por un cuerpo insatisfecho.

—¿Algo más, doctor?

—Una sola cosa —dijo Meyer tranquilamente—. Quítese de la cabeza a Giacomo Nerone. No continúe tratando de herirlo a través de Nina y el niño. Usted no es la primera mujer que ha destruido a un hombre por haber sido rechazada. Pero si se niega a mirar el hecho cara a cara, terminará destruyéndose.

—Ha olvidado lo más importante, doctor.

Meyer la miró vivamente interesado.

—¿Qué?

—Siempre he deseado un hijo. Lo he necesitado más de lo que usted supone. Mi marido no pudo dármelo. Giacomo me lo negó y lo engendró en una campesina de pies descalzos. Yo le odié por eso. Pero ya no le odio. Si usted no se interpone entre su madre y yo, podría hacer algo por el chico… darle un buen comienzo en la vida, impedir que se embrutezca como los demás mozos de la aldea.

—¿Qué haría usted con él, Annie? —interrogó Meyer fríamente—. ¿Pasárselo al pintor?

Sin decir nada, ella agarró una copa de vino medio vacía y le lanzó el contenido al rostro. Después apoyó la cabeza en sus brazos y estalló en sollozos convulsivos. Aldo Meyer se enjugó las flacas mejillas, se levantó de la mesa y tocó el timbre para que el sirviente le condujera a la puerta.

Cuando llegó a su casa, se sorprendió al encontrar encendida la lámpara y a Nina Sanduzzi sentada a la mesa ante un montón de ropa por remendar. Su presencia a esa hora avanzada era suficientemente extraña para provocar comentarios. La explicación que dio fue sencilla.

—Pasé la tarde con la mujer de Martino. Es tonta, pero buena, y empieza a comprender la situación en que se encuentra. Cuando acosté a los niños y dejé cómodo a Martino, pensé que esperaría aquí para saber las noticias que usted trajera de la condesa.

Meyer tuvo la tentación momentánea de exteriorizar sus sentimientos en un estallido irónico, pero recordó que ella no comprendía la ironía y que sólo conseguiría perturbarla.

Le replicó, pues, escuetamente:

—Las noticias son buenas para Martino. La condesa le dará dinero y tomará también a Teresina y Rosetta a su servicio. Con los salarios de las niñas y algo de ayuda del auxilio social, podrán defenderse.

—¡Oh, magnífico! —le dijo ella, ofreciéndole una de sus raras y serenas sonrisas —. Ya es algo, y quizá podamos mejorarlo más adelante. ¿Quiere un poco de café?

—Sí, gracias.

Meyer se dejó caer pesadamente en una silla y comenzó a soltarse los cordones de los zapatos. Ella se incorporó inmediatamente para ayudarle. Eso también era nuevo, nunca había asumido Nina las funciones de ayuda de cámara. Meyer guardó silencio, pero la miró con expresión pensativa mientras ella encendía el fuego bajo la cafetera.

—La condesa quiere verte mañana —le dijo sin cambiar de tono.

—¿Para qué me necesita?

—Quiere ofrecerle trabajo a Paolo como ayudante de los jardineros.

Nina, inclinada sobre el fogón, preguntó:

—¿Es ésa la única razón?

—Para ti, sí. Para Paolo podría haber otras. Ella se volvió lentamente para mirarlo a través de la semioscura habitación.

—¿Qué clase de razones? —preguntó.

—El pintor inglés le tiene cariño y la condesa quiere utilizar al chico de un modo que todavía no está claro. Creo que también quiere tenerlo allí para cuando llegue el sacerdote de Valenta a hacer la investigación sobre Giacomo.

—Son como perros en celo revolcándose en un estercolero —dijo Nina con voz apagada—. En nada de lo que hacen hay amor. No iré, ni el niño tampoco.

Meyer hizo un ademán de asentimiento.

—Yo sólo prometí decírtelo, y apruebo tu actitud. En esa casa se respira un perfume desagradable.

—Ensayan con nosotros como si fuéramos animales. —Nina extendió los brazos con ademán iracundo—. Paolo es un niño, un niño en el que comienza a despertarse la virilidad, y quieren usarlo para eso.

—Yo te lo advertí —le subrayó Meyer.

—Lo sé —Nina puso las tazas sobre la mesa, hablando mientras se movía—. Y ésta es otra de las razones de que esté aquí ahora. Paolo me dijo que se había paseado con Rosetta junto al Torrente del Fauno. Yo me alegré. Los dos son jóvenes y están a tiempo para hacer al amor, siempre que sea como es debido. Creo que Paolo también estaba contento. Quería hablar, pero no sabía cómo expresarse con palabras. Yo habría deseado ayudarlo, pero… usted sabe lo que siente un niño. Nunca creería que su madre también conoce las palabras. Es duro que falte el hombre en la casa, y pensé si… si usted quisiera ayudarlo un poco.

La cafetera hirvió y mientras ella se precipitaba a retirarla del fuego, Meyer pudo reflexionar sobre su respuesta. La dijo con suavidad, pero titubeando.

—Un niño que despierta es como un país extranjero, Nina. No tiene mapas ni letreros en los caminos. Hasta su lenguaje es diferente. Yo podría equivocarme y hacerle daño. Ignoro lo que él siente por el inglés, y lo que ha podido suceder entre ellos. Pero sea lo que fuere, el niño sentirá vergüenza por su primer deseo de una chica. Esto es lo que le torna furtivo como un zorro, tímido como un pájaro. ¿Comprendes?

—Ya lo creo que comprendo. Pero también comprendo su necesidad. El mundo se le presenta extraño. A su padre le llaman santo. A su madre, prostituta. Yo no me justificaré ante él ni justificaré a su padre. Pero ¿cómo explicarle la cosa maravillosa que hubo entre nosotros, que también para él podría ser maravillosa?

—¿Y cómo se la explicaría yo —dijo Meyer, sonriendo con tristeza—, cuando yo mismo no la comprendo?

La pregunta siguiente de Nina le hizo olvidar su cansancio.

—¿Odia usted al niño?

—¡Dios Santo, no! ¿Por qué lo dices?

—Podría haber sido suyo, de no llegar antes Giacomo.

El rostro de Meyer se ensombreció con viejos recuerdos.

—Es verdad. Pero nunca he odiado al niño.

—¿Y a mí?

—Tampoco. Hubo un tiempo en que odié a Giacomo y me alegré cuando murió, pero sólo por un tiempo. Ahora lo deploro.

—¿Lo bastante para ayudar a su hijo?

—Y también a ti, si puedo. Envíamelo y trataré de hablarle.

—Siempre le he tenido a usted por un buen hombre.

Y ése fue, por entonces, todo su agradecimiento. Retiró la cafetera del fuego y la llevó a la mesa. Sirvió una taza para el doctor y otra para ella, y le observó mientras él sorbía con cuidado el caliente líquido. Ella consumió la taza de un trago y se dirigió a un rincón en busca de sus zuecos y del cesto viejo donde guardaba las compras del día: carbón de leña, pasta y algunas verduras.

Volvió enseguida a la mesa y le tendió un grueso paquete envuelto en tela de algodón y atado con una cinta desvaída.

—Tómelo —le dijo con tono firme—. Ya no lo quiero.

—¿Qué es? —Meyer escudriñó su rostro sereno.

—Los papeles de Giacomo. En alguna parte está la carta para usted. Puede ser que ellos le ayuden a comprenderlo a él y a mí. Puede ser que con ellos ayude al niño.

Meyer tomó pensativo el paquete manchado y lo retuvo entre las manos como una vez había sostenido la cabeza floja y sin vida de Giacomo Nerone. De nuevo volvieron los recuerdos, vívidos y opresores; viejos temores, viejos odios, viejos amores, pequeños triunfos y monstruosos fracasos. Se le nublaron los ojos, sintió un nudo en el estómago y un tic nervioso en la comisura de la boca.

Cuando alzó la vista, Nina Sanduzzi se había marchado y se quedó solo a la luz de la lámpara con el alma de un muerto entre los dedos temblorosos.

Nina Sanduzzi regresó a su casa bajo la paz de la luna primaveral. Los ásperos perfiles de los cerros se suavizaban bajo las estrellas; el mísero villorrio ya no era sórdido, estaba plateado con antigua belleza; abajo, en el valle, corría el torrente como una cinta de luz grisácea a través de las sombras. El aire era limpio y terso y sus zuecos golpeaban las piedras apagando las voces intermitentes de los grillos y el sonido tenue y distante del agua.

Pero Nina Sanduzzi era ciega a la belleza y sorda a la música de la noche. Era labradora, estaba arraigada a la comarca como se arraiga un árbol, rudo, persistente, insensible a la patética falacia que, a lo sumo, es una diversión sentimental de letrados. El paisaje era un sitio en el cual vivía.

En él sólo importaban las figuras. La belleza que ella veía —y descubría mucha belleza— se hallaba en los rostros, las manos y los ojos, en las sonrisas, las lágrimas

y las carcajadas de los niños, y en los recuerdos que atesoraba como el agua en una cisterna.

La primavera era una sensación en su cuerpo robusto. El verano era calor en la piel y polvo bajo sus pies descalzos, y el invierno era un marasmo frío y una administración avara de ramas y carbón.

No sabía leer ni escribir, pero comprendía la paz porque había conocido la lucha, y era receptiva para la armonía, porque ésta iba construyéndose lenta pero perceptiblemente con las disonancias de la vida que la rodeaba.

Esa noche se encontraba en paz. Ya podía divisar el comienzo de la realización de la promesa que le hiciera Giacomo Nerone; que aun después de su muerte alguien cuidaría de ella y del niño. Eran pobres, pero la pobreza era su estado natural y Giacomo nunca los había dejado vivir en la escasez. Ahora, cuando más necesitaba de ayuda, Aldo Meyer se preparaba a pagar, a sus propias expensas, su deuda con un muerto.

En su vida también había armonía, una concordancia lenta que iba formándose entre ella y los aldeanos. La necesitaban. Le agradecían, como la mujer de Martino, la ayuda prestada en sus tribulaciones, y cuando le aplicaban los duros epítetos de «prostituta» y «mujer que durmió con un santo», ya no contenían mucha malignidad; sólo un recuerdo opaco de pasadas envidias. Eran de raza dura y usaban palabras ásperas, porque conocían pocas de las otras. Sus símbolos eran vulgares porque la vida los embrutecía y el hambre del estómago no puede satisfacerse con sueños.

Pero esa noche, mientras se dirigía a la pequeña choza escondida entre los acebos, sentía gratitud, y toda esa gratitud se concentraba en Giacomo Nerone, muerto hacía mucho tiempo y enterrado en la Gruta del Fauno, donde la gente acudía a orar y se iba curada de las enfermedades del cuerpo y del espíritu.

El recuerdo de ese hombre había borrado todo el resto de su vida; sus padres, muertos de malaria cuando ella tenía dieciséis años, dejándole la choza, algunos muebles y un pequeño arcón que guardaba su dote; su marido, un muchacho moreno y turbulento que la había despojado en la iglesia y que había dormido durante un mes con ella hasta que se lo llevó el Ejército para que muriera en la primera campaña de Libia. Ella siguió viviendo sola en su choza, como lo hacían las otras mujeres, alquilándose en trabajos de labranza y servicio doméstico ocasional en la villa cuando alguna de las doncellas de la condesa se enfermaba.

Entonces llegó Giacomo Nerone…

Fue una noche de verano, ardiente y preñada de truenos. Ella estaba desnuda en el gran catre de bronce, inquieta por el calor, los mosquitos y la necesidad que a menudo se despertaba en su cuerpo sano de sentirse entre los brazos de un hombre. Era más de medianoche, e incluso después de un día agotador, el sueño se negaba a venir.

En la puerta asegurada con una barra sonaron los golpes débiles y furtivos. Presa de terror se sentó, cubriéndose el pecho con las mantas. Los golpes se repitieron y

ella gritó:

—¿Quién es? Una voz de hombre le contestó:

—Un amigo. Estoy enfermo. Déjeme entrar, por amor de Dios.

La debilidad y la angustia de la voz la conmovieron. Saltó de la cama, se puso rápidamente el vestido y fue a la puerta. Cuando quitó la barra y la entreabrió, un hombre cayó de bruces sobre el suelo de tierra: era alto y moreno, tenía sangre en el rostro y una mancha mucilaginosa se extendía en el hombro de su camisa desgarrada. Sus manos mostraban rasguños de zarzas y sus botas tenían desprendidas las suelas. Trató de levantarse, pero se arrastró y volvió a caer de bruces.

Ella necesitó toda su fuerza de labriega para llevarlo hasta la cama. Mientras él continuaba sin sentido, le lavó los rasguños del rostro, le cortó la camisa para descubrirle la herida del hombro y lavársela. Después le quitó las botas, le tapó con las mantas y le dejó dormir hasta que la primera luz del alba clareó en el cielo oriental. El hombre despertó presa del súbito pánico de los perseguidos, miró a su alrededor con ojos dilatados por el miedo, pero al verla esbozó una sonrisa y volvió a relajarse, haciendo una mueca de dolor por la herida del hombro.

Ella le dio vino, pan negro y queso y su voracidad la sorprendió. Bebió tres vasos, pero rehusó más alimento alegando que la gente estaba hambrienta y él sólo tenía derecho a la porción del peregrino. Mientras se lo decía volvió a sonreírse con una sonrisa franca de niño que disipó sus últimos temores. Ella se sentó al borde del lecho, le preguntó quién era, qué le había llevado a Gemello Minore y cómo había recibido la herida en el hombro.

El acento del hombre era extraño para ella y él comprendía con dificultad el rudo dialecto calabrés, pero en líneas generales su historia fue bastante clara. Dijo ser soldado, fusilero de guarnición apostada en Reggio, en la punta de la *bota italiana*[11]. Los Aliados se habían apoderado de Sicilia y el ejército británico había cruzado el Estrecho de Messina y remontaba la península. Reggio había caído, dispersándose la unidad a la que él pertenecía. Si se reunía con su propio ejército, le mandarían otra vez al frente. Si le atrapaban los ingleses, sería hecho prisionero de guerra. Por eso se había fugado tratando de llegar a Roma, para reunirse con su familia, ocultándose por el día, caminando de noche y viviendo de lo que podía robar. Una patrulla británica que le había divisado la noche anterior hizo fuego. Todavía tenía una bala en el hombro. Si no se la extraían, moriría.

Como ella era una simple aldeana, aceptó la historia sin más preguntas. Se había despertado su simpatía y sentía la falta de la compañía de un hombre. La choza se encontraba lejos del pueblo; nadie acudía a ella. Así fue el comienzo, sencillo y sin importancia, como tantos otros en la guerra entre viudas solitarias y soldados desertores. Pero los resultados de este encuentro, la tragedia que le puso término y la paz interior que sobrevino después eran su diario asombro y su recuerdo de cada noche…

Llegada a su casa, encontró la lámpara con la luz atenuada y a Paolo aparentemente dormido en el catre de campaña colocado del lado opuesto al que ocupaba el gran lecho matrimonial de bronce, donde el niño había sido concebido y dado a luz. La costumbre del Sur hacía que familias enteras durmieran en la única cama: maridos, mujeres, niños, muchachos que están madurando y mozas en plena adolescencia, suelen dormir juntos. Pero eso era malo en el caso de una mujer sola y su hijo; compró, pues, otra cama y cada uno dormía solo.

Cerró la puerta, le echó la barra y el cerrojo, dejó el cesto en el suelo y lanzó los zuecos a un rincón. A través de sus párpados entornados, el niño la observaba fingiendo dormir. Cada detalle del ritual que seguía le era familiar aunque, hacía ya tiempo, se negaba a tomar parte en él.

Nina Sanduzzi cruzó el cuarto hasta el rudo arcón que estaba a la cabecera del lecho. Del interior de su vestido sacó una llavecita y lo abrió. Retiró de él un paquete chato envuelto en papel blanco, lo desenvolvió con cuidado y sacó una camisa de hombre, vieja, remendada y manchada en muchos sitios, al parecer, con moho. La acercó a sus labios, la desplegó y la puso en el respaldo de una silla de modo que los remiendos se veían como antiguos agujeros de balas y las manchas como sangre. Luego se hincó torpemente, escondió la cara entre las manos en el asiento de la silla y comenzó a rezar en voz baja y murmurante.

Por mucho que el niño se esforzara, nunca había podido escuchar las palabras. En los tiempos en que se arrodillaba junto a su madre, ésta le había dicho que recitara Padrenuestros y Avemarías como lo hacía en la iglesia, porque su padre era un santo que tenía gran poder con Dios, como san José, que era el padre putativo de Jesús. Pero nunca le admitió en la intimidad de su propia comunión con Giacomo, y el niño, de un modo que no sabía explicarse, sentía celos. Ahora, consideraba todo aquello como una demostración de la tontería de la mujer.

Terminadas sus oraciones, Nina Sanduzzi envolvió de nuevo el paquete y lo guardó bajo llave en el arcón. Se acercó después a la cama de su hijo, se inclinó para besarlo y se alejó. Paolo Sanduzzi mantuvo sus ojos cerrados y su respiración rítmica porque, si bien a veces deseaba que ella le besara y le abrazara como en los antiguos tiempos, otras sentía una repugnancia que no podía explicarse. Era lo mismo que le hacía cerrar los ojos y volver la cabeza cuando ella despojaba de ropas su cuerpo que iba haciéndose grueso o se levantaba de noche para orinar. Sentía vergüenza de ella y de sí mismo.

Permaneció quieto mientras su madre apagaba la lámpara y se acostaba en el lecho crujiente; después se acomodó también y poco a poco se durmió. Soñó con Rosetta, de pie en la roca saliente del torrente, que le llamaba. Él acudió corriendo y trepando al ver sus labios entreabiertos, sus ojos alegres y sus brazos tendidos para recibirlo. Pero antes de que ellos le estrecharan, se tornaban en los de Nicholas Black, y en vez del rostro de la niña se veía la pálida faz de chivo del pintor.

Paolo Sanduzzi se agitó, gimió y abrió los ojos en el momento semidulce, semihumillante, en que la savia de la juventud rebalsa, y un niño no está seguro de si duerme o si está despierto.

CAPÍTULO VIII

Era la última noche de Blaise Meredith en Valenta; su última noche en compañía de Aurelio. Como siempre lo hacían, conversaron sin nostalgia sobre variados tópicos y, cuando terminaron de cenar, Su Señoría propuso que se sirviera café en su estudio. Ésta era una sala espaciosa y ventilada, forrada de libros desde el suelo hasta el techo y amueblada sobriamente con un escritorio, un reclinatorio, un juego de archivadores metálicos y un grupo de sillas tapizadas en cuero y colocadas cerca de una gran estufa de mayólica. Reflejaba exactamente el carácter del hombre que trabajaba en ella: ilustrado, ascético, práctico y partidario del confort moderno.

Para acompañar al café, extrajo una botella de viejo coñac que guardaba el polvo de la bodega y tenía los sellos intactos. Su Señoría insistió en descorcharla y servirla en persona.

—Es una libación —dijo a Meredith sonriendo—. La última bebida del ágape. —Levantando la copa, brindó—. ¡Por la amistad y por usted, amigo mío!

—Por la amistad —repitió Meredith, lamentando haberla encontrado tan tarde.

Bebieron lentamente, paladeando el viejo y precioso licor, como deben hacerlo los buenos catadores.

—Lamentaré su ausencia, Monseñor —dijo el Obispo—, pero usted volverá. Si se siente enfermo, avíseme inmediatamente y haré que le traigan.

—Obedeceré —replicó Meredith manteniendo los ojos fijos en la copa para ocultar su pena—. Espero dejarlo en buen lugar en mi misión.

—Tengo un pequeño obsequio para usted. —El obispo sacó del bolsillo del pecho un estuche de cuero florentino labrado, que entregó a Meredith—. ¡Ábralo!

Meredith oprimió el cierre y la tapa saltó mostrando en el forro de raso una pequeña *bulla*, una bolita de oro viejo de un tamaño aproximado al de la falange de su dedo pulgar, colgando de una fina cadena de oro. La sacó y a mantuvo en la palma de la mano.

Su Señoría dijo:

—Abra la *bulla*. Pero a Meredith le temblaban los dedos y el Obispo tomó la alhaja, la abrió y se la mostró. Meredith lanzó una exclamación de placer y de sorpresa.

Incrustada en la curva de oro había una gran amatista y, tallado en ella, se veía el símbolo más antiguo de la Iglesia Cristiana, el pez y los panes, cuyo nombre era el anagrama de Cristo.

—Es muy antigua —dijo Su Señoría— Probablemente data del siglo II. Fue encontrada en las excavaciones de la catacumba de San Calixto y me la ofrecieron con motivo de mi consagración. La *bulla*, como usted sabe, era un adorno romano muy común, y ésta tiene que haber pertenecido a uno de los presos cristianos, pero quiero que usted la conserve, por nuestra amistad.

—Sólo puedo decirle: gracias. La conservaré hasta que muera.

—Pero tiene un precio. Escucharme un sermón final.

—Éste será mi amuleto contra el tedio —dijo Meredith con una sonrisa.

El obispo se apoyó en el respaldo de la silla y paladeó el coñac. Su frase inicial pareció curiosamente inconsecuente.

—He estado pensando, Meredith, en el pequeño altar fálico. ¿Qué cree usted que debo hacer con él?

—No sé… Destruirlo, supongo.

—¿Por qué?

Meredith se encogió de hombros.

—Bueno… es un eslabón con el paganismo, un símbolo de idolatría, y obsceno además. Es evidente que no falta quien le rinda cierto homenaje.

—Me pregunto si es eso —observó dubitativamente Su Señoría— o si es algo mucho más sencillo.

—¿Por ejemplo?

—Una vulgar costumbre, una superstición festiva, como la de echar monedas en la Fuente de Trevi.

—La palabra festiva no me parece adecuada —dijo Meredith—. Procaz, quizá. Hasta siniestra.

—Todos los pueblos primitivos son procaces, querido Meredith. Es tan grande su familiaridad con las funciones naturales más groseras que su sentido del humor es muy terreno. Escuche las conversaciones y los cantos en una boda campesina y si puede traducir el dialecto y las alusiones, enrojecerán sus reverendas orejas. Pero esa gente también tiene sus propias modestias que, si bien parecen menos lógicas, a menudo son más sinceras que las falsas modestias de los grupos evolucionados… En cuanto a lo de «siniestro», podría serlo. Aquí existen vestigios de paganismo. Usted encontrará en Gemello Minore a una mujer que vende amuletos y filtros de amor… Pero ¿qué puedo hacer? ¿Un escándalo y una ceremonia? ¿Un exorcismo y romper el mármol? En cualquier muralla de la ciudad pueden trazar si quieren un dibujo obsceno, y lo más probable es que aparezca arriba mi cabeza. ¿Ve usted?

A su pesar, Meredith rió de buena gana y el Obispo sonrió con aprobación.

—Mi sermón marcha bien, Meredith, y usted ya ha comprendido el texto. ¡*Piano, piano*! Camine lentamente y hable con suavidad. Recuerde que usted es un funcionario y que ellos desconfían de los funcionarios y, más aún de los funcionarios eclesiásticos. Su punto de vista también es oficial, lo que es un impedimento. ¡Mire! —señaló con gesto expresivo los libros que cubrían las paredes—. Ahí están todos los padres, desde Agustín hasta Tomás de Aquino. Todos los grandes historiadores, y todos los grandes comentaristas. Todas las encíclicas de los últimos pontífices, y una selección de los místicos más importantes. La mente de la Iglesia se encuentra entre estas cuatro paredes. El hombre que llevó esa *bulla*, no oyó hablar de ninguno de ellos y, no obstante, era tan católico como usted y yo. Tenía la misma fe, aunque gran

parte de ella era implícita y no explícita como es ahora. Estuvo muy cerca de los Apóstoles, que enseñaban lo que aprendieron de los labios de Cristo y recibieron por infusión del Espíritu Santo en Pentecostés. La mente de la Iglesia es como la de un hombre, se expande a consecuencias nuevas de antiguas creencias, a conocimientos nuevos que florecen de los antiguos, como brotan las hojas de los árboles… ¿Quién en mi grey puede digerir esto? ¿Podemos usted o yo? Ésta es la mente de la Iglesia, compleja y sutil. Pero su corazón es sencillo, como es sencilla esta gente. De manera que cuando usted alterne con ellos, tendrá que trabajar con el corazón y no con la cabeza.

—Lo sé —dijo Blaise Meredith, y sus palabras semejaron un suspiro—. El problema es que no sé trabajar de esa manera. Lo confieso francamente: sólo con Su Señoría he sentido algo de calor. Supongo que me falta simpatía. Lo deploro, pero no veo cómo enmendarlo. Desconozco las palabras. Mis gestos serían torpes y teatrales.

—Es una cuestión de actitud, amigo mío. Si usted siente piedad y compasión no está lejos del amor. Estas cosas se comunican con las palabras más titubeantes. El camino para llegar hasta esa gente es a través de sus necesidades y de sus hijos. Ensaye caminar calle abajo con sus bolsillos llenos de caramelos, o hacer un obsequio de aceite o de un kilo de pasta cuando visite las casas de los pobres. Descubra dónde hay enfermos y lléveles una botella de *grappa*… ¡Y así termina mi sermón, amigo mío!

Se inclinó y volvió a echar coñac en las copas. Meredith saboreó el licor suave y fragante y contempló la pequeña *bulla* de oro en su estuche de raso. Aurelio el Obispo, era un buen pastor. Practicaba lo que predicaba. Y Blaise Meredith todavía no cumplía lo único que aquél le pidiera en nombre de la amistad. Gravemente se lo confesó.

—Varias veces he tratado de pedir ese milagro, pero no puedo hacerlo.

Su Señoría hizo un gesto indiferente, como si la demora careciera de importancia.

—Ya lo hará. ¡*Piano… piano*! Es hora de que se acueste. Mañana será un día largo y probablemente molesto para usted.

Se levantó y Blaise Meredith, obedeciendo a un súbito impulso, se arrodilló para besar el gran anillo episcopal.

—¿Quiere darme su bendición para el viaje, Señoría?

Aurelio, Obispo de Valenta, alzó su fina mano en el gesto ritual.

—*Benedicat té, omnipotens Deus*… Que Dios le bendiga, hijo mío, y le preserve del demonio del Mediodía y del terror de la larga noche… en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo…

—Amén —dijo Blaise Meredith.

Pero la bendición no tuvo virtud contra el dolor que le acometió esa noche, la peor de su enfermedad: una agonía que le quemó sus fuerzas y que, al partir por la mañana, le dio el aspecto de un hombre que acude a su propio funeral.

La distancia geográfica entre Valenta y Gemello Minore es de sesenta kilómetros,

pero el camino da tantas vueltas, la superficie es tan mala y agrietada, tan pronunciada la subida, que se necesitan dos horas para recorrerlo en automóvil.

Al dejar la ciudad, Meredith cayó en un sueño intranquilo, pero los saltos y las sacudidas le despertaron y trató de interesarse en el paisaje. Los cerros no eran elevados, como los de Los Alpes, pero eran abruptos, escarpados y plegados unos sobre otros de manera que el camino parecía colgar precariamente de sus flancos, tan pronto arrastrándose hacia las cumbres como precipitándose después de una curva aguda hacia un puente desvencijado que no prometía soportar ni el peso de un carro liviano.

Donde los campesinos cultivaban el lecho del río los valles estaban verdes, pero en los cerros escaseaba la vegetación y era insuficiente hasta para los pastos. Costaba creer que en tiempos antiguos los romanos, en ese mismo lugar hubieran cortado pinos para sus galeras y quemado carbón para las fraguas de sus armeros. Sólo quedaba una plantación que rodeaba una villa, cuyo propietario o mayordomo era mejor agricultor que los demás.

Algunos pueblos se levantaban en las uniones de los cerros, formando grupos de edificios herrumbrosos en torno de una iglesia en ruinas, construida, quizá, por un antiguo mercenario angevino que arrastró su pica y su insignificante título por ese reino fanfarrón del Sur. Otros no eran más que una hilera de cabañas en la parte baja de los valles, donde el agua quedaba más cerca y el terreno era menos exiguo. Sus habitantes presentaban el mismo aspecto agotado y derruido por la intemperie que tenían las montañas. Sus niños estaban sucios y flacos, lo mismo que sus cabras, sus gallinas y sus esqueléticas vacas.

Esa pobreza no la había visto antes Meredith ni en las callejas más abandonadas de Roma. Eso era lo que Aurelio, el Obispo, le había querido decir cuando le señaló la locura de llegar a esos sitios con un texto en la mano y una cruz de misionero en la otra. Esa gente comprendía la Cruz… había soportado por largo tiempo su propia crucifixión, pero no podía comer ideas, y el Cristo de Calabria tendría que anunciarse con un nuevo milagro de panes y peces y con la antigua compasión por los contaminados y los inválidos.

Sus habitaciones no eran mejores que cobertizos. Algunos eran aún trogloditas y vivían en cavernas entre las rocas, donde la humedad ulceraba las paredes. No tenían gas, ni electricidad, ni alcantarillado, ni agua potable. Sus mujeres morían de septicemia y fiebre puerperal. Sus hombres se torcían por la artritis antes de los cuarenta años. El tifus podía barrer en un mes con una comunidad entera. No obstante, como fuera, sobrevivían; como fuera, se aferraban a la fe en Dios y en la vida futura, en la oración y en el ministerio de la Iglesia; se aferraban con fiera lógica, porque en esa fe estaban las raíces de la dignidad humana. Sin ella se convertirían en lo que parecían a los ojos del mundo: en animales por su forma y costumbres.

Blaise Meredith se fue deprimiendo a medida que se internaba en las montañas.

La noche terrible le había dejado indefenso y se imaginaba consumirse sin socorro entre esa gente y suplicando que la muerte le librara de su compañía. Si había de morir antes de tiempo, que al menos fuera con dignidad, entre sábanas, con olor a limpieza y con la luz del sol entrando por las ventanas. Trató de rechazar esa idea infantil, pero su abatimiento continuó hasta que, de pronto, en la cumbre de una cuesta empinada, el chófer detuvo el automóvil y le señaló el lado opuesto del valle.

—¡*Ecco, Monsignore*! ¡Mire! Ahí están Gemelli dei Monti, los Gemelos de los Montes.

Meredith bajó del coche y se acercó al borde del camino para ver mejor. Éste se precipitaba a un valle en cuyo lado opuesto se elevaba una montaña solitaria contra el cielo despejado. Hasta más de media altura formaba una masa sólida; después se dividía en cumbres gemelas, separadas por una fisura profunda de unos tres kilómetros de ancho. En cada cumbre había una aldea, rodeada por murallas desmoronadas, y al pie de éstas comenzaban los cultivos que se extendían hasta el fondo del barranco. Corría por él un arroyo que se precipitaba del flanco sólido de la montaña al valle que Meredith tenía a sus pies.

Lo que más le sorprendió fue la diferencia entre los dos picachos. Uno estaba a plena luz del sol, el otro sombreado por su gemelo. El pueblo bañado en luz parecía más grande, menos ruinoso y, justo en su centro, bajo el campanario de la iglesia, brillaba un gran edificio blanco que contrastaba con las tejas quemadas de los techos circundantes. La bifurcación del camino que subía hasta ese pueblo estaba negra y brillante con asfalto fresco, y en su cima, inmediatamente fuera de las murallas, se veía una espaciosa plaza de estacionamiento donde media docena de automóviles reflejaban el sol en sus parabrisas.

—Gemello Maggiore —dijo a su espalda el chófer—. Usted ve lo que el santo ha hecho por él. El edificio nuevo es la fonda para peregrinos.

—Todavía no es santo —observó Meredith.

El chófer, disgustado, extendió las manos y se alejó. No se podía discutir con un sacerdote con dolor de estómago. Blaise Meredith frunció el entrecejo y dio media vuelta para contemplar la aldea oscura, Gemello Minore.

En la huella polvorienta que conducía allí no había automóviles, sólo una carreta tirada por un burro, y un viejo caminando al lado. Las murallas estaban derrumbadas en muchos sitios y en algunos edificios más altos se veía el maderamen desnudo donde el viento había arrancado las tejas sin que fueran remplazadas. La línea de los tejados, quebrada y rota, contrastaba con la compacta seguridad de Gemello Maggiore. Meredith comprendió demasiado bien cómo sería aquello dentro de las murallas: una sola calle principal, una placita frente a la iglesia, una madriguera de conejos con callejuelas angostas, ropa colgada a secar entre las murallas, inmundicias escurriéndose sobre las piedras y niños andrajosos gritando entre las basuras. Tuvo un desaliento momentáneo y se sintió tentado de dirigirse a Gemello Maggiore e instalar allí su cuartel general, en la hostería nueva o en la casa del alcalde, que estaría

dichoso de recibir a un funcionario del tribunal del obispo. Pero sabía que nunca podría dominar la vergüenza de semejante capitulación. Volvió pues, al automóvil y ordenó al chófer:

—A Gemello Minore. ¡*Súbito*!

Los labradores que se hallaban en los campos más bajos fueron los primeros en verlo, mientras el coche esquivaba baches y patinaba en los retazos del cascajo suelto. Se apoyaron en sus azadas y le observaron pasar, algunos de los jóvenes le saludaron con sorna, pero los más viejos se limitaron a enjugarse el sudor de los rostros, a restregarse las manos en los pantalones y a volver a su trabajo. Un automóvil, un coche arrastrado por dos troncos o un cohete a la luna, todo les era igual. Se desmalezaba una faja de tierra y se principiaba otra. Las mujeres amontonaban la maleza para hacer abono y escogían las varillas para combustible. Y cuando se terminaba de desmalezar la última parcela había que llevar agua del arroyo y echarla con avaricia en las raíces de las plantas. También faltaba el acarreo de piedras para reparar las terrazas, y dar vuelta los terrones en el barbecho… Era imposible hacer pasta con aceite para motores, ni conseguir leche de la tetilla de un clérigo. Así, pues, ¡al diablo con ambos, y sigamos cavando!

Paolo y Rosetta, de cuclillas entre unos matorrales, donde Paolo juraba haber divisado una perdiz y sólo encontraron estiércol de la liebre que roía las coles y un lagarto viejo dormitando en una mancha de sol, le vieron pasar. Rosetta batió palmas, gritó y saltó de un pie al otro, como un elfo de túnica andrajosa, pero Paolo se quedó en jarras, contemplando el automóvil. Llegaría un momento en que ese individuo querría hablarle de su padre, y él estaba resuelto a dejarse entrevistar como un hombre, no como un mocoso al que primero acarician y después golpean. Además, el asunto era importante para él y si Rosetta iba a ser su mujer tendría que comprenderlo. Y si el hurón negro que iba a escarbar en la vida de su madre y la suya, alborotando la aldea hasta convertirla en un hormiguero de curiosos, le intimidaba, era cuestión suya y Rosetta sería la última en saberlo. Así, pues, cuando el coche se alejó, la tomó de la mano y, sin oír sus protestas, la obligó a correr entre los matorrales y por el tramo secreto del torrente adonde nadie llegaba de día.

Aldo Meyer le vio cuando, frente a su puerta, el automóvil disminuyó la velocidad para abrirse lentamente camino a través de una turba de niños que gritaban. Contempló el rostro gris enflaquecido, los labios estirados en una sonrisa dolorosa y la mano alzada con desgana saludando a los niños. Se preguntó qué tortuoso razonamiento habría movido al Obispo para aceptar un funcionario como ése y enviarlo para que le acosaran y torturaran intereses tan contrapuestos en el asunto de Giacomo Nerone. Pensó qué tipo de hombre sería y cómo reaccionaría ante el dolor y la diaria familiaridad con la muerte; qué impresión le producirían la condesa y sus invitados a la cena y cuáles serían sus conclusiones después de escuchar la inevitable maraña de historias. Recordó entonces que él cuidaría del final de esa vida y le dio vergüenza no haber siquiera saludado al visitante a su paso.

Cuando el automóvil llegó a la plaza, todo el pueblo estaba en la calle. Hasta el anciano padre Anselmo atisbaba furtivamente a través de los postigos, con la invitación de la condesa en la mano y preguntándose en qué forma habría de prodigar las «atenciones a un hermano sacerdote» que le exigía el obispo. Su problema inmediato era la ropa que debería usar para cenar en la villa de la condesa y, no bien hubo pasado el coche, se dirigió a la cocina llamando a gritos a la vieja Rosa Benzoni para que lavara un cuello y limpiara su sotana más decente.

Sólo Nina Sanduzzi rehusó constituirse en espectadora de esa llegada. Estaba en casa de Martino el herrero, sentada en la cama y echando cucharadas de caldo en la boca torcida del enfermo. Cuando la invitaron a que saliera, se negó. Tenía su propia dignidad y si el sacerdote deseaba verla, que acudiera donde ella y sabría qué contestarle.

Blaise Meredith vio todo pero no vio a nadie. Formaban un borrón de caras, un clamor de voces discordantes, un olor penetrante a polvo, cuerpos y desechos que se quemaban al sol. Se alegró cuando el automóvil dejó el pueblo atrás y subió con estrépito la última y aguda cuesta que llevaba a la villa. Allí le aguardaba el portero, de pie en las grandes puertas de hierro para hacerlo entrar; la condesa, fresca como una flor en el prado de césped, le esperaba para darle la bienvenida.

—¡Monseñor Meredith, qué placer verle!

Su sonrisa era cálida, límpidos sus ojos, su mano suave pero firme al saludar. Después del ruido del dialecto aldeano, Meredith oyó con agrado el sonido de una voz inglesa. Una sonrisa iluminó su flaco rostro.

—¡Gracias, condesa, por su invitación!

—¿Tuvo buen viaje?

—Bastante bueno. Los caminos son ásperos y en estos días no soy muy buen viajero. Pero, gracias a Dios, he llegado completo.

—¡Pobrecito! Debe estar agotado. Pietro le mostrará su dormitorio y podrá lavarse y descansar un poco antes del almuerzo.

—Será muy agradable —dijo Meredith, y pensó: «Gracias, Dios mío, por los ingleses. ¡Comprenden estas cosas mejor que nadie en el mundo! No complican nada y saben que cuando un hombre está cansado su primera necesidad es estar solo y disponer de agua caliente».

A una señal de la condesa, el sirviente recogió las valijas y precedió a Meredith dentro de la casa.

La condesa se quedó junto al prado, observando la espalda encorvada de su huésped, hasta que se lo tragó la sombra de la puerta.

Un momento después salió Nicholas Black de un grupo de arbustos y se le acercó. Su rostro de sátiro estaba inundado de sonrisas.

—¡Bien, bien, bien! ¡De manera que esas tenernos! Parece una vieja edición de Henry Newman. Tiene la marca de Oxford; probablemente de Magdalen, con un toque del Colegio Inglés y chapa del Vaticano… Usted se condujo admirablemente,

cara. Ni mucho ni muy poco. La bienvenida de la encantadora castellana a la Iglesia, la inglesa expatriada acogiendo a un compatriota. ¡Es usted una actriz consumada!

Ella eludió la ironía y dijo pensativa:

—Parece estar muy enfermo.

—La oración y el ayuno también dan ese aspecto, querida. Es posible que use cilicio.

—¡Por favor, basta, Nicki!

Con un ademán de contrariedad, él le replicó:

—¿Qué espera de mí? ¿Qué le bese el trasero y le pida que bendiga mis medallas? ¿Qué le sucede? No me diga que está en vías de convertirse.

Ella le dijo con voz baja, pero furiosa:

—¡Escúcheme, Nicki! Usted es un hombrecito simpático y un pintor más o menos bueno. Está sacando bastante provecho de mí y yo le estoy ayudando para que consiga cosas que necesita mucho. Pero tengo mis propios problemas con este sacerdote y no permitiré que usted los agrande en su afán de demostrar su inteligencia. Si no está preparado para comportarse en debida forma, ¡puede hacer sus maletas y yo daré orden a Pietro de que le lleve a Valenta para que alcance el próximo tren a Roma! Espero que me haya entendido.

Black hubiera querido gritarle, golpearle la cara, lanzarle todos los epítetos obscenos de su repertorio, pero, como siempre, tuvo miedo. Le tomó la mano, en cambio, y se la besó diciéndole con su modo de niño penitente:

—Siempre caigo en lo mismo, *cara*. No sé qué me pasa. Le prometo portarme bien. Le ruego que me perdone.

Anne Louise de Sanctis se sonrió. Había ganado un punto. De nuevo saboreaba el agrio placer de la flagelación y podía mostrarse generosa. Revolvió los escasos cabellos del pintor, le dio una palmadita en la mejilla y le dijo:

—Por esta vez lo olvidaremos, querido. Pero en adelante pórtese como un buen chico.

Enseguida, tomada de su brazo, se paseó por el jardín charlando sobre escándalos romanos. Pero por mucha que fuera su perspicacia, no comprendió la magnitud del odio que él le profesaba.

Solo en su elevada habitación, con los postigos cerrados para defenderse del calor del mediodía, Blaise Meredith se lavó, se cambió de ropa y se tendió en la gran cama de nogal.

Parecía que de nuevo tenía que estar agradecido. Su alojamiento era confortable, su anfitriona encantadora, los servidores atentos. Si la miseria de la aldea era grande, ahí podría olvidarla. Cualesquiera que fuesen sus problemas, contaría con la buena voluntad de la condesa para ayudarle a desenredarlos. Si empeoraba no estaría solo, y dada la abundancia del personal de servicio, no ocasionaría muchas molestias.

Recordó que tendría que escribir al Obispo para manifestarle su satisfacción por la forma en que había dispuesto las cosas. Después, cuando cedió su tensión nerviosa y pudo descansar, pensó en su trabajo y en la forma en que le abordaría.

Decidió que lo primero sería conversar con la condesa para tener un cuadro de la aldea y de sus personales destacados, e indicaciones sobre las fuentes más probables de información acerca de Giacomo Nerone. Ella tenía que saber mucho. Su autoridad sería valiosa. Como castellana feudal actuaría *loco parentis*[12] respecto de los aldeanos, y una palabra de ella soltaría muchas lenguas.

Visitaría inmediatamente al párroco para presentarle sus credenciales y solicitar su cooperación oficial. Cualquiera que fuese la reputación del sacerdote, persistía su posición canónica en el asunto. Él había conocido bien a Nerone y aparentemente no se habían entendido. Eso presentaba un problema. Si el párroco había sido, incluso por corto tiempo, confesor de Nerone, no podría declarar. Aunque su penitente le hubiera liberado del secreto, su testimonio sería inaceptable para el tribunal. La disposición de la ley era sabia, pero también proporcionaba una escapatoria oportuna a un hombre que tuviera algo que ocultar. Éste podría quedarse tranquilo y hasta negarse a indicar fuentes informativas y los canonistas aprobarían su discreción. Pensándolo bien, parecía que el padre Anselmo sería un serio problema para el Abogado del Diablo. ¿Quién después? Quizás el doctor Aldo Meyer, que era judío y liberal decepcionado. Ahí también había problemas. Sabría demasiado. Su testimonio era admisible, porque hasta los infieles y los herejes pueden atestiguar en pro o en contra de una causa. Pero no podrían obligarlo a declarar bajo pena de sanciones morales, como en el caso de un católico. Habría que depender exclusivamente de su buena voluntad. Por el momento, al menos, Aldo Meyer se calificaba como dudoso.

Venía después Nina Sanduzzi, querida de Giacomo Nerone y madre de su hijo. Según decían Battista y Saltarello, se había negado a prestar declaración; era improbable que un sacerdote extranjero tuviera más éxito. Pero aunque lo tuviera, el interrogatorio sería el más desagradable de todos. Involucraría un sondeo confesional en las más secretas actitudes morales, las razones de su separación, hasta la naturaleza de su comercio sexual. Y todo esto entre un sacerdote que sólo hablaba italiano romano y una mujer cuya lengua era el dialecto bastardo de Calabria, con sus elementos políglotas de griego, fenicio, árabe del levante y francés angevino…

Blaise Meredith seguía luchando con este problema cuando entró un sirviente para avisarle que el almuerzo estaba servido y que la condesa le esperaba en el piso bajo.

El almuerzo comenzó bien, con una conversación entre personas educadas y de buen gusto, extrañamente reunidas en tierra extranjera. La condesa dirigió cuidadosamente la charla, Nicholas Black parecía disfrutar de su papel de cosmopolita urbano, y Blaise Meredith, tranquilo y descansado, demostró un raro atractivo y un profundo conocimiento de libros, música y política europea y de la Iglesia.

En los postres, la condesa empezó a recobrar la serenidad. Ese hombre era comprensible. En su juventud, pasada en Londres y Roma, había conocido a otros como él. Tenía buenos modales y discreción y, lo que era más importante, entendía el hábito inglés de la alusión y la subestimación. Con un poco de cautela podría conseguir que se apoyara en ella para interpretar las crudezas provincianas. Si Nicki perseveraba en su buena conducta, no habría dificultades. Su confianza fue suficiente para hacer a Meredith las primeras preguntas de sondeo.

—Perdone mi gran ignorancia, Monseñor, pero ¿cómo se acostumbra a iniciar el trabajo en un caso como éste?

—En realidad no existen reglas —repuso Meredith con un gesto de impotencia—. Hay que hablar con el mayor número posible de personas y después comparar sus informaciones. Más tarde, cuando se constituye el tribunal del obispo, se las puede interrogar bajo juramento, y en secreto, por supuesto.

—¿Y por dónde piensa comenzar usted?

—Confío en su ayuda para empezar. Usted ha vivido largo tiempo aquí. Es la *padrona*. Su conocimiento de las condiciones locales podría ser una buena preparación para mí.

Nicholas Black lanzó a la condesa una mirada rápida e irónica, pero ella se sonrió con calma.

—Estaré feliz ayudándolo en lo que pueda, Monseñor, pero creo que es peligroso que se apoye en mí. Soy la *padrona*, como ha dicho, y además soy inglesa. Podría estar completamente equivocada en mis ideas. Muchas veces lo he comprobado. Pero por usted y por el Obispo, deseo ayudarlo. Como debe saber, el Obispo es un antiguo amigo mío.

—Por supuesto —asintió Meredith, sin insistir en el punto.

La condesa prosiguió:

—Cuando Su Señoría me escribió, pensé que lo más indicado era que usted se encontrara con el médico y el cura párroco. Ellos conocen la aldea mucho mejor que yo. Los he invitado a cenar esta noche. Después, los cuatro podremos intercambiar puntos de vista y así estimo que usted recibirá una opinión equilibrada. Nicki piensa como yo. ¿No es así, Nicki?

—Por cierto, *cara*. Ésta es una región extraña. Muy diferente de Roma. Su idea me parece acertada. ¿Qué opina usted, Monseñor?

—Ustedes son los expertos —dijo Meredith, excusándose—. Agradezco las molestias que se están imponiendo por mí.

La condesa retiró su silla.

—No acostumbro a beber café a mediodía. Estropea mi siesta. Pietro lo servirá en la terraza y después Nicki le puede mostrar los jardines. ¿Me perdona, monseñor? Usted sabe que la siesta es un secreto de belleza…

Los dos hombres se pusieron en pie y, cuando ella se retiró, Nicholas Black condujo a Meredith a la terraza donde habían dispuesto el servicio de café a la

sombra de un toldo. El pintor sacó una cigarrera de oro de su bolsillo y ofreció un cigarrillo a Meredith.

—¿Fuma?

—No, gracias. Es un lujo al que he tenido que renunciar por enfermedad.

—La condesa me ha dicho que usted ha estado muy mal.

—Mucho —dijo secamente Meredith. Se sentía abrigado y cómodo y no deseaba que nadie le recordara la muerte.

Se acercó el sirviente a servir café y Black fumó un rato en silencio, meditando sobre su próxima intervención en el juego. Además de su atractivo, ese individuo tenía perspicacia y talento. Un error con él podría ser irreparable. Dijo, pues, inocentemente:

—Espero, Monseñor, que me permita aprovechar su estancia haciéndole un retrato. Su rostro es interesante y sus manos expresivas.

Meredith trató de excusarse.

—Usted debe disponer de veinte modelos mejores que yo, Mr. Black.

—Digamos entonces que usted aporta el contraste —dijo el pintor, con una sonrisa—. El romano patricio entre los provincianos. Además, estoy haciendo un registro pictórico del caso completo de Giacomo Nerone. Sería una base maravillosa para una exposición por un solo pintor. He pensado llamarla *Beatificación*.

—Es posible que nunca llegue a la beatificación —dijo Meredith con cautela— Y si llega, no será en un día; pueden pasar años.

—Eso no tiene importancia desde el punto de vista artístico. Los caracteres son los que valen, y aquí hay una galería fantástica. Me pregunto, ¿qué conclusiones sacará usted de ellos, Monseñor?

—Es lo mismo que yo me pregunto —dijo Meredith con franqueza.

—Por supuesto, lo que me interesa es el conflicto amoroso. No entiendo cómo se puede pensar en beatificar a un hombre que seduce a una aldeana, le hace un hijo bastardo y después la abandona. Tuvo tiempo de sobra para casarse con ella.

Meredith asintió pensativo.

—Es indudable que eso presenta problemas, problemas de hecho y de motivo. Pero no excluye necesariamente el caso ante el tribunal. Existe el ejemplo clásico de Agustín de Hippona, que vivió con muchas mujeres y tuvo un hijo ilegítimo. No obstante, al final llegó a ser un gran siervo de Dios.

—Después de una vida mucho más larga que la de Nerone.

—También es cierto. Admito que las circunstancias son desconcertantes. Durante mi visita espero descubrir la historia completa. Pero, en estricta teología, no se puede desestimar la posibilidad de una conversión súbita y milagrosa.

—A condición de que se crea en los milagros —dijo secamente el pintor.

—Si se cree en Dios, necesariamente se cree en los milagros.

—Yo no creo en Dios —dijo Nicholas Black.

—El mundo carece de sentido sin Él —repuso Meredith— y con Él es bastante

duro. Pero… no se puede hacer que un hombre crea con argumentos. ¿Qué le parece que nos pongamos de acuerdo para discrepar?

Pero no era tan fácil eludir al pintor. Black tenía ansias por descubrir qué especie de hombre se ocultaba bajo la sotana negra y siguió insistiendo.

—Me gustaría creer. Pero hay tanta cábala profesional. Tantos misterios.

—Siempre hay misterios, amigo. Si no los hubiera, la fe no sería necesaria.

—Pero usted no acepta a Nerone con un acto de fe —dijo intencionadamente Black—. Lo está investigando legalmente.

—Éste es un asunto de hecho y no de fe —repuso Meredith.

El pintor rió complacido.

—A pesar de todo, le brindará muchos misterios, Monseñor. Más de los que usted espera, me temo. Y el mayor de todos es por qué nadie en Gemello Minore quiere hablar de él… ni siquiera la condesa.

—¿Ella le conoció? —El tono de Meredith acusó un interés nuevo.

—Desde luego. Está tratando de que su hijo venga a trabajar en la villa. Ella estaba aquí en vida de Nerone y cuando murió. Los demás también estaban. No todos son amnésicos, pero se han cerrado como ostras. Le verá esta noche en la cena.

—¿Y cuál es su interés en el caso? —La pregunta de Meredith tuvo un matiz de irritación.

—Una comedia de pueblo —dijo Black con indiferencia—, y la exhibición por un solo hombre que de ella nace. En realidad, mi interés es muy simple. En todo caso, usted se encuentra mezclado en el asunto y yo no. Me he limitado a darle un dato amistoso… Si ha terminado el café puedo mostrarle el jardín.

—Si me lo permite, me quedaré un rato sentado. Después trataré de dormir la siesta.

—Como le plazca. Yo soy pintor. No me gusta malgastar la luz. Nos veremos en la cena, monseñor.

Meredith observó su alta silueta mientras atravesaba el prado y se perdía en el grupo de arbustos. Había conocido hombres de este tipo, aun vistiendo hábito. Se preguntó cuál sería la raíz de su malquerencia hacia la condesa y por qué ella continuaba hospedándolo. También se preguntó por qué la condesa había escapado a su petición de ayuda con la promesa de una cena con personalidades de la aldea.

El doctor Aldo Meyer observaba, sentado en su cocina, cómo Nina lustraba sus zapatos, planchaba su camisa y humedecía las solapas de su traje más decente. También le preocupaba la invitación de la condesa. Después de la escena de la noche anterior, tuvo la tentación de rechazarla, pero mientras más reflexionaba, más se convencía de que debía asistir. Parecía como si estuviera librándose una batalla y él no debiera conceder ventaja alguna a la condesa y a su intrigante caballero, Nicholas Black.

La verdadera dificultad radicaba en que no sabía con seguridad por qué combatía, a menos que fuera por los intereses de Nina y Paolo Sanduzzi. Pero ese objetivo era muy limitado para explicar su ansiedad de encontrarse con el sacerdote inglés y su total incorporación al *affaire* Giacomo Nerone.

Buscaba la clave del misterio de su propio fracaso, y alguna señal en el desierto de su futuro. Tenía la convicción de que Blaise Meredith podría aclararle ambas cosas. Una parte de su respuesta se encontraba en los papeles de Giacomo Nerone, que continuaban en el cajón de su escritorio, y que aún no se atrevía a leer.

Varias veces los había tenido en sus manos y comenzado a desenvolverlos, pero luego se había arrepentido, por temor a la herida y a la vergüenza que pudieran infligirle. Eran como las cartas de una amante rechazada que, una vez releídas, le recordarían tiempos en que había sido menos que un hombre. Tarde o temprano tendría que afrontar la verdad, pero no ahora, no todavía.

Nina Sanduzzi levantó la cabeza y le dijo con calma:

—He estado pensando en Paolo y he resuelto que debe trabajar para la condesa.

Meyer la miró desconcertado.

—¿Por qué, mujer?

—Primero, porque Rosetta estará allí, y creo que ella le conviene. Rosetta se hará luego mujer y peleará por lo que quiere. También hablará y yo sabré lo que está pasando en la villa. Una vez que ella comience a trabajar, Paolo no tendrá nada que hacer, vagará por los cerros y el pintor le conquistará.

—También estará allí la condesa —le advirtió Meyer con seriedad—. Ella es mujer y también, mayor y más inteligente que Rosetta.

—Lo he pensado —dijo Nina sin inmutarse—. Pero también habrá un sacerdote en la casa. Él irá a verme, como lo hicieron los otros, y le diré lo que pasa. Le pediré que vigile a Paolo.

—Es posible que no te crea.

—Si le digo todo lo demás sobre Giacomo, me creerá.

Meyer la miró desconcertado.

—Ayer estabas resuelta a no decirle nada. ¿Qué te ha hecho cambiar? ¿En qué queda tu promesa a Giacomo?

—El niño importa más que una promesa. Y además —su voz manifestaba una extraña convicción—, anoche recé, como siempre, a Giacomo. No le veo ni le oigo; sólo tengo la camisa que llevaba puesta cuando le mataron, con los agujeros de las balas alrededor del corazón. Pero sé lo que él quiere y eso haré.

—Yo no sabía que se cambiaba de parecer después de muerto —dijo Meyer con fría ironía, pero no hizo mella en el rostro sereno de la mujer, quien repuso con sencillez:

—No es un cambio de parecer. Es que antes no era el tiempo adecuado y ahora lo

es. El sacerdote vendrá a verme cuando llegue el momento y entonces se lo diré.

Meyer hizo un gesto de desaliento.

—Diga lo que diga sé que tú harás lo que quieras. Pero antes que el niño vaya a la villa déjame hablar con él.

—Lo haré. ¿Ha leído los papeles de Giacomo?

—Todavía no.

—No tema —le dijo ella con extraña suavidad—. Él no sintió odio por usted, ni siquiera al final. ¿Por qué habría de avergonzarlo ahora?

—Yo me avergüenzo de mí mismo —dijo Meyer en tono cortante, y salió al jardín donde atronaban las cigarras al sol del mediodía y el polvo se adhería a las hojas de la higuera.

CAPÍTULO IX

Cuando Meredith bajó aquella noche a cenar, encontró ya reunidos y bebiendo en el salón a la condesa y a sus invitados.

El contraste que presentaban era sorprendente. La condesa iba vestida como para una velada romana; Nicholas Black llevaba un impecable esmoquin y el traje de Meyer evidenciaba haber sido planchado muchas veces y brillaba por el uso. Su camisa estaba limpia y recién planchada, pero el cuello y los puños empezaban a deshilacharse y su corbata era pasada de moda y se hallaba desteñida. No obstante, su porte era digno y su rostro cansado e inteligente revelaba calma. Meredith se sintió atraído inmediatamente por él y su saludo fue menos reservado que de costumbre.

—Celebro conocer a mi consejero médico. Estaré en buenas manos.

—Es mejor que reserve su juicio, Monseñor —replicó festivamente Meyer—. Tengo mala reputación.

No ahondaron en el tema y la condesa sacó al padre Anselmo de un rincón para presentarlo a su colega.

El párroco era de baja estatura y tenía más de sesenta años. Su rostro estaba surcado de arrugas y curtido como el de un labriego; los cabellos canos y lacios, peinados hacia atrás, le cubrían el cuello. Los hombros de su sotana blanqueaban de caspa y huellas de vino y salsa manchaban la delantera. Al hablar cruzaba y descruzaba los dedos anudados por la artritis. Saludó a Meredith con grueso y tosco acento provinciano.

—Me alegro de verlo, Monseñor. No son muchos los romanos que llegan a estas tierras. Supongo que serán muy remotas y duras para ustedes.

Meredith sonrió molesto y dijo una frase trivial, pero el anciano era voluble y obcecado.

—Ése es el inconveniente de este rincón del mundo. El Vaticano ignora lo que aquí sucede. Allá hay más dinero de la cuenta, pero nosotros ni lo olemos. Recuerdo que cuando estuve en Roma…

Habría continuado hablando durante una hora si la condesa no le hubiese indicado a un mozo que le pusiera en las manos una copa de jerez y le alejara suavemente. Meredith se sintió incómodo. Los sacerdotes descuidados en su aspecto eran, cuando menos, desagradables, y la perspectiva de una larga asociación con éste le intimidaba en extremo. Recordó entonces a Aurelio, Obispo de Valenta, y su preocupación por la oveja extraviada de su rebaño y sintió una inmediata vergüenza de sí mismo. Desentendiéndose del sirviente, se dirigió al anciano y le dijo en tono amistoso:

—Su Señoría le envía sus saludos y espera que yo no le resulte muy molesto. Pero temo que tendré que apoyarme mucho en su criterio.

El padre Anselmo bebió un trago largo de jerez, fijó en él sus ojos lacrimosos, movió la cabeza y dijo en tono doliente:

—¡Su Señoría me envía saludos! ¡Qué amable! Soy para él una mosca en el oído

y querría librarse de mí. Pero no puede hacerlo sin entablarme un juicio. Ésa es la verdad de las cosas. Es preferible que nos entendamos.

Como la mayoría de las personas bien educadas, Meredith no estaba acorazado para la torpeza ajena. Le dolió, pero no tuvo la brutalidad necesaria para aplicar un correctivo. Dijo, con bastante buen humor:

—Soy forastero. No estoy al cabo de la política local. No veo motivo para que no nos entendamos.

En seguida dio media vuelta para sostener una charla liviana con Anne Louise de Sanctis.

Aldo Meyer observó el brusco intercambio de frases y lo anotó a favor de Blaise Meredith. Ese hombre tenía modales y discreción. Era de esperar que después manifestara tener corazón.

Nicholas Black también lo presenció y dirigió una astuta sonrisa a la condesa, cuya ceja levantada le dijo más claro que con palabras: «esto se desarrolla tal como lo planeé». Y como sus intereses concordaban en ese momento, Black estaba dispuesto a cooperar y a olvidar el odio que ella le inspiraba. Mientras Meredith hablaba con su anfitriona y el padre Anselmo, ligeramente aparte, mantenía un ojo fijo en el jerez y el otro en la conversación, Black hizo a Meyer a un lado y le dijo con sorna:

—Bien, *dottore mio*, ¿qué piensa de nuestro Abogado del Diablo?

—¡Me da lástima. Tiene la marca de la muerte. Debe sufrir mucho!

El pintor se estremeció involuntariamente, como si un ganso hubiera pasado sobre su tumba[13], y replicó en tono quejumbroso:

—Hombre, no invitemos a la muerte a nuestra mesa. Yo pensaba en otra cosa. ¿Cómo cree usted que trabajará? ¿En forma agradable o…?

Dejó en suspenso la tendenciosa pregunta, pero Meyer eludió la respuesta.

—¿Qué puede importarnos a usted o a mí?

Meyer paladeó el jerez y estudió la expresión de Meredith mientras éste hablaba con la condesa y el padre Anselmo. Vio su delgadez, la transparencia grisácea de la piel, las líneas de dolor que se profundizaban alrededor de su boca, los ojos inyectados y cansados que dormían poco y contemplaban demasiado la tragedia de las cosas. Los hombres reaccionan de diversos modos ante el dolor y el miedo. Éste parecía soportarlo con valor, pero era muy temprano para descubrir qué más le sucedía.

Poco después anunciaron la cena y los comensales pasaron al comedor. La condesa se sentó en el centro con Meredith a su derecha, Meyer a su izquierda y el padre Anselmo y Nicholas Black en el extremo opuesto. Antes de sentarse, se dirigió a Meredith.

Meredith, de pie, con la cabeza inclinada, recitó la breve fórmula latina y el pintor se rió interiormente.

¡Qué actriz era esa mujer! ¡No olvidaba ni una pieza del mecanismo! Tan absorto estaba en sus elucubraciones que, sin pensar, hizo la señal de la Cruz después de la

bendición y pasó cinco molestos minutos temiendo que Meredith lo hubiera observado. Como ateo confeso, el sacerdote le abandonaría a la misericordia de Dios, pero como católico relajado era probable que tratara de reconquistar su alma, lo que sería un impedimento en sus planes sobre Paolo Sanduzzi.

Cual si fuera una clave, la condesa repitió el nombre a Aldo Meyer.

—¿Qué hay de Paolo, doctor? ¿Vendrá aquí a trabajar?

—Así lo creo —dijo Meyer con cautela—. Es probable que su madre venga mañana a hablar con usted.

—Me alegro. —Anne Louise se inclinó hacia Meredith para explicarle—. Es probable que esto le interese, Monseñor. El joven Paolo Sanduzzi es hijo de Giacomo Nerone. Fue bautizado con el apellido de su madre. Es un poco indisciplinado, pero nosotros, es decir, el doctor y yo, consideramos que le haría bien comenzar a trabajar. Le he ofrecido empleo como ayudante de jardinero.

—Parece buena la idea —dijo Meredith—. ¿Cómo se gana la vida su madre?

—Trabaja en mi casa —terció Meyer.

—¡Ah!

—Era muy bonita —comentó el padre Anselmo con la boca llena de pescado—. Ahora ha engordado, por supuesto, pero recuerdo cuando hizo su Primera Comunión. ¡Qué chica tan encantadora era!

Se tragó el pescado con un sorbo de vino y se enjugó la boca con la servilleta arrugada. Luego, como nadie contestara, se dedicó de nuevo al plato. Meredith se dirigió a Meyer.

—Tengo entendido que usted conoció a Giacomo Nerone, doctor.

—Sí —repuso francamente Meyer—. Fui el primero en verlo después de Nina Sanduzzi. Ella me llamó para extraerle una bala del hombro.

—Debe haber tenido confianza en usted —comentó Nicholas Black.

—No tenía motivos para lo contrario. Yo era un exiliado político. Se sabía que mis simpatías eran contrarias al Gobierno.

El pintor sonrió y aguardó la pregunta siguiente. El desencanto se pintó en su rostro cuando Meredith se limitó a decir:

—Es probable que sepa, doctor, que en un caso de beatificación también se admite el testimonio de los que no son católicos, siempre que estén dispuestos a darlo. Me agradaría conversar sobre esta cuestión cuando usted lo estime conveniente.

—En cualquier momento, Monseñor.

Y Meyer pensó agradecido: «El hombre es más grande de lo que yo creía. No les será fácil meterlo en la trampa».

Anne Louise de Sanctis interrumpió el silencio.

—Es probable que el padre Anselmo también pueda ayudarle mucho, monseñor. Él está muy en contacto con los aldeanos. Usted también conoció a Nerone, padre, ¿no es así?

Anselmo dejó con ruido el tenedor y bebió otro trago de vino. La voz se le iba engrosando notablemente y su acento era cada vez más rudo.

—Nunca tuve una buena impresión de ese hombre. Se entrometía demasiado. Cualquiera hubiera creído que también era sacerdote. Tenía la costumbre de tumbarme la puerta apenas a alguien le dolía el vientre. Pretendía que yo saliera corriendo con los Últimos Sacramentos. Una noche casi hizo que me fusilaran los alemanes. Desde ese momento me negué rotundamente a salir después del toque de queda.

—Había olvidado —dijo tranquilamente Meredith— que ustedes tuvieron aquí a los alemanes. Debe haber sido molesto.

—Ocuparon la villa —interpuso rápidamente la condesa—. Me mantuvieron detenida declarando la mayor parte del tiempo. Fue terrible. Nunca en mi vida he pasado tanto miedo.

Nicholas Black se enjugó los finos labios para sonreír detrás de la servilleta. Se la imaginaba paseando por los jardines con los conquistadores, coqueteando del brazo de un capitán rubio, acostándose con él en la gran habitación barroca detrás de las cortinas de terciopelo, mientras los aldeanos se morían de hambre fuera de las puertas de hierro y de la muralla de piedra. ¿Relegada en la villa? Podía tener otros nombres. Con un poco de paciencia descubriría toda la historia de Anne Louise de Sanctis.

Blaise Meredith parecía inmune a la ironía y continuó:

—A primera vista parece que Giacomo Nerone actuó como una especie de intermediario entre los aldeanos y las tropas de ocupación. ¿Qué piensa de ello, condesa?

—Que probablemente es exagerado. Fui yo en realidad quien más intercedió por ellos. Cuando las relaciones se ponían tensas en el pueblo, mis sirvientes me informaban y yo me acercaba al comandante… en forma muy oficial, por supuesto. En general, encontré cooperación. Sospecho que Nerone exageró su influencia para mejorar su situación con los aldeanos.

En ese momento los mozos comenzaron a retirar platos y a poner otros. Meredith no se apresuraba a hacer otra pregunta y Nicholas Black aprovechó el silencio para colocar la suya, intencionada.

—¿Se ha establecido concluyentemente quién fue ese hombre y de dónde vino?

Anne Louise de Sanctis estaba ocupada con un mozo. Meyer guardó un silencio desconcertante.

El padre Anselmo se bebió otra copa de vino y, después de una pausa molesta, Meredith le informó:

—Nunca se ha establecido demasiado claramente. Al principio se le recibió como italiano. Parece que más tarde se pensó que podía ser miembro de las unidades aliadas del sur, quién sabe si inglés o canadiense.

—¡Qué interesante! —dijo el pintor—. Hubo miles de desertores en el lado italiano.

—Eso también es posible —replicó Meredith—. Espero descubrirlo en forma más definida.

—Si fue desertor, no puede ser santo, ¿verdad?

—¿Por qué no? —interrogó Meyer con súbito interés.

El pintor extendió las manos con humildad disimulada.

—No soy teólogo, pero todo soldado presta un juramento al enrolarse. Quebrantar un juramento sería un pecado, ¿no es verdad? Y un desertor viviría en estado de constante pecado.

—Para ser un hombre sin fe tiene usted una lógica muy cristiana —dijo Meredith con leve ironía.

Hubo risas ahogadas en la mesa y el pintor se sonrojó de fastidio.

—Me parece que el planteamiento es lógico.

—Perfectamente lógico —dijo Meredith—. Pero pueden existir otros hechos. Un hombre no puede ligarse con juramento a cometer pecados. Si se le exige un pecado bajo el juramento de servicio, está obligado a negarse.

—¿Cómo se establece el hecho y el motivo, Monseñor?

—Tenemos que descansar en el testimonio jurado de los que le conocieron más íntimamente. En seguida, el tribunal debe examinar el valor del testimonio. La tarea es larga.

—Lo que molesta en ustedes, los romanos —dijo de súbito el padre Anselmo—, es que no ven las cosas más simples, aunque se las pongan delante de las narices… —Tenía la voz tan pastosa y vacilante que los invitados se miraron con inquietud y vieron que la condesa se mantenía rígida en su asiento. El anciano continuó a tropezones—. Hablan como de un extraño y todos sabemos quién era. Yo lo sabía. El doctor lo sabía. La…

—Está borracho —dijo la condesa con voz dura y clara—. Deploro esta exhibición, Monseñor, pero hay que llevarlo inmediatamente a su casa.

—Es un anciano —dijo Meyer con calma—. El hígado no le funciona bien y basta muy poca cosa para dejarlo en mal estado. Yo le llevaré.

El anciano lanzó una mirada turbia alrededor de la mesa, tratando de encontrar el hilo de sus ideas. Le oscilaba la cabeza cana y un hililllo de vino se le escurría de los labios laxos.

—Pietro puede acompañarlo —dijo autoritariamente la condesa.

—Yo iré —interpuso Nicholas Black.

Meredith echó atrás la silla y se paró. En su voz plana y precisa había una nota nueva.

—Es un hermano sacerdote. Yo le llevaré con el doctor.

—Use mi coche —dijo Anne Louise de Sanctis.

—Es mejor que camine —observó Meyer tranquilamente—. El aire le despejará. No vive lejos. Ayúdeme, monseñor.

Juntos le levantaron de su asiento, le llevaron hacia la puerta y le sostuvieron por

el camino.

Nicholas Black y la condesa se miraron, a través de la mesa. Después de un rato el pintor dijo suavemente:

—Nos libramos de la hecatombe por un pelo, ¿verdad, *cara*?

—¡Váyase al diablo! —replicó la condesa, y le dejó solo, mientras él se reía como un sátiro por el fracaso de la cena.

Camino del pueblo con el padre Anselmo colgado de los hombros y trotando al ritmo de sus pasos, Meredith se sorprendió de comprobar cuán poco pesaba. En el salón y en la mesa le había parecido grueso y tosco; ahora no era más que un viejo frágil, de barriga abultada, con la cabeza grasienta y oscilante, que mascullaba, echaba saliva y se aferraba a ellos como un niño indefenso y enfermo.

Meredith, que raras veces había visto a un borracho y jamás a un sacerdote ebrio, sintió primero asco y después una viva compasión. Eso era lo que le sucedía a algunos hombres cuando el terror a la vida los vencía. A eso llegaban cuando la edad debilitaba sus facultades y los tejidos comenzaban a deteriorarse y la voluntad vacilaba con el peso del tiempo y del recuerdo. ¿Quién podía amar a esa ruina humana? ¿A quién podía importarle que viviera o muriera o que su alma se condenara por toda la eternidad, si es que tenía un alma después de los largos años derrochados?

Meyer se preocupaba, lo suficiente al menos, para alejarlo de mayores indignidades, para pedir disculpas por él, para dejar que se apoyara en su hombro y llegara por sus pies a su casa. Meyer se preocupaba; el semita de reputación empañada comprendía lo que le pasa a un hombre cuando le fallan el hígado y la próstata y no puede mantener rígida la cuchara por la artritis que le deforma las articulaciones. ¿Y a Blaise Meredith? ¿Le importaba también, o estaba tan preocupado de su propio dolor de estómago que no alcanzaba a ver otras maneras más bajas de morir y tormentos más agudos que el suyo?

Seguía masticando ese bocado insípido cuando llegaron a la casa del párroco. Se lo desprendieron de los hombros y lo apoyaron contra la pared. Meyer golpeó con fuerza la puerta y poco después oyeron arrastrarse pasos en el interior. Abrió la puerta una anciana obesa cubierta con una informe bata negra y un sucio gorro de noche en los cabellos despeinados. Los miró soñolienta.

—¿Qué pasa? ¿No pueden dejarme dormir? Si quieren sacerdote, no está aquí, él…

—Está borracho —le dijo Meyer amablemente—. Más vale que le acueste, Rosa.

Ella miró a Meyer iracunda.

—Yo sabía que iba a pasar. Se lo advertí. ¿Por qué no lo dejan tranquilo? Él no nació para codearse con la gente de arriba. No es más que un viejo, un niño grande que no sabe cuidarse.

Tomó a Anselmo de la mano y trató de hacerlo entrar.

—Anda, tonto. Rosa te llevará a la cama y te cuidará…

Pero el anciano se balanceó y habría caído si Meyer no lo hubiera sujetado. En tono perentorio éste dijo a Meredith:

—Monseñor, es mejor que le llevemos a la cama. La mujer es casi tan vieja como él.

Lo tomaron por la cabeza y los pies, le metieron en la casa y subieron las destartaladas escaleras, mientras Rosa Benzoni los alumbraba con una vela de sebo. La casa olía a rancio y a humedad como una cueva de ratones y cuando llegaron al dormitorio, Meredith vio una gran cama de matrimonio cubierta con frazadas grasientas y ya revuelta a un lado. Acostaron al viejo en ella y Meyer comenzó a soltarle el cuello y los zapatos.

La vieja le apartó mascullando:

—¡Déjelo! ¡Déjelo, por favor! Ya le ha hecho usted bastante daño por esta noche. Yo puedo cuidarlo. Hace tiempo que lo hago.

Tras un momento de vacilación, Meyer se encogió de hombros y salió del cuarto. Meredith le siguió a tientas por la escalera que crujía, a través del aire contaminado hacia la frescura de la noche estrellada.

Meyer se llevó un habano a los labios, lo encendió, aspiró profundamente el humo y dirigió de soslayo a Meredith, una mirada especulativa. Fríamente le preguntó:

—¿Se ha escandalizado, Monseñor?

—Siento pena por él —dijo Meredith en voz baja—. Una pena profunda.

Meyer hizo un gesto de desaliento.

—La Iglesia tiene la mitad de la culpa, amigo mío. Envía a un pobre diablo como Anselmo a un sitio como éste, educado a medias, sin salario ni seguridad alguna y espera que se mantenga célibe durante cuarenta años. No es más que un labriego y no de los más inteligentes. Ha tenido la suerte de encontrar a una mujer como Rosa Benzoni que le tiraniza y le lava los calcetines.

—Lo sé —dijo Meredith distraído—. Eso es lo que más me conmueve. Parecía una esposa. Ella… ella le ama.

—¿Le sorprende, monseñor?

—Me avergüenza… —Meredith movió la cabeza como desechando una pesadilla —. He pasado mi vida entera en el sacerdocio y creo… creo que la he malgastado.

—Entonces somos dos —dijo suavemente Meyer—. Vamos a casa y le daré café.

En la habitación baja y en penumbra de la cabaña de Meyer, con sus muebles rústicos y las hileras de utensilios de cobre, pulidos por las manos cuidadosas de Nina Sanduzzi, Meredith experimentó la misma relajación de nervios e igual intimidad que en la casa de Aurelio el Obispo. Sintió la misma gratitud, pero más rápida y menos consciente en esta ocasión. Ya sabía cuánto necesitaba de la amistad y estaba pronto a recorrer más de la mitad del camino para encontrarla.

Mientras Meyer se movía disponiendo las tazas, midiendo el café y cortando el

último trozo de pan para acompañar el queso, preguntó atrevidamente al médico:

—¿Qué significaba la cena de hoy? Todo parecía estar dirigido; pero no pude descubrir hacia dónde señalaba.

—Es una historia larga —dijo Meyer— Se necesita tiempo para presentársela en orden. La reunión fue idea de la condesa. Ella quiso mostrarle la clase de personas con que tendrá usted que tratar, y cuánto mejor le resultará a usted apoyarse en ella y no en un par de tontos como Anselmo y yo.

—Tuve la impresión de que ella tenía miedo de lo que se hablara.

—También —asintió Meyer—. Todos hemos tenido miedo durante mucho tiempo.

—¿De mí? —preguntó Meredith sorprendido.

—De nosotros —dijo Meyer con una sonrisa torcida—. Todos los que asistimos esta noche estuvimos mezclados de un modo u otro en la vida y la muerte de Giacomo Nerone. Ninguno salió con el honor limpio.

—¿Incluso el inglés… el pintor?

—Él es una complicación posterior. Es un anormal… y se ha entusiasmado con Paolo Sanduzzi. Ha conseguido la ayuda de la condesa para seducirlo.

Meredith se sobresaltó.

—Pero ¡eso es monstruoso!

—Es humano —dijo Meyer tranquilamente—. Suena mejor si es una chica en vez de un niño, pero la idea es la misma.

—La condesa dijo que usted había consentido en que el niño trabajara en la villa.

—Mintió. Es una embustera refinada, lo que hace difícil ayudarla.

Llevó la cafetera a la mesa y sirvió en las tazas de arcilla el líquido humeante. En seguida se sentó frente a Meredith, que le miró desconcertado.

—Usted es muy franco, doctor. ¿Por qué?

—Algo he ganado, muy tarde en la vida —dijo Meyer con tono firme—. Es imposible enterrar tan hondo la verdad sobre Giacomo Nerone, y ahora nos está infestando los pies. Usted llegará a ella tarde o temprano y en mi opinión debe ya intuirla. En seguida podrá volverse a Roma y dejarnos en paz.

—¿Eso significa que usted está dispuesto a prestar declaración?

—Sí.

—¿Y su único motivo es la verdad?

Meyer dirigió una mirada rápida y por primera vez vio al inquisidor que vivía bajo la piel de Blaise Meredith. Con cautela dijo:

—¿Importa cuál sea mi motivo, Monseñor?

—Completa el testimonio —repuso Meredith—. Puede oscurecer la verdad; la verdad sobre el alma de un hombre.

Meyer asintió con gravedad. Comprendió la sugerencia, y respetó a quien la exponía. Después de una pausa contestó.

—Hasta donde un hombre puede ser honrado sobre sus motivos, ése es el mío. Yo

he destruido mi vida. No estoy seguro por qué. También tuve parte en la muerte de Giacomo Nerone. Me equivoqué en eso, pero no creo haberme equivocado en mi estimación sobre él. Quiero hablar de esto, para que alguien, usted, me lo coloque en perspectiva. De lo contrario terminaré como el viejo Anselmo, con cirrosis de hígado porque no puedo dominar mis pesadillas… Por eso usted me da miedo, como a los demás. Pero si no puedo confiar en usted, no podré hablarle.

—¿Y qué le hace pensar que yo sea digno de su confianza?

—Usted tiene la sinceridad de avergonzarse de sí mismo. Y eso es bastante raro en la Iglesia y fuera de ella… Bébase ahora el café y charlaremos antes de que le envíe a la cama.

Pero la conversación se terminó para Meredith. El primer trago de café le produjo náuseas; reapareció el dolor en el estómago y Meyer le ayudó a salir al jardín a tropezones para evacuar la bilis y la sangre que le ahogaban. Cuando pasó el espasmo, recostó a Meredith en su propio lecho y comenzó a palparle el estómago hundido, comprimiendo la masa dura y mortífera que crecía contra la pared.

—¿Le pasa con frecuencia, Monseñor?

—Cada vez con más frecuencia —le dijo Meredith dificultosamente—. Las noches son peores.

—¿Cuánto tiempo le han dado?

—Doce meses. Posiblemente menos.

—Divídalo por la mitad —le dijo Meyer con franqueza—. Vuélvalo a dividir en dos y estará más cerca de la verdad.

—¿Tan pronto?

—Usted debería estar en una clínica.

—Quiero permanecer en pie el mayor tiempo posible.

—Trataré de mantenerlo —dijo Meyer con involuntaria admiración—. Pero si esto se repite mucho, se necesitará un milagro.

—Eso quiere el obispo que pida, un milagro. —Meredith lo dijo tratando de rechazar con una burla el nuevo dolor que se anunciaba, pero Meyer se echó sobre la frase como un perro.

—¡Repítalo!

—El obispo quiere que yo pida una señal, una prueba tangible de la santidad de Giacomo Nerone. Algunas de las curaciones que se le atribuyen pueden ser milagros, pero es dudoso que puedan probarse jurídicamente… La mía sería la única válida en este aspecto.

—¿Y qué contestó a eso, monseñor?

—Me faltó valor para consentir.

—¿Prefiere el dolor que ahora tiene, y el que ha de venir?

Meredith asintió.

—¿Tanto teme a su Dios, amigo mío?

—No estoy seguro de lo que temo… Es… es como si me pidieran que saltara por

un aro de papel, al otro lado del cual puede estar oscuro o haber una revelación destructora. No encuentro más caminos… y yo… no tengo valor para saltar. ¿Lo encuentra muy raro, doctor?

—Es bastante raro para un hombre como usted —dijo Meyer con un tono pensativo—. En mí sería comprensible.

Pensó en los papeles de Giacomo Nerone, que seguían en su escritorio, y en el miedo que le acometía cada vez que intentaba abrir el paquete.

Pero Meredith no le pidió explicaciones. Cerró los ojos y se recostó de espaldas en las almohadas, pálido y exhausto. Meyer le dejó dormitar hasta medianoche; después le despertó, le acompañó hasta la villa y ordenó al portero que le llevara a su dormitorio.

Nicholas Black también velaba a medianoche. Sentado en su cama y fumando un cigarrillo, contemplaba con honda satisfacción el cuadro de Paolo Sanduzzi colocado en un atril frente a las cortinas descorridas. Había elegido la posición con cuidado, para que la luz le diera desde el ángulo correcto, y la figura blanca del niño parecía salirse de la corteza oscura del árbol del suplicio. Los labios rojos sonreían al hombre que los había pintado, y los ojos brillantes contemplaban el futuro velado y engañoso.

Narciso en su arroyo no se vio más hermoso que Nicholas Black en la solitaria contemplación de su obra. Pero ni siquiera ese placer conseguía cegarlo ante su lastimoso destino: eso sería lo más que podría acercarse a lo que otros hombres poseen por derecho propio: hijos de su amor para mimarlos y educarlos para la madurez de la virilidad. ¿Nunca terminaría la persecución acre y humillante de la derrota?

Algo o alguien marcarían el límite. Otros disolutos se casaban con vírgenes que les daban hijos y calentaban sus babuchas, mientras ellos se arrepentían dichosos, en su veranito de San Martín. Muy pronto, tendría que anclar en su propio puerto, antes de que soplaran los vientos invernales y las hojas caídas chasquearan en los senderos del jardín.

Recordó entonces la conversación de la comida y renació su esperanza. Meyer había dicho que el niño iría al día siguiente. Su madre hablaría con Anne Louise de Sanctis y ésta contrataría a Paolo para que trabajara con los jardineros. El chico estaría allí mañana y tarde; Black podría educarlo y atraerlo a una relación filial. Necesitaba tino, suavidad, firmeza, para que desde el principio quedara claramente establecida la naturaleza de sus relaciones. Nicholas Black comprendía la atracción que él tenía para el niño, lo mismo que la capacidad de éste para atraerlo a una mutua ruina. El niño tendría que entender que sus esperanzas radicaban en una asociación disciplinada, y que cualquier tentativa de coaccionar a su patrón le destrozaría. Contando con tiempo y con la fácil intimidad de la villa, confiaba en lograrla.

Le preocupaba no comprender todos los motivos de la condesa para ayudarlo en

la conquista, porque los que él conocía eran harto simples. Ella le necesitaba para manejar al sacerdote, precisaba de un aliado comprensivo para fortalecer su valor. Pero las razones que ella se reservaba constituían una preocupación mucho más profunda para él.

El mundo de los amantes perdidos es una jungla en donde siempre impera la estación del celo. No hay misericordia en la fuga desesperada y ciega de la soledad. La carrera es de los rápidos, la posesión es de los fuertes. El ímpetu loco acompaña a la cópula, pero luego el olvido matiza los gestos, civilizándolos. Las más sencillas palabras sustituyen a la más ardiente pasión.

Nicholas Black había vivido mucho tiempo en la jungla y no le quedaban ilusiones. Si Anne de Sanctis le ayudaba sería en beneficio de sus propios planes. ¿Cuáles eran? ¿Pasionales, acaso? No lo creía. Cada verano se añadía a la cosecha de mujeres maduras que se levantan las faldas y juguetean con los mozos del Mediterráneo en las playas. Ellas pagan, los muchachos representan la fría comedia con cinismo latino y después vuelven para casarse con sus novias gracias a las ganancias obtenidas. La condesa tenía demasiada experiencia en estas farsas para hacer tonterías en su propia aldea. Capri le quedaba a la vuelta de la esquina. O Roma, más lejos, pero más discreta. Ella poseía dinero y libertad para proporcionarse el gusto donde quisiera.

Tenía, pues, que haber otra razón. Su miedo a Meredith indicaba una relación personal con Giacomo Nerone. ¿Quizá la mujer de Putifar? ¿La señora dadivosa convertida en furia cuando José huyó de ella dejándole la túnica entre las manos, para divertirse con una labradora en vez de la *padrona* de la villa?

Los celos adoptan a veces formas caprichosas. Paolo Sanduzzi, el adolescente, podía ser un perpetuo reproche de su fracaso como mujer y como amante. Apartarlo de su madre seria una venganza indirecta contra su padre… y un detalle refinado para con él.

Mientras, echado en las almohadas, contemplaba el retrato de Paolo Sanduzzi, fue creciendo en él una lenta cólera y sintió aborrecimiento por la mujer que, con el albergue y la promesa de financiar una exposición, intentaba comprarlo para tan brutal servidumbre.

Anne Louise de Sanctis reposaba en su baño de mármol y sentía deslizarse el agua sobre su piel como un símbolo de absolución. El vapor perfumado se elevaba en gráciles volutas, desdibujando los contornos ásperos de la realidad y mezclándose con la niebla eufórica de los barbitúricos que pronto la sepultarían en el olvido.

La sala estrecha, con sus frascos de cristal y su espejo empanado, era el vientre del cual emergía nueva cada mañana y al cual se retiraba cada noche a la ululante confusión de la soledad. Suspendida en el fluido fetal, entre las paredes tibias y veteadas del mármol, podía flotar absorta en sí misma, autojustificada, irresponsable,

acariciada por una ilusión de eternidad.

Pero la ilusión se hacía más tenue cada noche, y más brutal era el choque de cada mañana. Manos invasoras se estiraban hasta su intimidad; desde la penumbra la provocaban voces para que saliera al día amargo, y ella sabía que no podría acallarlas mucho tiempo.

Meyer era el primero de sus adversarios; Meyer, el médico de rostro decepcionado y puños raídos, el reformista de pacotilla, el filósofo escéptico, el hombre que todo lo sabía y no hacía nada, el enemigo de las ilusiones porque no tenía ninguna. En un tiempo ella habría podido imponerle una alianza contra Giacomo Nerone, pero ahora toda su atención era para Nina Sanduzzi, que había dado a luz al hijo de Nerone. Le había negado hasta la compasión que ella le pedía, y con una frase brutal había dejado al desnudo sus mentiras.

Ella necesitaba un hijo. En eso había verdad. Necesitaba a Paolo Sanduzzi. En eso también había verdad. Pero le necesitaba para sí. Era el hijo de Nerone, carne de su carne y hueso de sus huesos. Ella podía darle amor y dinero. El amor que Nerone le había negado a ella y el dinero que no había podido dejar al chiquillo. Pero Meyer se interponía; Meyer y Nina Sanduzzi y hasta el clérigo de Roma.

Llevaba largo tiempo en Italia y comprendía el trabajo sutil de la Iglesia en sus viñedos del sur. Sus príncipes jugaban a la política con maquiavélica habilidad, pero eran rígidos para implantar la moral pública, a través de la cual gobernaban a un pueblo apasionado y recalcitrante. No vacilaban en invocar el estatuto civil como una sanción para los diez mandamientos. Meredith podía ayudarla mucho como aliado; como enemigo sería implacable e irreductible.

Así, por caminos tortuosos, volvió a Nicholas Black. Tenía poca fe en su estabilidad, pero necesitaba un aliado; ya lo había comprado y era fácil de manejar. Ni por un momento creía en su declaración de afecto puro por el niño. Ella la consideraba simplemente como una hábil maniobra para seducirla y su promesa de ayuda obedecía al mismo cálculo.

Daría al pintor tiempo y oportunidad para trabajar con Paolo, para tentarlo con la amistad y una futura vida de caballero en Roma. El niño respondería rápidamente porque ya había sido acometido por el descontento de la adolescencia y el escándalo de esa vergonzosa relación surgida. El control materno de Nina Sanduzzi sería discutido, entonces… entonces intervendría ella, la *padrona* solícita, la noble preocupada de las gentes de su pueblo. Ofrecería retirar al niño del peligro de corrupción y educarlo a su cargo, primero en Roma y después en Inglaterra.

Hasta la Iglesia vería mérito en su actitud. Si elevaban a Giacomo Nerone a los altares, no querrían que su hijo se mezclara con prostitutas de pueblo como tantos otros muchachos campesinos. Aunque Nicholas Black desempeñara hasta la saciedad su papel de pequeño intrigante, ella ganaría al final. Caminaría por la Via Veneto con Paolo Sanduzzi, orgullosa y satisfecha, como si Nerone le hubiera engendrado en su cuerpo estéril.

Salió del baño, se secó y perfumó y se vistió para acostarse. Se introdujo después bajo el gran baldaquín de brocado y se dejó llevar por un turbio sopor, soñando con un joven moreno y sonriente que le apretaba la mano con firmeza. Y cuando el joven se convirtió en hombre y de hijo pasó a amante apasionado, ése no fue más que uno de los espejismos de la noche, sin maldad alguna…

CAPÍTULO X

Ala mañana siguiente, temprano, mientras Nina Sanduzzi barría y fregaba la cabaña, Aldo Meyer, sentado bajo la higuera, conversó con Paolo.

La entrevista se inició con mucha tirantez. El chico estaba malhumorado y retraído, y las primeras preguntas desmañadas de Meyer no consiguieron ganar su confianza. Mantenía los ojos fijos en el mantel de la mesa, masticando nerviosamente un palillo, y respondía entre dientes y en voz baja, obligando a Meyer a contener su irritación para conservar el tono amistoso que se había propuesto.

—¿Te habló tu madre sobre el trabajo en la villa de la condesa?

—Sí.

—¿Sabes que Rosetta irá también allí?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Bien, supongo.

—¿Quieres ir o no?

—Me da lo mismo.

—El salario no es malo. Podrás ayudar a tu madre y guardar algo para ti.

—Lo sé.

—Esto significa que te estás haciendo un hombre, Paolo.

El chico hizo un gesto de indiferencia y se escarbó los dientes con el palillo, Meyer bebió un sorbo de café y encendió un cigarrillo. La jugada siguiente era importante. Esperaba no estropearla. Después de un momento le dijo con la mayor suavidad que pudo:

—El comienzo de la vida de un hombre es la parte más importante de ella. Generalmente le corresponde al padre poner a su hijo en el camino recto. Tú no tienes padre… por eso quisiera ayudarte.

Por primera vez el niño levantó los ojos y le miró de frente. Su mirada era retadora y con indicios de hostilidad. Su pregunta fue brusca y poco amistosa.

—¿Por qué se interesa usted por mí?

—Trataré de explicártelo —le dijo pacientemente Meyer—. Si no quedas satisfecho, pregúntame lo que quieras. El primer motivo es que yo no tengo un hijo mío y me habría gustado tenerlo. Tú podrías haberlo sido porque en un tiempo amé a tu madre. Todavía la quiero mucho. Pero ella eligió a tu padre y no hubo más que hacer. Por un tiempo fuimos amigos, después… fuimos enemigos. Yo contribuí a su muerte. Ahora lo lamento. Si puedo ayudarte, pagaría una deuda contraída con él.

—No necesito su ayuda —dijo ásperamente el niño.

—Todos necesitamos ayuda —replicó Meyer sin alterarse—. Tú la necesitas porque estás enredado con el inglés y no sabes qué hacer.

Paolo Sanduzzi guardó silencio, mirando el palillo roto entre sus dedos. Meyer continuó:

—Quiero explicarte algo, Paolo. Tú sabes cómo son los hombres y las mujeres. Sabes que se besan y se acarician y lo que sucede entre ellos cuando se entregan al amor. Sabes lo que sientes cuando miras a una chica cuyos pechos han crecido y que comienza a caminar como mujer. Pero lo que no entiendes es cómo puedes sentir esto por Rosetta, y también cuando te toca el inglés.

El niño volvió a levantar bruscamente la cabeza en actitud defensiva.

—No hay nada entre el inglés y yo. ¡Nunca me ha tocado!

—Más vale así —dijo tranquilamente Meyer—. Entonces no tienes que avergonzarte de nada. A pesar de ello, debes saber que cuando el corazón de un hombre despierta puede torcerse a uno u otro lado, como un arbolito doblado por el viento. Después de un tiempo el arbolito se robustece y se desarrolla como árbol maduro. Entonces ya no se le puede doblar y crece con la forma que ha adquirido. La manera correcta de crecer para el hombre es hacia una mujer, no hacia una *femminella*. Es por eso que no puedes seguir con el pintor. ¿Lo comprendes?

—Entonces, ¿por qué mi madre me manda a trabajar a la villa? Él estará allí todo el tiempo. Me asusta. Hace que sienta como si yo no supiera lo que quiero.

—¿A quién quieres? ¿A él o a Rosetta?

—Quiero salir de Gemello —dijo furioso el niño—. Quiero ir a cualquier parte, donde no sepan de mí ni de mi madre ni de mi padre. ¿Cree usted que me gusta ser llamado bastardo de un santo, hijo de una prostituta? Por eso quiero quedarme con el inglés. Él puede darme eso. Él puede llevarme a Roma, hacer que yo comience de nuevo…

—¡Y en Roma te pondrían un rótulo más sucio del que nunca podrías despojarte dondequiera que fueses! Escucha, hijo… —suplicó Meyer con voz apasionada—. Trata de tener paciencia conmigo. Trata de comprender lo que te voy a decir. Tu madre es una buena mujer, diez veces mejor que las que le han aplicado ese mote. Lo que ella hizo lo hizo por amor; prostituta es la que se vende por dinero. Tu padre tenía rasgos de grandeza… Y soy yo quien te digo, el hombre que ayudó a matarlo.

—Entonces, ¿por qué no se casó con mi madre y me dio su apellido? ¿Se avergonzaba de él o de nosotros?

—¿Se lo has preguntado a tu madre?

—No. ¿Cómo habría podido hacerlo?

—Entonces creo que debemos preguntárselo ahora —dijo Aldo Meyer. Sin aguardar respuesta, llamó en voz alta—. ¡Nina! Ven un momento, por favor.

La mujer se acercó con ojos asustados.

—Siéntate, Nina.

Ella se sentó entre los dos, mirándolos sucesivamente con expresión interrogadora. Meyer le dijo:

—El chico me ha hecho una pregunta, Nina. Creo que tiene derecho a una respuesta. Tú eres la única que se la puede dar. Quiere saber por qué su padre no se casó contigo.

—¿Me creerás si te lo digo, hijo?

El niño la miró, turbado y ruboroso, y asintió en silencio. Nina Sanduzzi aguardó un momento, reuniendo sus fuerzas y sus palabras; después, con voz firme, se lo dijo.

Blaise Meredith se aprestaba a madrugar en esa hermosa mañana de primavera. Después de su ataque en casa del doctor, había dormido con más sosiego que de costumbre, y cuando el sirviente le llevó el desayuno y descorrió las cortinas, decidió levantarse y ponerse a trabajar.

Se bebió el café, comió un poco de pan tierno con mantequilla salada, se bañó y afeitó y bajó para leer el oficio a la luz del sol. Una vez cumplidos sus deberes litúrgicos, estaría libre para comenzar las entrevistas con los testigos. Tenía viva en su mente la advertencia de Meyer. Su tiempo corría más rápido de lo que había esperado y no podía desperdiciar ni un minuto. Se alegró de que la condesa y Black siguieran en cama, porque así se libraría de los saludos de rigor y de la charla convencional del desayuno.

Había terminado Maitines y estaba en mitad de Laudes cuando oyó pasos en el camino de grava y levantó la vista. Una mujer y un niño se acercaban a la parte trasera de la casa. La mujer vestía, al estilo de las campesinas, un traje negro deforme y un pañuelo atado alrededor de la cabeza. El niño tenía una camisa a rayas, pantalones remendados y viejas sandalias de cuero.

Caminaba con vacilación, mirando de un lado a otro, como sobrecogido por el esplendor que le rodeaba después de la dura aridez de la aldea. La mujer avanzaba con porte altivo, erguida la cabeza y los ojos dirigidos al frente, como si estuviera resuelta a cumplir con dignidad un deber incómodo. Sorprendió a Meredith la serenidad clásica de su rostro, redondeado por la madurez, pero conservando todavía un toque de belleza juvenil.

Dedujo que era Nina Sanduzzi. El niño debía ser entonces el hijo de Giacomo Nerone y, de acuerdo con la información de Meyer, el objeto de la intriga de seducción entre la condesa y Nicholas Black. Tendrían una larga espera antes de que la condesa se levantara y estuviera lista para recibirlos.

Movido por un súbito impulso, dejó el libro y llamó decididamente:

—¡*Signora* Sanduzzi!

Ambos se detuvieron y se volvieron para mirarlo.

—¿Pueden venir aquí un momento?

Se miraron desconcertados y después la mujer atravesó el césped y el niño la siguió dos pasos más atrás. Meredith se puso en pie para saludarla.

—Soy Monseñor Meredith, de Roma.

—Lo sé —dijo tranquilamente la mujer—. Usted llegó ayer. Éste es mi hijo Paolo.

—Celebro conocerte, Paolo.

Meredith le alargó la mano y el niño, después de recibir un codazo de su madre, se la estrechó flojamente.

—¿Sabe usted por qué estoy aquí, *signora*?

—Sí, lo sé.

—Me gustaría conversar con usted lo antes posible.

—Puede hallarme en casa del doctor o en la mía.

—Pensé que podríamos conversar un poco ahora.

Nina Sanduzzi movió la cabeza negativamente.

—Tenemos que ver a la condesa. Paolo comienza a trabajar hoy.

—Tendrán que esperar mucho. La condesa no se ha levantado todavía.

—Estamos acostumbrados a esperar —dijo ella gravemente—. Además, aquí no hablaré con usted.

—Como guste.

—Pero cuando Paolo esté trabajando aquí, usted puede hablarle. Eso sería diferente.

—Por supuesto. ¿Me permite ir a verla hoy?

—Si quiere. Por la tarde estaré en mi casa. Ahora debemos marcharnos. Ven, Paolo.

Sin más, ella se volvió con el niño y Meredith los miró alejarse hasta que desaparecieron por la esquina de la fachada posterior de la villa.

A pesar de lo breve del encuentro, la mujer le impresionó profundamente. Su aspecto revelaba sinceridad, reserva, quién sabe si sabiduría. Se movía y hablaba como alguien que sabe adónde va y cómo ha decidido hacer su camino. No tenía ni el atrevido descaro de algunas aldeanas ni la estudiada humildad que siglos de servilismo han impuesto a otras. Su idioma era el dialecto más áspero de Italia, pero su voz era baja y extrañamente suave, hasta cuando pronunció su rotunda negativa. Si Giacomo Nerone le había enseñado esas cosas, tenía que haber sido un hombre más grande que la mayoría.

Meredith se distrajo de las cadencias latinas de los Salmos meditando sobre dos elementos importantes en la vida azarosa de Giacomo Nerone.

El primero era el elemento de conflicto. Es un axioma en la Iglesia que una de las primeras señales de la santidad es la oposición que despierta, aun entre las personas buenas. Cristo mismo fue el signo de contradicción. Su promesa no fue la paz, sino la espada. Ningún santo del Calendario pudo hacer el bien sin luchar. A ninguno faltaron detractores y calumniadores. La ausencia de este elemento en los registros de Battista y Saltarello había sido una sorpresa. Ahora comenzaba a darse cuenta de su existencia y de su fuerza y complejidad.

El segundo elemento tenía la misma importancia: el bien o el mal tangible que surgía de la vida, obras y prodigios de un candidato a los altares. Aquí también existe un axioma bíblico de que un árbol se conoce por sus frutos. La santidad de un hombre queda impresa como un sello en el corazón de otros hombres. Una buena obra se

reproduce, lo mismo que crece la semilla de un fruto hasta convertirse en otro fruto. Un milagro que no hace bien al corazón humano es un juego malabar sin objeto de la omnipotencia.

Si había bien en Nina Sanduzzi y si este bien había surgido de su asociación con Giacomo Nerone, tendría que ser pesado en la acuciosa contabilidad del Abogado del Diablo.

Volvió a su breviario y sus labios pronunciaron las estrofas familiares del poeta-rey. Cuando terminó, cerró el libro, lo guardó en el bolsillo de su sotana y salió de la villa para hablar con el padre Anselmo.

Rosa Benzoni le abrió la puerta y, después de gruñirle frases ininteligibles, le hizo entrar. Encontró al anciano sacerdote en mangas de camisa, afeitándose torpemente frente a un espejo roto que colgaba de la pared de la cocina. Tenía los ojos más empañados que de costumbre y las manos nudosas le temblaban al rasparse la barba. Usaba una navaja vieja y Meredith se admiró de que aún no se hubiera degollado con ella. Su saludo fue menos que cordial.

—¡Hola! ¿Qué le trae por aquí?

—Me agradaría conversar con usted —dijo Meredith sin impacientarse.

—Escucharé, pero no le prometo contestar.

—Sería mejor hablar en privado, ¿no le parece?, —sugirió Meredith.

El anciano rió y luego lanzó una maldición al hacerse un corte.

—¿Lo dice por Rosa? Es medio sorda y dudo que entienda una palabra cuando usted hable como si tuviera en la boca una uva romana. Además, tiene mal genio, y soy yo quien vive con ella. Adelante, hombre, diga lo que tiene que decir.

Con un gesto de impotencia, Meredith continuó:

—Se trata de Giacomo Nerone. Se dice en los primeros informes que usted se negó a prestar testimonio. ¿Es porque fue usted su confesor?

—No. Porque los individuos que vinieron me disgustaron. Eran un par de narizotas farsantes. Me leyeron un capítulo sobre el Día del Juicio y la condenación eterna. Yo los mandé a paseo y con las orejas calientes. ¿A quién puede importarle lo que yo diga? Soy el escándalo de la diócesis.

—Los escándalos no me interesan —dijo fríamente Meredith.

El anciano dejó la navaja y se secó la cara con una toalla sucia. Dijo con aspereza:

—Entonces usted es la excepción de la especie. Dios sabe cómo gustan todos del escándalo. Si encuentran algo sucio, lo mastican como perros que roen un hueso. Recibí una carta del Obispo, diciéndome que espera que mi asociación con Rosa haya perdido su carácter carnal… —Lanzó una dura carcajada—. ¿Cuánto tiempo cree él que sigue un hombre en esas cosas? A mi edad lo más que se puede esperar es tener calor por la noche.

—A su edad —sugirió suavemente Meredith— la mayoría de los casados separan camas.

—Eso sucederá en Roma —gruñó el padre Anselmo—. Pero aquí no tenemos

suficiente dinero para comprar otra cama, ni tampoco dos juegos de ropa. Mire… —lanzó la toalla al suelo con impaciencia—. No somos niños, monseñor. No me gusta más que al obispo la posición en que me encuentro. Pero ¿cómo puedo salir de ella a mi edad? No puedo echar a Rosa a la calle. Es vieja. Ha sido buena conmigo, cuando a muchísimos de mis hermanos en religión les habría importado un comino que yo estuviera vivo o muerto. Dios sabe que es bien poco lo que poseo, pero ella tiene derecho a la mitad. ¿Conocerá alguna respuesta a eso Su Señoría Ilustrísima?

Meredith se emocionó. El dilema de ese hombre era pavoroso. Por primera vez en su vida sacerdotal comenzó a comprender el verdadero problema del arrepentimiento, que no es el pecado mismo, sino las consecuencias que proliferan de él, como los parásitos de un árbol. El árbol no tiene más remedio que seguir prestando vida al parásito que le presta su belleza, pero muere lentamente por falta de un jardinero experto. Era terrible pensar que un hombre hubiera caído en la desesperanza y la condenación porque no podía comprar un par de juegos de ropa. De pronto, el caso de Giacomo Nerone le pareció pequeño e insignificante al lado del caso del padre Anselmo. Giacomo, santo o no, era afortunado: había terminado con el largo combate. El resto era glorioso y no importaba. Sorprendió a Meredith una idea repentina, pero vaciló en expresarla. Después de un momento, dijo con cuidado:

—Su Señoría es un hombre sorprendente. Quiere ayudarlo. Yo creo… estoy seguro de que si usted instala a Rosa en otra cama y en otra habitación, no le exigirá más.

El anciano movió la cabeza con terquedad.

—¿Quién pagará la cama y las sábanas? Parece que usted no entiende. Aquí vivimos royéndonos los dedos. Primero hay que comer.

—Voy a decirle algo —dijo Meredith—. Yo las pagaré. Daré a usted y a Rosa lo suficiente para que compren algunas ropas y depositaré cien mil liras a su nombre en el Banco di Calabria. ¿Eso le ayudará?

El padre Anselmo le miró con suspicacia.

—¿Por qué se interesa tanto, Monseñor?

—Moriré dentro de tres meses —dijo Meredith con un ademán de indiferencia—. No puedo llevarme el dinero.

Los ojos lacrimosos del cura acusaron incredulidad. Su hosca voz campesina volvió a interrogarlo.

—¿Qué más tengo que hacer?

—Nada. Si usted quiere que lo confiese, lo haré con mucho gusto. No podrá decirme mucho que yo no sepa ya, de manera que no le resultará difícil. No tiene objeto quedarse a mitad de camino. Alguna vez tendrá usted que ordenar su conciencia.

—El Obispo habla de reparar el escándalo. —La voz de Anselmo era dubitativa, pero había desaparecido la terca dureza.

Meredith le dirigió una de sus raras sonrisas humorísticas.

—El Obispo es una personalidad por derecho propio. Debe saber que la mayoría de las personas se fabrican sus propios escándalos. Los buenos cristianos cierran la boca y ruegan por sus hermanos descarriados. Muy pronto se sabrá en la aldea que ustedes ya no duermen juntos. El resto nacerá de lo que usted haga con ellos… Bien. ¿Qué me dice?

Anselmo se pasó la mano nudosa por la mal rasurada barbilla. Su boca laxa se contrajo en una mueca irónica:

—Supongo que será una manera de salir del paso. Hace tiempo que esto me preocupa, pero yo amo a la vieja a mi modo, y me parecería odioso perjudicarla.

—No creo que amarla haga daño. A mí me vendría bien ahora un poco de amor.

La voz parecía pertenecer a otra persona; no a Blaise Meredith, el frío miembro de la Congregación de Ritos.

—¡Muy bien! —dijo el anciano con brusquedad—. Lo pensaré. Hablaré con Rosa para explicárselo. Pero estas cosas no pueden hacerse a la carrera. Las mujeres son muy sensibles, y cuando envejecen se ponen estúpidas. Además… —sus viejos ojos brillaron astutamente—. ¿Y cuándo veremos el color de su dinero, Monseñor?

Meredith sacó su cartera y dejó sobre la mesa treinta billetes de mil liras.

—Esto es un adelanto. Puede comprar desde luego las sábanas, las mantas y la cama. El resto se lo enviarán desde Valenta. ¿Le parece bien?

—Tendrá que parecérmelo —dijo el anciano a regañadientes—. Pero me gustaría que todo quedara arreglado antes de que usted muera. Cuando los abogados meten mano en una herencia, ¡se acabó! Sólo queda alpiste para el canario. ¿Qué más quiere ahora?

—Giacomo Nerone… ¿Qué puede decirme sobre él?

—¿Y qué sucederá si se lo digo?

—Tomaré notas y después usted será interrogado bajo juramento en el tribunal del obispo.

—Hagamos una cosa, monseñor. Espere hasta que me oiga en confesión. Después le relataré la historia completa.

—Un secreto de confesión no sirve para los registros del tribunal.

El anciano prorrumpió en una brusca carcajada.

—Eso es lo que quiero, amigo. Ya ha habido suficiente escándalo a mi costa. Que me condenen si doy más motivos.

—Como le parezca —dijo Meredith con cansancio—. Dentro de unos días volveré a visitarlo.

—Y no olvide lo que tiene que hacer en Valenta.

—No lo olvidaré.

Se puso en pie y se dirigió a la puerta. No hubo despedidas ni agradecimientos y mientras bajaba el cerro hacia la cabaña del doctor tuvo la molesta sensación de haberse conducido como un tonto.

Meyer, de buen ánimo le saludó, le llevó al jardín y le sirvió una copa de vino del

lugar, que se refrescaba en una jarra de barro. Meredith observó el cambio que se había operado en él: tenía los ojos claros, había desaparecido la contracción del rostro y su aspecto era el de un hombre que se entiende consigo mismo y con su situación. Meredith le dijo en tono festivo:

—Tiene mejor aspecto esta mañana, doctor.

—He comenzado bien el día, monseñor. Hablé con un niño como si fuera su padre y escuché frases sabias de su madre.

—¿Nina Sanduzzi?

—Sí. Confío que entre los dos hayamos hecho algo por el niño.

—Los vi en la villa; les hablé unos minutos. Esta tarde visitaré a Nina Sanduzzi. Está dispuesta a hablar.

—Bien —dijo Meyer con aire satisfecho—. Voy a darle un consejo, amigo. Muévase con suavidad y llegará lejos con ella. Ahora está dispuesta a franquearse y quiere que usted vigile al chico mientras esté en la villa.

—Haré lo que pueda. Nina me ha impresionado profundamente.

—¿Y Paolo?

—Es como cualquier otro adolescente.

—No es igual… —le advirtió Meyer—. Está en los años peligrosos. Se siente atraído por el inglés y también le teme, Además, tiene curiosidad por su padre y su madre. No tanta ahora que Nina y yo le hemos hablado. Pero cuando uno está viejo, no sabe cuánto comprende un niño ni qué moscardones le zumban en el oído. Y ahora, ¿en qué puedo servirle, monseñor?

—Quisiera conversar con usted, doctor.

—¿Sobre Nerone?

—Sí.

Aldo Meyer bebió un largo trago y se enjugó los labios con el dorso de la mano. Con acre ironía dijo a Meredith:

—¿No es costumbre ponerse estola cuando se escucha una confesión?

—Me sacaré los zapatos en reemplazo —dijo Meredith.

—La historia es larga, monseñor. Cuando se le haga monótona sírvase una copa…

… Era la canícula, en un mundo sin hombres. Mañanas cálidas, largas tardes, noches en que las nubes rodaban sudorosas sobre el valle y se alejaban sin haber dado lluvia. Los ánimos se agriaban y la vitalidad decaía, porque las tropas eran como langostas que devoraban todo lo que producía la tierra y faltaban hombres en las camas, salvo los viejos, que eran una molestia, y los visitantes ocasionales, como la *polizia*, los *carabinieri*, el inspector de agricultura y los oficiales requisadores del ejército. Éstos también eran molestos, porque cuando se marchaban había peleas en las casas, rostros ensangrentados y faldas desgarradas en los campos.

El valle era como una camada de gatos: húmedo, caliente y lánguido para la cópula, con estallidos súbitos de gritos y violencia. Meyer vivía allí porque era judío y exiliado y cada dos días tenía que atravesar el valle hasta Gemello Maggiore para asegurar a la *questura*[14] que no estaba enfermo ni se había muerto. Poco les importaba una cosa u otra, pero cuando iba le maldecían y si faltaba le amenazaban; después le daban vino y queso si sus hijos se enfermaban o sus hijas se embarazaban o ellos eran atacados por la malaria. Le hacían bromas torpes por ser judío y circuncidado y le ponían en guardia contra la contaminación de la sangre pura de sus mujeres que, además de buenas calabresas, tenían parte de griegas, fenicias, francesas, españolas, italianas y árabes levantinas; de cualquier raza menos de la judía. Meyer tenía que tragarse todo, lo digería en silencio y mantenía el oído alerta a los rumores que zumbaban como abejas dentro y fuera del valle. Los Aliados se encontraban en Sicilia; en otros puntos de la costa había avanzadas. Los guerrilleros se armaban en los cerros. Los desertores se refugiaban en cuevas o en lechos amigos. Los alemanes enviaban apresuradamente refuerzos al Sur. El fin llegaría tarde o temprano y él quería estar vivo para presenciarlo.

Labraba su duro trozo de tierra, visitaba a sus enfermos, dormitaba durante la siesta y velaba hasta muy entrada la noche con un libro y una botella.

Si se mantuvo alejado de las mujeres del pueblo, se debió a su refinamiento, también a que no quería afrontar al futuro con una arpía plebeya aferrada a sus faldones. Llevaba mucho tiempo esperando. Bien podía esperar un poco más.

Una noche, muy tarde, llegó Nina Sanduzzi. Iba descalza para que el ruido de sus zuecos no la delatara en la aldea dormida, y trepó el muro del jardín por el lado del valle, para que ningún paseante nocturno la viera golpear la puerta del doctor. Antes de que él despertara de su letargo y la viera, ella estaba ya en el círculo de luz de la lámpara. Meyer se sorprendió, molesto:

—¿Qué diablos haces aquí, Nina?

Ella se llevó el índice a los labios para que no levantara la voz y en su dialecto bajo y áspero le dijo:

—En mi casa hay un hombre. Es desertor y está herido. Tiene el hombro rojo e hinchado por una bala y se agita y delira como si tuviera fiebre. ¿Quiere ir a verlo? Traigo dinero.

Metió la mano en el escote de su vestido y sacó un pequeño fajo de grasientos billetes. Meyer los hizo a un lado con impaciencia.

—¡Guárdalos! ¿Sabe alguien que él está aquí?

—Nadie. Llegó anoche. Le di algo de comer y le dejé en la cama. Cuando volví del trabajo le encontré allí.

—Muy bien. Iré.

Cerró su libro, bajó la luz de la lámpara, tomó su maletín con instrumentos y su pequeña provisión de antisépticos y la siguió por el fondo de la casa, salvando el muro, hasta la choza escondida entre los acebos.

Encontró a su paciente delirando en el gran catre de bronce. Era moreno y grande, con barba de varios días en su mejillas hundidas. Sus ojos miraban fijamente y de su boca salían palabras y frases entrecortadas que reconoció como inglesas. ¡Bonita situación! Encubrir a un desertor suponía complicaciones seguras, pero a un soldado inglés significaba la muerte inmediata. Sin hacer comentarlos a la mujer, se inclinó sobre el lecho y comenzó a cortar los vendajes húmedos de la herida del hombro.

Al verla dio un silbido. Estaba hinchada y pulposa y ya había comenzado una supuración lenta y amarilla. La tarea era sucia y difícil. Sin anestésico dolería atrozmente y el hombre podía morir en pocos días.

Se dirigió a Nina Sanduzzi.

—Enciende fuego, hierve una olla de agua y después sujétalo.

La muchacha sonrió mostrando los dientes.

—Hace tiempo que no tengo a un hombre en mis brazos, doctor. Será un placer.

Pero el placer se esfumó pronto, hasta para ella. La bala había hecho impacto contra un omóplato, desviándose hacia abajo, y Meyer tuvo que sondear veinte minutos para atraparla, mientras el enfermo gritaba contra la mordaza que le habían metido en la boca, y Nina Sanduzzi usaba de toda su fuerza para contenerlo.

Cuando terminaron y pasó lo peor del dolor, le acomodaron en la cama, y Nina y Meyer se sentaron a beber vino acompañado de un mendrugo de pan.

—No puedes tenerlo aquí, Nina. Bien lo sabes. Si alguien le descubre, date por muerta.

Ella le miró con sorpresa.

—¿Quiere que le eche, enfermo como está?

—Después —le dijo Meyer con cansancio—. Cuando se encuentre mejor.

Viéndola a la luz de la lámpara en el cuartucho, Meyer sintió la primera tentación verdadera en muchos años. Su rostro era griego puro, su cuerpo, más fino que el de las otras aldeanas, sus pechos, llenos y firmes y, bajo la piel mate, se adivinaba una vitalidad pujante y animal. Tenía también inteligencia y valor. No se quedaba a la expectativa o gritando como las otras. Sabía lo que había que hacer y lo hacía, con calma y eficiencia. Meyer se admiró de haberla visto pasar cien veces sin reparar en ella.

Pero era cauteloso y estaba habituado a la continencia. Terminó, pues, rápidamente el vino y se preparó a partir.

Compréndelo bien, Nina. Este hombre está muy enfermo y puede morir. Prepara sopa y trata de que la tome. Cuando salgas a trabajar cierra la puerta con llave y déjale vino y comida. No me atrevo a venir durante el día, pero volveré por la noche.

—Usted es bueno —dijo suavemente Nina Sanduzzi—. En un lugar lleno de puercos usted se yergue como un hombre —le tomó la mano y se la besó—. Váyase ahora, *dottore mio*. No estoy habituada a tener hombres en la casa.

Mientras él subía fatigosamente la cuesta pedregosa, para evitar el camino, pensó si su continencia, como todos sus demás sacrificios, no sería más que un derroche sin

objeto y si Nina era la mujer que podía hacerlo feliz. Eso era lo que más había temido en su exilio, lo que sus enemigos querían que él hiciera: relajarse, embrutecerse, aficionarse a la bebida y a las prostitutas, olvidarse de lavar su camisa y de usar cuchillo y tenedor para comer. Hasta entonces había conseguido evitarlo. Con Nina Sanduzzi podría seguir defendiéndose… pero era arriesgado. Más valía olvidar e irse a dormir a su casa.

Necesitó una semana para sacar de peligro al enfermo. La herida era profunda y se producían nuevas infecciones que él drenaba con los primitivos medios de que disponía. Más de una noche veló con Nina, observando la subida y bajada de la fiebre, hasta que la falsa aurora iluminaba el este y era tiempo de volver a casa antes de que el pueblo comenzara a agitarse.

Volvió todas las noches, tenía necesidad de ella. Cada vez que la dejaba sola con el enfermo, y éste ya había comenzado a comer y a conversar un poco entre los accesos de fiebre y los largos intervalos de sueño inquieto, habría deseado estar en su lugar.

Al principio se mostró cauteloso, pero cuando comprendió la posición de Meyer como exiliado político, y los riesgos que por él afrontaba la muchacha, disminuyeron sus recelos, aunque siguió negándose a agregar nada a la historia que primitivamente relatara a Nina Sanduzzi.

—Es mejor que ustedes no sepan más. Si les interrogan, pueden contestar la verdad, aunque confío en Dios que esto no suceda. Soy Giacomo Nerone, un fusilero de Reggio. Trato de volver a Roma para reunirme con mi familia. ¿Cuándo cree usted que estaré en condiciones de ponerme en camino, doctor?

Un gesto de Meyer indicó que no se comprometía.

—Quince días, tres semanas, no sé, a menos que se presente otra infección. Pero ¿dónde piensa ir? Se dice que los Aliados han desembarcado al norte de este pueblo y que remontan la «Punta de la Bota» desde Reggio. Este lugar está hundido entre cerros. Con los nuestros que retroceden y los alemanes que bajan, a usted le costará llegar lejos. Su acento no es de Calabria. Tarde o temprano alguien le interrogará… a menos que usted vuelva a ocultarse, y en ese caso, ¿cómo se alimentará?

Nerone sonrió con picardía y ellos vieron cómo el humor daba a su rostro un aire infantil.

—Pero no hay otra salida. Aquí no me puedo quedar.

—¿Por qué no? —preguntó Nina Sanduzzi—. Tiene casa, cama y comida. No es mucho, pero es mejor que morir en una zanja con otra bala en el cuerpo.

Los dos hombres se miraron. Después de una pausa, Meyer dijo pensativo:

—Nina puede tener razón. Además… —con cautela, insinuó—, cuando las cosas cambien aquí, usted podría estar en situación de ayudar.

El hombre moreno movió la cabeza.

—No como usted piensa, doctor.

Meyer frunció el entrecejo y le dijo con franqueza:

—Usted no me comprende. Le he oído hablar en sueños. Sé que no es usted de los nuestros, pero de todas formas, podría sernos útil más adelante.

—La muchacha miró sin comprender.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Soy inglés —dijo Nerone—. Y ahora que lo he dicho, olvídenlo.

—¡Inglés! —exclamó Nina, con los ojos dilatados.

—¡Olvídalo! —repitió Meyer con dureza.

—Ya está olvidado. —Ella sonrió al decirlo y les presentó una proposición que les dejó mudos de asombro—: Si usted se queda aquí, no hay razón para que no trabaje y se gane la vida… ¡No se sorprendan tanto! Hay media docena de muchachos que lo están haciendo. También han renunciado a la guerra. Dos son de aquí y los otros quién sabe de dónde han venido. Pero los hombres hacen falta, hay mucho que hacer antes del invierno y nadie va a entrometerse. Si llega algún sospechoso, los muchachos se esconden, pero la mayor parte del tiempo trabajan al aire libre… —ella rió alegremente—. ¡Y nunca les falta cama! Yo puedo conseguirle trabajo con Enzo Gozzoli. Es el capataz de mi grupo. Perdió dos hijos en la guerra y odia a los fascistas como al veneno. Cuando usted se mejore, yo hablaré con él… Bueno, si usted quiere.

—Lo pensaré —dijo Giacomo Nerone—. Le estoy muy agradecido, pero tendré que pensarlo.

Se apoyó en la almohada y cerró los ojos. Un momento después dormía.

La muchacha sirvió a Meyer otra copa de vino, que éste bebió pensativo, observándola inclinada sobre el lecho, acomodando la cabeza morena en la almohada, estirando cuidadosamente las mantas alrededor del hombro herido y quedándose un momento contemplando al huésped dormido.

Cuando volvió, Meyer se puso en pie, la tomó en sus brazos y trató de besarla. Ella le apartó con suavidad.

—No, *dottore mio*. Ahora no.

—¡Te necesito, Nina!

—No me necesita de veras, *caro* —dijo ella en voz baja—. Si así fuera, me habría conquistado hace mucho tiempo y yo me habría alegrado. Es verano, usted está solo y hemos pasado algunas noches juntos. Pero yo no soy para usted y usted lo sabe… Después me odiaría… ¡Dios sabe cuánto necesito un hombre! ¡Pero lo quiero completo!

Meyer se inclinó para coger su maletín. Hizo un gesto rápido hacia la cama.

—Es posible que lo consigas —le dijo con sequedad.

—Es posible —replicó Nina Sanduzzi. Luego fue a la puerta y la mantuvo abierta para que Meyer saliera, y mientras éste caminaba cerro arriba la oyó cerrarse con ruido brusco y seco en el aire lánguido…

—… ¿Y ése fue el comienzo? —preguntó Blaise Meredith.

—El comienzo —Meyer cogió la jarra. Al cabo de tres semanas pudo salir y trabajar para Enzo Gozzoli. De noche volvía a la casa de Nina y eran amantes.

—Y fuera de ser inglés, ¿no tuvo usted otro dato de su identidad?

Ninguno —Meyer tomó un trago largo y se secó los labios con un pañuelo sucio —. Podía ser una de estas tres cosas: prisionero fugado, agente británico enviado para tomar contacto con el primer grupo de guerrilleros o desertor.

—¿Y por cuál se inclinaba usted?

—Las consideré por turno. ¿Prisionero fugado? Sí. Excepto que no manifestaba inclinación por hacer lo que tal hombre habría hecho, tratar de reunirse con su unidad. ¿Agente? También era posible. Hablaba bien el italiano, Y no el argot de la cantina ni del burdel militar. Era un hombre educado. Captaba el color local. Pero cuando le insinué que se me uniera para tratar de ponernos en contacto con los guerrilleros, rehusó.

—¿Dio alguna razón?

—No. Rehusó amablemente, pero en forma rotunda.

—¿Desertor, entonces?

—Parecía lo más probable. Pero un desertor es un hombre asustado. Tiene la mirada huidiza. Vive con la convicción de que un día le cogerán. Nerone no; una vez curado, caminaba, hablaba y se reía como cualquier hombre libre.

—¿Era oficial?

—Así me pareció. Como le dije, era culto. Tenía decisión y talento para obligar a los demás a que las cosas se hicieran. Pero no tenía documentos de identificación de ninguna clase. Le manifesté que si le sorprendían en esas condiciones, los alemanes o los italianos le fusilarían por espía. Se rió y dijo que Giacomo Nerone era un buen italiano que no le descubría razones a la guerra… ¿Quiere servirse más vino, Monseñor?

Meredith aceptó y mientras Meyer le llenaba la copa, preguntó:

—¿Qué idea se formó usted de su carácter en ese primer período?

—Ya le he explicado una parte —dijo Meyer—. Valor, buen humor, capacidad para obligar a hacer las cosas. Del resto no estaba seguro. Me inspiraba celos.

—¿Por Nina Sanduzzi?

—Por eso y por otras cosas. Yo también he vivido entre esta gente, les he servido durante muchos años y nunca he penetrado en su intimidad. Nerone lo consiguió en una semana. Los hombres confiaban en él. Las mujeres le amaban. Bastaba que frunciera sus negras cejas para hacerlos reír. Le contaban todos los escándalos, le enseñaban el dialecto y compartían con él su vino. Yo seguía siendo el extraño, el judío de Roma.

—Comprendo lo que sentía —dijo Meredith en voz baja—. Yo he sido así toda

mi vida. Salvo que no he servido a nadie.

Aldo Meyer le dirigió una mirada estimativa, pero Meredith tenía fijos los ojos ausentes en el vino oscuro de su copa. Meyer prosiguió:

—Lo que me irritaba en él era que parecía tomar todo como natural y permanente. Como si el presente fuera lo único que le importara. Supongo que para él era lógico. Ya había hecho su guerra. Se contentaba con cada día. Yo llevaba tanto tiempo esperando que gritaba por actuar y por un cambio.

—¿De modo que ustedes no se entendían?

Meyer movió la cabeza negativamente.

—Eso es lo más curioso. Cuando no le veía, le odiaba. Pero si nos encontrábamos al pasar o, más tarde, cuando tomó el hábito de venir a mi casa para conversar o pedirme algún libro prestado, me cautivaba. Había calma y suavidad en él. Lo mismo que usted encuentra ahora en Nina Sanduzzi.

—¿De qué conversaban?

—De todo, excepto de él. Eludía cualquier tópico que pudiera darme una clave de su identidad. Lo que le interesaba más era el sitio mismo, la gente, su historia, sus costumbres, sus relaciones recíprocas. Era como si tratara de olvidar todo lo que le había pertenecido y de compenetrarse en la vida montañesa.

—¿Se preocupaba de la gente?

—Al principio, no. Parecía considerarse uno de ellos. Pero no tenía planes como yo. Ningún proyecto para su mejoramiento.

—¿Cómo iban sus relaciones con Nina Sanduzzi?

Meyer hizo una mueca y se excusó con un gesto.

—Eran felices juntos. Se veía en sus caras. Eso es todo lo que sé. Más de lo que quería saber. En cuanto al resto, tendrá usted que preguntárselo a Nina.

—Lamento interrogarlo con tanta insistencia, doctor —dijo Meredith—. Pero usted se da cuenta del deber que tengo.

—Lo comprendo. Y no trato de escabullirme, sino de mantener mi testimonio sobre lo que yo viví.

—Le ruego que continúe.

—La etapa siguiente comienza a fines de octubre… la mitad del otoño. Nerone me llamó para que examinara a Nina. Estaba embarazada de dos meses.

—¿Cuál fue su reacción?

—Se alegró. Los dos estaban contentos. Creo que nunca he tenido más celos de él que entonces. Llegado de quién sabe dónde, había conseguido lo que en toda mi vida no pude lograr: aceptación, amor, una promesa de fidelidad y continuidad.

—No obstante, no intentó casarse con Nina.

—No.

—¿Quería casarse ella?

—Yo les planteé la cuestión —dijo Meyer—. No porque me preocupara, en un país sin hombres no hay vergüenza en un niño sin padre, sino porque yo quería ver

qué clase de hombre era Nerone.

—¿Qué dijo?

—Nada. Fue Nina la que me contestó. Dijo: «Cuando sepamos lo que va a suceder, será tiempo de que suenen las campanas de boda, *dottore*».

—¿Y Nerone?

Meyer se contempló el dorso de las manos extendidas como arañas sobre el mantel tibio de la mesa. Vaciló un momento y luego dijo:

—Recuerdo muy bien lo que sigue. Justo cuando me parecía haber medido la estatura moral de Nerone. Luciérnaga que se apagaría antes del alba, volvió a sorprenderme.

—¿En qué forma?

—Dijo con toda sencillez y sin ningún propósito: «El invierno va a ser malo. Más vale que usted y yo, doctor, comencemos a prepararnos…».

… En los días ya pasados, antes de que se llevaran a los hombres, antes de que la guerra llegara a su fin, cuando aún quedaba autoridad y objetivo en la comarca, el invierno era una estación soportable, aunque nunca feliz.

Existían reservas de carbón y botellones verdes que contenían vino y aceite. Las cebollas colgaban en ristras de las vigas, las mazorcas de maíz se amontonaban en un rincón y bajo la paja había patatas enterradas. Se podía comprar queso, salame, jamón ahumado y lentejas, y los molineros vendían harina para la pasta. El alimento estaba aquí, por más que hubiera que abrir un agujero en los pantalones para encontrar el dinero con qué comprarlo. Antes de que arreciaran las nevadas, persistía el tráfico de intercambio entre las aldeas, y cuando el trabajo del campo se atrasaba hasta detenerse, la comunidad entregaba una pequeña subvención para limpiar los caminos y los tramos congelados.

Había vida, no mucha, a decir verdad, pero si uno aguantaba, podía escuchar los rugidos del torrente, oler los primeros vientos tibios del sur y sentir cómo se derretía el hielo de los huesos con la llegada de la primavera.

Pero entonces no había hombres, las cosechas eran pobres y los impuestos se llevaban lo mejor. Se terminó el intercambio porque, ¿quién se atrevía a llevar al mercado su carretón y su burro a riesgo de encontrarse con ladrones, desertores y patrullas en el camino? Mejor era quedarse en casa y vivir de las propias provisiones mientras duraran. Además, empezaban a volver los muchachos, sin jefe, decepcionados y hambrientos: nuevas bocas que alimentar con las reducidas reservas.

Ya no había Gobierno. Los funcionarios razonables se quedaban, en espera de la paga, y, cuando ésta no llegaba, confiaban en una pequeña retribución por sus méritos. Los bastardos se marchaban para agregarse a las unidades que seguían en actividad o para vender su conocimiento de la comarca a los destacamentos alemanes que se dirigían al sur para trabar combate con el Octavo Ejército Aliado.

Y en Gemelli dei Monti olfatearon el viento, sintieron los primeros chubascos, contaron las primeras heladas y dijeron: «Vamos a tener un invierno malo».

Giacomo Nerone también lo dijo, fría y enfáticamente. Pero agregó ideas propias.

—Usted y yo somos los únicos que tenemos talento e influencia en este pueblo. Tendremos que dirigir la organización.

—¡Hombre! No sabe de lo que está hablando. ¡Usted es un fugitivo! Yo soy un exiliado político. En el momento que estiremos el cuello nos dejarán caer el hacha.

—¿Quiénes, doctor? —me preguntó sonriendo Nerone.

—Las autoridades. La policía. Los *carabinieri*. El alcalde de Gemello Maggiore.

Nerone se rió a sus anchas como si se hubiera tratado de la broma de una lavandera junto al torrente.

—Querido doctor. Estos individuos sienten tal terror ahora que sólo piensan en salvar su pellejo. Hace varias semanas que no he visto a ninguno por aquí. Además, este asunto es nuestro, no de ellos. Nosotros lo manejamos.

—¿Qué es lo que manejamos, por amor de Dios?

—El problema elemental de sobrevivir durante tres meses. Tenemos que preocuparnos de que todos tengan alimento y combustible suficientes para mantenerse vivos durante el invierno. Tenemos que conseguir más medicinas para usted y procurarnos más mantas. Hay que instalar una bodega central y vigilar que las raciones se distribuyan equitativamente.

—¡Usted está loco! —le dijo Meyer—. No entiende a esta gente. En los tiempos buenos mantienen cerrado el puño, pero en los malos son como aves de rapiña. ¡Se comerán entre ellos antes de que un mendrugo pase de una casa a otra! La familia es lo único que cuenta. El resto se puede pudrir en una zanja.

—Entonces les enseñaremos el paso siguiente —dijo Nerone sin alterarse—. Los constituiremos en tribu.

—No lo conseguirá.

—Ya he comenzado.

—Me cuesta creerle.

—He conseguido que diez familias consientan en colocar una cuarta parte de sus reservas de alimento en una bodega común para el invierno. Cada una de estas familias tratará de convencer a otra. Entonces usted y yo haremos rondas y, aunque sea a golpes, convenceremos a los que no quieren incorporarse.

—No comprendo cómo lo ha hecho.

Giacomo Nerone sonrió y se encogió de hombros.

—Les hablé. Les señalé que aún faltan tributos: a los italianos, a los alemanes, a los Aliados. Cuando las cosas se pongan feas, como sucederá en el invierno, habrá requisición domiciliaria de alimentos. Mientras se pueda, es preferible cooperar y crear un fondo común en algún sitio secreto. Les dije que Nina y yo contribuiríamos en primer término, como prueba de buena fe, y que después se designaría un comité de administración formado por usted, yo y tres más. Dos hombres y una mujer.

Necesité tiempo, pero al fin consintieron.

—Yo he vivido aquí muchos años —dijo sombríamente Meyer— y nunca he podido conseguir nada semejante.

—Hay que pagar un precio.

Meyer le miró sin comprender.

—¿Qué clase de precio?

—Todavía lo ignoro —dijo Nerone pensativo—, pero creo que al final será muy alto…

—… ¿Explicó lo que quería decir?

—No.

—¿Usted le pidió explicaciones?

—Sí. Pero de nuevo fue Nina quien contesto por él. Recuerdo que ella estaba de pie detrás de él, se inclinó, le besó los cabellos y le rodeó el rostro con las manos. Luego dijo:

—Amo a este hombre, *dottore mio*. ¡No le teme a nada, y siempre paga sus deudas!

—¿Quedó usted satisfecho con eso?

Meyer se rió y se echó atrás en la silla para alcanzar la jarra.

—Se le escapa lo más importante, Monseñor. Cuando usted ve a un hombre y una mujer en esa actitud, y cuando se está enamorado de la mujer, sólo hay una cosa que satisfaga. Y no se consigue. Me levanté y me fui de la casa. Al día siguiente Nerone y yo nos reunimos y comenzamos con los preparativos para el invierno.

—¿Y tuvieron éxito?

—Sí. Antes que cayeran las primeras nevadas, todos los habitantes de Gemello Minore habían consentido y teníamos casi tres toneladas de provisiones guardadas en la Gruta del Fauno.

Bruscamente se agitaron recuerdos tras los ojos pensativos de Blaise Meredith.

—La Gruta del Fauno… Allí le enterraron, ¿verdad?

—Sí. Allí le enterraron —dijo Aldo Meyer.

CAPÍTULO XI

Mientras Blaise Meredith y Aldo Meyer conversaban bajo la higuera, Anne Louise de Sanctis entrevistaba a Nina Sanduzzi en el salón recargado de adornos de la villa.

Se había levantado tarde aunque de mejor humor que de costumbre, y cuando la doncella le dijo que Nina y el niño la aguardaban, tardó un poco más en desayunar y en arreglarse. Charló diez minutos con Nicholas Black, que se hallaba en el jardín con su caja de pinturas; dio una ojeada a las cuentas domésticas y al menú de la cena, se acomodó en el salón y envió a un sirviente en busca de Nina Sanduzzi.

Ahora estaban solas mientras Paolo restregaba los pies en el camino del jardín, observando a los jardineros que recorrían de un extremo al otro los cuadros de flores y el vuelo perezoso de una mariposa amarilla entre los arbustos.

La condesa ocupaba una silla de alto respaldo. Recién salida del *toilette*, su aspecto era ligeramente triunfante, con las manos en la falda y los ojos penetrantes fijos en el rostro inexpresivo de la aldeana que se mantenía de pie frente a ella, cubierta por el polvo del camino, calzando zuecos en sus pies desnudos, pero erguida y altiva como un árbol que se prepara a resistir el viento.

—Comprenderás —dijo Anne Louise de Sanctis— que ésta es una gran oportunidad para el niño. —La tuteó familiarmente para marcar la distancia que la separaba de una sirvienta.

—Es trabajo —repuso tranquilamente Nina Sanduzzi—. Eso es bueno para el niño. Y si lo hace bien, es bueno también para usted.

—¿Qué le parece a él? ¿Le alegra venir?

—¿Quién puede saber lo que siente un niño? Él está aquí, listo para hacer lo que le digan.

—No hemos hablado del salario.

Nina Sanduzzi hizo un gesto de indiferencia.

—Dijo el *dottore* que usted le pagaría lo que acostumbra.

Anne Louise de Sanctis sonrió con benevolencia.

—Haremos algo mejor. Me dice el señor Black que el chico es inteligente y tiene buenas disposiciones. Le pagaremos un salario de hombre.

—Por un trabajo de hombre, conforme. Mientras sea trabajo de hombre.

La respuesta tenía doble filo, pero como la condesa conocía mal el dialecto, no comprendió su alcance.

Prosiguió, pues, condescendiente y alegre:

—Si el chico trabaja bien y promete, podemos hacer mucho por él, educarlo, ayudarlo a que haga carrera. Quizás enviarlo a Roma.

Nina Sanduzzi asintió pensativa, pero mantuvo sus ojos velados e inexpresivos como los de un pájaro. Con sencillez, dijo:

—Su padre era un hombre culto. Me repetía que primero hay que educar el

corazón y después la cabeza.

—Por supuesto —repuso la condesa con forzada vivacidad—. ¡Su padre! Giacomo Nerone fue tu amante, ¿verdad?

—Fue el hombre que yo amé —dijo Nina Sanduzzi—. Él me amó y amó al niño.

—Es extraño que no se casara contigo.

Ni un destello de emoción asomó a aquellos ojos estólidos y al rostro sereno. La frase quedó suspendida en el silencio. Anne Louise de Sanctis se enfureció. Hubiera querido golpear a la mujer y ver las marcas de sus dedos acusadas en rojo contra su tez morena. Pero no podía permitirse ese placer porque estaba obligada a ser diplomática y a usar sonrisas y disimulo. Continuó, pues, animadamente:

—El niño se alojará aquí, por supuesto. Estará cómodo y bien alimentado. Puedes tenerlo en tu casa los domingos.

—He hablado con el Monseñor de Roma —dijo Nina Sanduzzi con calma—. Le he pedido que hable con el niño y le ayude, Paolo está en los años difíciles.

—No deberías haber molestado a Monseñor Meredith —dijo ásperamente la condesa—. Está enfermo y ocupado en asuntos importantes.

—Está ocupado en mi Giacomo, *signora*. ¿Y qué puede ser más importante que su hijo? Además, el Monseñor dijo que le gustaría ayudarlo.

—Puedes irte —dijo la condesa—. Deja aquí al chico y el jardinero le enseñará lo que ha de hacer.

Nina Sanduzzi no hizo ademán de retirarse. En vez de ello se inclinó y recogió la bolsa de paja que siempre llevaba consigo. Buscó en su interior y sacó un paquetito cuidadosamente envuelto en papel que ofreció a la condesa.

—¿Qué es esto?

—Mi hijo va a entrar en su casa. No debe llegar con las manos vacías. Es un obsequio.

La gracia sencilla del gesto perturbó a la condesa. Desconcertada, tomó el paquete y dijo:

—Gracias. ¿Puedo preguntarte lo que es?

—Somos pobres —dijo Nina Sanduzzi—. Damos de nuestro corazón, no de nuestra riqueza. Un día Giacomo puede ser *beato*, y entonces esto será precioso para usted. Es un trozo de la ropa que tenía cuando le mataron. Tiene su sangre. Quiero que lo reciba, de su hijo.

Anne Louise de Sanctis no respondió; con el rostro exangüe y los labios agitados en un murmullo inaudible se quedó mirando el paquete como hipnotizada. Transcurrido un tiempo largo levantó la vista, pero Nina se había marchado y sólo vio rayos de sol que iluminaban oblicuamente partículas de polvo, y un retazo de césped verde por el que caminaba un niño al lado de un jardinero, un niño que podría haber sido hijo suyo.

Aldo Meyer y Monseñor Blaise Meredith se habían levantado de la mesa y juntos iban y venían por el camino de lajas que atravesaba el jardín a lo ancho. Alternativamente pasaban de la luz a la sombra y sus zapatos producían en las piedras un sonido seco.

—Hasta ese momento —dijo Meredith con su manera precisa y legalista—, ¿qué tenemos? Un fugitivo, un hombre enamorado, un individuo que asume la jefatura y la responsabilidad en la aldea que le ha brindado refugio. Su pasado es un misterio. Su futuro es dudoso, a su propio juicio. Su presente es… lo que usted me ha contado. No tenemos indicios ni de sus creencias religiosas ni de su actitud moral. Aparentemente, vive en pecado. Sus actos, buenos en sí mismos, no tienen valor espiritual. Ahora… —dio un puntapié a un guijarro y observó cómo saltaba hacia la tosca muralla de piedra—, ahora, de acuerdo con mis registros, llega a una crisis, a un momento de conversión, en el cual o como resultado del cual, se aleja de esta mujer y se entrega a Dios. ¿Qué sabe usted de eso?

—Menos de lo que debiera —dijo resueltamente Meyer—. Mucho menos que Nina, con quien hablará usted esta tarde. Se lo diré por si sirve de algo…

… El invierno fue más duro de lo que podían imaginar. La nieve cayó en cegadoras ventiscas desde los altos picachos del oeste. Se amontonó en las zanjas que bordeaban los caminos y en las depresiones, borró las huellas en las montañas, quebró las ramas de los olivos y se acumuló contra las puertas de las casas. Se congeló, y los vientos soplaron el polvillo de la superficie, dejando al descubierto aristas de hielo que parecían olas en un mar blanco y muerto. Después hubo calma y de nuevo tormentas de nieve, de modo que sobre la dura costra inferior se depositó una capa blanda.

Los ejércitos que combatían en el Sur excavaron trincheras y esperaron el deshielo. La congelación mató o mutiló a muchos hombres de las patrullas que vegetaban por las montañas. Los rezagados y los desertores golpeaban por las noches en las puertas trancadas y, si no les abrían, morían en la nieve antes que amaneciera.

Dentro de las casas, las familias se apretujaban para tener calor en los grandes catres de bronce, levantándose sólo para evacuar o para buscar alimento y pasar café, porque el acopio de carbón tenía que economizarse, los pisos de tierra estaban congelados, y el viento pugnaba por atravesar los resquicios de las puertas y las ventanas desvencijadas, defendidas con barro y diarios viejos. Los ancianos tosían y se quejaban de dolores reumáticos en las articulaciones; los jóvenes se agitaban con las mejillas encendidas, las gargantas inflamadas y los pechos congestionados y, cuando alguno moría como les sucedió a muchos, le sacaban a la nieve y le enterraban en ella hasta el deshielo, porque, ¿quién iba a fabricar ataúdes en ese

tiempo cruel y quién habría podido abrir un hoyo en el Campo Santo cuando la tierra estaba dura como el granito?

Vivieron como animales en el sueño invernal; cada camada era una isla en un mar de nieve; los cuerpos sacaban calor unos de otros, familiarizados con el hedor de cada cual; mordían a ciegas el pan común, pensando si podrían resistir y si alguna vez volvería la primavera.

Cuando alguien golpeaba a la puerta se hacían los sordos. ¿Quiénes, sino ladrones o locos o muertos de hambre, se atreverían a salir con ese tiempo? Si persistían los golpes, maldecían en coro, hasta que cesaban y oían el chasquido de pasos que se alejaban sobre la nieve congelada. Sólo reconocían un golpe y contestaban a una voz, la de Giacomo Nerone.

Todos los días y todo el día éste se multiplicaba, visitando casa por casa, con la barba crecida, las botas envueltas en trozos de sacos, el cuerpo oculto bajo innumerables capas de ropa buena para espantapájaros, y la cabeza forrada con un gorro fabricado con una media de Nina. Pero siempre sonreía. Cargaba en la espalda un viejo morral militar, lleno de raciones, y sus bolsillos estaban repletos de tabletas de aspirina, una botella de aceite de hígado de bacalao y diversos artículos médicos.

Se quedaba en cada casa mientras le necesitaban, pero no más. Controlaba las provisiones, examinaba a los enfermos, les recetaba cuanto podía, preparaba caldo para los incapacitados, limpiaba las suciedades acumuladas y seguía su camino. Pero, antes de partir, siempre disponía de cinco minutos para transmitir noticias y saludos, y de dos más para bromear y dejarlos riendo mientras él salía fatigosamente a la desolación exterior. Si Meyer era necesario, volvía con él. Si el trance era de muerte, procuraba llevar sacerdote, aunque esto era más incierto porque el padre Anselmo estaba viejo, no soportaba el frío y se resistía a salir, y el párroco joven de Gemello Maggiore tenía a menudo ocupado su tiempo con sus feligreses.

La última visita de Nerone cada día era siempre para Meyer. Bebían un vasito de *grappa*, cambiaban notas y Giacomo se iba, cerro abajo, a la choza de Nina.

Al principio estaba alegre; el reto a su fuerza y a su vitalidad le exaltaba. Después, cuando diciembre se cambió en enero y el tiempo no mejoró, comenzó a ponerse nervioso y a preocuparse, como un hombre que duerme poco y piensa demasiado. Meyer le insistía en que descansara, que se quedara un par de días en la casa con Nina, pero rehusaba en seco y después parecía esforzarse aún más.

Por fin, una tarde terrible en que de nuevo sopló el viento llegó a la cabaña de Meyer, dejó caer el morral al suelo, se bebió la *grappa* de un trago y dijo bruscamente:

—¡Meyer! ¡Tengo que hablarle!

—Siempre lo hace —le repuso Meyer—. ¿En qué se diferencia esta noche de otras?

Nerone hizo caso omiso de la ironía y continuó:

—¿Nunca le he dicho por qué vine?

—Ése es asunto suyo. No tiene por qué decírmelo.

—Me gustaría decírselo ahora.

—¿Por qué?

—Siento necesidad.

—Es un buen motivo —comentó Meyer sonriendo.

—Dígame, Meyer… ¿usted cree en Dios?

—Me educaron para que creyera en Él —dijo Meyer con cierta reserva—, pero mis amigos los *fascisti* han hecho lo posible para persuadirme de lo contrario. Digamos que estoy libre de prejuicios al respecto. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque puede considerar tonto lo que voy a decirle.

—Un hombre tiene derecho a decir tonterías cuando lo necesita.

—Muy bien. Haga lo que le parezca con lo que yo le diga. Soy inglés, usted lo sabe. Soy oficial, usted lo ignoraba.

—Lo había adivinado.

—También soy desertor.

—¿Qué comentario espera? —preguntó irónicamente Meyer—. ¿Cuánto le desprecio?

—No diga nada, por amor de Dios. Limítese a escuchar. Yo estaba en el destacamento de avanzada para el asalto a Messina. Era el último punto de la resistencia en Sicilia. Para nosotros no era nada. Ustedes estaban derrotados. Los alemanes se retiraban a toda prisa. Era una simple operación de limpieza. Mi compañía tuvo que desalojar un kilómetro cuadrado de viviendas miserables que conducían a los malecones. Un par de tiradores, dos ametralladoras apostadas… nada. Encontramos una calle ciega, con las ventanas frente a nosotros y un tirador en la más alta. Nos mantuvo a raya diez minutos en la boca de la calle. Pensamos que lo habíamos alcanzado y avanzamos. Al llegar a la casa, seguí la rutina acostumbrada, intimándolo a rendirse. Sonó otro disparo, esta vez desde la ventana más baja. Alcanzó a uno de mis hombres. Lancé una granada por la ventana, esperé el estallido y luego entré. Encontré al tirador, un anciano pescador, una mujer y un niño de pecho. Todos muertos. El niño había recibido el grueso de la descarga.

—Gajes de la guerra —dijo fríamente Meyer—. Es el elemento humano. No tiene nada que ver con Dios.

—Lo sé —dijo Giacomo Nerone—. Pero yo era el elemento humano. ¿Entiende?

—Sí, entiendo. Ya había cumplido con lo que le habían pagado para que lo hiciera. Quedaba dispensado del resto. Su guerra había terminado. ¿Es eso?

—Más o menos.

—Se fugó. Pero ¿dónde esperaba llegar?

—No lo sabía.

—¿Por qué vino aquí?

—Tampoco lo sé. Llámelo casualidad si quiere.

—¿Cree usted en Dios, Nerone?

—Creía. Luego, por largo tiempo, dejé de creer.

—¿Y ahora?

—¡No me apure, hombre! ¡Déjeme hablar poco a poco!

Meyer hizo un gesto de impotencia y vació una medida extravagante de *grappa* en el vaso de Nerone. Como éste protestara, le dijo con socarronería:

—*In vino veritas*[15]. Bébaselo.

Nerone sostuvo el vaso entre sus manos temblorosas y bebió con avidez; en seguida se enjugó los labios agrietados con el dorso de la mano. Dijo con melancolía:

—Cuando encontré a Nina, ella fue un refugio. Cuando nos enamoramos, fue más: una especie de absolución. Cuando quedó embarazada, sentí como si yo estuviera deshaciendo lo que había hecho: remplazando con una vida nueva la que había destruido. Cuando comenzamos a preocuparnos de esta gente, fue la reparación que yo podía ofrecer al viejo pescador y a la mujer muerta. Pero no era suficiente… No es suficiente todavía.

—Nunca lo es —dijo Aldo Meyer—. Pero ¿qué tiene que ver Dios con todo esto?

—Si no tiene que ver, todo es una locura monstruosa. La muerte no significa nada, la reparación menos aún. Somos hormigas en la carcasa del mundo, salidas de la nada, encaminándonos afanosamente a ninguna parte. Uno de nosotros muere y los otros se echan encima para devorar sus restos. Todo este valle podría congelarse hasta morir y no significaría nada, absolutamente nada… Pero si hay Dios… todo tiene una importancia enorme… cada vida, cada muerte…

—¿Y la reparación?

—No significa nada —dijo sombríamente Nerone—. A menos que uno se entregue como parte de ella.

—Usted está en aguas profundas, amigo —dijo Meyer suavemente.

—Lo sé —repuso Nerone con voz apagada—. Estoy muy próximo a ahogarme.

Apoyó la cabeza en las manos y hundió los dedos en sus cabellos. Meyer se sentó en el borde de la mesa y le dijo en tono liviano:

—Déjeme darle un consejo, amigo, un consejo médico. Usted se está agotando de fatiga y desnutrición. Nunca se ha sentido seguro de haber procedido bien o mal desertando de la guerra, y como está cansado, ha comenzado a preocuparse de ello. Ha hecho aquí un buen trabajo para todos nosotros y lo sigue haciendo. Ahora, súbitamente, se preocupa de Dios. Si me perdona lo que voy a decir, la mitad del falso misticismo que hay en el mundo proviene de malas digestiones, de exceso de trabajo, de falta de sueño o de insatisfacción sexual. Si sigue el consejo de un médico, quédese en casa y juegue por unos días con Nina a la luna de miel. Atribúyanse una ración diaria extra y organicen una fiesta íntima para los dos.

Nerone levantó la vista y su rostro moreno y mal afeitado se relajó en una sonrisa.

—¿Sabe, Meyer? Ahí es donde ustedes los liberales se equivocan. Es por eso que en el siglo XX no hay lugar para ustedes. Acerca de Dios sólo caben dos cosas: confesarlo como los católicos o negarlo como los comunistas. Ustedes quieren

reducirlo a un dolor de barriga o a un acceso de fiebre o a una especulación consoladora que acompaña al café y a los cigarros. Usted es judío. Debería estar mejor informado.

—¿Y qué es usted? —preguntó Meyer molesto.

—Yo fui católico.

—Ahí está su error —dijo Meyer perentoriamente—. Usted podría ser un buen comunista, pero nunca será un buen liberal. En el fondo usted es un absolutista. La religión es para usted como una pulga en el oído y la llevará hasta el día en que muera. Pero mi receta sigue en pie.

—Lo pensaré, doctor. Tengo que meditarlo con mucho cuidado…

… Meredith se detuvo un momento a la sombra de la higuera, desmenuzando distraídamente una de las hojas gruesas y resistentes y sintiendo en los dedos la savia blanca y pegajosa. Después de un rato, dijo:

—Éste es el primer destello que descubro de lo que se busca en la historia de un caso: la entrada de Dios en los cálculos de un hombre, el comienzo de la aceptación de las consecuencias de la fe, el principio de una relación personal entre el Creador y la Creatura. Si este tema continúa…

—Se repite… —repuso lentamente Meyer—. Pero hay lagunas en mi historia. Tendrá que llenarlas con otros testigos, como Nina Sanduzzi.

—Si existieran escritos —dijo Meredith pensativo—, serían una ayuda inmensa. Se podría seguir una actitud personal que explicaría las relaciones externas.

—Hay escritos, Monseñor. Yo los tengo. Meredith le miró con sorpresa.

—¿Son muchos?

—Un gran fajo. No lo he abierto aún. Nina me los dio.

—¿Puedo verlos?

—Si no le importa esperar un poco… —dijo Meyer turbado—. Yo no los he leído todavía. Les tengo miedo, un miedo muy parecido al suyo para pedir un milagro. En ellos puedo encontrar la respuesta a muchas preguntas que me persiguen hace tiempo. Hasta ahora no he estado seguro de desear la respuesta. Quisiera leerlos esta tarde mientras usted conversa con Nina. Mañana se los entregaré, con el resto de mi declaración. ¿Se satisface con eso?

—Por cierto. Tómese más tiempo si quiere.

—Es suficiente —le dijo sonriendo Meyer—. Usted es un buen confesor, Meredith. Estoy contento de haber hablado con usted.

Un placer muy hondo asomó a los ojos de Meredith.

—No sabe cuánto me alegra oírlo —dijo.

Meyer le miró dubitativo.

—¿Por qué, Monseñor?

—Creo que, por primera vez en la vida, me estoy acercando a las personas. Me

aterra pensar cuánto tiempo he perdido… y cuán poco me queda.

—Después —dijo Meyer sobriamente—, usted estará cerca de Dios.

—Eso es lo que más me aterra —replicó Blaise Meredith.

En un rincón perdido de la villa, Paolo Sanduzzi trabajaba cortando un olivo caído, para hacer leña. El jardinero jefe, un hombre taciturno, moreno y nudoso como un árbol, le había dejado allí advirtiéndole ásperamente que mantuviera las manos fuera de los bolsillos y sudara la grasa sobrante para que, a la caída del sol, el árbol estuviera cortado y en ristras.

Se alegraba de estar solo. El lugar era nuevo y extraño. Ése era su primer trabajo de hombre y tenía las manos torpes e inexpertas. Ser objeto de burla habría sido doloroso, y necesitaba tiempo para aprender el ritmo de la herramienta y los modismos de esa vida entre los *signori*.

Se quitó la camisa porque el sol quemaba, y después de cortar con un hacha las varillas, tomó la tierra para atacar las ramas más grandes. La madera estaba seca y era bastante fácil de cortar, pero, en su ansiedad, la sierra se le atascaba y se doblaba hasta que, poco a poco, fue adquiriendo maña, los dientes mordieron bien y el aserrín se desparramó a sus pies sobre las hojas. Le gustaba el sonido, el dolor y el sudor salobre que le corría por la cara hasta las comisuras de la boca.

Habría sido agradable tener con él a Rosetta para que le hablara y admirara su destreza, pero ella empezaría a trabajar al día siguiente y estaría en la cocina con la cocinera, o limpiando la casa con las otras doncellas. Dormiría en los cuartos de las mujeres, compartiendo la cama con otra muchacha, mientras que él tendría su cuarto propio, su cubil contiguo al cobertizo de las herramientas, con un jergón de paja, una silla y una caja, y sobre ésta una vela. Pero se encontrarían durante las comidas, pasarían juntos los domingos, y quizás, a la hora de la siesta pudieran robarse algún rato. Él se sentiría mejor cuando ella llegara; menos palurdo y menos intimidado por la condesa, a quien no había visto, y por el inglés, a quien había visto demasiado.

Ahora que compartía su secreto con el doctor, ahora que sabía más sobre su padre, se sentía más seguro, más dueño de sí. Ser bastardo no era ya un misterio aterrador, y parecía que la atracción del inglés no era, después de todo, una cosa tan extraña.

No parecía imposible descubrir algún modo de realizar lo que más ambicionaba: sacudir de sus sandalias el polvo de la aldea e ir a Roma, donde vivían el Papa y el presidente y las calles estaban llenas de fuentes, donde todos poseían automóviles, y las jóvenes usaban zapatos y trajes elegantes y todas las casas tenían grifos y, a veces, hasta baño y retrete.

El pintor le había descrito a menudo esas maravillas, y su magia mantenía para él toda su fuerza. El primer paso estaba dado. El pueblo había quedado atrás y se encontraba en el mundo verde y cerrado de la villa. Roma estaba mucho más cerca,

mucho más accesible.

Pensando en Roma, recordó, naturalmente, a Nicholas Black, con sus ojos burlones y su sonrisa torcida que a veces le hacía sentirse hombre y a veces niño, que prometía toda clase de revelaciones sin decir una palabra. La impresión fue tan viva que al crujir detrás de él una rama, se volvió, asustado, temiendo ver al inglés.

En cambio, apareció la condesa, brillante como una mariposa con su nuevo vestido primaveral y un gran sombrero rojo de paja que le protegía el rostro del sol.

Sin saber qué hacer ni qué decir, se quedó con la boca abierta y los brazos colgando, mientras el sudor le corría por la cara y el pecho sin atreverse a enjugárselo. Ella le sonrió y también sonrieron sus ojos.

—¿Te asusté, Paolo?

—Un poco —murmuró el niño, avergonzado.

La condesa se acercó y vio la leña cortada.

—Veo que has trabajado mucho. Está bien, Paolo. Nunca te arrepentirás de no ser perezoso.

Su sonrisa le dio confianza y cuando ella hizo a un lado sus faldas para sentarse en el tronco tumbado del olivo, Paolo, con espontáneo impulso, tendió su camisa sobre la corteza áspera.

—El árbol está sucio, *signora*. Se le estropeará el vestido.

—¡Encantador muchacho! —murmuró Anne Louise de Sanctis—. Eso mismo habría hecho tu padre. ¿Sabes que le conocí?

—¿Él también trabajó para usted, signora?

—¡No! —repuso ella con alegre carcajada—. Tu padre fue amigo mío. Solía visitarme. ¡Él era un señor, un gran señor!

Lo acometió una súbita vergüenza de estar como sirviente donde su padre había sido huésped. Pero antes de que pudiera contestar, la condesa continuó:

—Por eso te traje. En recuerdo de tu padre. Mr. Black me ha dicho que eres inteligente y aprendes con rapidez. Si es verdad, podemos hacer de ti un caballero como tu padre.

Él observó que no mencionaba a su madre y de nuevo se avergonzó de ella, con su áspero dialecto, sus ropas toscas y sus pies desnudos y cubiertos de polvo. Rápidamente dijo:

—Eso me gustaría, *signora*. Le prometo trabajar bien —y envalentonado por la sonrisa aprobadora de la condesa, agregó—. Yo no sé mucho sobre mi padre. ¿Cómo era?

—Era inglés —dijo la condesa—. Como yo, como el *signor* Black y el Monseñor de Roma.

—¡Inglés! —Paolo pareció dudar de su propia voz—. Eso significa que yo también soy medio inglés.

—Así es, Paolo. ¿Tu madre no te lo había dicho nunca?

Él movió la cabeza negativamente.

—¿Nunca te ha dicho que te pareces a él?

—Algunas veces, pero muy pocas.

—Ése es otro motivo por el que quiero que te portes bien aquí. Yo me preocuparé de que vayas al colegio en Valenta, que aprendas a leer, a escribir, a hablar correctamente y a vestirte con ropa adecuada. Después, quién sabe si hasta puedes ser amigo mío… ¿Te gustaría?

—¿Y podría ir a Roma?

—Por supuesto —ella le sonrió—. Lo deseas mucho, ¿verdad?

—¡Muchísimo, *signora*!

—El *signor* Black podría llevarte de visita. —La condesa continuaba sonriendo, pero en sus ojos había una advertencia extraña.

Sin darse plena cuenta del sentido, Paolo dijo rápidamente:

—Preferiría ir con usted.

Estiró los brazos en un gesto de súplica y ella le tomó las manos, atrayéndolo de manera que quedó a sus pies entre arrodillado y en cuclillas. El perfume que emanaba de ella le envolvía y podía ver cómo se alzaban y bajaban sus senos bajo la tela delgada del vestido. Ella le rodeó la cara con sus manos y se la levantó, diciéndole suavemente:

—Antes de hacerlo, Paolo, tengo que confiar en ti. Tienes que aprender a guardar secretos, a no chismorrear con la gente de la aldea, ni siquiera con el Monseñor o el *signor* Black.

—Lo haré, *signora*. Se lo prometo.

—Entonces lo pensaremos, Paolo. Pero ni una palabra sobre esto, ni siquiera a tu madre.

—Ni una palabra.

Las manos de la condesa eran suaves, sus mejillas perfumadas, y él tuvo la sensación rara de que ella deseaba inclinarse para besarlo, pero en el mismo momento se oyó detrás un ruido de pasos y la voz dulce de Nicholas Black que decía:

—¡*Cara*! Ha perdido el pudor. El chico no ha cambiado los dientes y ya quiere seducirlo.

—¡Bueno está usted para hablar de seducción, Nicki!

Hablaron en inglés y Paolo no los comprendió, pero al mirar el rostro de sátiro del pintor y la faz sonrojada de ira de la condesa, se sintió atrapado como una rata en un rincón cuando hay dos gatos listos para echársele encima.

Poco después del mediodía, Blaise Meredith volvió a la villa para lavarse y descansar un rato antes del almuerzo. No estaba descontento de su visita de la mañana. Meyer era un buen testigo y sus recuerdos eran vívidos aunque desapasionados. Por primera vez, desde que iniciara su cometido, Meredith enfocaba a Giacomo Nerone como un hombre y no como una leyenda.

Habría preferido almorzar con Meyer, para seguir conversando sobre el siguiente período crítico en la vida de Nerone. Pero Meyer no lo había invitado, y Meredith comprendió que el doctor necesitaba tiempo para recuperarse y soledad para leer los escritos del muerto.

Tendido en la cama y sintiendo el dolor de estómago ya familiar, pensó cómo tendría que comportarse durante el almuerzo con la condesa y Nicholas Black. Ahora ya sabía que la condesa era una embustera y conspiraba con el pintor. Su posición le resultaba muy desagradable. Como huésped de la casa estaba limitado por la discreción y la cortesía. Como sacerdote, no podía participar, ni aun con el silencio, en la corrupción de un niño.

En su calidad de Abogado del Diablo había acudido en busca de testimonios y necesitaba la cooperación de sus testigos.

De nuevo, como le había sucedido en casa del padre Anselmo, el asunto de Giacomo Nerone se desvaneció hasta perder toda importancia. Había almas en juego, y si el sacerdocio tenía algún significado, éste era el cuidado de ellas. El razonamiento era sencillo, pero compleja su realización, porque nada se resolvía esgrimiendo los mandamientos sobre las cabezas como una porra. No tenía sentido amenazar con la condenación a un hombre que se encaminaba al infierno por sus propios pies. Había que pedir la Gracia de Dios y después sondear como un buen psicólogo hasta encontrar el temor que pudiera condicionarlo para el arrepentimiento o el amor que le atrajera a éste. Hasta entonces era preciso esperar el sitio y el momento propicios, y a pesar de todo se podía fracasar. Cuando el cuerpo está enfermo y la mente preocupada, la dificultad se duplica.

Llegada la hora de almorzar, se levantó, se peinó, se puso una sotana liviana y bajó a la terraza. Nicholas Black estaba solo, sentado a la mesa bajo el toldo a rayas. Saludó a Meredith con un gesto de la mano y le dijo:

—La condesa me ha pedido que la excuse. Tiene jaqueca. Almorzará en su habitación. Espera vernos durante la cena.

Meredith hizo una leve inclinación y se sentó. Inmediatamente el mozo le tendió la servilleta y sirvió vino y agua helada en las copas.

—¿Ha sido buena mañana? —preguntó Nicholas Black.

—Muy buena. Muy informativa. El doctor Meyer es un testigo excelente.

—Tiene mucho talento. Me sorprende que no se haya forjado una situación mejor.

Meredith dejó pasar la sugerencia. No quería discutir mientras comía el *antipasto*. Black atacó su plato, sorbió el vino y ambos guardaron silencio por un rato. El pintor volvió a preguntar:

—¿Cómo está su salud, Monseñor?

—No muy bien. El diagnóstico de Meyer es peor de lo que yo creía. Dice que es cuestión de tres meses.

—¿Tiene muchos dolores?

—Bastantes.

—Será difícil que concluya el caso en sólo tres meses —dijo el pintor.

Meredith sonrió con tristeza.

—Temo que no. Afortunadamente a la Iglesia no le gusta apurar estas cosas. Un siglo o dos no tienen importancia.

—Pero mi impresión es que usted está ansioso por dejarlo terminado.

—Dispongo de testigos —dijo fríamente Meredith—. Algunos cooperan. Cuantas más declaraciones pueda reunir ahora, mejor será para todos. Además… —se limpió una miga de la comisura de su boca pálida—, cuando el plazo está fijado, uno descubre súbitamente su brevedad. «Llega la noche cuando ningún hombre puede trabajar».

—¿Le teme a la muerte, Monseñor?

—¿Quién no le teme?

Black comentó en tono sarcástico:

—Por lo menos usted es sincero. Muchos de sus colegas no lo son.

—Muchos no han tenido que encararse con la realidad —replicó Meredith con aspereza—. ¿Usted, sí?

Black se rió y bebió un trago largo de vino; en seguida se echó atrás en la silla mientras el mozo cambiaba los platos. Burlonamente se excusó:

—Hablaba en broma, monseñor. Le ruego que me perdone.

Meredith dedicó su atención al pescado sin decir nada. Momentos más tarde, Paolo Sanduzzi salió de entre los arbustos y atravesó el césped en dirección a la cocina. El pintor le siguió con la mirada y Meredith observó de soslayo a Black. Cuando el niño desapareció por la esquina de la casa, el pintor se volvió hacia la mesa y dijo con indiferencia:

—Es un chico encantador. Un David clásico. Es una lástima que se pierda en un pueblo como éste. Me sorprende que la Iglesia no haga nada por él. No es propio que el hijo de un beato persiga a las mozas y tenga encuentros desagradables como cualquier otro muchacho. ¿No lo piensa así?

El descaro del hombre colmó la medida de Meredith. Dejó ruidosamente el cuchillo y el tenedor y dijo en tono frío y preciso:

—Si el niño se corrompe, *Mr*. Black, usted será el responsable. ¿Por qué no se marcha y le deja en paz?

El pintor lanzó una carcajada que tomó por sorpresa a Meredith.

—Meyer tiene que haber sido un testigo muy bueno, Monseñor. ¿Qué más le dijo de mí?

—¿No basta con eso? —preguntó Meredith sin alterarse—. Usted está haciendo algo detestable. Sus vicios privados son una cuestión que debe quedar entre usted y el Todopoderoso. Pero cuando se propone corromper a ese niño, comete un crimen contra la naturaleza…

No bien habían salido las palabras de su boca, Black le detuvo bruscamente:

—Usted ya me ha juzgado, Meredith. ¿No es así? Ha recogido cada brizna de los

sucios chismes de la aldea y me ha condenado antes de escuchar una palabra de mi defensa.

Meredith se sonrojó. La acusación se acercaba demasiado a la verdad. Con mansedumbre, dijo:

—Si lo he juzgado erróneamente, *Mr*. Black, lo deploro. Yo sería dichoso si usted pudiera negar estos… rumores.

El pintor sonrió con amargura.

—¿Pretende que me defienda? ¡Que el diablo me lleve si lo hago! Nos encontraremos, en cambio, en su propio terreno. Supongamos que soy lo que todos dicen: un anormal, un corruptor de la juventud. ¿Qué me ofrece la Iglesia a modo de fe, esperanza o caridad? —Señaló al sacerdote con su índice acusador—. Entendámonos, Meredith. Usted puede alardear ante sus penitentes y cautivar a un auditorio dominical, ¡pero a mí no puede engañarme! Yo he sido católico y conozco toda la falsa rutina. ¿Sabe por qué abandoné la Iglesia? Porque tiene todas las respuestas menos la que uno necesita… Usted dice que estoy cometiendo un pecado contra la naturaleza porque cree que amo a ese niño y me propongo conquistarlo. Examinemos eso. Si puede darme una respuesta satisfactoria, le prometo que haré mis maletas y me iré de aquí en el primer medio de transporte disponible. ¿Convenido?

—No puedo entrar en tratos con usted… —dijo Meredith secamente—. Le escucharé y procuraré contestarle. Eso es todo.

Nicholas Black se rió con amargura.

—Ya se está escabullendo. Usted lo ve. Pero de todos modos, acepto. Conozco toda su argumentación acerca del uso y mal uso del cuerpo. Dios lo formó en primer término para procrear hijos y después para el comercio del amor entre el hombre y la mujer. Ése es el fin. Todos los actos deben conformarse al fin y lo demás es pecado. De acuerdo con la naturaleza, pecado es un acto que excede del instinto natural… como dormir con una niña antes de casarse con ella, o desear a la mujer de otro hombre… Desear a un niño, en la misma forma, es un pecado contra la naturaleza… —rió sarcásticamente al ver el rostro pálido y atento del sacerdote—. ¿Le sorprendo, Meredith? A mí también me llenaron de filosofía tomista. Pero hay algo turbio, y eso es lo que quiero que aclare. ¿Qué hacer con mi naturaleza? Yo nací como soy. Fui gemelo. Si usted hubiera conocido a mi hermano habría visto al macho perfecto, al macho en exceso, si quiere. ¿Y yo? No era muy claro lo que yo iba a ser. Pero pronto lo supe. En mi naturaleza estaba que me atrajeran más los hombres que las mujeres. Yo no fui seducido en la sala de baños ni chantajeado en el bar. Eso es lo que soy. No puedo cambiarme. Yo no pedí nacer. No pedí nacer así… Dios sabe cuánto he sufrido con ello. Pero ¿quién me hizo? Según usted, ¡fue Dios! Lo que necesito y lo que hago concuerda con la naturaleza que Él me dio…

En el dramatismo del argumento su actitud había cambiado de un insulto sarcástico a una súplica de comprensión. Él no se daba cuenta, pero Meredith, que le

observaba, se avergonzó de nuevo de su torpeza. Ahí estaba el sitio y el momento, pero otra vez, según parecía, los había aprovechado mal por su falta de prudencia y simpatía. El pintor se precipitó y sus palabras amargas se atropellaron:

—… ¡Mírese usted mismo! Usted es sacerdote. Demasiado sabe que si yo pretendiera seducir a una muchacha en vez de al joven Paolo, su punto de vista sería completamente distinto. Lo desaprobaría, ¡por cierto! Me propinaría una plática sobre la fornicación y todo el resto. Pero no se sentiría muy desgraciado. Yo sería normal… ¡de acuerdo con la naturaleza! Pero yo no soy así. Dios no me hizo así. ¿Y necesito menos el amor? ¿Necesito menos la satisfacción? ¿Tengo menos derecho a vivir contento porque al Todopoderoso le resbaló un engranaje en algún punto de su creación…? ¿Qué me dice a eso, Meredith? ¿Cuál es su respuesta para mí? ¿Hacerme un nudo y jugar badminton mientras me convierten en ángel en el cielo, donde ya no se necesitan esas cosas…? ¡Yo me siento solo! ¡Necesito amor como cualquier otro hombre! ¡Mi clase de amor! ¿Tengo que vivir hasta el fin de mis días en una celda aislada? Usted es la Iglesia y la Iglesia tiene todas las respuestas. ¡Déme ésa!

Se interrumpió y aguardó, y su silencio fue más desafiante para Meredith que el torrente de su invectiva. Meredith contempló el pequeño caos de migas en su plato y escogió palabras para formular su respuesta. Trató de orar por esa alma que se le mostraba al desnudo, pero su oración, como su argumento, le parecieron extrañamente áridos e impotentes. Transcurrido un momento, dijo con gravedad:

—Usted me dice que ha sido católico. Aun cuando no lo hubiera sido comprendería las palabras y lo que ellas significan. Para su problema y para muchos otros, no hay respuesta que no involucre un misterio y un acto de fe. No puedo decirle por qué Dios le hizo del modo que usted es, como tampoco puedo decirle por qué puso en mi estómago un carcinoma que me hará morir dolorosamente mientras otros hombres mueren tranquilos en el sueño. Los engranajes de la creación parecen resbalar siempre. Nacen criaturas con dos cabezas, madres de familia se trasforman y atacan con cuchillos afilados, mueren hombres por la peste, el hambre o el rayo. ¿Por qué? Sólo Dios lo sabe.

—Si hay Dios.

—Sí, lo hay —dijo Meredith con voz queda—. Porque si no hay Dios, el universo es un caos que no tiene significado. Se vive en él cuanto se puede, de la forma más agradable y sacándole el mejor provecho. Usted tomaría a su Paolo y disfrutaría de él, siempre que se lo permitieran la policía y las costumbres sociales. No puedo discutírselo. Pero si hay Dios, y yo creo que sí, entonces…

—No me diga el resto, Monseñor —dijo el pintor amargamente—. Lo sé de memoria. Aunque la creación sea un embrollo sangriento, hay que aceptarla de buen talante, porque es una cruz que Dios nos ha puesto en la espalda. Si uno la soporta lo suficiente, le hacen de uno santo como a Giacomo Nerone. Ésa no es una respuesta, Meredith.

Echó hacia atrás la silla, se levantó de la mesa y sin agregar palabra entró en la

casa. Blaise Meredith se secó en la servilleta las manos sudorosas y bebió un trago largo de vino para humedecer sus labios secos. Le sorprendió encontrarlo súbitamente amargo, como vinagre en un cáliz.

CAPÍTULO XII

Esa misma tarde, en la choza oculta entre acebos, Nina Sanduzzi conversó con el monseñor de Roma. Se sentaron en lados opuestos de la mesa, entre la puerta abierta y la gran cama de bronce donde había dormido Giacomo Nerone y nacido su hijo. Después del resplandor deslumbrante del exterior, el cuarto estaba fresco y sombrío, y hasta el parloteo de las cigarras se oía como una sinfonía monótona.

El descenso del cerro fatigó a Meredith; tenía el rostro gris y los labios exangües, y un nudo doloroso le oprimía el estómago. Nina Sanduzzi le miró con cierta compasión. Eran escasos los sacerdotes que había tratado y los que conocía, como el padre Anselmo, no le inspiraban respeto. Pero éste era diferente; éste manifestaría comprensión y delicadeza. No invadiría violentamente la intimidad de su pasado con Giacomo. No obstante, se mantenía reservada, y cuando él empezó a interrogarla, sus respuestas fueron breves y sin comentarios. Meredith por su parte, mantuvo una escrupulosa delicadeza.

—Quiero que comprenda primero una cosa: estoy obligado a hacerle preguntas. Algunas pueden parecerle extrañas y hasta brutales. Se las haré no porque piense mal de Giacomo Nerone, sino porque tenemos que tratar de conocer todo, lo bueno y lo malo, sobre este hombre. ¿Me entiende, *signora*?

Ella asintió con calma:

—Es mejor que me llame por mi nombre: Nina. El doctor lo hace y usted es su amigo.

—Gracias. Ahora, Nina, estoy informado de que poco después de la llegada de Giacomo a Gemello ustedes vivieron juntos.

—Nos queríamos —dijo Nina Sanduzzi—. No es lo mismo.

Meredith, el legalista, sonrió, cuando en otra ocasión habría fruncido el entrecejo. Continuó:

—Usted es católica, Nina. Giacomo también lo era. ¿No pensó que eso era un pecado contra Dios?

—Cuando se está sola, monseñor, cuando el miedo está al lado, detrás de la puerta, y llega el invierno y es posible que no se viva el día de mañana, no se piensa nada más que en eso y el pecado se olvida.

—Pero no se le puede olvidar completamente —replicó Meredith.

—Completamente, no. Pero cuando esas cosas suceden tan a menudo, hasta con sacerdotes, no parecen tan malas.

Meredith asintió con un gesto. Una semana antes habría comprendido menos y dicho más. Ahora sabía que el corazón tiene razones profundas que los predicadores ignoran. Volvió a interrogar:

—Sus relaciones con este hombre, sus relaciones físicas, ¿fueron normales? ¿Alguna vez le pidió él algo que no se deba hacer entre un hombre y una mujer?

Ella le miró desconcertada. Después levantó la cabeza con altivez.

—Nos amábamos, monseñor. Hicimos lo que hacen los amantes y fuimos felices juntos. ¿Qué más cabía?

—Nada —dijo Meredith apresuradamente—. Pero si se amaban tanto, ¿por qué no se casaron? Iban a tener un hijo. ¿No le debían algo al niño? ¿Qué pensaba Giacomo?

Por primera vez desde que la conocía, vio que una sonrisa alegraba sus labios y sus ojos. Fue como un eco de la antigua Nina, de la que había deseado estar en brazos de un hombre y se atrevía a enfrentarse con el verdugo para conseguirlo. Ella le dijo en dialecto rudo y pintoresco:

—Todos ustedes preguntan lo mismo, como si fuera algo grande e importante en vez de ser una verruga en un melón verde. No entienden cómo eran las cosas en ese tiempo. Sólo el presente era seguro. Mañana podía llegar la policía, o los alemanes, o los ingleses. Todos podíamos morir de tifus o de malaria. Un anillo en el dedo no significaba nada. Yo tenía uno, pero eso no quería decir nada.

—¿Giacomo se negó a casarse con usted?

—Nunca se lo pedí. Más de una vez me dijo que si yo lo deseaba, nos casaríamos.

—¿Y usted no quiso?

De nuevo asomó a sus ojos el antiguo fuego y en las comisuras de su boca tembló la orgullosa sonrisa griega.

—Todavía no lo entiende, Monseñor. Yo tuve marido. Quise retenerlo, pero el ejército se lo llevó para que le mataran. Ahora tenía un hombre. Si él quería marcharse, se marcharía sin que un anillo pudiera sujetarlo. Si se le llevaba la policía o los soldados, también lo habría perdido. El matrimonio podía llegar después, eso no tenía importancia. Además, Giacomo hablaba a menudo de otra cosa…

—¿Cuál?

—Se le había metido en la cabeza que un día, muy pronto, le sucedería algo. Era desertor y si los ingleses ganaban la guerra le apresarían. Los *fascisti* continuaban activos todavía y podían atraparlo. O los alemanes. Si eso pasaba, yo no sabría nunca si estaba vivo o muerto. Él quería que yo estuviera libre para casarme otra vez. Libre para renegar de él a fin de que no nos castigaran a mí y al niño.

—¿A usted le importaba eso, Nina?

—A mí, no, pero a él, sí. Si él era feliz pensando de ese modo, yo también lo era. Nada más importaba. ¿Usted no ha amado nunca, monseñor?

—Temo que nunca. —Los labios delgados de Meredith se contrajeron con melancólica sonrisa—. Tendrá que ser paciente conmigo… Dígame, cuando vivían juntos, ¿qué clase de hombre era Giacomo? ¿Era bueno con usted?

Fue fantástico observar cómo volvían sus recuerdos en oleadas y cómo todo su cuerpo revivía como una flor bajo la lluvia. Hasta su voz tenía una especie de esplendor.

—¿Qué clase de hombre? ¿Cómo quiere que responda a eso, Monseñor? Todo lo que una mujer quiere él lo tenía. En la cama era fuerte y al mismo tiempo tierno

como una criatura. Podía enojarse hasta hacer temblar con su silencio, pero nunca levantaba la mano ni la voz. Cuando yo le servía, me mostraba su gratitud como si yo hubiera sido una princesa. Cuando yo tenía miedo, me hacía reír, y si él reía era como cuando sale el sol por la mañana. No temía a nadie ni a nada, excepto que algo me lastimara…

—No obstante —dijo Meredith con brutalidad calculada— la abandonó durante su embarazo y no volvió a vivir con usted.

—Vivimos amándonos y nos separamos amándonos, y nunca después pasó un día en que yo no le amara…

… El invierno se extinguió con largas alternativas de tempestades y calmas heladas. En el pueblo y en las montañas hubo muchos enfermos. Algunos murieron y otros sanaron, pero lentamente, por la humedad y la inmundicia de las chozas cerradas, y porque el alimento se hacía cada vez más escaso.

En una ocasión hubo una epidemia con erupciones en la piel, dolor de ojos y fiebre. Nina se contagió. Recordaba que el doctor y Giacomo estuvieron hablando, muy serios en un rincón, sobre algo que llamaron *rubella*[16]. Pero ella mejoró pronto y no pensó más en el asunto.

Hasta en Giacomo Nerone se notaba el agotamiento producido por el frío prolongado. La carne se iba consumiendo en su gran esqueleto, sus mejillas negruzcas por la barba se deprimían, y los ojos hundidos le ardían cuando volvía extenuado después de un día en los cerros.

Nina, atacada por náuseas constantes y por el cansancio que suele aquejar a las mujeres al comienzo del embarazo, se rebelaba contra la monotonía de la alimentación y llegó a perder el deseo del acto del amor que antes le produjera un deleite tan intenso y tan franco. Esas dos cosas la perturbaban. Un hombre es hombre y exige de su mujer que le aquiete y le satisfaga, sin preocuparse de lo que ella sienta. Pero Giacomo era distinto de los hombres de la aldea. Cuando ella estaba enferma la trataba con suavidad. Preparaba él mismo comidas apetitosas, y si ella no estaba dispuesta para el amor, no la obligaba. Y en las noches largas en que rugía la tempestad, la distraía con relatos de pueblos extraños y de ciudades amontonadas como bloques casi hasta el cielo.

Sus atenciones acrecentaban el amor de Nina, porque ella sabía que él tenía problemas propios que le desvelaban por la noche y le preocupaban durante el día. A veces los comentaba con ella, buscando en el dialecto la frase que expresara su idea. En esto, él también se distinguía de los aldeanos, que pedían consejo en la taberna y no a sus mujeres, considerando que una mujer sólo sabe de la casa, la cama y los aspectos más sencillos de la religión. Pero Giacomo hablaba sin reservas, de modo que ella se sentía fuerte y sabia con él.

—Escucha, Nina, tú sabes lo que a veces pasa, un hombre hace algo y su mujer le

odia porque no le comprende.

—Lo sé, *caro mio*, pero yo te comprendo. ¿Qué te preocupa?

—Haga lo que haga, ¿me seguirás queriendo?

—Siempre.

—Escúchame entonces, Nina, sin interrumpirme, porque es duro lo que te voy a decir. Cuando yo haya terminado me dirás si lo has comprendido. Llevo mucho tiempo viviendo como un hombre perdido. He sido como el calabrés que se detiene en medio de Roma y pregunta a todos: «¿Quién soy? ¿De dónde vine? ¿Adónde voy?». Por supuesto, nadie le contesta porque nadie le entiende… Y aunque le entendieran, él no comprendería porque no conoce el lenguaje de Roma. Yo no fui siempre así.

Hubo una época en que yo era como tú. Sabía que venía de Dios y que por fin volvería a Él, que podía hablarle en la Iglesia y recibirlo en la Comunión. Yo podía proceder mal y ser perdonado. Podía extraviarme un poco y volver al camino recto… Y, de pronto, desapareció el camino. Estaba oscuro y se oían voces que me gritaban: ¡por ese lado!, ¡por aquél! Seguí las voces y la oscuridad se hizo mayor y escuché otras voces. Pero no encontré el camino. Me perdí. No había Dios, ni Iglesia, ni lugar donde ir al final. Yo era como tu calabrés: gritaba en una ciudad de extraños. Cuando me sucedió lo de Messina, no pude hacer como los demás y decir: ¡es la guerra!, ¡es el precio de la paz! Lo olvidaré y seguiré combatiendo por mis convicciones. No, yo no creía en nada, ni en la guerra, ni en la paz. ¡En nada, absolutamente! Sólo veía a un niño, a una mujer y a un anciano a los que yo había matado sin razón válida… Entonces huí y, de pronto, sin saber cómo ni por qué, me encontré contigo, de nuevo en mi hogar. Pero no es igual. Yo he cambiado. La oscuridad se ha ido pero hay niebla, como en el valle a la primera luz grisácea de la mañana. Te veo y te conozco y te amo, porque tú estás cerca y también me amas. Pero fuera de la puerta siguen la niebla y la extrañeza. Hasta las personas son diferentes. Me miran con ojos interrogadores. Sin que yo sepa por qué, me consideran un gran hombre. Confían en mí. Yo soy tu calabrés que ha estado en una ciudad grande y la ha visto entera; que conoce al Papa y al presidente y sabe cómo se deben hacer las cosas. Soy un hombre de confianza. Debería enorgullecerme por esto, pero no puedo, porque sigo caminando por la niebla, siempre inseguro de dónde vine, adónde voy y qué debo hacer… ¿Me entiendes, Nina, o estoy hablando como un loco?

—Me estás hablando con amor, *caro mio*, y mi corazón te comprende.

—¿Entenderás lo que voy a pedirte?

—Cuando me tienes así abrazada y siento el amor en tus manos y en tu voz, no hay nada difícil.

—Me cuesta decírtelo… Cuando llegue la primavera y la vida sea más fácil, quiero dejarte, alejarme por un tiempo.

—¡No, *caro mio*!

—No digo del valle, sino de esta casa.

—Pero ¿por qué, *caro mio*?, ¿por qué?

—Hay dos razones y la primera es personal. Quiero encontrar un sitio pequeño y secreto, construirlo, si es necesario, con mis manos. Quiero vivir ahí, solo con este Dios cuyo rostro no puedo ver.

Quiero decirle: «Mírame. Estoy perdido. La culpa es mía, pero estoy perdido. Si estás ahí, háblame claramente. Muéstrame quién soy, de dónde vine y adónde voy. Este pueblo tuyo que te conoce, ¿por qué se vuelve a mí y no a Ti para que le ayudes? ¿Llevo una marca en la frente que no puedo leer? Si la tengo, dime lo que significa…». He de hacer esto, *cara*.

—¿Y qué será de mí y de tu hijo?

—Yo estaré allí siempre. Te veré a menudo y si Dios me habla, yo le hablaré de ti, porque si Él sabe las cosas, sabe que te amo.

—¿Y a pesar de eso te irás?

—En eso hay amor, Nina; más amor del que tú conoces. Y también hay una gran razón. Cuando llegue la primavera los ejércitos se movilizarán. Primero llegarán los alemanes y se combatirá al sur de este pueblo. Los guerrilleros se moverán contra los alemanes, y los Aliados terminarán por hacerlos retroceder.

»Algunos de estos hombres, o todos ellos, llegarán por turno a Gemello. Me descubrirán por lo que soy: Giacomo Nerone, el hombre de confianza, el gigante moreno. Si tengo suerte, me aceptarán como tal y podré ayudar a la gente. En caso contrario, uno u otro bando me apresará y posiblemente me matará.

—¡Dios! ¡No!

—Puede suceder, Nina. Es posible que sea esto lo que hay detrás de la niebla y que yo vea al mismo tiempo el rostro de Dios y el del verdugo. No lo sé. Pero pase lo que pase, cuando llegue la primavera tendremos que separarnos. Tú no puedes estar mezclada conmigo, por el niño. Si me atrapan, Meyer te protegerá. Si no, yo estaré aquí para cuidarte. Y, si todo sale bien, me casaré contigo y daré mi apellido al niño. Los dos me pertenecen, los quiero y no permitiré que sufran por mí ni que les hagan sufrir en la aldea.

—Sufriré de todas maneras cuando no estés aquí.

—Pero de otro modo, Nina. Habrá tanto odio, que no lo creerás posible. Yo lo he visto y es atroz.

—¡Abrázame, *caro mio*! Abrázame. Tengo miedo.

—Acuéstate en mi brazo, *carissima*, y escucha latir mi corazón. Yo soy también tu hombre de confianza, y puedes dormir tranquila.

—Ahora, quizá, pero ¿cuándo te hayas ido?

—Nunca me iré del todo, Nina mía. Nunca, hasta la eternidad…

… La sencillez bíblica de su relato era más conmovedora que toda retórica, y Blaise Meredith, el hombre seco de las Congregaciones, se sintió arrastrado por él como una

varilla en un torrente. Aun a través del áspero dialecto, el diálogo se había desarrollado como los versos de un poeta, mucho tiempo acariciados y rememorados, en boca de un amante. Detrás de ellos, el rostro de Giacomo Nerone iba tomando forma y plasmándose en realidad: un rostro delgado, moreno, doliente, de boca sensible y ojos profundos llenos de suavidad. El rostro de uno que busca, de uno de los que cargan con el peso de los misterios y que suele llegar a un estado de santidad.

Pero eso no bastaba a los abogados grises de la Congregación de Ritos, a los inquisidores del Santo Oficio. Necesitaban ver más y Blaise Meredith tenía que encontrarlo. Por eso, con más suavidad, pero no menos persistencia, volvió a interrogar a Nina Sanduzzi.

—¿Cuándo la dejó?

—Después del deshielo, al comenzar la primavera.

—¿Y hasta el tiempo de dejarla, dormía con usted, seguía unido a usted?

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada. Es una de las preguntas que hay que hacer.

Pero no le dijo lo que eso le probaba. El hombre seguía en la oscuridad; quizá buscaba, pero no había encontrado a Dios ni se había entregado a su voluntad. En él había amor, pero era sólo un símbolo esfumado del amor que es comienzo de la santidad.

—¿Qué sucedió cuando la dejó?

—Remontó la garganta del valle donde están las cavernas; se preparaba él mismo la comida y durante el día hacía lo mismo que en el invierno: recorrer el valle, trabajar por los que no podían hacerlo, cuidar a los enfermos, llevar alimento a los necesitados.

—¿Lo vio durante ese tiempo?

—Venía todos los días como me había prometido.

—¿Cambió?

—Conmigo, no. Salvo que era más suave y me cuidaba más.

—¿Tuvieron relaciones?

Ella sonrió con ligera compasión por su ignorancia eclesiástica.

—Yo estaba gorda con el niño, Monseñor. Me hallaba tranquila y contenta… y él no me lo pedía.

—¿Notó algún cambio en su persona?

—Sí. Adelgazó mucho. Los ojos se le hundieron y tenía la piel tirante sobre los huesos de la cara. Pero siempre sonreía y era mucho más feliz.

—¿Dijo por qué?

—Al principio, no. De pronto un día me tomó las manos y me dijo: «He vuelto a casa, Nina. Estoy en mi casa». Había ido a Gemello Maggiore a confesarse con el joven padre Mario y comulgaría el domingo. Me preguntó si yo iría a la iglesia ese día.

—¿Y fue usted? —No.

El sábado llegaron los alemanes e instalaron su cuartel general en la villa…

… Llegaron por la mañana temprano, cuando la aldea se restregaba todavía los ojos soñolientos. Pasó un automóvil blindado conducido por un sargento, llevando en el asiento de atrás a un capitán con aire preocupado. Seguían dos camiones con tropas y un cuarto vehículo cargado con balas y abastecimientos. Batieron el camino polvoriento con sus ruidosas máquinas, disminuyeron un poco la velocidad en la calle angosta del pueblo, con ruido de engranajes y maldiciones en lengua extraña, y treparon por el último cerro hasta la villa de la condesa de Sanctis.

Nina Sanduzzi los oyó llegar, pero no prestó mucha atención. Tenía sueño; estaba absorta en la contemplación remota de la mujer que por primera vez siente agitarse en ella otra vida. No despertó bien hasta que oyó rápidos golpes en su puerta y la voz de Aldo Meyer que le pedía que abriera.

Cuando él entró, le sorprendió verlo vestido de aquella forma, con gruesas botas, una chaqueta de cuero de oveja y un fardo a la espalda. Él le pidió comida, y mientras ella se apresuraba a prepararla, Meyer le habló en frases breves y rápidas, entre temerosas y exultantes.

—Cuando veas a Giacomo dile que partí. Los alemanes están aquí y no pasará mucho tiempo antes de que sepan que hay un judío en el valle. Si me atrapan, me enviarán al norte, a los campos de concentración. Me llevo mis instrumentos y unas medicinas, pero he dejado una cama.

—Pero ¿adónde va, *dottore*?

—Voy hacia el este por el interior de los cerros; a San Bernardino. Es un escondite de los guerrilleros, con quienes hace algún tiempo estoy en contacto. Su jefe se hace llamar *Il Lupo*[17]. Creo que vino del norte especialmente para esta tarea.

Tiene aspecto de hombre preparado. Cuenta con fusiles, balas y un buen sistema de comunicación. Si Giacomo me necesita, dile que recorra unos diez kilómetros por el camino de San Bernardino y en seguida doble en el sitio que llaman Roca de Satanás. Allí están los primeros centinelas de los guerrilleros. Tiene que trepar a la punta de la roca, sentarse y encender un cigarrillo, sacar después un pañuelo y atárselo al cuello. Alguien saldrá a su encuentro. ¿Lo has entendido? Es importante. Si lo olvidas pueden matarlo.

—No lo olvidaré. Ella le preparó café y le sirvió pan y queso; y mientras él comía le hizo un paquete que metió en el fardo. Sólo cuando vio la pistola y sintió las duras cápsulas de las balas comprendió lo que Giacomo le había dicho. La guerra venía hacia Gemello Minore y también el odio y la matanza.

Con la boca llena de pan y queso, Meyer le dijo:

—Traté de que Giacomo viniera conmigo trayéndote a ti también. Los alemanes no serán con él mucho más benévolos que conmigo. Puede ser fusilado como espía.

—¿Qué dijo Giacomo?

—Se rió y dijo que conocía mejor que yo a los alemanes. Espero que tenga razón. ¿A qué hora acostumbras verlo?

Ella hizo un gesto vago.

—Depende. A veces temprano, a veces tarde. Pero siempre viene.

Meyer la miró con expresión zumbona por encima de la copa.

—¿No te preocupa la separación, Nina?

—Soy feliz con Giacomo. Nunca he conocido otro hombre como él.

Meyer sonrió con acritud.

—Puede que tengas razón. ¿Sabes lo que hace en su choza?

—Reza. Piensa. Cultiva sus hortalizas… cuando no está trabajando para otros o recorriendo los cerros. ¿Por qué me lo pregunta?

—La noche pasada subí a buscarlo para hablarle de esto. Llamé, pero no tuve respuesta aunque su lámpara estaba encendida. Entré y le encontré arrodillado allí en medio con los brazos en cruz. Tenía cerrados los ojos, la cabeza inclinada hacia atrás y sus labios se movían. Le hablé y no me oyó. Le sacudí, pero tenía el cuerpo rígido. No pude moverlo. Después de un rato me fui.

Los negros ojos de Nina no manifestaron sorpresa. Asintió con la cabeza sin dar importancia al asunto:

—Me ha dicho que reza mucho.

—Pero no come mucho —comentó Meyer un tanto irritado.

—Eso también. Ha adelgazado bastante. Pero dice que la oración le da las fuerzas que necesita.

—Debería cuidarse más. Muchas personas dependen de él y ahora que están aquí los alemanes su responsabilidad será mayor. Este asunto de la oración está muy bien hasta cierto punto, pero hay muchos que se trastornan si rezan demasiado.

—¿Considera loco a Giacomo?

—No he dicho eso. Es extraño. Eso es todo.

—Puede ser porque no hay muchos hombres buenos. Hemos olvidado cómo son.

Meyer se rió y se enjugó los labios con el dorso de la mano.

—Puedes tener razón, Nina mía. —Se paró y se echó el fardo a la espalda—. Bien, tengo que ponerme en marcha. Gracias por tu desayuno y lo demás. Dile a Giacomo lo que te expliqué.

—Se lo diré. Él le puso las manos en los hombros y la besó en la boca. Ella no se resistió porque le tenía simpatía y porque él iba a enfrentarse con su propia guerra.

—Buena suerte, *dottore*.

—Buena suerte, Nina mía. Te lo mereces.

Ella se quedó en la puerta mirándolo bajar al valle. Pensó que nunca lo había visto tan joven y animado y se preguntó qué habría sucedido si Giacomo no hubiera venido a Gemello Minore.

Pero Giacomo estaba allí y su presencia le llenaba la vida, y cuando él llegó antes de almorzar, ella le abrazó desesperadamente, llorando contra su hombro. Él la

mantuvo abrazada hasta que se calmó; después la desprendió suavemente y escuchó con atención lo que ella le dijo sobre Aldo Meyer y su mensaje.

—Yo trataré de disuadirlo —repuso— Estos alemanes no significan nada. Es una patrulla y nada más. No molestarán mucho. Pero Meyer ha esperado tanto tiempo su propia guerra que no sabe en la que se ha metido.

—Es probable que le haga bien, *caro mio*. Le vi alejarse y marchaba feliz como un niño que sale a cazar.

Nerone movió gravemente la cabeza y se le nubló el rostro.

—Meyer no es hombre para esa compañía. He oído hablar de *Il Lupo* y puedo adivinar de dónde viene. Es un profesional y ha sido preparado en Rusia. Quiere algo más que una victoria. Quiere un estado comunista en Italia. Cuando echen fuera a los alemanes y entren los Aliados, pedirá el control de la administración civil. Y es probable que lo consiga por su actuación. Meyer se ha equivocado completamente. Cree que *Il Lupo* desea otro fusil. Lo que quiere es un hombre a quien pueda usar después. Me pregunto, ¿qué sucederá cuando Meyer lo descubra?

Se encogió de hombros y estiró las manos con las palmas hacia abajo contra la mesa:

—En todo caso, ya lo hizo. A nosotros nos queda nuestro propio trabajo aquí.

Ella puso sobre la mesa una gran fuente con pasta y se quedó de pie mirándolo comer y observando lo flaco que estaba y lo poco que saboreaba la condimentada salsa.

—¿Y qué vas a hacer, Giacomo?

—Lo mismo que ahora, salvo que tengo que incluir a los alemanes en mis cálculos. Fui a ver a la condesa hace un par de días.

Eso era algo que él no le había dicho y Nina sintió una punzada de celos. Temió verlo volver a un mundo que había dejado, a un mundo en que se había perdido y donde ella nunca le podría alcanzar. Pero nada dijo y esperó que le contara el resto.

—Le di a entender que soy inglés. No se lo dije, pero dejé que lo creyera, que soy un agente destacado aquí para prepararle el camino a los Aliados. Ella se alegró de verme. Se encuentra en una posición violenta. Le propuse que me nombrara mayordomo de su propiedad para poder hablar con el comandante alemán en términos de relativa igualdad. Me ha dado un cuarto en el departamento de servicio.

—¿Vivirás en la villa?

—Tengo allí una habitación. La ocuparé cuando sea necesario. Pero obtendré un pase del comandante que me dará libertad para entrar y salir. Voy a necesitarlo. La villa se ha convertido en un campamento armado.

—¡Bien por la condesa! —dijo ella con súbito encono—. Cada noche podrá tener un hombre diferente.

El rostro de Nerone se oscureció. Tomó a Nina de las manos y la atrajo suavemente.

—No digamos eso, *carissima*. Ella es una mujer extraña y solitaria, con un fuego

en la sangre que ningún hombre ha podido apagar. Eso es un tormento y no un motivo de burla. ¿Para qué señalarla con el dedo cuando nosotros tenemos tanto?

—Devora a los hombres, *caro mio*, y no quiero que te devore.

—Le dará indigestión si lo intenta —dijo Giacomo con una sonrisa.

Pero cuando él se hubo marchado persistió el miedo en ella y despertó varias veces durante la noche soñando que Giacomo la había dejado y estaba casado con la mujer de vientre plano y estéril, de boca contraída y ojos voraces que habitaba en la cumbre del cerro…

—… Tengo que preguntarle algo más —dijo Blaise Meredith, con su voz sin inflexiones—. Durante ese tiempo, ¿cumplió Giacomo sus deberes religiosos? ¿Oyó misa y recibió los Sacramentos?

Nina Sanduzzi hizo un gesto afirmativo.

—Siempre que podía, excepto cuando había enfermos en las montañas u hombres perdidos que ocultar de los alemanes. Venía aquí a misa todos los domingos y yo le veía, aunque habíamos convenido en no sentarnos juntos ni saludarnos, porque también asistían algunos alemanes. Parece que eran de una parte de Alemania donde hay muchos católicos. Cuando quería confesarse atravesaba el valle y lo hacía con el joven padre Mario.

—¿No con el padre Anselmo? Ella negó con la cabeza.

—El padre Anselmo no le quería. A veces cambiaron palabras airadas, porque el padre Anselmo se negó a salir a ver enfermos al anochecer.

—¿Qué decía Giacomo del padre Anselmo?

—Que había que compadecerlo y rogar por él, pero que los hombres que le habían enviado aquí serían duramente juzgados. Decía que *Gesù* construyó la Iglesia como una casa para que su familia viviera en ella, pero que algunos hombres, incluso sacerdotes, la usaban como mercado y taberna. Decía que comerciaban en ella y la llenaban de discusiones y gritos y hasta ensuciaban su piso como lo hacen los borrachos. Decía que si no fuera por el amor de *Gesù* y el cuidado del Espíritu Santo, la Iglesia se derrumbaría en una generación. Decía que lo que necesita toda casa es mucho amor y poca discusión. Y tenía razón.

—Sé que la tenía —dijo Meredith, y se asombró de que en su voz hubiera tanta vehemencia—. Dígame ahora, ¿qué sentía y decía Giacomo sobre los alemanes?

Por primera vez, la pregunta pareció desconcertarla. Pensó largo rato y luego dijo:

—De eso hablaba frecuentemente y a veces me costaba entenderle. Decía que los países son como los hombres y las mujeres y que la gente toma el carácter del territorio en que vive. Cada país tiene su pecado propio y su virtud especial. Los ingleses son sentimentales, pero duros y egoístas, porque viven en una isla y quieren conservarla para ellos como siempre lo han hecho. Son corteses. Tienen mucha justicia, pero poca caridad. Cuando pelean lo hacen con valor y tenacidad, pero

siempre olvidan que muchas de sus guerras han nacido de su propio egoísmo e indiferencia. Los norteamericanos son distintos. También son duros y sentimentales, pero son más sencillos que los ingleses, porque son jóvenes y más ricos. Les gusta poseer cosas, aun cuando muchas veces no saben cómo gozar de ellas. Como todos los jóvenes, se inclinan a la violencia. Es muy fácil engañarlos con voces sonoras y con demostraciones de magnificencia. Y a menudo se engañan porque les gusta el sonido de las palabras, aunque no comprenden su significado. Los alemanes son otra cosa. Son duros para el trabajo, amantes del orden y la eficiencia, y muy orgullosos. Pero tienen una tosquedad y una violencia que se libera con el licor, los grandes discursos y la necesidad de afirmar su importancia. Giacomo se reía y decía que les gusta sentir a Dios atronando en sus vientres cuando oyen música grandiosa…

—¿Eso era todo?

—No. A Giacomo le gustaba hablar así. Decía que hay que espumar la sopa para que no se avinagre. Pero siempre volvía a lo mismo: que fueran como fueran los pueblos y los países, tenían que vivir juntos como una familia. Así los hizo Dios, y si el hermano apuntaba un fusil contra su hermano, terminarían destruyéndose mutuamente. Había tiempos en que uno tenía que tragarse el orgullo y ceder, ser amable cuando lo que deseaba era escupir a otro en el ojo. Y así es como procuró vivir aquí con los alemanes.

—¿Lo consiguió?

—Creo que sí. Vivimos en paz. No fuimos despojados. Las muchachas podían ir a la fuente y volver a sus casas con seguridad. A veces hubo matanzas cuando los guerrilleros encontraban alguna patrulla alemana, pero eso sucedió siempre lejos de Gemello. Tocaban queda y nos encerrábamos en las casas por la noche. Si había peleas, Giacomo hablaba con el comandante y las cosas se arreglaban. Al cabo de un tiempo, los alemanes se fueron más al sur, y los guerrilleros los siguieron, como lobos que siguen a ovejas en los Abruzos[18].

—¿Y después?

—En mayo tuvimos noticias de que Roma había caído en poder de los Aliados, y a principios de junio nació Paolo… y nació ciego…

… Los primeros dolores los tuvo una mañana en que Giacomo se hallaba con ella. Eran leves e inciertos, pero Giacomo se preocupó tanto que insistió en llamar a Carla Carrese, la partera, y a Serafina Gambinelli y Linda Tesoriero. Llegaron corriendo y voceando porque él las urgía, pero cuando encontraron a Nina en pie y sin molestias, se pusieron en jarras y se burlaron de él. Nina también se rió, pero se sobrecogió ante la expresión airada que oscureció el rostro de Giacomo. Su voz también fue iracunda al decirles:

¡Todas ustedes son unas necias! Quédense con ella y no la dejen. Yo voy a buscar al doctor Meyer.

Le miraron cohibidas y hasta Nina se sorprendió, porque dar a luz es asunto de mujeres. Los doctores eran para los enfermos y ellas sabían que si todo marchaba bien, el parto sería un asunto sencillo aunque ruidoso, seguido de mucha alegría. Pero antes de que pudieran decírselo, Giacomo había partido y su silueta magra y ominosa remontaba la cuesta hacia el camino de San Bernardino.

Le preocupaba a Nina la gran distancia que debería recorrer, pero las mujeres le hicieron bromas, diciéndole que el niño llegaría antes de que él viniera, y que Giacomo y el doctor se embriagarían como lo hacen los buenos amigos cuando uno de ellos es padre de un robusto bambino.

Tenían razón a medias. Nació la criatura, la bañaron, la envolvieron y se la pusieron en los brazos una hora antes de que Giacomo llegara con Aldo Meyer. Pero ellos no actuaron como otros hombres después de un parto. Giacomo besó a Nina y la tuvo abrazada largo rato, y Aldo Meyer también la besó como lo haría un hermano. En seguida Giacomo le quitó al niño de los brazos, le llevó a la mesa y sostuvo la lámpara mientras Meyer le auscultaba el corazón, le examinaba los oídos y levantaba los párpados diminutos inclinándose más y más para no equivocarse.

La partera y las mujeres se agruparon alrededor de la cama, y Nina se enderezó en las almohadas preguntando atemorizada:

—¿Qué le pasa? ¿Qué buscan?

—Dígaselo —indicó Aldo Meyer a Giacomo.

—Es ciego, *cara* —dijo Giacomo—. Ha nacido con cataratas. Fue a consecuencia de la fiebre que tuviste; esa erupción que se llama *rubella*. Las mujeres que se contagian en el segundo o tercer mes tienen a veces hijos ciegos o sordos.

Pasó quizá medio minuto antes de que ella lo comprendiera. Después gritó como un animal y escondió la cara en la almohada mientras las mujeres se agrupaban a su alrededor como gallinas, cloqueando para consolarla. Giacomo se le acercó, le puso al niño en los brazos y trató de hablarle, pero ella escondió la cara, porque tenía vergüenza de haber dado un hijo anormal al hombre que tanto amaba.

Mucho después se fueron las mujeres y Giacomo volvió a su lado con Aldo Meyer. Ya estaba más tranquila y Meyer le habló con franqueza.

—Es triste, Nina, pero ha sucedido y, por ahora, no se puede remediar. Si las cosas fueran distintas, yo podría llevarlo al hospital en Valenta y después, quizás, a Nápoles para consultar a un especialista y descubrir lo que se puede hacer. Pero la guerra no ha terminado todavía. Se sigue combatiendo y los caminos están invadidos por los refugiados. Las unidades alemanas dispersas se retiran luchando y los guerrilleros las persiguen. Nápoles se bambolea y tú serías una aldeana más a quien nadie ayudaría. Buscan a Giacomo y yo estoy comprometido con mi banda montañesa. De modo que, por ahora, sólo cabe esperar. Cuando vuelva la paz, veremos lo que se puede hacer.

—¡Pero el niño es ciego! —fue todo lo que ella atinó a decir.

—Los lisiados necesitan mucho amor —dijo Aldo Meyer.

Giacomo Nerone guardó silencio, pero a Nina casi le estalló el corazón al ver la compasión que expresaban sus ojos. Meyer continuó hablándole con su modo suave, profesional, y le mostró las adherencias en los ojos del niño, para sacarla de su error. Giacomo sirvió vino para todos y empezó a preparar la comida. Los dos hombres se sentaron a la mesa y Nina, sosteniendo el cuenco en las rodillas, les hablaba desde la cama. El niño lloró y se lo acercó al pecho, y cuando el pequeño envoltorio ciego frotó la boquita contra ella, se puso a llorar en silencio.

Meyer se marchó antes de la medianoche para dormir en su casa, libre al fin de la amenaza del campo de concentración. Cuando Giacomo le acompañó a la puerta, Nina dormitaba, pero oyó que Giacomo decía en tono áspero.

—Usted es mi amigo, Meyer, y comprendo aunque desapruebo. Pero mantenga a *Il Lupo* lejos del pueblo. Manténgalo alejado de mí.

Y que Meyer replicaba brevemente:

—¡Esto es la Historia, hombre! ¡Ni usted ni yo podemos detenerla! Alguien tiene que iniciar la organización…

El resto se le escapó, porque ellos salieron a la noche clara. Unos minutos después Giacomo volvió y cerró la puerta. Dijo a Nina:

—No puedes estar sola esta noche, *cara*. Me quedaré contigo.

Todo su desencanto surgió en ella como una fuente y se abrazó a él sollozando como si el corazón fuera a rompérsele, y no estaba lejos de ser así.

Cuando se hubo calmado, Giacomo la acomodó en las almohadas, bajó la luz de la lámpara y ella, con los párpados entornados, le vio hacer algo extraño. Con toda naturalidad, él se arrodilló en el suelo de tierra, cerró los ojos y estiró los brazos como *Gesù* en la cruz, mientras sus labios se movían en silenciosa plegaria. Hubo un momento en que todo su cuerpo pareció ponerse rígido, como un árbol, y cuando ella le llamó, asustada, él no la oyó. Continuó observándolo hasta que la venció el cansancio y se quedó dormida.

Cuando despertó, la habitación estaba inundada de sol y el niño lloraba. Giacomo, que calentaba la cafetera para el desayuno, se le acercó, la besó, tomó al niño en brazos y le dijo gravemente:

—Tengo que decirte algo, Nina mía.

—Dímelo.

—Llamaremos Paolo al niño.

—Es hijo tuyo, Giacomo. Tú debes darle un nombre, pero ¿por qué Paolo?

—Porque Paolo, el apóstol, era extraño a Dios, y como yo, le encontró en el camino de Damasco. Porque, como este niño, Paolo quedó ciego pero volvió a ver, por misericordia de Dios.

Ella le miró con incredulidad.

—Pero el doctor dijo…

—Te lo digo yo, *cara*. —Su voz era profunda y resonante como una campana—. El niño verá. Las cataratas desaparecerán en tres semanas. Cuando llegue el momento

en que una criatura comienza a distinguir la luz, nuestro Paolo también verá. Tú le vas a poner la lámpara frente a los ojos y observarás que parpadea y trata de seguirla. Te lo prometo en nombre de Dios.

—No me digas eso para consolarme. ¡Sería atroz esperar para quedar defraudada! —La voz de Nina expresaba agonía, pero él se limitó a sonreír.

—No es una esperanza, Nina mía. Es una promesa. Cree en ella.

—Pero ¿cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar seguro?

Pero él sólo dijo:

—Cuando ocurra, Nina, haz que también sea una novedad para ti. No digas a nadie lo sucedido esta mañana. ¿Me lo prometes?

Ella accedió en silencio, pensando cómo podría soportar la espera y cómo ocultaría la duda que sentía.

Tres semanas después, en el día y hora fijados, sacó al niño de la cuna y le despertó. Abrió los ojos, claros y brillantes como los de su padre, y cuando ella le colocó frente a la luz, parpadeó. Le hizo sombra con la mano y los ojos miraron fijamente; retiró su mano y volvieron a parpadear.

El asombro de ese momento fue como una revelación. Quiso gritar, cantar, salir a la calle para decirles a todos que la promesa de Giacomo se había cumplido.

Pero Giacomo ya estaba muerto y enterrado. Los aldeanos volvían la cabeza avergonzados cuando ella pasaba. Hasta Aldo Meyer se había ido a Roma y ella creía que no regresaría más…

—… Ahora tengo que irme a casa —dijo Monseñor Meredith—. Es tarde y su relato me deja muchos motivos de meditación.

—¿No cree lo que le he dicho, Monseñor?

En sus ojos y en su voz había un sereno desafío. Él la miró largo rato y después dijo con curiosa determinación:

—Sí, Nina. Aún no sé lo que significa. Pero lo creo.

—¿Entonces vigilará al hijo de Giacomo y le mantendrá a salvo?

—Lo vigilaré. Pero mientras lo decía su conciencia le emplazaba: «¿cómo? En nombre de Dios, ¿cómo?».

CAPÍTULO XIII

Para el doctor Aldo Meyer llegó la noche tras una tarde de extraña calma. Inmediatamente después de almorzar se había sentado a leer los papeles de Giacomo Nerone. Los tomó con vacilación y temor, como si marcaran un momento de revelación o crisis. Pero cuando los abrió y ordenó, y cuando empezó a leer la atrevida letra cursiva, le pareció oír a Giacomo en persona con sus provocativas razones.

Tuvo momentos de vergüenza por sus propios fracasos, momentos de recuerdos dolorosos, de nostalgia por una relación que se había iniciado en conflicto, que a veces se había aproximado a la amistad para terminar pronto en tragedia. Pero los escritos no eran amargos, como no hubo amargura en Giacomo. Contenían pasajes de una sencillez pueril que conmovió a Meyer casi hasta las lágrimas, y frases de exaltación mística que le dejaron buscando a tientas, como a menudo lo hiciera Giacomo, la explicación de su propia bancarrota.

Pero encontró al final paz y certidumbre, que se le comunicaron a pesar de haber transcurrido tantos años. Y el último de los escritos —la carta dirigida a él— tenía una gran suavidad y una gracia singular de perdón. El resto de los papeles estaba escrito en inglés, pero la carta, en italiano, revelaba una delicadeza que no se podía olvidar ligeramente.

Mi querido Aldo:

Estoy en casa y es tarde. Nina se ha dormido por fin y el niño también duerme. Antes de partir mañana, dejaré a Nina esta carta, con mis otros papeles, y cuando todo haya pasado y se desvanezca el primer dolor, confío en que llegue a sus manos.

Usted y yo nos encontraremos mañana, pero como extraños, cada uno con una creencia y una práctica opuesta. Usted se sentará con mis jueces y firmará el certificado de mi muerte, cuando todo haya terminado.

No le culpo por esto. Cada uno de nosotros sólo puede caminar por la senda que ve bajo sus pies. Cada uno de nosotros está sujeto a las consecuencias de su propia fe, si bien espero que algún día usted creerá de otro modo. Si eso llega a suceder, sentirá odio por lo hecho, y puede tener la tentación de odiarse por la parte que le correspondió, tanto más cuanto que no habrá nadie a quien decirle que se arrepiente.

Por eso le digo ahora que yo no le odio. Usted ha sido mi amigo y un amigo para Nina y el niño. Confío en que los cuidará y se preocupará por ellos siempre. Sé que usted ha amado a Nina. Creo que todavía la ama. Y ésta será otra cruz sobre sus hombros, porque nunca estará seguro de si, al unirse a mi condena, le impulsó su ideología o los celos. Pero yo sé, y se lo digo ahora, que moriré considerándolo amigo mío.

Quiero pedirle un favor. Cuando reciba esta carta, ¿podría ir donde el padre

Anselmo y dónde Anne de Sanctis y decirles que no les tengo rencor por lo que han hecho y que, cuando llegue ante Dios, como espero, los recordaré?

Ahora,dottore mío, le dejo. No falta mucho para que amanezca y siento frío y miedo. Sé lo que va a suceder y mi carne se crispa de terror ante la idea. No me quedan fuerzas y tengo que orar un rato. Siempre he deseado la gracia de morir con dignidad, pero nunca, hasta ahora, había comprendido cuán difícil es.

Adiós, amigo mío. Que Dios nos guarde a los dos en el tiempo oscuro.

Giacomo Nerone

Cuando Meyer leyó por tercera vez la carta, se conmovió hasta las lágrimas, lo que muy raras veces le había sucedido, pero tras caminar un rato, reflexionar sobre ella y releerla otra vez, la caridad que emanaba de aquellas palabras reposó en él como una absolución. Aunque hubiera fracasado en todo lo demás —y sus fracasos estaban escritos con grandes letras en un calendario de quince años— no moriría sin amor ni perdón. Y ésa era la respuesta a la pregunta que tanto tiempo le había perseguido: por qué grandes hombres mueren y salen de la creación sin producir ni un oleaje de recuerdo, mientras la memoria de otros se conserva en el corazón de los humildes.

La idea le acompañó durante el crepúsculo y seguía tomando cuerpo cuando oyó un golpe en la puerta y al abrirla encontró a Blaise Meredith afuera.

El aspecto del sacerdote le impresionó. Tenía el rostro ceniciento, los labios blancos y la frente y el labio superior perlados de sudor. Le temblaban las manos y su voz era quebrada y opaca.

—Lamento molestarle, doctor. Pero ¿puedo descansar un rato en su casa?

—¡Por supuesto, hombre! ¡Entre, por Dios! ¿Qué le sucede?

Meredith sonrió débilmente.

—Nada. Vuelvo de casa de Nina, pero la bajada es larga para llegar al camino y me resultó excesiva. En un minuto estaré bien.

Meyer le hizo entrar, le obligó a recostarse en la cama y a continuación le sirvió una fuerte dosis de *grappa*.

—Beba. Es pésima, pero le reanimará.

El alcohol puro le provocó náuseas a Meredith, pero consiguió tragarlo y poco después empezó a sentir cómo el calor se difundía por su cuerpo y devolvía la fuerza a sus miembros. Meyer le contempló con ojos graves.

Usted me preocupa, Meredith. Esto no puede continuar. Estoy tentado de ponerme en comunicación con el Obispo y obligarle a hospitalizarse.

—Déme unos pocos días más, doctor. Después no me importaría tanto.

—Usted está muy enfermo. ¿Para qué se esfuerza de ese modo?

—Estaré muerto durante mucho tiempo. Más vale quemarse que enmohecerse.

Meyer hizo un gesto de impotencia.

—Se trata de su vida, Monseñor. Dígame, ¿cómo le fue con Nina?

—Muy bien. Estoy profundamente impresionado con lo que me dijo. Pero hay dos cuestiones que quisiera aclarar con usted, si no se opone.

—Pregúnteme lo que quiera, amigo. Ya he avanzado demasiado para retroceder.

—Gracias. Ésta es la primera. ¿Hubo aquí una epidemia de sarampión alemán en el invierno de 1943, y nació ciego Paolo Sanduzzi a consecuencia de ella?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo pasó antes de que usted volviera a ver al niño?

—Tres años. No, más, cerca de cuatro. Yo estuve en Roma.

—Cuando volvió, ¿el niño podía ver?

—Sí, las cataratas habían desaparecido.

—Hablando en términos médicos, ¿es eso extraño?

—Completamente anormal. No conozco ni de referencias otro caso semejante.

—¿Lo comentó con Nina Sanduzzi?

—Sí. Le pregunté cómo y cuándo había sucedido.

—¿Qué le dijo ella?

—Se encogió de hombros y repuso, como lo hacen los aldeanos…: «Pues sucedió». Nuestras relaciones no eran entonces tan buenas como ahora. Pero el caso me intrigó. Sigue intrigándome. ¿Por qué me lo pregunta, Monseñor?

—Nina me dijo que el día del nacimiento, después de que usted se hubo marchado, Giacomo pasó la noche orando y a la mañana siguiente le prometió que su hijo vería normalmente, como los demás niños, pasadas tres semanas. Según ella cuenta es lo que sucedió. Las cataratas desaparecieron. El chico distinguía la luz de la sombra, y después su vista se desarrolló lo mismo que en los demás niños. ¿Qué opinión se formaría usted de esto, doctor?

Meyer no respondió inmediatamente. Pareció absorberse en una idea nueva. Cuando habló, pareció que lo hacía consigo mismo.

—De modo que eso es lo que ella quiso decir cuando aseguró que Giacomo había hecho milagros y que ella los había visto.

—¿Cuándo lo dijo? —interrogó Meredith apresuradamente.

—Cuando discutimos la llegada de usted y yo traté de persuadirla de que le hablara.

—¿Y cree que ella ha dicho la verdad?

—Sí —repuso Meyer con expresión sombría—. Ha dicho la verdad. Nina no mentiría ni para salvar su vida.

—¿Y cuál sería su opinión médica?

—Yo diría a primera vista que eso no puede suceder.

—Pero sucedió. El niño sigue viendo hoy día.

Meyer le dirigió una larga mirada interrogativa; después movió la cabeza sonriendo.

—Sé lo que quiere que yo le diga, pero no puedo decirlo. No creo en los

milagros; sólo en hechos no explicados. Todo lo que puedo admitir es que esto no sucede normalmente. Podría ir más lejos y decir que nunca he oído hablar de otro caso como éste, que no conozco explicación médica alguna que se le aplique. Pero no estoy preparado a dar un salto en la oscuridad y afirmar que éste es un milagro realizado por intervención divina.

—No le pido que lo haga —aclaró de buen humor Meredith—. Le pregunto si puede explicarlo en términos médicos.

—Yo no. Es posible que otros puedan.

—Si lo hacen, ¿podrían explicar también el conocimiento previo de la curación que poseía Giacomo Nerone?

—La clarividencia es un fenómeno establecido, aunque no explicado. Pero a nadie se le puede pedir que emita un juicio sobre una información de segunda mano respecto de algo sucedido hace quince años.

—¿Pero admite la verdad de la información?

—Sí.

—¿Lo anotaría como no explicado y, posiblemente, como inexplicable en el estado actual de la ciencia médica?

—De mis conocimientos médicos —corrigió Meyer, sonriendo.

—¿Y usted haría su declaración en estos términos ante el tribunal del obispo?

—La haría.

—Eso es todo —dijo Meredith con suave ironía—. Así lo expresaré en mis notas.

—¿Cuál es su opinión, monseñor? —preguntó burlonamente Meyer.

—Estoy libre de prejuicios —repuso Meredith con su habitual precisión—. Yo procuraré, y lo mismo hará mi sucesor, probar por todos los medios posibles que éste no es un milagro, sino simplemente un raro fenómeno físico. Como sólo descansa en un testigo y en la declaración posterior de usted, es probable que terminemos por negarnos a aceptarlo como milagro, aunque de hecho puede serlo. En lo que usted y yo discrepamos, mi querido doctor, es en que usted rechaza la posibilidad de los milagros y yo la acepto. La argumentación es larga, pero me atrevo a decir que mi posición es más fácil de sostener que la suya.

—Usted habría sido un buen abogado, Monseñor —dijo Meyer, escabulléndose—. ¿Cuál es su pregunta siguiente?

Meredith se la hizo sin rodeos.

—¿Quién era *Il Lupo*? ¿Y por qué Nerone le dijo a usted que le mantuviera alejado del pueblo?

Meyer le miró, sorprendido.

—¿Quién le ha informado?

—Nina. Ella estaba medio dormida pero oyó que usted y Nerone conversaban en la puerta.

—¿Qué más oyó?

—Que usted dijo: «Es la Historia. Ni usted ni yo podemos detenerla. Alguien

tiene que iniciar la organización…».

—¿Eso fue todo?

—Sí. Pensé que podría decirme lo que significaba.

—Los significados eran muchos, monseñor… Sólo trataré de darle el que tenía para mí…

… El campamento estaba en una depresión de poca hondura en las cumbres del espinazo de los montes orientales. Milenios antes podía haber sido el cráter de un volcán. Tenía el borde dentado como una sierra, los faldeos exteriores eran áridos, con un pequeño lago interior donde se desaguaban y junto al cual crecían matorrales y una extensión de pasto duro como el alambre. Las carpas estaban ocultas por los arbustos, y las cabras y la vaca que habían tomado a los campesinos de la región pastaban tranquilamente dentro del recinto, mientras los observadores abarcaban la campiña, cobijados por los grandes dientes de la sierra.

Sólo había un camino de acceso, el sendero que partía de la Roca de Satanás, donde estaba apostado el primer centinela. Los vigilantes situados en el borde del cráter podían verlo todo el día, y si aquél admitía a un extraño, sus rifles le cubrían durante todo el trayecto. Cuando llegaba al borde le salían al encuentro y después de revisar al visitante, dos hombres le conducían, a través de los matorrales, a la tienda de *Il Lupo*, que era el jefe. Meyer recordaba su aspecto: era de baja estatura, rubio, de ojos claros, rostro ancho y boca sonriente. Su voz plácida hablaba a veces en *toscazo* y otras en el más áspero dialecto. Su ropaje era rudo, lo mismo que el de sus hombres, pero sus manos y sus dientes eran inmaculados y se rasuraba cuidadosamente todos los días. Hablaba poco de su pasado, pero Meyer coligió que había combatido en España, yendo después a Rusia y volviendo a Italia antes de que estallara la guerra. Había trabajado en Milán y en Turín y más tarde en Roma, aunque cómo o en qué no consiguió establecerlo. Confesaba ser hombre de partido, y discutía la política con autoridad y conocimiento.

El día en que Giacomo Nerone fue llevado desde la Roca de Satanás, Meyer se encontraba en la tienda de *Il Lupo* discutiendo una nueva operación de patrullaje. Los guardias le anunciaron, explicaron por qué le llevaban allí e *Il Lupo* le tendió la mano.

—¡De modo que usted es Nerone! Celebro conocerle. He oído hablar mucho de usted. Me gustaría que conversáramos.

Nerone contestó a su saludo pero objetó apresurado:

—¿Podemos dejarlo para otra ocasión? Mi mujer tiene dolores de parto. Quiero que el doctor la vea cuanto antes. Hay mucho que caminar.

—Tuvo *rubella* —explicó rápidamente Meyer—. Tememos complicaciones.

Una preocupación inmediata nubló los ojos claros de *Il Lupo*, quien chasqueó la lengua en clara señal de simpatía.

—Es lástima. Una gran lástima. Por eso ayudaría tanto tener un servicio médico estatal. Se puede cortar con inoculaciones al primer indicio de epidemia. Usted no tenía *serum*[19], Meyer, por supuesto.

—No. Sólo nos queda esperar y ver cómo se desarrolla el niño.

—¿Están las parteras con ella?

Nerone hizo un signo afirmativo.

—Entonces por lo menos está atendida. Diez minutos no influirán en pro ni en contra. Sirvámonos una taza de café y charlemos un rato.

—Descanse, Giacomo —dijo Meyer para darle ánimo—. Nina es fuerte como un buey. Recuperaremos tiempo al bajar el cerro.

—Muy bien.

Se sentaron en sillas con la lona desgarrada. *Il Lupo* ofreció cigarrillos y pidió a gritos café; tras corteses circunloquios, llegó a lo que pretendía.

—Meyer me ha hablado de usted, Nerone. Creo que es usted un oficial inglés.

—Sí.

—Y desertor.

—En efecto.

Il Lupo se encogió de hombros y lanzó una bocanada de humo hacia el techo de la lona.

—Para nosotros eso no tiene importancia, por supuesto. Los ejércitos capitalistas ya han cumplido su objetivo ganando la guerra. Nuestra tarea es establecer la paz que necesitamos. Su historia personal no es, pues, una desventaja. Por el contrario, hasta podría servirle… con nosotros.

Nerone permaneció tranquilo, sin contestar.

Il Lupo continuó con su voz suave y educada:

—Meyer también me ha informado sobre el trabajo que usted ha hecho en Gemello. La confianza que ha inspirado en el pueblo. Eso es excelente… como medida temporal.

—¿Por qué temporal? —preguntó Nerone.

Porque su propia posición es temporal y equívoca. Porque cuando termine la guerra, como debe suceder pronto, este país necesitará un gobierno unido y fuerte para dirigirlo y organizarlo.

—¿Eso significa un gobierno comunista?

—Sí. Somos los únicos que tenemos base de asentamiento y fuerza para ponerlo en práctica.

—También necesitan una carta constitucional, ¿no es verdad? Un mandato.

Il Lupo asintió amablemente.

La tenemos. Los ingleses han dejado entender claramente que cooperarán con quien les pueda ayudar a manejar el país. Nos han armado y nos han dado por lo menos un campo razonable para desarrollar operaciones militares. Por supuesto, los norteamericanos tienen otras ideas, pero les falta madurez política y podemos

prescindir de ellos por un tiempo. Ésa es la primera mitad del mandato. La segunda tenemos que conquistarla nosotros.

—¿Cómo?

—¿En qué forma se gana la confianza un partido cualquiera? Mostrando resultados. Estableciendo el orden en el caos. Librándose de los elementos disidentes y construyendo la unidad en la fuerza.

—Eso mismo trataron de hacer los fascistas —dijo Nerone sin acobardarse.

Su error fue edificar su dictadura en un hombre. La nuestra será una dictadura del proletariado.

—¿Y quiere que yo me una a ustedes con ese objeto?

—Como lo ha hecho Meyer —señaló tranquilamente *Il Lupo*—. Él es liberal por naturaleza, pero ha visto el fracaso del liberalismo. No bastan las promesas de trabajo, educación y prosperidad como recompensa de la cooperación. La gente no está hecha de ese modo. Es estúpida y egoísta por naturaleza. Necesita la disciplina de la fuerza y del miedo. Considere su propio caso, por ejemplo. Usted ha realizado un buen trabajo, pero ¿a qué ha conducido? Rondará con un cesto de huevos al brazo en el *rol* de Dama Benéfica hasta el día de su muerte… Y le dejarán hacer. ¿Qué futuro hay en eso?

Por primera vez desde que llegara Nerone, Meyer vio ceder en él la tensión. Su rostro delgado y moreno se abrió en una carcajada franca.

—No hay futuro alguno, lo sé.

—¿Para qué lo hace, entonces?

—El mundo es un sitio duro sin eso —replicó Nerone en tono ligero.

—De acuerdo —dijo *Il Lupo*—. Pero en el mundo que nosotros construiremos, no habrá necesidad de hacerlo.

—Eso es lo que me asusta —dijo Giacomo Nerone poniéndose de pie—. Creo que nos entendemos.

—Yo le entiendo muy bien a usted —dijo sin rencor *Il Lupo*—, pero no estoy seguro de que usted me entienda. Estamos ocupando los pueblos uno por uno y estableciendo nuestra propia administración. Gemello es el próximo en la lista. ¿Qué se propone hacer usted a este respecto?

Nerone sonrió, negando la proposición antes de enunciarla.

—Podría reunir a la gente y hacerles frente.

Il Lupo movió la cabeza.

—Usted es demasiado buen soldado para eso. Tenemos fusiles y balas y sabemos cómo usarlos. Podríamos terminar con ustedes en una tarde… ¿Qué provecho habría en ello?

—Ninguno —repuso Nerone sin alterarse—. Entonces correré por el pueblo la voz de que esperen sin violencias las primeras elecciones libres.

Los labios de *Il Lupo* se contrajeron con un esbozo de sonrisa.

Por entonces habrán olvidado ya los fusiles. Sólo recordarán el pan y la pasta y

las barras de chocolate norteamericano.

—¡Y los muchachos que usted ha fusilado en las zanjas! —La voz de Nerone resonó con súbita ira—. ¡Los viejos golpeados y las niñas con las cabezas rapadas! La nueva tiranía edificada sobre la antigua, la libertad dejada nuevamente en prenda por una ilusión de paz. Ahora se someterán porque están perdidos y atemorizados. ¡Más tarde se alzarán para juzgarlos a ustedes y lanzarlos fuera!

—Déle a un hombre trabajo para el día, con qué llenar la barriga y una mujer para la cama en la noche, y nunca se acordará del Día del juicio. —*Il Lupo* se incorporó. Su silueta delgada pareció crecer y llenar la tienda—. Otra cosa, Nerone…

—¿Qué?

—En Gemello no hay sitio para nosotros dos. Usted tendrá que salir.

Inesperadamente, Nerone echó atrás la cabeza y lanzó una carcajada.

—Usted quiere la carne sin mostaza. Quiere verme desacreditado y escabulléndome como un conejo, mientras usted llega como el Salvador de Italia. ¡Su avidez es excesiva, hombre!

—Si persiste —repuso *Il Lupo* con fría determinación—, tendré que matarlo.

—Lo sé —dijo Giacomo Nerone.

—Usted quiere ser mártir, ¿no es así?

—Eso sería locura y presunción —repuso Nerone con sencillez—. No deseo morir, como no lo desea ningún hombre. Pero me quedaré en la tierra que he labrado con mis manos, en el sitio donde he encontrado amor, esperanza y fe. Me niego a ser lanzado fuera para darle a usted una victoria barata.

—Muy bien —dijo *Il Lupo* sin resentimiento—. Ya conocemos el terreno que pisamos.

—¿Permite ahora que Meyer me acompañe?

—Por supuesto. Si espera fuera un segundo, terminaremos el asunto que tenemos pendiente.

Cuando Nerone salió de la carpa, *Il Lupo* dijo sin énfasis:

—Es un fanático. Tendrá que marcharse.

Meyer manifestó inquietud.

—Es un buen hombre. Hace mucho bien y ningún mal. ¿Por qué no dejarlo?

—Usted es blando, Meyer —dijo *II Lupo* animándose—. En diez días más nos apoderaremos de Gemello. Usted dispone de ese tiempo para hacerlo entrar en razón.

—Yo me lavo las manos —dijo brevemente Meyer.

II Lupo sonrió.

—Esa frase es de Pilatos, mi querido doctor. Los judíos tienen otra: «Es conveniente que muera un hombre por el pueblo…».

Y continuó sonriendo mientras Meyer se reunía con Giacomo Nerone…

… Blaise Meredith se tendió de espaldas en la cama, con el cuerpo laxo pero la mente

activa, escuchando la narración fría y clínica del doctor. Cuando Meyer se detuvo, le dijo:

—Voy a hacerle una pregunta personal, doctor. ¿Usted formó parte del Partido Comunista?

—Nunca firmé los registros. Pero eso no tenía importancia. No existían registros en las montañas. Lo que sí tenía importancia era que yo me había comprometido con *Il Lupo* y con lo que él representaba: la dictadura del proletariado, el orden impuesto por la fuerza.

—¿Puedo preguntarle por qué lo hizo?

—Es muy sencillo —y Meyer accionó con elocuencia—. Para mí era la consecuencia más natural. Yo había presenciado la ruina del liberalismo. Había visto los inconvenientes del clericalismo. Había sido víctima de la dictadura de un solo hombre. Comprendía la necesidad de igualdad, orden y redistribución del capital. También conocía la estupidez y terquedad de un pueblo deprimido. La respuesta de *Il Lupo* me parecía la única posible.

—¿Y su amenaza a Giacomo Nerone?

—También la consideré lógica.

—¿Pero usted estaba en desacuerdo con ella?

—Me disgustó. No estaba en desacuerdo.

—¿Conversó con Giacomo sobre ello?

—Sí.

—¿Y él que dijo?

—Para sorpresa mía, Monseñor, le dio la razón a *Il Lupo*. —El rostro de Meyer se ensombreció con el recuerdo—. Dijo muy claramente: «No se puede creer en algo y actuar de otro modo. *Il Lupo* tiene razón. Si se quiere construir un mecanismo político perfecto, hay que desechar las piezas que no trabajan. *Il Lupo* no cree en Dios y en el hombre sólo cree como entidad política, de modo que es enteramente lógico. Usted es ilógico, Meyer. Usted quiere desayunar una tortilla pero se resiste a romper los huevos».

—¿Tuvo usted alguna respuesta para eso?

—Temo que no muy buena. Nerone estaba demasiado cerca de la verdad. Pero le pregunté cómo podía armonizar el haber admitido que en su trabajo no había futuro con el hecho de estar dispuesto a morir por él.

—¿Y qué dijo?

—Me indicó que él también tenía su propia lógica. Creía que Dios era perfecto y que el hombre, desde la caída, era imperfecto, y que siempre habría desorden y mal e injusticia en el mundo. No era posible crear un sistema que destruyera estas cosas, porque el hombre que lo dirigiría también sería imperfecto. Lo único que dignificaba al hombre y lo retenía de destruirse a sí mismo era su condición de hijo de Dios y su hermandad en la familia humana. El servicio que prestaba Giacomo era una expresión de este parentesco. El conflicto entre *Il Lupo* y él era inevitable, porque sus creencias

respectivas eran opuestas y contradictorias.

—¿Y siendo *Il Lupo* quién poseía los fusiles tenía que matarlo?

—Eso es.

—¿Por qué no se alejó?

—También se lo propuse —dijo Meyer con expresión de cansancio—. Le sugerí que se fuera con Nina y el chico a otro sitio. Rehusó. Dijo que a Nina no le sucedería nada, y que él había dejado de huir hacía tiempo.

—¿De modo que se quedó en Gemello?

—Sí. Yo volví a las montañas. Regresé el día antes que *Il Lupo* entrara en el pueblo e instalara su administración. Iba a usar mi casa como cuartel general y yo tenía que acondicionarla. También me había dicho que hablara por última vez con Giacomo Nerone para tratar de hacerlo cambiar…

… Caía la tarde, con la tibieza de fines de primavera y el ruido de las primeras cigarras. Conversaron en el jardín bajo la higuera, con la sobriedad de un abogado y su cliente, sobre lo que sucedería cuando *Il Lupo* bajara de la montaña con sus hombres. No discutieron. Nerone se mantuvo firme en su negativa, y las palabras de Meyer fueron un relato sin relieve de lo inevitable.

—*Il Lupo* ha manifestado claramente lo que hará. Primero será usted desacreditado y en seguida ejecutado.

—¿Cómo se propone desacreditarme?

—Su llegada está fijada para la salida del sol. Usted será arrestado alrededor de las nueve y traído acá para celebrar un juicio sumario.

—¿Cuáles serán los cargos?

—Deserción de la causa de los Aliados y cooperación con los alemanes.

Nerone sonrió con ironía.

—No le costará demasiado probarlos. ¿Y después, qué?

—Usted será condenado y llevado inmediatamente para ser ejecutado en público.

—¿Cómo?

—Con pelotón de fusilamiento. El tribunal será militar. *Il Lupo* es cuidadoso de las formalidades.

—¿Y Nina y el niño?

—A ellos no les harán nada. *Il Lupo* lo dejó bien establecido. No le conviene despertar antipatías maltratando a una mujer y a un niño.

—Es inteligente. Yo le admiro.

—Me ha pedido le indique que dispone de casi dieciocho horas para irse, si quiere. Tengo suficiente dinero para que usted, Nina y el chico se mantengan durante dos meses. Estoy autorizado para dárselo contra su palabra de que no se encontrará en la región a la salida del sol.

—Me quedo. Nada me hará cambiar.

—Entonces no hay más qué decir.

—Nada más. Le agradezco su esfuerzo, Meyer. Hemos sido buenos amigos. Es algo que yo aprecio.

—Falta una cosa. Casi la olvido.

—¿Qué?

—¿Dónde estará usted a las nueve de la mañana?

—Le evitaré el trabajo a *Il Lupo*. Vendré aquí.

—Eso no sirve. Él quiere una detención pública.

—No puede tenerlo todo. Vendré aquí por mis propios pies a las nueve.

—Se lo diré.

—Gracias.

Después, como todas las palabras necesarias estaban dichas y ninguno de los dos sabía despedirse, recorrieron en silencio el camino de lajas bajo la higuera, hasta que Meyer dijo, turbado:

—Lamento que el final sea éste. Ha dejado de ser asunto mío, pero ¿qué hará usted ahora?

Nerone respondió con serenidad y franqueza:

—Bajaré al pueblo para que el padre Anselmo escuche mi última confesión. Pasaré por la cabaña a recoger algunas cosas y llevárselas a Nina. En seguida subiré a la villa y pediré a la condesa que tenga allí a Nina y al niño hasta que todo haya pasado. Ella es inglesa e *Il Lupo* es demasiado inteligente para enemistarse con los que le dan fusiles. Después… —Su rostro moreno y flaco se iluminó con una sonrisa —. Después rezaré. Tengo la suerte de contar con mucho tiempo para prepararme. No todos los hombres saben el sitio y la hora de su muerte. —Se detuvo y alargó la mano —. Adiós, Meyer. No se sienta demasiado culpable. Yo le recordaré en la eternidad.

—Adiós, Nerone. Cuidaré de Nina y el niño. Quiso usar la antigua fórmula popular «Dios le guarde», pero recordó a tiempo que, en el nuevo mundo de *Il Lupo*, que ahora era suyo, no había Dios. La despedida no tenía sentido y no la dijo…

… Blaise Meredith preguntó:

—¿Qué sucedió con el padre Anselmo?

Meyer hizo un gesto de indiferencia.

—Poca cosa. El viejo no le tenía simpatía. Como usted sabe, habían tenido frecuentes discusiones. Se negó a oírlo en confesión. Lo supe después, en el pueblo.

—¿Y la condesa?

—Esta información no es de primera mano. La oí de labios de Pietro, el mozo, que es paciente mío. Giacomo subió a la villa a pedir refugio para Nina y el niño. También parece que proyectaba pasar allí la noche, a fin de que *Il Lupo* no supiera dónde estaba y tuviera que renunciar a la detención pública. Anne de Sanctis se manifestó dispuesta, pero exigió un precio. —¿Qué precio?

—Es una mujer extraña —dijo Meyer, indirectamente—. La he tratado mucho tiempo, pero no pretendo entenderla del todo. Es apasionada por naturaleza y tiene gran necesidad de un hombre, y más ahora cuando se enfrenta con el terror de la madurez. Su marido la decepcionó. Sus amantes han pasado por ella como los soldados en tiempo de guerra. Es demasiado orgullosa para satisfacerse con un aldeano. Nerone podría haber sido su solución, pero ya estaba enamorado de Nina Sanduzzi. Ella sintió celos desde el principio, y toda su vida emotiva ha tomado el matiz de la perversión. Su precio fue que Nina le cediera al niño como pupilo y que Giacomo pasara esa noche con ella.

—¿Un hombre en la víspera de su ejecución?

—Ya se lo he dicho —repuso Meyer sin darle importancia—. Todo tiene colorido para ella. Por eso el pintor tiene tanta influencia en la villa. La adula. Bueno, como podía suponerse, Giacomo rehusó y parece que ella tuvo la perspicacia suficiente para adivinar que él pasaría la noche en la choza de Nina. Envió un mensajero a *Il Lupo*. Giacomo fue arrestado dos horas antes de amanecer.

—¿Por eso odia al niño?

—Yo no creo que odie al niño —dijo Meyer acremente—. Si existe algo, es probablemente atracción. Pero continúa celosa de Nina y se odia a sí misma, aunque lo ignora.

Blaise Meredith bajó las piernas de la cama y se sentó, pasándose los dedos por los escasos cabellos con un gesto patético de cansancio y perplejidad. Con una voz que más parecía un suspiro, dijo:

—Es tarde. Es mejor que vuelva a cenar, Pero Dios sabe que no estoy con ánimo de encontrarme con ellos esta noche.

—¿Por qué no cena aquí? —le propuso Meyer impulsivamente—. Comerá peor, pero al menos no tendrá que ser amable. Mi declaración toca a su fin y puedo terminarla esta noche. Enviaré recado a la villa excusándolo.

—Se lo agradecería de veras.

—Soy yo quien está agradecido —le dijo Meyer sonriendo—. Y esto es mucho para que se lo diga un judío a un inquisidor.

La condesa y Nicholas Black cenaron en la sala decorada de la villa, a la luz de las velas y en la inquieta intimidad de dos conspiradores. La condesa estaba irritable y mordaz. Comenzaba a cerciorarse de que el control de la situación se le había escapado: que Nicholas Black la tenía como rehén y que Meredith picoteaba Dios sabe qué informaciones de Meyer, Nina Sanduzzi y el viejo Anselmo. Muy pronto dirigiría a ella sus preguntas secas y pedantes y sus ojos hundidos y escudriñadores y aunque hablara o guardara silencio, quedaría desacreditada y el pintor se marcharía sonriendo, con la presa.

Nicholas Black también estaba nervioso. Meredith le había forzado la mano

durante el almuerzo y habían dicho cosas imposibles de recoger. Ahora estaban en campo abierto y, a pesar de su mordacidad, Black tenía un respeto profundo por la influencia temporal de la Iglesia en un país latino. Si a Meredith se le ocurría invocar la ayuda del obispo, éste pondría en movimiento toda clase de influencias, que podían llegar hasta Roma misma, y el final podría ser una discreta llamada de la policía y la revocación de su permiso de residencia. Le había sucedido ya antes. Los demócrata-cristianos detentaban el poder y detrás tenían al Vaticano, viejo, sutil e implacable.

Así, pues, al captar el miedo de la condesa se apresuró a explotarlo en su propio beneficio.

—Convengo, *cara*, en que el sacerdote es una condenada molestia. Me siento culpable por haberle traído. Usted se encuentra en un embrollo. Me gustaría ayudarla a salir de él.

El rostro de la condesa se animó.

—Si pudiera hacerlo, Nicki…

—Estoy seguro de que sí, *cara* —Black se inclinó y le dio en la mano unas palmaditas alentadoras—. ¡Escuche! El sacerdote está aquí. No podemos quitárnoslo de encima. No podremos librarnos de él sin cometer una descortesía, y usted no quiere hacer eso.

—Lo sé —dijo ella con desaliento—. Y está el Obispo de por medio y…

Black la interrumpió…

—También sé lo del Obispo, *cara*. Usted vive aquí y le conviene mantener buenas relaciones. Meredith tiene que quedarse. Ya hemos convenido en eso. Pero nada impide que usted se vaya, ¿no es verdad?

—No… no entiendo.

—Es sencillo, *cara* —Black accionó con elocuencia—. Usted no se siente bien. Meredith sabe que ha tenido jaquecas y quién sabe qué otros males femeninos. Necesita consultar inmediatamente a su médico. Se va, pues, a Roma. Usted tiene allí un apartamento. Necesita personal para cuidarlo, y se lleva a las doncellas y a Pietro, y, como un favor especial a Nina Sanduzzi, se llevará también al chico. Usted quiere comprarle ropa. Quiere enseñarle a servir a la buena sociedad. Hasta puede desear que le eduquen los jesuitas… —Black rió con sarcasmo—. ¿Qué madre rehusaría una oportunidad semejante? Y si se negara, el niño tiene un contrato de trabajo con usted. La ley italiana es tan endiabladamente complicada, que me parece que podría hacerse fuerte con eso, siempre que el niño consienta. El *onus probandi*[20] recaería en la madre, quien tendría que demostrar por qué desea mantenerle aquí y qué trabajo puede encontrarle en el pueblo. Usted cubriría también esa emergencia haciendo que su mayordomo le entregue aquí, semanalmente, una parte del salario del chico.

Los ojos de la condesa se iluminaron con la nueva y alentadora idea, pero volvieron a nublarse.

—Discurre muy bien, Nicki. Pero ¿qué me dice de usted? Meredith sabe lo que usted pretende. Hará todo lo posible para estorbarnos.

—También lo he pensado —dijo el pintor con su mueca satírica—. Yo me quedo, al menos por una semana. Si Meredith hace preguntas, usted puede decirle francamente que me considera una mala influencia para el niño. Usted quiere proceder como buena cristiana y alejarlo de mí. ¿Es o no simple?

—¡Maravilloso, Nicki! ¡Maravilloso! —los ojos de la condesa chispearon y batió palmas de contento—. Mañana haré los preparativos y nos iremos pasado mañana.

—¿Por qué no mañana?

—No podemos, Nicki. El tren para Roma sale de Valenta por la mañana. No habría tiempo para disponerlo todo.

—Que lástima —dijo Black irritado—. En fin, es sólo un día. Creo que podremos mantener en jaque a Monseñor por ese tiempo. Es mejor que usted misma hable con el chico. Hay que tratar de simplificar las apariencias.

—Le hablaré mañana. —La condesa llenó las copas—. ¡Bebamos, querido! En seguida abriremos otra botella y lo celebraremos. ¿Por qué bebemos?

—¡Por el amor, *cara*!

—¡Por el amor! —dijo Anne Louise de Sanctis, pero la acometió de súbito una idea—: «¿Quién me ama? ¿Quién podrá amarme nunca?».

—Voy a ser franco con usted, doctor —dijo Meredith al comer los últimos bocados —. En este momento me preocupa menos Giacomo Nerone que su hijo. Nerone está muerto y, según espero, se halla entre los bienaventurados. Su hijo atraviesa una grave crisis moral, está en peligro de seducción. Me siento responsable por él. Pero ¿cómo afronto esta responsabilidad?

—Es un problema —dijo Meyer profundamente preocupado—. El niño ya es más que un adolescente. Tiene libre albedrío y es moralmente responsable, aunque inexperimentado. Por cierto, no ignora lo que se trama; los niños maduran pronto en los lechos conyugales. Yo creo que es un muchacho sano, pero Black es muy persuasivo.

Meredith jugó distraído con un trozo de pan, sacándole las migas en el plato y haciendo pequeños dibujos con las partículas oscuras.

—Hasta en el confesionario es difícil penetrar en un adolescente. Son tímidos como conejos y mucho más complejos que los adultos. Si yo consiguiera llegar al alma de la condesa o del mismo Black, tendría alguna posibilidad.

—¿Ha tratado?

—Con Black, sí. Pero el hombre ya está inmerso en su amargura y su resentimiento. No pude encontrar ningún término común para llegar a un acuerdo. Con ella no he ensayado todavía.

Meyer tuvo una sonrisa helada.

—Eso puede resultar más duro, Monseñor. En el mejor de los casos las mujeres carecen de lógica y la condesa padece una enfermedad: la enfermedad del climaterio

y de un antiguo amor que se ha puesto rancio y le da vergüenza. Para lo primero hay cura, pero lo otro… —Se detuvo un momento, frunciendo dubitativamente el entrecejo—. De una cosa estoy seguro, Meredith. Ningún sacerdote puede curarla.

—¿Cómo terminará entonces?

—Con drogas, bebida o suicidio —dijo Meyer implacable—. Tres palabras para la misma cosa.

—¿Y ésa es la única respuesta?

—Si quiere que le diga que la respuesta es Dios, Monseñor, no puedo hacerlo. Hay otra, pero es una palabra soez y puede disgustarle.

Se sorprendió al ver que Meredith levantaba su rostro gris y se sonreía con buen humor.

—¿Sabe usted, Meyer? Ése es el dilema de los materialistas. Siempre me ha admirado que tan pocos se den cuenta de ello. Suprimen a Dios del diccionario y su única respuesta al enigma del universo es una palabra soez.

—¡Váyase al diablo! —replicó Meyer con una mueca humorística—. Váyase al diablo, inquisidor de nariz larga. Bebamos café y hablemos sobre Giacomo Nerone…

… A las ocho de la mañana arrestaron a Giacomo Nerone en la casa de Nina. No fueron muy duros con él, pero le ensangrentaron la cara y le desgarraron la camisa para disimular que había opuesto resistencia. En realidad no se resistió: permaneció de pie, en silencio, mientras dos de los hombres le sujetaban los brazos, un tercero le golpeaba y los otros retenían a Nina que gritaba y se debatía como una bestia salvaje. Cuando se llevaron a Giacomo, la mujer se derrumbó sobre la cama, gimiendo, pero el niño no lloró; permaneció quieto en la cuna, tratando de agarrar los pliegues de la sábana con los puños de sus manitas.

Obligaron a Giacomo a subir el cerro y tomar el camino, y para mejorar el espectáculo, le torcieron los brazos detrás de la espalda haciéndolo doblarse en dos para atravesar la aldea. Los campesinos salieron a sus puertas para mirarlo en silencio y hasta hicieron callar a los niños mientras él pasaba. Ninguna voz se levantó en signo de protesta, ninguna mano se alzó para ayudarlo. El cálculo de *Il Lupo* había sido exacto. El hambre no tiene lealtades. Esa gente había visto llegar y marcharse a demasiados conquistadores. Rendía pleitesía a los fuertes, no a los débiles. Esa tierra era dura y áspera su historia. No era la herencia de los mansos.

Al llegar a la casa de Meyer, le empujaron brutalmente para hacerlo entrar. Los aldeanos se acercaron como hormigas, pero los guardias, prorrumpiendo en maldiciones, los obligaron a retroceder hasta el interior de sus casas. *Il Lupo* quería que el juicio fuera correcto, sin motines que lo perturbaran.

Dentro de la habitación, Giacomo estuvo un momento agitando los brazos para vencer su entumecimiento y enjugándose la sangre del rostro. En seguida miró a su alrededor. La habitación estaba dispuesta como un tribunal. *Il Lupo*, Meyer y tres

hombres más estaban sentados frente a la mesa, y detrás de ellos había una fila de guardias, morenos, mal rasurados, con chaquetas de cuero y gorras torcidas. Llevaban la pistola en el cinto y sostenían con negligencia el fusil. Otros dos guardias se colocaron entre Nerone y la puerta, y entre él y la mesa quedó un sitio despejado con una silla solitaria.

En todos los rostros se veía una expresión seria, como corresponde a hombres que presencian un acto histórico. Sólo *Il Lupo* sonreía, con sus ojos límpidos y las maneras amables de un anfitrión en un almuerzo. Dijo, con voz fría:

—Lamento haber tenido que usar la fuerza con usted, Nerone. No debió resistirse a la detención.

Nerone no respondió.

—Usted tiene derecho, por supuesto, a conocer los cargos que hay en su contra. —Tomó un papel de la mesa y leyó en cuidadoso toscano—: «Giacomo Nerone, se le acusa ante este tribunal militar de deserción del Ejército Británico y de colaboración activa con unidades alemanas que operaban en el sector de Gemelli dei Monti» —dejó el papel sobre la mesa y continuó—: Antes de someterlo a juicio por estos cargos, usted tiene libertad para decir lo que desee.

Nerone le miró con ojos serenos:

—¿Incluirá usted mis observaciones en el acta?

—Ciertamente.

—Este tribunal no tiene jurisdicción sobre el cargo de deserción. Sólo una corte marcial del Ejército Británico puede juzgarme por eso. El procedimiento que a usted corresponde es mantenerme detenido y entregarme al comando británico más cercano.

Il Lupo asintió plácidamente.

—Anotaremos su objeción, que me parece bien fundada, a pesar del hecho de que usted carece de pruebas de su identidad como soldado británico. No obstante, usted será juzgado por el segundo cargo.

—También niego su jurisdicción respecto a eso.

—¿Sobre qué base?

—Éste no es un tribunal bien constituido. Sus miembros no han sido designados legalmente.

—Estamos en desacuerdo —dijo sin alterarse *Il Lupo*—. Los grupos guerrilleros son unidades que operan en apoyo de los Aliados. Tienen una identidad *de facto* como unidades militares y una jurisdicción sumaria en regiones locales de guerra. Su autoridad deriva en último término del Alto Comando Aliado y de las autoridades de Ocupación en Italia.

—En ese caso no tengo nada que decir.

Il Lupo asintió cortésmente.

—Bien. Por supuesto, estamos ansiosos de que se haga justicia. Usted dispondrá de algún tiempo para preparar su defensa. Propongo que despejemos esta sala. Le

traerán café y algo de comer. El doctor Meyer está preparado para actuar como abogado defensor suyo. Yo, como presidente del tribunal, estoy dispuesto a reconocer todo su peso a cualquier objeción que usted oponga. ¿Está claro?

Por primera vez, desde su llegada, Nerone sonrió.

—Muy claro. Saborearé su café.

A una señal de *Il Lupo* los guardias salieron al jardín y los tres hombres quedaron solos. Meyer no dijo nada; se dirigió a un rincón y comenzó a preparar café. Nerone se sentó e *Il Lupo* le ofreció un cigarrillo y lo encendió. Tomó asiento en seguida en el borde de la mesa y dijo con amabilidad:

—Fue una tontería que usted se quedara.

—Es un hecho consumado —replicó brevemente Nerone—. ¿Para qué discutirlo?

—Porque usted me interesa. Le admiro, pero no puedo aprobarle en su papel de mártir.

—Usted me lo preparó.

—Y usted lo aceptó.

—Sí.

—¿Por qué?

—Me gustan las siete palabras —dijo gravemente Nerone—. Y más que todas la última: «*Consummatum est*».

—Usted y su trabajo —repuso *Il Lupo*.

Nerone hizo un gesto de indiferencia.

—El trabajo no tiene importancia. Un millón de hombres lo pueden hacer mejor. Es probable que usted lo haga mejor. El trabajo muere. ¿A cuántos enfermos sanó Cristo? ¿Y cuántos de ellos viven todavía? El trabajo es la expresión de lo que es un hombre, de lo que siente, de lo que cree. Si perdura, si se desarrolla, no es por el que lo comenzó, sino porque otros piensan y sienten y creen del mismo modo. Su propio partido es un ejemplo de ello. Usted también morirá. ¿Qué pasará entonces?

—El trabajo continuará —dijo *Il Lupo*. Sus ojos claros se cerraron súbitamente como ante una gran revelación—. El trabajo continuará. Los viejos sistemas perecerán por su propia corrupción y el pueblo conquistará lo que le pertenece. Ha sucedido en Rusia. Sucederá en Asia. América quedará aislada. Europa tendrá que entrar en línea. Sucederá, Nerone. Es posible que yo no esté aquí para verlo, pero yo no soy importante.

—Ésa es la diferencia entre nosotros —dijo Giacomo Nerone en voz baja—. Usted dice que no tiene importancia. Yo digo que la tengo… Lo que me suceda es eternamente importante, porque desde la eternidad yo he estado en la mente de Dios… ¡yo! El ciego, el fútil, el torpe, el fracasado. ¡Yo estuve, yo estoy, yo estaré!

—¿Usted lo cree realmente? —Los ojos de *Il Lupo* le sondearon como un escalpelo.

—Sí.

—¿Hasta morir por eso?

—Así parece.

Il Lupo no contestó. Miró su reloj y dijo con animación:

—Nos serviremos café y podrá descansar toda la mañana. Lo someteremos a juicio a la una. ¿Qué piensa alegar?

—¿Tiene importancia?

—En realidad, no. La sentencia es de rutina. La ejecución está fijada para las tres de la tarde.

El rostro de Nerone se nubló momentáneamente.

—¿Por qué tan tarde? —dijo—. Yo querría que terminara pronto.

—Lo siento —repuso amablemente Il Lupo—. No es crueldad de mi parte. Sólo cuestión de buen gobierno. Quedará menos tiempo para motines y demostraciones. Cuando hayan terminado los comentarios y comiencen a pensar, será tiempo de comer. Usted lo comprende, ¿verdad?

—Perfectamente —dijo Giacomo Nerone.

Meyer llevó el café y los demás elementos del desayuno a la mesa y se sentaron juntos comiendo en silencio, como una familia. Cuando terminaron, *Il Lupo* preguntó:

—A propósito, ¿piensa usted pronunciar algún discurso antes de la ejecución?

Nerone hizo un gesto negativo.

—Nunca he dicho un discurso en mi vida. ¿Para qué?

—Me alegro —dijo *Il Lupo* con animación—. De otro modo habría tenido que hacerle golpear antes de que saliera. Lo que no puedo consentir son los gestos heroicos.

—Yo no soy un héroe —repuso Giacomo Nerone.

Por primera vez le habló Meyer. Sin levantar los ojos de la mesa le dijo entre dientes:

—Si quiere estar solo, pase a la otra habitación. Nadie le molestará. Yo le llamaré cuando estemos listos para comenzar.

Nerone le miró con gratitud.

—Gracias, Meyer. Ha sido un buen amigo. Me acordaré de usted.

Se alejó de la mesa y se fue a la habitación contigua, cerrando tras de sí la puerta. Los dos hombres se miraron. Después de un momento, *Il Lupo* dijo con suavidad:

—Meyer, queda libre del servicio después de la ejecución. Si quiere seguir mi consejo, váyase por un tiempo. Usted no sirve para estas cosas.

—Lo sé —dijo Aldo Meyer con voz desmayada—. No creo lo bastante, ni de un modo ni del otro…

—… ¿Y el resto? —preguntó Blaise Meredith.

Las manos aguzadas de Meyer hicieron un ademán de que todo había terminado.

—Fue muy simple. Le juzgaron y le declararon culpable. Le llevaron cerro arriba

hasta el olivo viejo, le ataron al árbol y le fusilaron. Todos estaban allí, hasta los niños.

—¿Y Nina?

—También. Se le acercó, le besó y después se hizo atrás. Aun durante la ejecución no dijo nada, pero cuando los demás se fueron, se quedó. Seguía allí cuando el grupo que iba a enterrarlo fue a buscarlo esa noche.

—¿Quiénes le enterraron?

—Anselmo, la condesa, dos hombres de la villa, Nina y… yo.

Meredith frunció el entrecejo, perplejo.

—No comprendo eso.

—Es bien simple. Nosotros tres queríamos odiarle, pero al final nos avergonzó hasta que le amamos.

—No obstante —insistió Meredith—, cuando yo llegué todos ustedes le temían.

—Lo sé —masculló Meyer—. El amor es la cosa más terrible que hay en el mundo.

Habían dado las once cuando Blaise Meredith dejó la casa del doctor para volver a la villa. Antes de que saliera, Meyer le mostró la última carta de Nerone y le entregó el paquete que contenía el resto de los papeles. Se desearon buenas noches y Meredith subió lentamente la calle empedrada, a la luz de la luna.

Se apoderó de él una sensación de lejanía y separación, como si estuviera saliéndose de su cuerpo y se hallara en un sitio extraño y en tiempo distinto. Habían cesado las dudas y las tormentas; sólo quedaba una gran tranquilidad. A su alrededor rugían tempestades impetuosas, pero él estaba en calma, en el centro del ciclón, en un prodigio de silencio y de agua quieta.

Lo mismo que Giacomo Nerone, se acercaba al término de su búsqueda. Como Nerone, vio que su muerte llegaría con precipitada violencia, inevitable pero breve como la puesta de sol. La temía, pero iba a su encuentro, por sus propios pies y envuelto en la paz de una decisión final.

Llegó a las puertas de hierro de la villa y siguió de largo, forzándose a subir la última cuesta empinada hasta el sitio de la ejecución de Nerone: la pequeña meseta donde se alzaba el olivo como una cruz negra contra la blanca luna. Llegado allí, dejó el paquete en el suelo y se apoyó en el árbol sintiendo los fuertes latidos de su corazón y el roce áspero de la corteza contra su piel. Levantó lentamente los brazos hasta que quedaron a lo largo de las ramas nudosas, y las varillas secas le pincharon la piel de las manos.

Giacomo Nerone había estado en la misma actitud, con las muñecas y los tobillos atados y vendados los ojos, en el momento de la entrega definitiva. Ahora era el turno de Blaise Meredith, el frío sacerdote del Palacio de las Congregaciones. Su cuerpo se puso rígido, su rostro se contrajo con la agonía de la decisión mientras forzaba su voluntad para el acto de obediencia. Le pareció que transcurría un siglo antes de que escaparan de él las palabras, murmuradas y agónicas:

—¡Tómame, oh Dios! Haz de mí lo que quieras… un asombro o ¡un motivo de burla! ¡Pero dame al niño, en memoria de su padre!

¡Ya estaba dicho y terminado! Un hombre se había vendido en subasta a su Hacedor. Era tiempo de volver a casa, de acostarse, pero no de dormir. El tiempo se agotaba. Antes de que llegara mañana, tendría que leer los papeles de Giacomo Nerone y escribir a Aurelio, Obispo de Valenta.

CAPÍTULO XIV

Para Blaise Meredith, el legalista —porque ni siquiera en ese tiempo de culminación podía despojarse del hábito mental de toda una vida—, los escritos de Giacomo Nerone supusieron, en muchos aspectos, un descanso. Nada agregaban, salvo incidentalmente, a su biografía; pero confirmaban los detalles conocidos de su vida, su trabajo y su muerte en Gemello Minore.

Lo que Aldo Meyer encontró en ellos —una rememoración acongojante, una ojeada a la mente de un hombre que había conocido y a quien había odiado por un tiempo para terminar amándolo— se presentó bajo otro aspecto al Abogado del Diablo. Blaise Meredith había leído escritos de cientos de santos, y todas sus angustias, todas sus revelaciones, todas sus expansiones vehementes tenían para él la familiaridad de un largo y profundo conocimiento.

Se conformaban a la misma creencia, a un patrón básico de mortificaciones y piedad, a la misma progresión de la penitencia a la iluminación y de la iluminación a la unión directa con el Todopoderoso en el acto de la oración. Esa conformidad era la que buscaba, como la buscaría cada uno de los examinadores y asesores en todos los trámites siguientes a la primera presentación de evidencia ante el tribunal del obispo.

La personalidad de un hombre es importante para el biógrafo, el dramaturgo, el predicador. Sus arranques, sus peculiaridades y su genio individual son los lazos que le atan a los hombres comunes y hacen que éstos se apoyen en él como guía y como ejemplo.

Pero para la Iglesia misma, para los teólogos e inquisidores que la representan, la importancia radica en su carácter de cristiano, en la conformidad al prototipo que es Cristo.

Durante las horas lentas de la noche, Blaise Meredith escudriñó fría y analíticamente los escritos, pero no pudo escapar, tampoco, al impacto personal, al hombre vivo que emergía de las páginas amarillentas y de la atrevida caligrafía.

La redacción era inconexa: consistía en anotaciones hechas por un hombre que se encuentra solicitado por la contemplación y la acción, que siente aún la necesidad de aclarar sus ideas y las afirmaciones que a sí mismo se hace. Meredith se lo imaginó sentado en la pequeña choza de piedra, avanzada la noche, con frío y con hambre, pero extrañamente sereno, escribiendo una o dos páginas antes de que llegara el momento de iniciar la prolongada vigilia de oración, que cada día en mayor grado le remplazaba el sueño.

No obstante, a pesar de su diversidad, los escritos tenían carácter y unidad propios. Iban creciendo junto con el hombre. Terminaban, como había terminado su vida, con dignidad, calma y un extraño contentamiento.

«… Escribo por la necesidad común a todos los hombres de comunicarse, aunque sólo sea con un papel en blanco, porque el conocimiento de mí mismo es un peso que

no tengo derecho a descargar entero en la mujer que amo. Ella es sencilla y generosa. Lo soportaría todo y estaría pronta para más, pero la reserva forma tanta parte del amor como la entrega. Un hombre tiene que pagar sus propios pecados y no puede acogerse a la absolución de otra persona…

»… Nacer en la Iglesia —y sólo puedo hablar de la mía, porque no conozco otras — es al mismo tiempo un peso y un consuelo. Primero se siente el peso; el peso de las órdenes y las proposiciones. El consuelo llega más tarde, cuando comienzan las preguntas y se recibe una clave para cada problema de la existencia. Una vez hecho el primer acto consciente de fe y aceptada la primera premisa, toda la lógica entra en sus casilleros. Se peca, pero se peca dentro de un cosmos, cuyo mismo orden obliga al arrepentimiento. Se está libre dentro de un sistema, y el sistema es seguro y consolador, siempre que la voluntad se haya fijado en el primer acto de fe…

»… Cuando los católicos envidian a los incrédulos, como a menudo lo hacen, es porque la carga de la creencia pesa mucho y las constricciones del cosmos comienzan a molestarles. Empiezan a sentirse defraudados, como me sucedió a mí. Preguntan por qué un accidente de nacimiento hace de la fornicación un pecado para los unos y una distracción de fin de semana para los otros. Enfrentados con las consecuencias de la fe, comienzan a deplorar la fe misma. Algunos terminan por rechazarla, como lo hice yo cuando salí de Oxford…

»… Ser católico en Inglaterra es someterse a una conformidad estrecha en vez de una conformidad laxa, pero no menos rígida. Si se pertenece a las antiguas familias como la mía, a los últimos Isabelinos, a los últimos Estuardo, se puede llevar la fe como una excentricidad histórica, del mismo modo que algunas familias exhiben la barra siniestra, o a un libertino de la Regencia, o a una antepasada jugadora. Pero en el choque de las conformidades, esto no basta. Uno se ve forzado, tarde o temprano, a retroceder al primer acto de fe. Si se le rechaza, uno se extravía…

»… Yo estuve perdido mucho tiempo, sin saberlo. Despojado de la fe uno es libre, y al principio la sensación es agradable. No hay cuestiones de conciencia ni restricciones, excepto las restricciones de la costumbre, la convención y la ley, pero éstas son bastante flexibles en la mayoría de los casos. Sólo más tarde comienza el terror. Uno es libre, pero libre en el caos, en un mundo inexplicado e inexplicable. Uno es libre en un desierto, del cual no hay otra retirada que el camino hacia el núcleo vano de uno mismo. No hay más fundamento sobre el cual construir que la pequeña roca de la propia estimación, que es una nada basada en la nada… Pienso, luego existo. Pero ¿qué soy? Un accidente del desorden, que no va a parte alguna…

»… Largo tiempo he examinado la naturaleza de mi acto de deserción. En su tiempo no tuvo significación moral. El juramento de servicio termina con una invocación a la Deidad. Pero para mí no había Deidad. Si yo elegía arriesgar la libertad y la honra y sufrir las sanciones del Estado, era asunto mío. Si escapaba a las sanciones, tanto mejor. Pero entonces yo no razoné así. Mi acto fue instintivo, fue la reacción no deliberada de algo que violentaba mi naturaleza. Pero de acuerdo con

mis creencias de entonces, yo no poseía nada que pudiera llamarse naturaleza. Yo había sido vaciado en un molde común, como salta una chispa del horno, pero si una chispa se apaga, ¿qué importa? Yo estaba perdido. Sólo podía hundirme un poco más en la oscuridad…

»… Entonces encontré a Nina. Desperté a su realidad como se despierta a la primera luz de la mañana. El acto de amor es como el de fe: una entrega; y creo que el uno condiciona al otro. Al menos, en mi caso, fue así. No puedo arrepentirme de haberla amado, porque el amor es independiente de su expresión, y sólo la expresión de mi amor contrariaba la ley moral. Es ésta la que deploro, la he confesado y ruego que me sea perdonada. Pero aun en el pecado, el acto de amor, hecho con amor, tiene una sombra de divinidad. Su conformidad puede estar errada, pero su naturaleza no se altera, y su naturaleza es creadora, comunicativa, espléndida en la entrega…

»… Fue en este esplendor de mi entrega a Nina y de ella a mí, cuando empecé a comprender cómo puede un hombre entregarse a Dios, si existe un Dios. El momento del amor es un momento de unión, el acto de fe es mutuo e implícito.

»… Nina tenía un Dios, pero yo no lo tenía. Ella cometía un pecado, pero dentro del cosmos. Yo estaba más allá del pecado, en el caos… Pero yo veía en ella todo lo que yo había rechazado, todo lo que yo necesitaba y que, no obstante, había desperdiciado. Debido a eso, nuestra unión era imperfecta; ella lo comprendería algún día y podría llegar a odiarme…

»… ¿Cómo se vuelve a la fe desde la incredulidad? Salir del pecado es fácil, basta un acto de arrepentimiento. El hijo pródigo vuelve a su Padre porque su Padre sigue allí, la relación no se ha roto. Pero en la incredulidad no hay Padre, no existe parentesco. Se llega de la tierra de nadie y no se va a parte alguna. Yo traté de servir a los aldeanos. Los serví. Pero ¿quiénes eran los aldeanos? ¿Quién era yo…?

»… Traté de razonar volviendo a una primera causa y un primer movimiento, como podría razonar un expósito para llegar a la existencia de su padre. Pero ¿quién fue? ¿Cómo se llamaba? ¿Cuál era su aspecto? ¿Me amó o me olvidó para siempre? Ése era el verdadero terror y, cuando ahora, desde la seguridad que he alcanzado, lo considero retrospectivamente, tiemblo, me cubro de sudor y ruego angustiado: “Mantenme junto a Ti. No me dejes ir de nuevo. No me ocultes nunca Tu rostro. ¡La oscuridad es terrible…!”.

»… ¿Cómo llegué a Él? Sólo Él lo sabe. Le busqué a tientas y no pude encontrarle. Le oré cuando me era desconocido y no contestó y lloré en la noche por haberle perdido. Lágrimas estériles y dolor sin fruto. Y de pronto, un día, estaba allí…

»… Comprendo que esto debería marcar una ocasión. Uno debiera estar capacitado para decir: “Ése fue el tiempo, el sitio, el modo como sucedió. Así fue mi conversión a la religión. Me habló un hombre bueno y me torné bueno. Vi la Creación en el rostro de un niño y creí”. Mas no sucedió así en absoluto. Él estaba allí. Yo supe que Él estaba allí, que me había creado y que aún me amaba. No hay

palabras que lo expresen; no existen piedras escritas con un dedo de fuego, ni truenos en el Tabor. Yo tenía un Padre y Él me conocía y el mundo era una casa construida por Él para mí. Yo había nacido católico, pero nunca hasta ese momento había comprendido el significado de las palabras "don de la fe". Después de eso, sólo cabía decir: "Aquí estoy; guíame; haz conmigo lo que quieras. Pero Te suplico que permanezcas siempre conmigo…".

»… Temo por Aldo. Hay mucho mérito en su escéptica honradez, pero cuando los otros se apoderen de él, no sé lo que sucederá. Ésta es la diferencia entre los dos absolutos: la Iglesia y el comunismo. La Iglesia comprende la duda y enseña que la fe es un don, que no se adquiere con la razón ni con el mérito. El comunismo no permite dudas y dice que la creencia puede implantarse como un reflejo condicionado… Hasta cierto punto, tiene razón, pero el reflejo condicionado no contesta ninguna pregunta, y las preguntas persisten: ¿De dónde? ¿Adónde? ¿Por qué?

»… La cuestión de la reparación me preocupa. Yo he cambiado. Soy otro. Pero no puedo cambiar nada de lo que he hecho. Las heridas, las injusticias, las mentiras, las fornicaciones y los amores aceptados y desechados. Estas cosas han alterado y siguen alterando vidas ajenas. Ahora me duele haberlas cometido, pero el dolor no basta. Estoy obligado a reparar hasta donde me sea posible. Pero ¿cómo? Es invierno. Los caminos se me cierran por delante y por detrás. Estoy prisionero en el pequeño mundo que he descubierto. Sólo puedo decir: "Cuando el camino se despeje, haré lo que me pidan". Pero el camino nunca es claro. Sólo el momento presente permite vivir con certeza. ¿Por qué es tan grande mi temor? Porque el arrepentimiento es sólo un comienzo. Siempre queda la deuda por pagar. Pido luz, clamo sumisión, pero la respuesta es nebulosa. Sólo puedo actuar en el presente…

»… Meyer se burla de mí por mis buenas obras. Me señala que carecen de continuidad. Los enfermos mueren y los hambrientos vuelven a tener hambre cada mañana. No obstante, Meyer hace instintivamente las mismas cosas. ¿Por qué? Los hombres como Meyer dudan de la existencia de Dios y, por consiguiente, dudan de todo salvo de una relación pragmática entre hombre y hombre. Sin embargo, he visto a Meyer entregarse con más generosidad de lo que nunca he hecho yo. El hombre que hace el bien cuando duda debe tener mucho más mérito que el que lo hace en la certeza brillante de la fe. "Tengo otras ovejas que no son de este rebaño…". Advertencia contra la complacencia en la fe heredada…

»… Nina dice que estoy adelgazando. No como ni duermo lo suficiente y rezo demasiado por la noche. Trato de explicarle que la necesidad de comer y dormir disminuye cuando uno se siente absorbido en esta nueva maravilla de Dios. Parece comprender mejor cuando le explico que ella no siente necesidad física de mí, porque el niño llena su vientre… Me pregunto qué debo hacer en este asunto del matrimonio. Nuestros cuerpos están separados ahora, pero seguimos muy unidos de corazón y de espíritu. Tengo la sensación de que se preparan cosas para mí sobre las que no tengo

control y que, por esta razón, el matrimonio podría ser una mayor injusticia que las ya cometidas. Estoy dispuesto a hacer lo que parezca recto. Le he dicho que es ella quien debe decidir, pero que considero más prudente esperar. En estos últimos meses he tenido tanto: amor, felicidad, consuelo espiritual. Alguna vez habré de pagarlo. Ignoro en qué forma se me exigirá el pago. Rezo y procuro estar preparado…

»… El padre Anselmo me preocupa. He peleado con él y lo lamento. La ira no resuelve nada. Tengo que comprender que un sacerdote es simplemente un hombre con facultades sacramentales. Anselmo carga su propia cruz, el peso de una caída multiplicado por sus consecuencias. Pero hasta en el pecado hay un elemento de amor y esto es algo bueno que no debe despreciarse. El celibato del clero es una disciplina antigua, pero no un artículo de fe. Su valor es evidente, pero no se debe juzgar con mucha rudeza a los hombres que tropiezan bajo su peso. La pobreza es un estado que algunos aceptan para santificarse. A otros puede conducir a la condenación. Si existiera algún modo de hablar con Anselmo como amigo… pero esto es difícil…

»… Hoy estuve con el hombre que se hace llamar Il Lupo. Es extraña la rapidez y facilidad con que nos comprendimos. Yo creo en Dios. Él cree en el anti-Dios. No obstante, las consecuencias de cada fe son igualmente rígidas e inexorables. Él es honrado en lo que cree. No espera que yo sea menos honrado en mi propia fe. Él sabe que no puede haber coexistencia entre nosotros. Uno tiene que destruir al otro. Él es el príncipe de este mundo y detenta poder de vida y muerte. ¿Qué poder tengo yo contra él? "Mi reino no es de este mundo". Yo podría congregar a los aldeanos; hacer que me siguieran y opusieran resistencia a la banda de Il Lupo. Pero ¿con qué objeto? El fratricidio no es cristianismo. Las balas no engendran amor… Il Lupo quiere que yo discuta y actúe. No debo replicar, sólo aceptar. Pero temo por Meyer. Él es demasiado manso para esta complicación. Trataré de hacerle ver que comprendo. Después, tendrá que sufrir mucho. El peso de la duda es fuerte para los hombres honrados…

»… Tengo un hijo y es ciego. El dolor de Nina es duro para mí. Comprendo que la fe vacile ante el misterio del dolor. Comprendo cómo los antiguos maniqueos cayeron fácilmente en su herejía, porque es difícil entender que el dolor y el mal pueden existir en una creación cuya única autora es la Suma Bondad. Es un tiempo negro para mí. Me parece haber retornado a la oscuridad; oro desesperadamente y me aferro al primer acto de fe diciendo: "No puedo comprender, pero creo. ¡Ayúdame a perseverar en la fe…!".

»… Si la fe mueve montañas, la fe puede abrir los ojos ciegos, siempre que Dios lo quiera. ¿Cómo saber lo que Él quiere? Háblame, oh Dios, por los merecimientos de Tu Hijo… Amén…».

Había más, mucho más, y Blaise Meredith lo leyó meticulosamente, como buen abogado que era, pero ya había encontrado la médula, y ésta era sana y firme. Allí

había conformidad, conformidad del corazón, la voluntad y la mente. Y se había efectuado la entrega por la que un hombre se desprende de todo apoyo material para descansar con fe, esperanza y caridad en las manos que lo formaron.

En la última página, Giacomo Nerone había escrito su propia necrológica.

… Si después de mi muerte alguien lee lo que he escrito que sepa: Nací en la fe; la perdí; fui devuelto al redil por la mano de Dios.

Todos mis buenos actos han sido inspirados por Él. No tengo, pues, mérito propio.

Amé a una mujer y engendré un hijo, y sigo amándolos en Dios por toda la eternidad.

Ruego a quienes he dañado que me perdonen.

Encomiendo a Dios a los que me matarán, como hermanos a quienes amo.

Los que me olviden harán bien. A los que me recuerden, ruego que pidan por el alma de:

GIACOMO NERONE

MUERTO EN LA FE

Blaise Meredith dejó sobre la colcha la página amarillenta, se recostó en las almohadas y cerró los ojos. Tenía la certeza de haber terminado con su búsqueda. Había seguido la vida de un hombre y visto su esquema: un río largo que describía suaves meandros, pero que avanzaba con seguridad a su desembocadura, el mar. Había mirado dentro del alma de un hombre, viéndolo crecer como un árbol, de la oscuridad de la tierra hacia el sol.

Había visto los frutos de ese árbol: la sabiduría y el amor de Nina Sanduzzi, la humanidad combativa de Aldo Meyer, el arrepentimiento reticente del padre Anselmo. Eran buenos frutos, y vio en su esplendor la señal del dedo cuidadoso de Dios. Pero no toda la fruta estaba madura. Algunas podían secarse en la rama, otras podían caer y pudrirse en el suelo por descuido del hortelano. Y él, Blaise Meredith, era ese hortelano.

Oró, lenta y desesperadamente, por Anne de Sanctis, Paolo Sanduzzi y Nicholas Black, que habían elegido el mismo desierto que recorriera Giacomo Nerone. Pero antes que terminara la oración, le acometió su enfermedad, atenazándolo y desgarrándolo hasta hacerle gritar de dolor, mientras la sangre, acre y asfixiante, le subía a la garganta.

Mucho tiempo después, débil y mareado, se arrastró hasta la mesa y con mano temblorosa comenzó a escribir:

Señoría Ilustrísima:

Estoy muy enfermo y temo que moriré antes de alcanzar a exponer los resultados

de mis investigaciones. A pesar de los diagnósticos médicos, siento que voy a dejar la vida y me oprime la idea del tiempo escaso que me queda. Quiero que sepa, no obstante, que me he sometido, como Su Señoría me anunció que lo haría, y que el resultado me produce contento, aunque no me infunde valor.

Permítame que le diga primero lo que he encontrado. Por los testimonios de quienes le conocieron y por escritos que me han proporcionado, creo firmemente que Giacomo Nerone fue un hombre de Dios, que murió en la fe y en acto de martirio. Lo que decida el Tribunal es cuestión aparte, un mero legalismo, basado en los reglamentos canónicos sobre las declaraciones y ajeno, a mi juicio, a los hechos fundamentales: que el dedo de Dios está aquí y que el fruto de la bondad de este hombre sigue actuando en las vidas de los que le conocieron.

Los mejores testigos de Su Señoría serán el doctor Aldo Meyer y Nina Sanduzzi. Esta última ha presentado evidencias de una curación que puede ser milagrosa, aunque dudo mucho de que la acepten los asesores. Los escritos de Nerone, incluidos en esta carpeta, son auténticos y concluyentes, y, en mi opinión, corroboran la creencia en su heroica santidad.

Confieso a Su Ilustrísima, dentro de nuestra amistad, que en este momento me preocupa menos la Causa de la Beatificación que el bien de ciertas almas en Gemello Minore. He hablado con el padre Anselmo y me he tomado la libertad de sugerirle que se separe físicamente de Rosa Benzoni, aunque siga hospedándola en su casa y que si hace una confesión sincera, Su Señoría aceptará estos hechos como evidencia de su reforma. Me duele su situación. Es una cuestión de dinero y de seguridad para un hombre muy pobre y algo ignorante. Le he prometido una suma de cien mil liras de mis bienes y también el dinero suficiente para que pueda comprar la cama y otros detalles necesarios e instalar a Rosa Benzoni en un dormitorio separado. Parece que no tendré tiempo de arreglar estas cosas. ¿Puedo contar con que Su Señoría lo haga por mí y use esta carta como instrucciones a mis albaceas? Traicionar a Anselmo ahora es una idea intolerable.

La otra cuestión atañe a la condesa de Sanctis, a Paolo Sanduzzi, que es hijo de Giacomo Nerone, y a un pintor inglés que se hospeda en la villa. Es demasiado sórdida para detallarla en esta carta, y temo que Su Señoría pueda hacer poco en esta materia. Yo les he encomendado a Dios, pidiéndole que acepte mi entrega como precio de su salvación. Espero planear mañana otras soluciones más prácticas, pero estoy tan débil y enfermo, que no me atrevo a contar con nada.

Tengo dos favores que pedirle y confío que no sean muy gravosos para Su Señoría. El primero es que escriba a Su Eminencia el cardenal Marotta, explicándole mi estado y pidiéndole excusas por lo que considero el fracaso de mi cometido. Déle mis saludos y pídale que me recuerde en su misa. El segundo es que usted permita que me entierren en Gemello Minore. En otra ocasión pedí que lo hicieran en la iglesia de Su Eminencia, pero Roma está muy lejos, y aquí, por primera vez, me he encontrado a mí mismo como hombre, y como sacerdote.

Es muy tarde, Señoría Ilustrísima, y estoy fatigado. No puedo seguir escribiendo. Perdóneme y, en su caridad, ruegue por mí.

Soy, de Su Ilustrísima, obsecuente servidor en Cristo.

BLAISE MEREDITH

Dobló la carta, la puso en un sobre que selló, y la dejó sobre la mesa. En seguida se arrastró a la cama y durmió hasta que el sol estuvo alto sobre los prados verdes de la villa.

Paolo Sanduzzi trabajaba en el roquedal situado atrás en la villa. Las terrazas estaban rotas en los sitios en que el mortero se había disgregado y la tierra escapaba por las grietas. Si llovía se perdería esa tierra, y en esa región árida era un artículo precioso para derrocharlo. El anciano jardinero le había enseñado a mezclar cal viva con arena volcánica negra del cauce, y a introducirla con una llana entre los intersticios, alisándola después con la herramienta.

Era algo que había aprendido, una nueva habilidad de que enorgullecerse, y él estaba allí arrodillado y silbaba satisfecho mientras el sol le tostaba la espalda. La cal le quemaba los dedos produciéndole en las manos una sensación áspera y arenosa, pero éste era otro de sus orgullos secretos: sus manos se estaban endureciendo como las de un hombre. El jardinero estaba contento con él. A veces se detenía a hablarle con su modo gruñón para indicarle los nombres de las plantas, cómo crecían y por qué los bichos dañinos atacaban a unas y no a otras.

Durante las comidas, en la amplia cocina enlosada, el viejo le defendía de las bromas de las mujeres, que se burlaban de su joven virilidad y de lo que harían con él las mozas cuando le atraparan. La única que no se reía de él era Agnese, la cocinera, una mole bamboleante de mujer, que le servía porciones dobles de pasta y siempre metía en el bolsillo de sus pantalones un trozo de queso o una fruta.

Él no sabía qué nombre dar a todo eso, pero le parecía una buena manera de vivir. Tenía empleo, le rodeaban personas amigas, y al final de mes podría hacer crujir liras en sus bolsillos y llevarlas a su madre. La condesa no había vuelto a hablarle y el pintor le dejaba tranquilo, salvo alguna frase aislada dicha al pasar. El temor que les tenía iba disminuyendo y los entretejía en sus ensueños diurnos sobre fuentes y niñas con zapatos y calles repletas de brillantes automóviles.

Soñaba al ritmo de su silbido y del sonido raspante de la llana en la piedra gris, cuando de pronto el sueño se trocó en realidad. La condesa estaba detrás de él y le decía con su voz más dulce:

—Paolo, quiero hablarte.

Él se puso en pie de un salto, dejando caer la llana, bajó del roquedal quedándose de pie ante ella, avergonzado de su sudor, su torso desnudo y la suciedad de sus

manos.

—Para servirla, *signora*.

Ella dirigió una rápida mirada en torno para asegurarse de que estaban solos y le dijo:

—Mañana voy a Roma, Paolo. No estoy bien y tengo que consultar a mi médico. Me llevo a Zita y a Pietro para que atiendan mi apartamento y he pensado llevarte también.

Paolo se quedó boquiabierto y balbuceante por el asombro, y la condesa se rió con su argentina carcajada.

—¿Qué te causa tanta sorpresa? Te lo había prometido, ¿no es cierto? Y has trabajado bien.

—Pero… pero…

—¿No me crees? Sin embargo, es verdad. Lo único que falta es el permiso de tu madre. Le dirás que vas a ir por un par de meses y que una parte de tu paga le será entregada aquí cada mes. ¿Lo entiendes?

—Sí, *signora*.

Era claro y brillante como el verano.

—Le dirás que también van Pietro y Zita, y que Pietro será tu maestro durante todo el tiempo.

—Sí, *signora*. Pero…

—¿Pero qué, Paolo?

Él no sabía cómo decirlo, pero al fin se le escapó en un borbotón de palabras.

—Mi madre… a mi madre no le gusta el inglés, el *signor* Black. Es posible que no me deje ir.

Ella volvió a reírse, desechando de una vez los temores del chico.

—Dile a tu madre que el *signor* Black se queda aquí trabajando. Por eso mismo te llevo; es mejor que no le veas.

—¿Cuándo puedo decírselo?

—Ahora, si quieres. Vuelve en seguida a decirme lo que opina ella.

—Gracias, *signora*. Muchísimas gracias.

Recogió apresuradamente su camisa, se la puso con tanta precipitación que la desgarró y partió a escape por el camino de grava hacia las puertas de hierro. Su infantil espontaneidad hizo sonreír a Anne Louise de Sanctis. Le gustaba verle; era un agrado tenerle cerca. Eso podía ser lo que otras mujeres encontraban en sus hijos en el otoño del matrimonio, cuando la savia de la pasión se iba agotando y el marido podía ser un compañero, pero ya no un amante.

De súbito y con meridiana claridad, comprendió lo que había hecho, la malicia, la porquería, la irremisible condenación a que se encaminaba del brazo de Nicholas Black. La idea le congeló la sangre. Tuvo un escalofrío y volvió a la casa. Al doblar la esquina, poco faltó para que se estrellara con Blaise Meredith, que cruzaba el césped con un portafolios en la mano.

Él la saludó normalmente, pero por su aspecto impresionó a la condesa. Parecía que su rostro se había consumido aún más durante la noche. Los ojos semejaban brasas profundamente incrustadas en el cráneo. La piel tenía el color del pergamino viejo y los labios eran blancos. La espalda se le encorvaba como si caminara bajo un peso y sus manos largas agarraban temblorosas la tela negra de la sotana.

Ella olvidó momentáneamente sus preocupaciones y le dijo:

—Monseñor, usted está enfermo.

—Temo que muy enfermo —repuso él—. No creo que me quede mucho tiempo. ¿Quiere caminar un poco conmigo?

Ella hubiera querido rehusar, huir y ocultarse en su dormitorio, al alcance del frasquito del olvido, pero él le tomó un brazo suavemente y ella se encontró acompasando su paso al del sacerdote, escuchándolo y respondiéndole con una voz que no parecía suya.

—Vi correr por el camino al joven Paolo. Parecía excitado por algo.

—Así es… muy excitado. Le llevo a Roma conmigo mañana si su madre me lo permite.

—¿También va *Mr*. Black?

—No. Él se queda aquí.

—Para reunirse con usted más adelante, ¿no es así?

—Yo… Yo ignoro sus planes.

—Usted los conoce. —La voz suave y fatigada la hipnotizó—. Usted los sabe, condesa, porque lo tramaron juntos. Son planes terribles, terribles para usted, para él y para el niño. ¿Por qué lo hizo?

Los pies de la mujer estaban como sincronizados al ritmo de los pasos del sacerdote. A su pesar se le escapó la confesión.

—No sé por qué.

—¿Aún quiere vengarse de Giacomo Nerone?

—¿De modo que también sabe eso?

—Sí. Lo sé.

Ya no tenía importancia. Nada importaba. Él podría preguntar lo que quisiera y ella contestaría, y cuando todo hubiera terminado iría a su habitación, se daría un baño y se echaría a dormir para no volver a despertar. Ése era el último de los terrores. Pasaría pronto.

Las palabras siguientes del sacerdote la trajeron a la realidad. Meyer habría podido decirlas, pero no ese hombre marcado ya por la muerte. En boca de Meyer les habría faltado algo, intimidad, suavidad, ¿acaso amor? Era difícil decirlo.

—Usted sabe, mi querida condesa, que Italia es un país nocivo para una mujer como usted. Es una tierra soleada, agresiva en su adoración del proceso procreador. Es primitiva y apasionada y predomina en ella el símbolo masculino. La mujer que no es amada, que no tiene amante o que carece de hijos es un símbolo de burla para los demás y un tormento para sí misma. Usted es vehemente. Tiene gran necesidad de

amor y también del comercio sexual que lo acompaña. La necesidad se ha convertido en usted en frenesí, y el frenesí la lleva a la perversidad, al mismo tiempo que inhibe su propia satisfacción. Eso le causa vergüenza y la impulsa a cosas peores, porque ignora cómo proceder mejor… ¿Es así?

—Sí.

Todo estaba dicho, pero ella habría podido agregar: «Ya conozco eso. Lo conozco de un modo más terrible que usted. Pero conocerlo no basta. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? ¿Cómo encontrar lo que necesito?».

Meredith prosiguió y a medida que hablaba su voz se iba tornando más cálida.

—Yo podría decirle que rezara, y no sería desacertado, porque la mano de Dios llega hasta los infiernos que nosotros mismos fabricamos. Podría decirle que hiciera una confesión general, y eso sería mejor, porque liberaría su conciencia y la dejaría en paz con Dios y con usted misma. Pero no sería una respuesta completa. Seguiría asustada, insatisfecha, solitaria.

—¿Qué hago, entonces? ¡Dígame! ¡Por amor de Dios, dígamelo!

Por fin escapaba de ella una súplica. Meredith le repuso con calma:

—Abandone este lugar por un tiempo. Váyase. No a Roma, que es una ciudad que le puede ser perniciosa. Vuelva a Londres y establézcase allí una temporada. Yo le daré una carta para un amigo mío en Westminster, que la pondrá en contacto con un especialista en problemas como el suyo, problemas del cuerpo y de la mente. Entréguese a sus cuidados. No espere conseguir demasiado en poco tiempo. Vaya a teatros, forme amistades nuevas, busque alguna caridad que le interese… Es posible que también encuentre a un hombre, no sólo para dormir con él, sino para casarse y para que la ame. Usted todavía es atrayente, en especial cuando sonríe.

—¿Y si no lo encuentro? —Hubo en su voz una nota de pánico.

—Permítame decirle algo muy importante —dijo Meredith con paciencia—. Estar solo no es cosa nueva. A todos nos sucede tarde o temprano. Mueren los amigos; muere la familia. También mueren los amantes y los maridos. Envejecemos, enfermamos, la última y mayor soledad es la muerte, que yo estoy afrontando. No hay píldoras que la curen. No existen fórmulas para cambiarla. Es una condición humana de la que no podemos escapar, y si tratamos de hacerlo, terminamos en un infierno mucho más oscuro: nosotros mismos. Pero si la encaramos, si recordamos que hay un millón de seres como nosotros, si tratamos de consolarlos olvidándonos de las preocupaciones que sólo nos atañen a nosotros, descubrimos al final que ya no estamos solos. Nos encontramos incluidos en una nueva familia, la familia humana, cuyo Padre es Dios Todopoderoso… ¿Le importa que nos sentemos? Estoy muy cansado.

Ahora le correspondió a ella tomarlo del brazo y ayudarle a llegar al pequeño banco de piedra bajo la madreselva. Meredith se sentó, pero ella permaneció de pie, mirándolo con paulatino asombro y con una compasión que nunca había sentido antes, salvo de sí misma. Después de un momento, le preguntó:

—¿Cómo comprende usted todo eso? Nunca he oído hablar así a un sacerdote.

Los labios pálidos se contrajeron con una sonrisa cansada.

—Se nos pide demasiado, querida condesa. También somos humanos. Algunos somos muy estúpidos, y a veces necesitamos toda la vida para aprender las lecciones más sencillas.

—Usted es el primer hombre que me ha ayudado.

—Es que ha tenido contacto con un tipo equivocado de hombres —dijo irónicamente Meredith.

Ella sonrió y Meredith, como si fuese por primera vez, se dio cuenta de lo hermosa que había sido.

—¿Quiere oír mi confesión, padre?

Meredith movió la cabeza. La condesa le miró intimidada, frunciendo el entrecejo, pero él continuó gravemente:

—El confesor no es como el psiquiatra, que alienta la autorrevelación para aumentar el bienestar expurgando la memoria. La confesión es un sacramento judicial, en el cual se perdona si se admite la culpa y se promete arrepentimiento y enmienda. Para usted, lo primero es fácil; ya está hecho en parte. Para lo segundo, tiene que prepararse, con la oración y la disciplina y comenzar reparando el mal ya cometido.

Ella le miró con los ojos turbados.

—¿Se refiere a Nicki, a *Mr*. Black?

—Me refiero a usted, querida condesa, a sus propios deseos, a sus celos de Nina Sanduzzi y de su hijo. En cuanto a *Mr*. Black… —Meredith vaciló un momento, sus ojos se empañaron y su boca adoptó una expresión resuelta—. Yo le hablaré. Pero mucho me temo que no me escuche.

CAPÍTULO XV

En el centro del pueblo, Paolo Sanduzzi se dio un encontronazo con su madre. Nina estaba fuera de la herrería conversando con la mujer de Martino. Rosetta las acompañaba vestida con sus mejores ropas, lista para que la llevaran por primera vez a la villa. Nina le miró con sorpresa.

—¿Adónde vas? Éstas son horas de trabajo. ¿Por qué tienes prisa?

Las palabras escaparon del niño como de un torrente:

—Hoy no tengo que trabajar. La condesa me dio permiso. Voy a Roma. Ella me dijo que se lo dijera a usted, y que también le dijera que Pietro y Zita van y que yo voy para que me enseñen…

—¡Espera un minuto! —dijo Nina con aspereza—. ¡Empieza de nuevo! ¿Quién dijo que irías a Roma?

—La condesa. Ella irá a consultar a su doctor. Estará allá dos meses.

—¿Y quiere llevarte?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque necesita servidores.

—Tú eres hortelano, hijo, y en Roma no hay hortalizas.

El chico hizo una mueca de disgusto.

—De todos modos me necesita. Me ha enviado para que se lo diga a usted.

Las dos mujeres se miraron significativamente. Nina Sanduzzi repuso sin rodeos:

—Entonces puedes volver inmediatamente y decirle que tú no vas. Yo sé quién te necesita en Roma: no es la condesa.

—¡Pero si no es eso! Ella me dijo que se lo dijera. El inglés se queda aquí.

—¿Por cuánto tiempo? —Una ira lenta fue acumulándose tras aquel rostro clásico —. ¡Una semana, quizá diez días! Y después él hará sus maletas y se irá; a la gran ciudad, a buscarte, Paolo mío. Ese ardid no engañaría ni a una criatura. —Nina le abrazó con rudeza—. Tú no irás y no hay nada más que decir. Soy tu madre y no lo permitiré.

—Entonces, iré de todos modos.

Ella levantó la mano y le golpeó con fuerza en una mejilla.

—Cuando seas hombre y puedas pagar tu manutención y encontrar tu propio trabajo, podrás hablar así. Si la condesa me pregunta, se lo diré en la cara. Y si pasa cualquier cosa rara, haré que el doctor avise a la policía de Gemello Maggiore. Eso tendrá quieto a tu inglés. ¡Ahora, olvídalo todo como un buen chico!

—¡Nunca lo olvidaré! Ella me invitó y yo quiero ir. ¡Ella es la padrona y usted no es nadie! ¡Usted no es más que la querida de un santo!

Se desprendió con violencia de los brazos de Nina y corrió calle abajo, con los faldones de la camisa batiendo contra sus asentaderas. Su madre le contempló alejarse; su rostro parecía una máscara de mármol. La mujer de Martino escarbó el

suelo con sus pies descalzos y dijo turbada:

—No sabe lo que dice. No es más que un niño. Oye cosas…

—Su padre fue un santo —repuso Nina con amargura—. Y su hijo quiere convertirse en *femminella*.

—No quiere —dijo Rosetta con voz alta y clara—. Paolo es un niño. No sabe lo que quiere. Yo le haré volver para que le pida perdón.

Antes de que su madre pudiera protestar, partió veloz con sus zapatos domingueros y lo último que vieron de ella fue un revoloteo de faldas y un par de piernas tostadas que apuntaban hacia arriba sobre la cerca que ocultaba el torrente del camino.

En un rincón soleado del jardín, Nicholas Black aplicaba la última capa de barniz al cuadro de Paolo Sanduzzi crucificado en el olivo. Al oír los pasos de Meredith, levantó la cabeza y le saludó en tono burlón.

—Buenos días, Meredith. Espero que haya dormido bien.

—Regular. ¿No le molesto?

—En absoluto. Estoy terminando. ¿Quiere ver lo que he hecho? Creo que es mi mejor obra.

—Gracias.

Meredith dio una vuelta hasta colocarse frente al atril y miró el cuadro. El pintor se sonrió al ver su expresión.

—¿Le gusta, Meredith?

—Es una blasfemia, Mr. Black —la voz del sacerdote era fría.

—Eso depende, por supuesto, del punto de vista. Para mí es un símbolo. Lo he llamado *El Signo de Contradicción*. El título es apropiado. ¿No lo cree así?

—Mucho —Meredith se alejó unos pasos de la pintura y dijo—. He venido para comunicarle, Mr. Black, que ni la condesa ni Paolo Sanduzzi irán a Roma. La condesa le agradecerá que deje usted la villa tan pronto como pueda.

El pintor se sonrojó de ira.

—Podría haber tenido la gentileza de decírmelo personalmente.

—Yo me ofrecí para representarla —replicó Meredith—. Ella es una mujer desgraciada que necesita mucha ayuda.

—Y la Iglesia está ansiosa por dársela. Es muy rica, según creo.

—La Iglesia también querría ayudarlo a usted, *mister* Black, y usted es realmente muy pobre.

—¡Váyase al diablo con su ayuda, Meredith! No quiero nada con usted. ¿Me hace el favor de marcharse? Estoy ocupado.

—Le he traído algo que podría interesarle.

—¿De qué se trata? ¿De un folleto de la Sociedad «La Verdad Católica»?

—No exactamente. Son papeles personales de Giacomo Nerone. ¿Le gustaría

verlos?

A su pesar, el pintor sintió interés. Se limpió las manos con un trapo y, sin decir palabra, tomó el legajo de manos de Meredith. Abrió la tapa de cartulina y leyó algunas páginas en silencio. Cerró después el cuaderno y preguntó con voz forzada y extraña:

—¿Por qué me muestra esto?

La alteración de su actitud desconcertó a Meredith, quien respondió con sencillez:

—Constituyen un documento conmovedor: es la historia personal de un hombre que perdió la fe, como usted, y que la recuperó. Pensé que podría ayudarle.

Nicholas Black le miró fijamente, después contrajo los labios en una sonrisa que más parecía mueca de agonía.

—¡Ayudarme! ¡Su sentido del humor es prodigioso, Meredith! ¿Sabe usted lo que ha hecho? Me ha lanzado de esta casa. Me ha quitado la última posibilidad de financiar una exposición que podría haber reconquistado mi reputación de artista. Y ha manchado la única cosa decente que he tratado de hacer en mi vida.

—No le entiendo, Mr. Black.

—Se lo explicaré, entonces, Monseñor —dijo el pintor, con la misma voz tensa —. Como todos los demás en este maldito pueblo, usted se ha convencido de que mi único interés en Paolo Sanduzzi es seducirlo. ¿Es o no verdad?

Meredith asintió sin hablar. El pintor le dio la espalda y permaneció largo tiempo mirando a través de los prados moteados de sol hacia la villa.

Cuando habló, fue con una suavidad remota y extraña.

—La ironía, Meredith, está en que en cualquier otra vez durante los últimos quince años usted habría podido tener razón. Ahora, no. Este niño me inspira afecto, pero no del modo que usted piensa. He visto en él todo lo que falta en mi propia naturaleza. Yo quería tomarlo para educarlo y hacer de él lo que nunca pude ser yo: un hombre completo, en el cuerpo, el intelecto y es espíritu. Si eso exigía frenar todos los ímpetus de la pasión, toda mi necesidad de amor y afecto, yo estaba preparado para hacerlo. Pero usted no lo creería jamás, ¿verdad?

Entonces, sin pensarlo, Meredith profirió la observación más brutal que hubiera hecho en su vida. Dijo gravemente:

—Podría creerlo, Mr. Black, pero usted sería incapaz de hacerlo sin una gracia especial de Dios. ¿Y cómo se la pediría, si no tiene fe?

Nicholas Black guardó silencio, con la vista clavada en la pintura de Paolo Sanduzzi crucificado en el olivo oscuro. Después de un rato, se volvió hacia Meredith y le dijo, con helada cortesía:

—Hágame el favor de marcharse, Monseñor. No hay nada que usted pueda hacer por mí.

Blaise Meredith volvió lentamente a la casa, abatido por la convicción de su fracaso.

El almuerzo fue un trance penoso para él. La cabeza le zumbaba, tenía pegajosas

las manos y cada vez que respiraba hondo sentía en la región de las costillas un dolor agudo. Encontró insípido el alimento y agrio el vino. Pero tuvo que sonreír y mantener una conversación con la condesa, que, ahora que ya no le temía, deseaba charlar con él.

Nicholas Black no apareció. Envió sus excusas con un sirviente pidiendo que le llevaran el almuerzo a su cuarto. La condesa sentía curiosidad por saber qué había pasado entre ambos, y Meredith tuvo que escudarse tras la ficción cortés de que habían tenido un altercado y probablemente le molestaba a Black la idea de encontrarse con ellos.

Después del almuerzo subió a su habitación para reposar durante las horas de calor. La ascensión de la escalera le dijo, con más claridad que un doctor, lo enfermo que estaba. Cada peldaño era un esfuerzo. Brotaba sudor de su rostro y de su cuerpo, y el dolor en las costillas era como un cuchillo clavado cada vez que respiraba profundo. Sabía suficiente medicina para entender lo que les sucedía a los enfermos de cáncer. El tumor y las hemorragias los debilitaban tanto que sobrevenía una neumonía y morían rápidamente. Pero, de acuerdo con las normas, todavía se hallaba lejos de esa etapa. Seguía utilizando sus pies y quería permanecer sobre ellos el mayor tiempo posible.

Cuando llegó al descanso en lo alto de la escalera, no siguió directamente a su habitación, sino que caminó en sentido contrario por el corredor hasta la que ocupaba Nicholas Black. Oyó que el pintor se movía, pero no contestó a su llamada, y al tratar de abrir la puerta, la encontró cerrada con llave. Golpeó de nuevo, aguardó un momento y se fue a su habitación.

Solo en su dormitorio, donde el sol entraba sesgando por las persianas y caía en el cuadro de Paolo Sanduzzi, Nicholas Black se sumió inerte en el vacío definitivo de la desesperación. No hubo locura en el acto, no hubo un derrumbe angustiado de la razón bajo el choque de terrores inexplicables. Fue la admisión simple y final de que la vida era un enigma sin respuesta, un juego que no valía la vela que alumbraba sus últimos e inútiles movimientos.

Los que ganaban podían seguir entregándose a la ilusión del jugador; pero los que perdían, como él, no tenían más recursos que alejarse, con toda la dignidad posible, de la mesa de juego, del olor a licor derramado, y del humo rancio de los últimos cigarros.

Había arriesgado todo en esa última jugada: dinero, la protección de la condesa, la oportunidad de restablecer su reputación artística y la esperanza de justificar la virilidad mutilada e incompleta con que le había dotado la naturaleza. Pero ahora comprendía que había jugado, como siempre, contra cartas marcadas y con los naipes en su contra. Su propia naturaleza, la ley, la Iglesia, todo conspiraba para excluirle de las satisfacciones simples y necesarias de la existencia. Estaba totalmente despojado,

en bancarrota hasta de la esperanza. No tenía sitio en el semimundo que ya le había expulsado con sus mofas.

La Iglesia podría acogerlo, pero exigiéndole un precio brutal: sumisión del intelecto y la voluntad, arrepentimiento y la privación amarga de toda una vida. Los inquisidores grises, como Meredith, le expurgarían sin piedad, le tentarían a seguir caminando en pos de la zanahoria marchita de la eternidad. No podía afrontarlo ni lo haría. A ningún hombre se le puede pedir que pague las veleidades y caprichos de un Creador sardónico.

Se incorporó, caminó hasta la mesa, tomó una hoja de papel, escribió apresuradamente tres líneas y las firmó. En seguida tomó un cuchillo raspador de paleta, se acercó al cuadro que estaba en el atril y fría, metódicamente, cortó la tela en pedazos.

Nunca en su vida había tenido Meredith tanta vergüenza. Cualesquiera que fuesen los pecados pasados de Nicholas Black, cualesquiera las locuras de su naturaleza frustrada, había sido calumniado y había revelado un impulso profundo y no desprovisto de nobleza hacia el bien. La bondad habría podido enderezarlo a mejores fines. Pero su única observación, su única ofrenda como sacerdote, había sido una torpe y brutal indiscreción. Nada podía excusarla. Inventarle una excusa sería hipocresía. La caridad que creía haber adquirido a través de Giacomo Nerone era una monstruosa impostura que le había traicionado cuando más la necesitaba. Él era lo que había sido al principio: un hombre vacío, desprovisto de piedad y de espíritu humanitario.

La idea le acosó durante su sueño liviano y cuando le despertó el fresco de la tarde, aún seguía con ella. Sólo le quedaba una cosa: pedir perdón por su grosería, tratar una vez más de establecer un contacto humano con un ser que debía sufrir intensamente.

Se levantó, se lavó y fue de nuevo a la habitación del pintor. Esta vez la puerta estaba entornada, pero al golpearla no obtuvo respuesta. La abrió y miró dentro. No había nadie. El lecho no mostraba arrugas, pero el cuadro de Paolo Sanduzzi, en su atril junto a la ventana, estaba cortado en pedazos.

Meredith entró en la habitación para mirarlo de cerca. Al pasar junto a la mesa observó que había una hoja de papel sobre el paño verde. Vio su nombre en el encabezamiento:

Estimado Meredith:

Toda mi vida he soportado las bromas del Todopoderoso. La suya colmó la medida. Ahora podrá predicar sobre mí el viejo sermón: Venciste, Galileo. Los mejores predicadores lo usan.

El tic-tac marcó varios segundos sin que él lo notara. Mantuvo la vista fija en el papel que sostenía su mano pálida. De súbito, como una explosión, comprendió todo. Salió apresuradamente del cuarto, bajó la escalera y atravesó el camino de grava gritando al portero que le abriera. El viejo abrió la reja, se restregó los ojos soñolientos y salió trotando al camino para observar al monseñor loco que trepaba el cerro con la sotana golpeándole los talones.

Era muy tarde cuando notaron su ausencia y más tarde aún cuando los encontraron: Nicholas Black se balanceaba inerte de una rama del olivo y Blaise Meredith se asía a sus raíces. Al principio creyeron que los dos estaban muertos, pero Aldo Meyer percibió los débiles latidos del corazón de Meredith y envió a buscar al padre Anselmo, mientras Pietro conducía como un loco el automóvil de la condesa hacia el palacio del Obispo de Valenta.

Había sucedido lo que tanto temía. Trataba de explicárselo a sí mismo, no para justificarse, porque sabía que la justificación era imposible, sino para explicárselo a Dios y decirle que él había fracasado, pero sin intención malévola.

Pero no había Dios, tan sólo una neblina, y silencio, y saliendo del silencio, el eco de su propia voz.

—… Yo dormía. Ignoraba que se hubiese ido. Corrí a buscarlo y ya estaba colgando de allí. No pude bajarlo: me faltaron las fuerzas. Creí que aún pudiera estar vivo y traté de orar con él. Recé los Actos de Contrición y de Amor, de Fe y de Caridad, esperando que él los oyera y se uniese a mi oración. Pero no me oyó. Después ya no recuerdo…

—Pero Dios oyó y Dios recuerda. La voz, familiar pero distante, le llegó desde la neblina.

—Fracasé con él. Quise ayudarlo, pero fracasé.

—Nadie sino el Todopoderoso puede juzgar acerca del fracaso.

—El hombre tiene que juzgarse primero.

—Y después entregarse a la misericordia.

Se disipó la neblina y la voz se acercó; después vio inclinada sobre él la faz de Aurelio, Obispo de Valenta. Alargó una de sus manos flacas y el Obispo la retuvo entre las suyas.

—Me estoy muriendo, Señoría.

Aurelio, el Obispo, le mostró la antigua sonrisa, fraternal e irónica.

—Como debe hacerlo un hombre, hijo mío. Con dignidad y entre amigos.

Él miró más allá del Obispo y los vio agrupados a los pies de su cama: Anne de Sanctus, Aldo Meyer, Nina Sanduzzi, el viejo Anselmo con el alba sucia y la estola sacramental alrededor del cuello. Débilmente preguntó:

—¿Dónde está el niño?

—Con Rosetta —repuso Nina en dialecto—. Son amigos.

—Cuánto me alegro —dijo Blaise Meredith.

—No debe hablar mucho —le advirtió Meyer.

—Es mi última oportunidad, doctor —giró la cabeza sobre la almohada y se volvió de nuevo hacia el Obispo—. Nicholas Black… ¿Le dará usted sepultura cristiana?

—¿Quién soy yo para negársela? —dijo Aurelio, el Obispo.

—Yo… yo escribí una carta a Su Señoría.

—La tengo. Todo se hará.

—¿Cómo están las naranjas?

—Madurando bien.

—Usted debe… enviar algunas naranjas a Su Eminencia… Le ayudarían a comprender. Como un obsequio mío.

—Así lo haré.

—Quiero confesarme, Señoría. Estoy muy cansado.

Aurelio, obispo de Valenta, tomó la estola harapienta del cuello del padre Anselmo y se la puso en los hombros, y cuando los otros salieron de la habitación, se inclinó para escuchar el postrer recuento de los últimos pecados de monseñor Blaise Meredith. Después de absolverlo, llamó a los que habían salido y todos se arrodillaron sosteniendo en las manos velas encendidas mientras el viejo Anselmo le daba el Viático, que es el único alimento para el viaje más largo del mundo. Cuando lo recibió, permaneció de espaldas, con los ojos cerrados y las manos juntas y mientras la habitación se llenaba con el murmullo de las viejas oraciones por el alma que se va. Mucho tiempo después, el moribundo abrió los ojos y dijo claramente:

—Tuve miedo tanto tiempo y ahora es tan fácil.

Le agitó un débil estremecimiento y la cabeza cayó, floja, sobre la almohada.

—Ha muerto —dijo Aldo Meyer.

—Está con Dios —dijo Aurelio, el obispo.

Eugenio Cardenal Marotta se hallaba en su sillón de alto respaldo, frente al escritorio *Buhl* donde su secretario acababa de dejarle los papeles del día. Había a su lado una caja de madera pulida, donde seis naranjas doradas reposaban en un lecho de algodón. Tenía en las manos una carta de Su Señoría, el obispo de Valenta. La estaba leyendo, lentamente, por tercera vez:

… Lamento informar a Vuestra Eminencia que monseñor Blaise Meredith falleció ayer, a las nueve de la mañana, en plena posesión de sus facultades y después de recibir los últimos sacramentos.

Siento su muerte como he sentido la de pocos hombres. Le lloro como a un

hermano que llegó a ser para mí. Fue muy valiente; poseía una extraordinaria honradez intelectual y un espíritu humanitario de cuya riqueza nunca se dio plena cuenta. Sé que él será una gran pérdida para Vuestra Eminencia y para la Iglesia.

Antes de morir me pidió que le excusara ante Vuestra Eminencia por lo que él consideraba el fracaso de su misión. No fue un fracaso. Sus investigaciones han dado mucha luz sobre la vida y el carácter del siervo de Dios, Giacomo Nerone, y han probado que éste fue en el sentido moral, si no en el canónico, un hombre de gran santidad. Sigo dudando de que se obtenga algún bien llevando esta Causa al Tribunal Ordinario, pero ninguna duda me cabe de todo el bien que ya se ha realizado por la influencia de Giacomo Nerone y de monseñor Meredith. Un sacerdote extraviado ha vuelto a Dios, un niño ha sido preservado de gran daño moral, y una mujer pecadora y desgraciada ha recibido suficiente luz para buscar remedio a su condición.

En el sentido mundano, estas cosas son pequeñas e insignificantes. En el verdadero sentido de nuestra Fe son muy grandes, y yo, que por norma soy escéptico, veo en ellas claramente el dedo de Dios.

Las naranjas que le envío son el último obsequio de monseñor Meredith. Provienen de mi propia plantación; son las primeras frutas de una especie que hemos importado de California. El año próximo, Dios mediante, esperamos tener más árboles de esta clase para distribuirlos entre los plantadores locales a base de una cooperativa. Monseñor Meredith se interesó mucho en este trabajo y, si hubiera vivido, creo que habría deseado tomar parte en él. Su petición de que le enviara este obsequio me la hizo en su lecho de muerte. Dijo —cito textualmente—: «Pueden ayudarlo a comprender». Vuestra Eminencia entenderá, sin duda, la alusión.

El cuerpo de monseñor Meredith yace ahora en la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, en Gemello Minore, y mañana será sepultado, en tierra recién consagrada, junto a la tumba de Giacomo Nerone. Yo oficiaré en la misa y en el sepelio.

Se celebrarán las misas de costumbre y yo haré una recordación especial y permanente en mis propias misas, como sin duda Vuestra Eminencia querrá hacerlo en las suyas.

Tengo entendido que en una ocasión monseñor Meredith pidió que le sepultaran en la iglesia de Vuestra Eminencia en Roma. La razón de su cambio de afectos puede tener cierto interés: «Roma está muy lejos, dijo, y aquí por primera vez, me he encontrado a mí mismo como hombre y como sacerdote».

La idea de que muchos de nosotros han vivido más y han hecho mucho menos es una llamada a la humildad.

Vuestro fraternalmente en Jesucristo,

AURELIO

OBISPO DE VALENTA

Su Eminencia dejó la carta sobre el escritorio y se apoyó en el respaldo del sillón para reflexionar. Al parecer, estaba envejeciendo. O, posiblemente, había vivido demasiado tiempo en Roma. Ya no sabía leer una carta ni juzgar a un hombre.

El que había muerto no era el mismo que él había enviado: un pedante disecado, con el polvo de las bibliotecas posado como una gruesa capa en su corazón.

El Obispo que le solicitó el nombramiento de un Abogado del Diablo, tampoco era este Aurelio, de mente tajante e ironía más que esbozada.

O quizás eran los mismos hombres, y sólo había cambiado, víctima a su vez de las insidiosas tentaciones de los príncipes: orgullo, poder, ceguera y frialdad de corazón. Cristo creó obispos y un Papa, pero nunca un cardenal. Hasta el nombre contenía algo más que una sugerencia de ilusión —*cardo*, gozne—, como si ellos fueran los goznes de que penden las puertas del cielo. Podrían ser goznes, pero éstos son un metal inútil a menos que estén firmemente anclados en la estructura viva de la Iglesia, cuyas piedras son los pobres, los humildes, los ignorantes, los que pecan y los que aman, los olvidados de los príncipes, pero nunca olvidados de Dios.

El pensamiento era perturbador y se prometió volver a considerarlo por la tarde, durante su examen de conciencia. Marotta era un hombre metódico y en ese momento tenía otras cosas que atender. Sacó de su bolsillo una libreta con tapas de cuero y bajo la fecha del día siguiente escribió: «*Memento* de la misa… Meredith».

En seguida volvió a meter la libreta en su bolsillo, ojeó rápidamente su correspondencia, y tocó el timbre para que llevaran su automóvil a la puerta de entrada. Faltaban quince minutos para las once. Era el segundo viernes del mes, día en que el prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos tenía audiencia con Su Santidad el Papa para discutir, entre otros asuntos, la beatificación y canonización de los siervos de Dios.



MORRIS WEST, (Melbourne, 1916 - Sydney, 1999). Novelista y dramaturgo australiano. Se educó en un colegio de la Christian Brothers Order (Hermanos de la Doctrina Cristiana), comunidad en la que iba a ingresar, pero que finalmente abandonó antes de jurar los votos solemnes. Estudió Idiomas Modernos y Matemáticas en la Universidad de Melbourne, y en 1939 fue reclutado por el Ejército. En 1943 concluyó su prestación militar y se convirtió en secretario de William Morris Hughes, en ese momento ex Primer Ministro. Posteriormente, trabajó para la radio en el equipo de *The Herald* de Melbourne. Durante diez años fue uno de los propietarios y directivos de The Australasian Radio Productions.

Cuando el negocio hizo bancarrota, se trasladó a Sydney y se dedicó a escribir novelas. Entre sus obras de mayor fama se encuentran: *El abogado del diablo* (1959), ganadora de varios premios literarios, y *Las sandalias del pescador* (1963), que forman una trilogía junto con *El embajador* (1965). Las tres novelas tienen como escenario el Vaticano, y en sus páginas se encuentra un perspicaz análisis de la Iglesia Católica y de su posible acercamiento al hombre común, prescindiendo de su aparato institucional, realizado a través de interesantes estudios psicológicos y con un estilo exento de retórica.

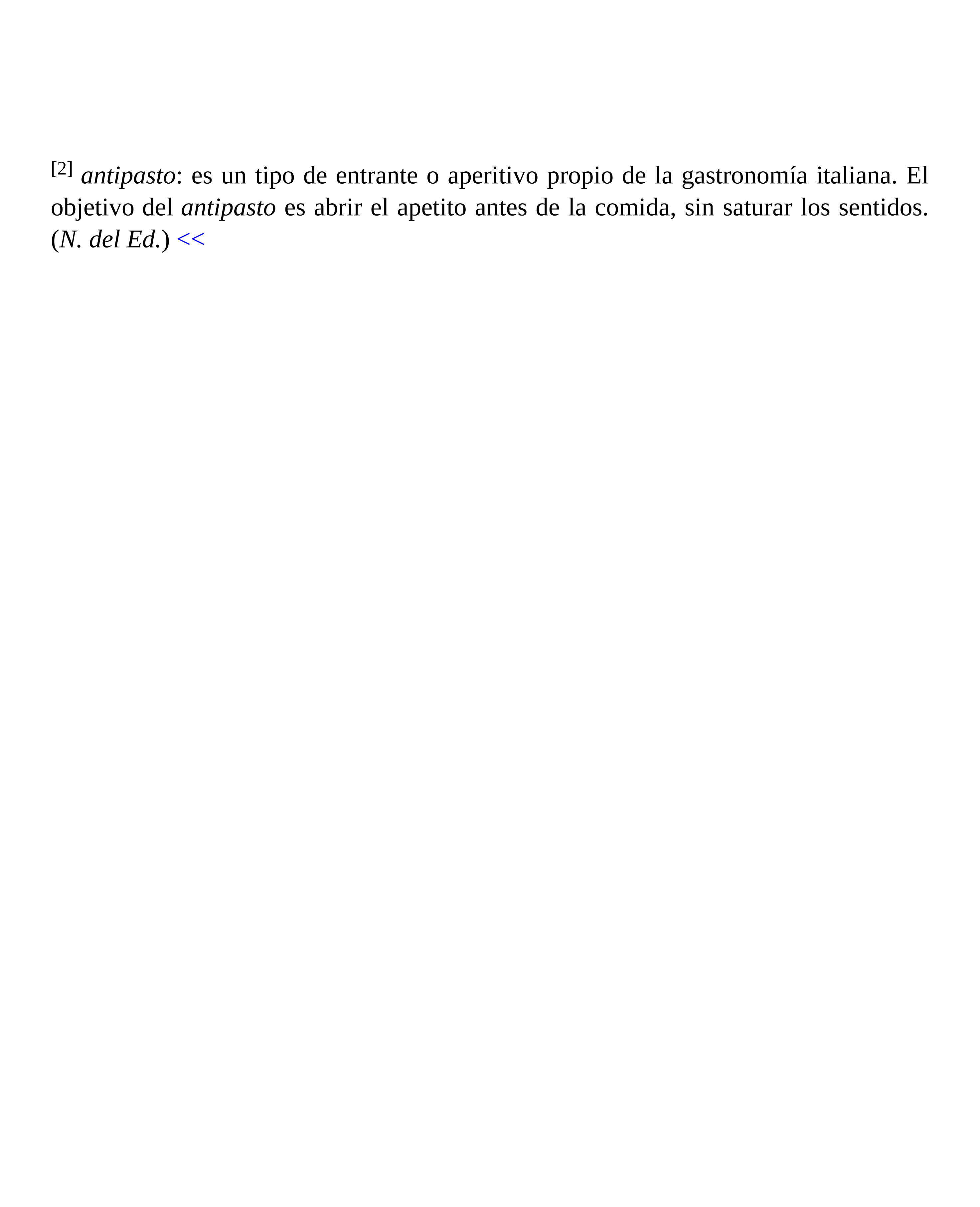
La educación eclesiástica y teológica de Morris West y el conocimiento profundo de la comunidad religiosa en la que se crió le proporcionaron un enfoque amplio y verídico para la ambientación de estas novelas. Los dos primeros libros citados se convirtieron en *best-sellers* mundiales y obtuvieron unas adaptaciones cinematográficas de gran popularidad. En 1955 Morris West se estableció en Italia, en

la ciudad de Sorrento, donde fijó su residencia, excepto en el período de 1956-1958, durante el cual estuvo en Gran Bretaña.

Otras de las obras que conforman su producción son *Gallows on the Sand* (traducido al español como «Manchado de Sangre», 1956); la versión dramática de *El abogado del diablo* para la escenificación de Dore Schary realizada en Nueva York en 1961; *Hija del silencio*, de 1961 y su adaptación para el teatro realizada ese mismo año, pero que no apareció publicada hasta 1962; *El hereje*, de 1969, pieza dramática inspirada en la vida de Giordano Bruno; *El verano del lobo rojo*, de 1971; *El navegante*, de 1976; *Proteo*, de 1979, y por último *Las demandas de Dios*, publicada en 1981.

Notas

[1] *padrone*: patrón, propietario de un negocio. (*N. del Ed.*) <<



[2] *antipasto*: es un tipo de entrante o aperitivo propio de la gastronomía italiana. El objetivo del *antipasto* es abrir el apetito antes de la comida, sin saturar los sentidos. (*N. del Ed.*) <<

[3] *zuppa di verdura*: sopa o potaje de verduras. (*N. del Ed.*) <<

[4] *femminella*: afeminado. (*N. del Ed.*) <<

[5] Nacidos entre heces y orina. (*N. del Ed.*) <<

[6] *De scriptis*: los escritos. (*N. del Ed.*) <<

[7] *padrona*: patrona, dueña. (*N. del Ed.*) <<

[8] *raté*: fracasado (En francés en el original). (*N. del Tr.*) <<

[9] *paila*: sartén, cazo. (*N. del Ed.*) <<

[10] *amorini*: cupidos. (*N. del Ed.*) <<



[11] Alude a la forma de bota de la península italiana. «La punta de la bota está situada al sudoeste». (*N. del Tr.*) <<

[12] *loco parentis*: en lugar de los padres. (*N. del Ed.*) <<

[13] Dicho usado en algunas regiones de Europa. (*N. del Tr.*) <<

[14] *questura*: policía. (*N. del Ed.*) <<



[15] *In vino veritas*: locución latina que significa «en el vino está la verdad». (*N. del Ed.*) <<

[16] *rubella*: rubéola, enfermedad que se caracteriza por una erupción en la piel, la inflamación de las glándulas y, especialmente en los adultos, dolores en las articulaciones. Por lo general la erupción en la piel dura unos tres días y puede presentarse acompañada de una ligera fiebre. Hasta la mitad de las personas afectadas no presenta ningún síntoma en absoluto. (*N. del Ed.*) <<

[17] El lobo. (*N. del Tr.*) <<



[18] Los Abruzos es una región de Italia centro-meridional. Su capital es L’Aquila. (*N. del Ed.*) <<



[19] *serum*:suero, plasma de la que se han eliminado las proteínas de la coagulación. (*N. del Ed.*) <<



[20] El *onus probandi* es una expresión latina del principio jurídico que señala quién está obligado a probar un determinado hecho ante los tribunales. (*N. del Ed.*) <<